WARHAMMER 40,000

SANDY MITCHELL



LA ULTIMA TRINCHERA

CIAPHAS CAIN NOVELA

LA ÚLTIMA TRINCHERA

Saga del Comisario Ciaphas Caín, Octavo Volumen

“The Last Ditch”, por Sandy Mitchell



SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DEL PERGAMINO ORIGINAL:

ERUDITO ESCRIBA
CARACTACUS MOTT



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado en Terra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. El camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Los mejores guerreros son los Adeptus Astartes, Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial junto a las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de individuos. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas, carnicerías y las carcajadas de dioses sedientos de sangre.

Nota editorial:

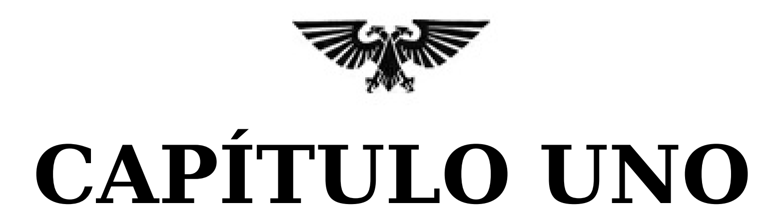
Este nuevo extracto de las memorias de Ciaphas Caín podría parecer una elección caprichosa o incluso desconcertante, ya que se refiere a los sucesos que tuvieron lugar durante su regreso al mundo de Nusquam Fundimentibus, cuando los detalles de su primera visita aún no han sido publicados. Además, el relato de sus actividades en aquella ocasión sólo tiene una relación muy lejana con el material que tenemos entre manos, aunque mayormente, lo que pudiera ser pertinente saber de aquel episodio será fácilmente deducible del mismo contexto de esta narración. En cualquier caso, he intentado remediar esta deficiencia cuando estas deducciones no fueran posibles, mediante la incorporación de material de otras fuentes, o bien con mis propios comentarios.

He actuado de igual forma en el relato de Caín sobre los acontecimientos de su segunda visita, pues fiel a su costumbre, pasa por alto casi todo lo que no le concierne personalmente. Desgraciadamente, debido a que en aquella época aún estaba asignado al 597º de Valhallan, una de las principales fuentes a las que, muy a mi pesar, me veo obligada a acudir, siguen siendo los relatos bibliográficos publicadas de la célebre Dama General Jenit Sulla, quién en aquella época era una oficial en dicho regimiento, aunque ostentando un rango mucho menos elevado. Creo que a estas alturas no hace falta decir que la gramática gótica capitula una vez más ante el feroz y exaltado estilo narrativo de Sulla, motivo por el cual, una vez más, me he

esforzado en todo lo posible por restringir al mínimo el uso de tales agresiones literarias.

Con todo, la mayor parte de la siguiente narración es fiel las palabras del propio Caín, y hasta donde he podido comprobar, el resultado es un registro tan veraz y preciso de los acontecimientos como habitualmente él es capaz de registrarlos.

Amberley Vail, Ordo Xenos.



CAPÍTULO UNO

En el transcurso de mi larga y indigna carrera he estado en un montón de lugares a los que hubiera preferido no volver jamás, pero de vez en cuando el destino, o quizás la mano del Emperador, decidían lo contrario. Regresar a Perlia **(1)** resultó tener su lado positivo, con la excepción de alguna que otra interrupción por parte de chiflados adoradores del Caos con ridículos bigotes ***(2)***, pero sin duda, la perspectiva de una nueva visita a Nusquam Fundimentibus carecía completamente de cualquier aliciente.

(1) *Lugar de su no tan pacifico retiro.*

(2) *Varan el Invencible, Señor de la Guerra de la invasión del Caos del 999M41, quién sin duda se hizo merecedor de tal apelativo, aunque por fortuna para el Imperio, al final resultó ser más optimista de lo que él hubiera esperado.*

Por supuesto, no deje que mi consternación ante tal perspectiva se reflejara en mi impasible rostro, gracias a que toda una vida ocultando mis verdaderos sentimientos me permitía adoptar fácilmente una expresión neutra que la mayoría de la gente parecía entender como propia de un interés cortés.

-Ha llovido algo desde la última vez que estuve por allí-, comenté con naturalidad, observando fijamente el tablero de regicida que se encontraba entre el Lord General Zyvan y yo, como si este fuera de mucho mayor interés para mí que la noticia de que se proponía enviarme de

vuelta aquel jodido infierno helado al que había estado absolutamente feliz de dejar a mis espaldas veinte años atrás. En la década que había transcurrido desde nuestro primer encuentro en Gravalax, habíamos adquirido el hábito de reunirnos para cenar y conversar en las raras ocasiones en las que nos era posible hacerlo, encontrando la compañía del otro lo suficientemente agradable, y no deseaba introducir una nota de discordia en la velada. Ninguno de los dos esperaba permanecer en Coronus **(3)** durante mucho tiempo, nadie lo hacía nunca, y prefería que mi futuro acceso a su mesa y a su excepcional bodega no se viera obstaculizado por ningún malentendido que pudiera quedar tras despedirnos en aquella ocasión.

(3) *Un planeta, y su sistema circundante, entregado por completo al reabastecimiento y despliegue de los regimientos de la Guardia Imperial activos en el Golfo de Damocles; se podría pensar perfectamente en el cómo el equivalente del Munitorum a un Mundo Forja del Adeptus Mechanicus, aunque mucho menos contaminado.*

-Querrás decir más bien desde que diste al traste con la invasión de los pieles verdes-, puntualizó seriamente Zyvan, como si su derrota hubiera sido obra mía y no de todo un Grupo de Combate de la Guardia Imperial de más de diez mil hombres. A decir verdad, me había pasado toda la campaña tratando de quedarme a buen resguardo, bien calentito y lo más lejos posible de los orkos, pero la reputación que había adquirido en Perlia como combatiente por excelencia contra los orkos se interponía en el camino de aquella postrera ambición, hasta tal punto que una vez más se me atribuyó el mérito de quebrar la columna vertebral de su asalto prácticamente en persona **(4)**. Para mi profundo y sincero pesar, no tenía sentido discutir tal engaño; el hecho era que la leyenda había cobrado vida

propia y sin duda Zyvan pensaría que estaba siendo modesto si trataba de explicar la verdad de lo sucedido.

(4) *Como tan a menudo ocurre en sus memorias, Caín parece genuinamente inconsciente de la magnitud real de su contribución en la derrota de los enemigos del Emperador. Sin su presencia, las fuerzas del Imperio habrían salido igualmente victoriosas, como no podría ser de otra forma, pero a un coste considerablemente mayor, tanto en tiempo como en vidas humanas.*

Por lo tanto, me limité a encogerme de hombros y a comentar que había tenido un montón de buenos hombres a mi lado (lo cual era prácticamente cierto, ya que había hecho todo lo posible para asegurarme de que ellos estuvieran un paso o dos por delante de mí indigno pellejo la mayor parte del tiempo, especialmente cuando los orkos rondaban en las proximidades), y Zyvan sonrió con la intención de mostrarme que no dejaba engañar por mis palabras ni por un segundo.

-El caso es-, prosiguió, inclinándose sobre el tablero para rellenar mi copa de amasec**-, que conoces el lugar. Ya has luchado en ese terreno y además tu regimiento se sentirá como en casa.**

Bueno, eso no se lo podía discutir. Estar desplegado en un mundo helado sería lo más parecido a unas vacaciones desde el punto de vista de los valhallanos, algo que yo estaba muy lejos de compartir, y la posibilidad de matar orkos en cuanto llegaran allí no sería más que la guinda del pastel **(5)**. Así que asentí con la cabeza y derribé uno de sus eclesiarcas, preparando lo que esperaba que fuera una jugada que me diera la victoria en otro par de turnos.

(5) *Los valhallanos sienten un odio visceral por los pieles verdes desde los tiempos de la fallida invasión que estos brutales seres llevaron a cabo en su mundo natal, y realmente gozan llevando la justa ira del Emperador a sus ancestrales enemigos.*

-Sin duda estarán encantados-, le concedí, tratando de aparentar que meditaba seriamente al respecto**-. Sobre todo, si la estancia dura un poco más que la última que tuvimos en un mundo helado.**

Zyvan sonrió tensamente. El 597º y yo apenas habíamos permanecido en Simia Orichalcae uno o dos días antes de vernos obligados a retirarnos, tras perder la refinería de promethium en cuya defensa habíamos sido enviados, ante la inesperada aparición de los habitantes de una tumba necron de la que hasta entonces no se había tenido noticia alguna. La voladura de la instalación los había enterrado de nuevo **(6)**, preservando de paso nuestro pequeño rincón de la galaxia de un ataque de aquellas infernales criaturas mecánicas **(7)**, aunque indiscutiblemente supuso un fracasó sin paliativos en cuanto al objetivo original de nuestra misión. A los Adeptus Mechanicus no les había hecho ninguna gracia perder uno de sus preciados santuarios, por no hablar de la oportunidad de saquear la tumba que, en su estúpida arrogancia, pensaban que habían perdido por nuestra culpa. De hecho, Zyvan se había visto obligado a enfrentarse a la ira de los tecnosacerdotes de más alto rango del sector; al menos hasta que pude enviar un mensaje a Amberley, quién aprobó retroactivamente nuestras acciones. Con la Inquisición de nuestro lado, los mecanos cejaron finalmente en sus reclamaciones**-. Estoy convencido de que en esta ocasión las cosas irán mucho mejor-,** añadió.

(6) *Probablemente.*

(7) *Posiblemente.*

-Difícilmente podrían ir peor-, coincidí, con la misma vaguedad, y paladeé mi bebida, saboreando la sensación de calor mientras esta se deslizaba por mi garganta. Era mejor que disfrutara mientras pudiera; pues habría pocas opciones para quitarme el frío allí adonde nos dirigíamos.



-¿Un mundo helado?-, preguntó la coronel Kasteen, sin poder disimular su entusiasmo ante tal perspectiva. Intercambió una breve sonrisa con su segundo al mando, el comandante Broklaw, cuya expresión seguía siendo tan taciturna como siempre, aunque no lo suficiente como para engañar a alguien que lo conocía tan bien como yo**-. ¿Cuál?**

Idénticas expresiones cortésmente inquisitivas se dirigieron a mí desde el otro lado de la mesa, si es que una plancha de blindaje sobre un par de caballetes podía ser digna de tal nombre. Como casi todo lo demás en Coronus, era temporal, y la austera sala que habíamos requisado para celebrar nuestras reuniones probablemente se convertiría en un espacio de almacenamiento, en una sala para asuntos administrativos o en una cocina improvisada tan pronto como abandonáramos los barracones asignados en favor del siguiente regimiento que pasara por aquí *de camino* a otra guerra. El sol de la tarde palidecía más allá de la ventana cubierta de suciedad, arrojando un tenue manto de oscuridad sobre nosotros, demasiado leve aún como para

requerir encender las luces, pero lo suficiente para que las pálidas complexiones típicas de los habitantes de mundos helados resaltaran en un contraste aún mayor de lo habitual con el vivo flequillo rojo de Kasteen y la oscura melena negroazulada de Broklaw.

-¿Y por qué nosotros?-, se apresuró a añadir Broklaw, una pregunta que no debe resultar tan extraña como podría pensarse. No hay dudas de que los valhallanos son las mejores tropas de la galaxia en climas polares, pero también es cierto que en el Munitorum no se paran a considerar esas cosas a la hora de desplegarlas. Aunque los tácticos y los estrategas hacen todo lo posible por aprovechar las habilidades especiales de cada regimiento, con demasiada frecuencia la interminable necesidad de reforzar un frente que se tambalea en algún lugar u otro acaba solucionándose mediante el simple hecho de enviar a cualquiera que esté disponible. Eso explicaba como durante mi asignación en el 597º había sufrido climas infernalmente cálidos tan a menudo como se me habían congelado mis partes en glaciares, aparte de que la costumbre de los valhallanos por climatizar sus cuarteles a temperaturas más adecuadas para las neveras de provisiones perecederas me había hecho dar gracias a mi abrigo de comisario incluso en aquellos ambientes en los que me lo quitaba apresuradamente tan pronto como salía al exterior.

-Nusquam Fundimentibus-, empecé, respondiendo primero a la pregunta de la coronel, y ella asintió como si el nombre significara algo para ella. Supongo que eso no debería haberme sorprendido, ya que los mundos helados con una considerable población humana no son precisamente comunes, y seguramente serán de interés para alguien que había crecido pensando que las ventiscas

de nieve constituyen el clima perfecto para un paseo para ayudar a hacer la digestión tras una buena comida.

-Estuvimos allí durante la invasión de los pieles verdes-, dijo, antes de volverse hacia Broklaw, con una chispa de picardía destello en sus ojos verdes bajo su llamativo flequillo pelirrojo**-. Al menos las chicas.**

Broklaw se encogió de hombros, aceptando aquella pequeña puya amistosa. El 597º se había formado a partir de los maltrechos restos del 296º y el 301º después de que los tiránidos les causaran tantas bajas que ambos se quedaron por debajo del mínimo aceptable para una fuerza de combate, y la amalgama inicial no había sido lo que se dice feliz. Sin embargo, en aquellos momento, resultaba difícil creer que hubiera existido alguna vez animosidad entre las mujeres que formaron el 296ª y los hombres del antiguo 301ª. (Situación que ya me causaba suficientes problemas por sí misma como para entender el por qué los regimientos mixtos eran la excepción y no la regla en la Guardia Imperial, aunque hacía tiempo que había descubierto que la ponderada práctica de hacer la vista gorda y contar con un capellán bienintencionado eran herramientas más que suficientes para permitirme esquivar la mayoría de ellos)**-. Aún quedaban bastantes orkos cuando nosotros llegamos-,** se la devolvió Broklaw, con una fugaz sonrisita pícara que despojaba el comentario de toda crítica.

-Bueno, creo que esta vez habrá suficientes orkos para todos-, comenté, y los ojos grises como la pizarra del comandante se encontraron con los míos, al tiempo todo rastro de frivolidad desaparecía tan repentinamente como un sándwich desatendido en presencia de mi ayudante.

-¿Otra invasión?-, preguntó esperanzado**-, ¿o se trata de un brote secundario?**

-Un brote-, confirmé, y Kasteen asintió pensativamente.

-Ya tocaba uno (8)-, coincidió**-. ¿Dónde se localiza su origen?**

(8) *La dificultad de erradicar por completo una plaga de orkos es proverbial; en todos los mundos que han visitado, si me permiten la expresión, han seguido apareciendo nuevas bandas de guerreros años e incluso décadas después de la completa derrota de los pieles verdes. Los Magos Biologuis tienen sus propias teorías para explicar estas apariciones, y si realmente están en lo cierto, el único factor apreciable es el tiempo requerido para que una nueva generación de brutos logre ser lo bastante numerosa como para estar en disposición de crear problemas.*

-Es difícil de decir-, respondí, con una subrepticia mirada a la placa de datos que me había entregado Zyvan, y a la que no había dedicado la atención que merecía**-. Han atacado varios asentamientos aislados en los Leeward Barrens, pero, por ahora, se han mantenido alejados de las principales ciudades subterráneas.**

-Por ahora-, dijo Kasteen, con un ligero tono cínico. Para cuando llegáramos, la información que teníamos estaría tan desfasada que no serviría para nada, y teníamos la suficiente experiencia de campaña como para ser plenamente conscientes de ello**-. ¿Cómo está respondiendo la guarnición local?**

-No hay ninguna-, le informe**-. La retiraron cuando los tau empezaron a expandirse por la Deriva de Halcyon-.** El Imperio había respondido a la provocación xenos fortificando todos los sistemas vulnerables a tal anexión, y para ello, despojaron de su guarnición a demasiados mundos de segunda línea, con la esperanza de que los xenos, notoriamente oportunistas, retrocedieran ante semejante demostración de fuerza. Hasta aquel momento, y para sorpresa de todos, parecía haber funcionado; aunque, conociéndolos como yo los conocía, probablemente ya habían dirigido su atención a otro objetivo, seguramente uno de los que había quedado repentinamente indefenso como consecuencia del reciente redespliegue de tropas.

-Así que la FDP se está haciendo cargo de la situación-, concluyó Broklaw, en un tono que no me dejaba dudas sobre lo que pensaba al respecto. Al igual que la mayoría de los oficiales de la Guardia, tenía una pésima opinión sobre la destreza marcial de la típica fuerza de defensa planetaria; una opinión que, en muchos casos, estaba más que justificada, aunque de vez en cuando había luchado junto a soldados de la FDP que cualquier regimiento de la Guardia habría estado orgulloso de contar entre sus filas.

-Sí y no-, le rebatí, sin poder reprimir un cierto grado de diversión mientras hablaba**-. Al parecer, hay un regimiento de la Guardia Imperial que ya se ha enfrentado al enemigo.**

-¿Y cuál ha sido ese?-. Preguntó Kasteen, encantada de satisfacer mi gusto por lo dramático.

-El Primero de Nusquam-, les dije. Ninguno de los dos oficiales pareció alegrarse especialmente de oírlo, algo por lo que no podía culparles, ya que yo mismo no me había emocionado mucho cuando Zyvan me había dado aquella buena noticia**-. De reciente fundación, pero que aún no había embarcado hacia destino alguno.**

-¿Con cuántas compañías cuentan?-, preguntó Broklaw, con el aire de un hombre decidido a escuchar todas las malas noticias lo antes posible.

-Tres hasta ahora-, dije**-, de un total de seis.**

-Maravilloso-, exclamo Kasteen con fuerza**-. La mitad de un regimiento de soldados novatos a los que habrá que hacer de niñera, mientras que todos los soldados de la FDP en el planeta se vuelven locos tratando de hacer méritos para pasar el corte e ingresar en el mismo.**

-El lado positivo-, añadió el siempre optimista Broklaw, tras una pausa meditabunda**-, es que hay un planeta lleno de orkos que matar-.** Al menos la perspectiva animó a Kasteen, por lo que es a mí no me hizo ni puñetera gracia.

Nota editorial:

Dado que Caín es fiel a su costumbre de ignorar la mayor parte de los antecedentes del conflicto en el que pronto se vería envuelto, espero que el siguiente extracto puede resultar esclarecedor para cualquiera de mis lectores que tenga las suficientes agallas para enfrentarse a la terrible experiencia de leerlo.

Extracto de *"Como un Fénix entre las llamas: Las Primeras y Gloriosas Campañas Victoriosas del 597º Valhallano”*, por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42

No hubo un solo corazón que no se emocionara ante la noticia de que íbamos a regresar a Nusquam Fundimentibus **(9)**, un mundo cuyos prístinos campos blancos, majestuosos glaciares e imponentes montañas nevadas seguían siendo recordados con cariño por aquellos de nosotros que tuvimos el privilegio de haber servido allí cuando los pieles verdes se atrevieron a mancillar su superficie con su repugnante presencia **(10)**. El regreso de la horda orka no era algo inesperado, como nos había enseñado la larga y amarga lucha para borrar finalmente su obscena mancha en nuestro mundo natal bendecido por el Emperador, pero no fui la única que pensó que su nuevo ataque no podía haber resultado de lo más oportuno. ¿Qué mejores guerreros del Imperio para castigarlos por su temeridad que las hijas e hijos de Valhalla, y qué mejor regimiento de entre todos los de ese planeta que el 597º? Porque, además de la destreza en batalla que comparten todos los afortunados que han

comenzado su vida entre las nieves del Valhalla, y han recibido el privilegio de ser aceptados por la Guardia Imperial, sólo nosotros contábamos con la inspiradora guía del Comisario Caín para asegurar nuestra victoria contra cualquier enemigo que la galaxia decidiera cruzar en nuestro camino.

(9) *Con la excepción de Caín, naturalmente.*

(10) *Un selecto grupo de veteranos que no incluía a Sulla, quién se unió al 296º unos años después de la campaña de Nusquam. Sin embargo, tanto Kasteen como Broklaw si estuvieron presentes en esa campaña, aunque como reclutas recientemente incorporados a sus respectivos regimientos.*

Conocedora del papel que nuestro modesto Comisario jugó en la derrota de los pieles verdes apenas dos décadas atrás, ocupé mi lugar entre los comandantes de la compañía para la sesión informativa táctica con gran expectación, deseosa de ver qué palabras de aliento nos dedicaría, y debo admitir que en absoluto quede decepcionada. De acuerdo con el protocolo, la sesión informativa fue impartida por la coronel Kasteen, pero ella era tan consciente como el resto de nosotros de la experiencia previa del comisario Caín en el campo de batalla en el que tan pronto íbamos a ser puestos a prueba, y le había invitado a asistir, algo que se había convertido en una especie de costumbre en nuestro regimiento. No hay que decir que cuando el comisario hablaba, lo hacía con su modestia habitual; sus consejos eran concisos, contundentes y directos, sin desperdiciar ni una sola palabra **(11)**.

(11) *Una lección evidentemente olvidada por una de las personas de su audiencia. ¿Hace falta decir quién?*

Al parecer, siguiendo la pérfida costumbre de su especie, unos pocos pieles verdes habían sobrevivido a la campaña lanzada contra ellos, huyendo como los cobardes que eran para refugiarse en las zonas más duras e inaccesibles de Nusquam Fundimentibus. Desde entonces habían estado esperando su momento, aumentando su número y preparándose para una nueva embestida contra los fieles servidores del Emperador. Al parecer, habían llegado a la conclusión de que había llegado ese momento, ya que había surgido entre ellos un líder lo suficientemente brutal y despiadado como para unir las diferentes facciones y dirigirlas fuera de las cavernas y los pasos de la Gran Cordillera Espinal para saquear las regiones relativamente defendidas que esa imponente línea de montañas protege de las peores ventiscas imperantes y que, por tanto, da sustento a una apreciable proporción del total de la población humana **(12)**. Hasta el momento, habían limitado sus asaltos a pequeños asentamientos mal defendidos, careciendo del valor para enfrentarse a los guerreros del Emperador en combate abierto, pero eso iría cambiando a medida que sus fáciles victorias engendraran en ellos una arrogante e inmerecida confianza, incrementando su fama y resolución, y recibiendo por ello nuevos refuerzos, qué no tardarían en unirse al estandarte de su líder, hasta tal punto que incluso la propia Primadelving **(13)** no tardaría en verse amenazada.

(12) *Aunque es más que evidente que Sulla no se molestó en buscar las estadísticas correctas, el caso es que aproximadamente el 35% de la población de Nusquam vive en la región de Leeward Barrens y sus provincias vecinas. Incluyendo la capital planetaria, así como su cadena de ciudades subterráneas satélites.*

(13) *La capital planetaria.*

No hace falta decir que tal estado de cosas resultaba del todo intolerable para todos los devotos seguidores del Trono Dorado, aunque ninguno de nosotros, al escuchar las medidas palabras del Comisario Caín, temió ni por un momento que tal resultado pudiera siquiera llegar a darse. Como siempre, inspirada por su tranquila confianza, juré en el acto que ningún pielverde pondría jamás un pie en la sede del poder imperial en Nusquam Fundimentibus, y estoy segura de que no fui la única en hacerlo.

Con nuestros espíritus exaltados, nos embarcamos en la nave de transporte que nos habían asignado para el viaje con el corazón resuelto y una firme determinación, sin saber todavía la catastrófica forma en que iba a terminar el viaje, y el heroísmo que el Comisario Caín iba a mostrar de nuevo ante tan inesperado revés.



CAPÍTULO DOS

-No parece gran cosa-, comentó despectivamente Jurgen, acompañando sus palabras con una ráfaga de halitosis al tiempo que inclinaba el cuello para ver mejor la nave a la que nos acercábamos. Había guardado su habitual y taciturno silencio mientras nuestro sobrecargado transbordador se abría paso a través de la atmósfera en su camino hacia la órbita, pero, en aquel momento, cuando nos desplazábamos suavemente por el vacío, su estómago parecía haberse tranquilizado lo suficiente como para animarse de nuevo a conversar.

Volví la cabeza para ver con más claridad a través de la portilla, mientras trataba de mantener mi nariz lo más alejada posible de la vecindad de mi ayudante, y sentí un leve cosquilleo de aprensión al ver por primera vez con claridad el carguero requisado que nos había sido asignado de urgencia y que iba a ser nuestro hogar durante las próximas semanas **(14)**. Se alzaba sobre nuestro transbordador con la misma majestuosidad que cualquier otra nave estelar que hubiera visto antes, pero no puedo negar que mi impresión inmediata fue de decepción más que de la admiración que generalmente sentía en situaciones similares. Sobre varias de las placas originales de su casco habían sido burdamente soldadas varias planchas del tamaño de Chimeras, cuyas runas de protección parecían descoloridas y desgastadas, mientras que toda una maraña de antenas y matrices de los auspex surgían inesperadamente en extraños ángulos, debido a que evidentemente, se trataba de añadidos posteriores a la

construcción de la superestructura. Por supuesto, no parecía tan decadente como los restos que formaban el Pecio Espacial que había sido lo suficientemente estúpido como para asaltar con los Recobradores, pero a grandes rasgos me veía obligado a reconocer que había visto naves orkas que me parecieron algo más dignas de navegar por el espacio que aquel cacharro. A medida que nos acercábamos, pude distinguir varios grupos de servidores y visioingenieros equipados con trajes de vacío que llevaban a cabo sus arcanos rituales en el propio casco, algo que no hizo nada por apaciguar mi creciente intranquilidad, más bien al contrario.

(14) *Dado que Caín está escribiendo en retrospectiva, podemos asumir que se trata de una simple hipérbole, buscando un efecto dramático.*

-Tampoco lo era la *Puro de Corazón*-, le recordé, más en mi propio beneficio que en el suyo**-, y eso nos llevó hata Simia Orichalcae y luego nos trajo de regreso.**

-Sin embargo, esa nave contaba con su propio tecno-sacerdote a bordo-, señaló Jurgen**-. Si a esta gabarra le han asignado uno, solo será por qué habrá cabreado mucho a alguien -.** Aquella puntualización me pareció una correcta evaluación, aunque también era verdad que la presencia de discípulos del Omnissiah plenamente ordenados no era muy común en naves de aquel tamaño.

Me encogí de hombros, intentando parecer despreocupado en beneficio de los soldados que nos rodeaban**-. No me cabe duda de que estará a la altura-,** sentencié.

Afortunadamente, la primera visión que tuve del muelle de atraque fue suficiente para levantarme el ánimo, el organizado caos de los soldados desembarcando y guardando el equipo me resultaba casi relajante por su familiaridad, e incluso la visión de la capitán Sulla reprendiendo a sus jefes de pelotón por alguna discrepancia en sus manifiestos de carga no fue suficiente para menguar la repentina mejora de mi estado de ánimo. Como siempre, parecía decidida a que la Primera Compañía fuera la primera en ser desembarcada, y además haciéndolo más eficientemente que cualquiera de las demás. Obviamente, su innegable experiencia en logística la convertía en la mujer idónea para ese trabajo **(15)**. Incluso se había debatido, una vez confirmado su ascenso a capitán, si se la debía asignar la Tercera Compañía **(16)**, donde sus habilidades podrían ser mejor aprovechadas, pero para entonces ya se había afianzado sólidamente como comandante en funciones de la Primera Compañía, por lo cual Kasteen, Broklaw y yo nos habíamos terminado por decantarnos por no hacer más cambios. Sin embargo, aún estaba por ver si su exasperante tendencia a las acciones impulsivas se vería atenuada por sus mayores responsabilidades, y tomé nota mental de mantenerme lo más alejado de ella en el caso de que se diera la más remota posibilidad de que entráramos en combate, al menos hasta tener la ocasión de comprobar si las cosas evolucionaban como esperábamos.

(15) *Sulla había servido como sargento de intendencia en el 296º, hasta que los tiránidos le consiguieron una oportunidad de ascender por el expeditivo sistema de devorar a la mayoría de los oficiales del regimiento.*

(16) *Compañía que incluía a las unidades de apoyo logístico del 597º.*

-¡Comisario!-. Como no podía ser de otra forma, Sulla me saludó a voz en grito, a pesar de mis discretos esfuerzos por pasar a hurtadillas mientras estaba distraída, y su rostro adoptó la familiar sonrisa dentuda que siempre me hacía pensar en equinos**-. Aquí, el capitán Mires, quería hablar con alguien con autoridad.**

El nombre no significaba nada para mí, ya que no teníamos a nadie con ese nombre y rango en el 597º, y por un momento me pregunté si, después de todo, íbamos a compartir nuestro viaje con otro regimiento; pero, justo entonces, encajaron las piezas, y me encontré extendiendo la mano a un hombre bajo, con una poblada barba, vestido con una túnica blanca ceñida con una faja bermellón demasiado estirada. Al igual que muchos de los capitanes de cargueros civiles **(17)** que había conocido en el pasado, parecía ansioso por mostrar su "*agradecimiento*" por el honor que suponía nuestra presencia para su nave, al tiempo que remarcaba tenazmente el hecho de que era *su nave* y que no iba a cambiar la forma de hacer las cosas a bordo en nuestro beneficio.

(17) *A diferencia de las naves auxiliares de la flota, las cuales, a pesar de ser naves de carga, eran cruceros de la Armada Imperial a bordo de los cuales se seguían las ordenanzas y códigos de vestimenta propios de una unidad militar.*

-Entonces, ¿está usted al mando? -, preguntó, aceptando la mano que le ofrecía para darme un único y superficial apretón, antes de soltarla de nuevo apresuradamente al darse cuenta de que no todos los dedos cubiertos por mi guante eran los que había recibido al nacer. Explicar mi posición fuera de la cadena de mando en términos que un civil pudiera comprender era algo demasiado aburrido como para siquiera pensar en ello, y, en

cualquier caso, estaba seguro de que Kasteen tendría mejores cosas que hacer que ser molestada por "*transportistas*" engreídos, así que me decante simplemente por asentir.

-Comisario Ciaphas Caín-, me presenté**-, a su servicio.**

A lo largo de los años me había acostumbrado a una gran variedad de respuestas ante la mención de mi nombre, puesto que mi reputación seguía creciendo más allá de lo razonable, especialmente cuando las historias salvajemente exageradas de mis hazañas empezaban a circular entre la población civil **(18)**, pero la reacción de Mires me cogió completamente por sorpresa. En lugar de la expresión ligeramente vidriosa de alguien que se esfuerza por comprender que soy una persona real y que estaba en la misma habitación que él, o la asombrada y bobalicona mirada con la boca abierta como un pez, o incluso la estudiada despreocupación de aquellos que se niegan a parecer impresionados por mí, y con las que me había familiarizado, soltó una fuerte carcajada y me dio una palmada en la espalda.

(18) *En el Comisariado estuvieron muy ágiles en ver las ventajas de aprovechar el hecho de que uno de sus miembros fuera muy popular entre las tropas a las que estaba asignado.*

-Claro que sí, campeón-, espetó carcajeándose**-. Seguro que sí. Apuesto a que todas las mujeres caen rendidas a sus pies, ¿eh?**

Para mi propia sorpresa, yo también me reí, principalmente por la expresión de incredulidad de Sulla; normalmente

estaba tan segura de sí misma que, por una vez, resultaba una refrescante novedad verla sorprendida.

-Alguna que otra vez-, admití, pues siendo sincero conmigo mismo, en esa época, ya había dejado atrás mis días de despreocupado ligoteo **(19)-**. **¿En qué le puedo ayudar?**

(19) *Al menos eso esperaba yo.*

-Demasiados contenedores de carga están acabando en el lugar equivocado-, me explicó, señalando directamente a Sulla con la mirada**-. Mis tripulantes son los responsables de la estiba. Saben perfectamente cómo optimizar el espacio de la forma correcta, pero su gente no les está dejando hacer su trabajo.**

-No me cabe la menor duda de que su gente son la mejor tripulación del sector-, le mentí descaradamente**-, cuando se trata de manejar cargamentos normales, pero el equipo militar requiere de habilidades especiales para manipularlas con seguridad-.** Levanté un poco la voz debido al estrépito que causaran varias cajas de granadas que se habían caído de su palé, y de la acalorada discusión que se inició respecto a quién había sido el culpable**-. Los explosivos deben ser revisados periódicamente, por lo que deben estar en zonas de fácil acceso. Y lejos de cualquier cosa que pueda causar una detonación accidental-.** Empecé a alejarme de allí al ver que la sargento Penlan, *la Gafe*, cuyo apodo era de sobra merecido, se acercaba a su escandaloso escuadrón para restablecer el orden, y Mires me imitó.

-Entiendo lo que quiere decir-, admitió, frotándose la nariz**-. Será mejor no alterar su sistema, ¿verdad? No quiero que ningún nuevo agujero en mis cubiertas.**

-Creo que estamos de acuerdo en eso-, concedí**-. ¿Necesita algo más?**

-Pues lo cierto es que sí-. Hizo un gesto despectivo con el pulgar en dirección a Sulla**-. La caballona esa con la que estaba hablando dice que quiere que deje la bodega vacía. ¿Es eso cierto?**

-Así es-, confirmé, tratando de no sonreír ante la descripción que acababa de hacer de Sulla, por mucho que estuviera de acuerdo con él**-. Necesitaremos un área de entrenamiento donde nuestra gente pueda practicar sus ejercicios de combate durante el tránsito.**

Mires se encogió de hombros**-. Estaré de acuerdo siempre y cuando paguen por los daños que puedan causar en los mamparos.**

Llegamos al pasillo más allá de la bahía de carga, la puerta se cerró a nuestras espaldas bloqueando el bullicio de las operaciones de desembarco, y observé nuestro nuevo entorno con no poca sorpresa. Desgraciadamente el interior de la nave me resultaba aún menos atractivo de lo que me había esperado por su aspecto exterior.

Muchos de los paneles luminosos del techo parpadeaban de manera irregular, incluso un par de ellos estaban completamente apagados, y un panel de inspección en la

pared colgaba torcido, dejando a la vista parte del cableado interior. A juzgar por el grado de decoloración amarillenta del papiro votivo sellado a su borde por un pegote de cera cubierto de polvo que mostraba la huella del engranaje del Adeptus Mechanicus, no me cupo la menor duda de que, sin duda alguna, el último tecnosacerdote que lo había revisado ya se había retirado, probablemente por vejez, si es que no estaba ya criando óxido.

-Dudo que dejemos algo en peor estado del que ya está-, le repliqué sin miramientos.

Mires reaccionó enfadado.

-A mi nave no le pasa nada-, me respondió profundamente indignado, como si le acabara de acusar de algo tan antinatural como compartir el mismo gusto por el orden que un gretchin**-. Está algo remendada, no lo voy a negar, pero es tan sólida como su fe en el Emperador-.** Un comentario que me resultó mucho menos alentador de lo que imagino que él pretendía.

-Sin duda-, le dije tan diplomáticamente como pude. Lo último que necesitábamos era enemistarnos con nuestro capitán antes siquiera de salir de la órbita.

Mires asintió, aceptando la implícita disculpa**-. Es verdad que no le irían mal algunas reparaciones-,** admitió**-. Por aquí y por allá.**

-Si tiene suerte-, añadí, sin poder resistirme a tomarle un poco el pelo**-, podría recibir algún que otro arañazo en**

combate. En tal caso el Munitorum estaría obligado a financiar las reparaciones.

-¿Cree sinceramente que hay alguna probabilidad de que pase eso?-, preguntó Mires, tratando de no parecer aprensivo y fracasando estrepitosamente.

-La verdad es que no-, dije, para su visible alivio**-. En esta ocasión los orkos no cuentan con naves espaciales. A menos que hayan pedido refuerzos, claro está-.** Lo cual no parecía probable, ya que los piratas orkos solían estar más interesados en buscar cargamentos que pudieran robar o naves de guerra que pudieran proporcionarles una buena pelea, que en involucrarse en cualquier escenario que acabara implicando acciones en tierra. A no ser que los combates en Nusquam Fundimentibus acabaran convirtiéndose en un ¡Waaaaagh! en toda regla, en cuyo caso atraería a todos los pieles verdes del sector; motivo por el cual era aún más prioritario cortar este brote de raíz.

Si hubiera sabido en aquel momento lo que vendría después, los orkos se hubieran convertido en la menor de nuestras preocupaciones, incluso antes de que el viaje llegara a su catastrófica conclusión; pero, sinceramente, no veo cómo nadie podría haber predicho el desafortunado resultado de las décadas de abandono a las que habían sido sometidos los sistemas más vitales de la *Fuegos de la Fe*.

CAPÍTULO TRES

A pesar del ruinoso estado en el que se encontraba la *Fuegos de la Fe*, el viaje a Nusquam Fundimentibus transcurrió de forma bastante tolerable. Mires y su tripulación se mantuvieron al margen en la medida de lo posible **(20)**, algo que nos vino de perlas, ya que pudimos concentrarnos en la próxima campaña contra los orkos sin ningún tipo de fricción con los navegantes del vacío que distrajera a los soldados. Incluso la cabo Magot no encontró a nadie con quien iniciar una pelea, para su evidente decepción y mi discreto alivio. La mala calidad del aire que se respiraba a bordo de la *Fuegos de la Fe* seguía castigando mi agobiada sensación de malestar, por lo que cualquier otro motivo de preocupación habría resultado terriblemente inoportuno. Conocía a Kasteen y a Broklaw lo suficientemente bien como para darme cuenta de que ellos también estaban lejos de estar contentos, así que cuando finalmente recibimos un mensaje desde el puente informándonos de que estábamos a punto de salir de la disformidad, el aire de alivio entre los altos mandos fue de lo más palpable.

(20) *Con suficiente éxito como para evitar irritar aún más a Caín, dado que este no menciona a ninguno de las docenas de tripulantes de la nave con quienes debió encontrarse en el día a día de una nave de este tamaño.*

-Ya era hora-, suspiró Kasteen, expresando en voz alto lo que todos sentíamos. Acto seguido me miró sonriente**-. Supongo que querrás estar en el primer transbordador que descienda al planeta.**

Asentí con la cabeza, como si realmente estuviera valorando cuidadosamente sus palabras. Mi costumbre de salir de las naves de transporte lo antes posible se había convertido en una especie de tradición del regimiento, al menos cuando había pocas perspectivas de llegar a una ZA caliente **(21)**. Consolidaba mi reputación de liderar desde el frente, y, lo que realmente me importaba a mí, conseguía tener una incuestionable ventaja a la hora de conseguir los alojamientos más cómodos de las instalaciones que nos asignaran. Por otra parte, tampoco era menos cierto que, dado su entusiasmo y su capacidad logística, era casi seguro que en el primer transbordador en salir se encontraría el pelotón de mando de Sulla, y la perspectiva de tener que aguantar su insulsa cháchara durante todo el trayecto me resultaba algo menos atractiva.

(21) *Acrónimo de Zona de Aterrizaje, cuando se incluye la palabra "caliente" es para indicar que se trata de un área bajo el fuego del enemigo.*

-Había pensado que, dadas las actuales circunstancias, ¿las damas primero? -, sugerí. Era más que evidente la impaciencia de Kasteen por bajar lo antes posible a aquella desolada bola de hielo en la que íbamos a estar atrapados durante los próximos meses y empezar a matar orkos, así que pensé que habría sido de mala educación no hacerle esa oferta. No puedo decir que se pusiera a dar palmas con las orejas, ya que eso no habría estado a la altura de la dignidad de su uniforme, pero me sonrió con bastante más calidez de la que esperaba encontrar en la superficie de Nusquam Fundimentibus.

-Gracias-, dijo**-. Hacía tiempo que no tenía oportunidad de ir en vanguardia.**

Broklaw parecía bastante menos contento que ella, porque ahora le tocaría esperar al último transporte **(22)**, mientras lidiaba con todos los problemas que uno esperaría que surgieran al tratar de desembarcar a casi mil hombres y mujeres, junto con todo su equipo, vehículos y suministros, con sólo suficientes lanzaderas disponibles como para trasladar aproximadamente un tercio de ese número. Sin embargo, era demasiado buen soldado para discutir al respecto, así que se limitó a asentir.

(22) *La Coronel y su segundo al mando nunca viajaban en la misma lanzadera, de forma que si esta era derribada por una acción enemigo o un simple accidente, el mando del regimiento no quedaría decapitado.*

-Guárdame un par de pieles verdes-, dijo con una sonrisa ligeramente forzada.

-Bueno, será mejor que vaya a observar las operaciones-, comenté. El protocolo exigía que hubiera alguien de alto rango en el puente cuando entráramos o saliéramos de la disformidad, aunque, como muchas tradiciones asociadas con el tránsito en naves civiles, el origen de tal práctica se había perdido en la noche de los tiempos **(23)**, y ambos estarían muy ocupados a partir de ahora, a fin de preparar nuestro próximo despliegue.

(23) *Parece que esta costumbre se remonta a la Herejía de Horus, cuando las lealtades de las tripulaciones de las naves no era algo que pudiera darse por descontado. Por ello, la presencia en el puente en momentos cruciales de personal armado resultaba una útil herramienta para asegurar su buena fe.*

-Mejor tú que yo-, convino Broklaw. La última vez que nos habíamos aproximado a un mundo helado en una nave civil, nos habíamos agolpado todos en el puente, alrededor del

hololito, ansiosos por ver en qué nos estábamos metiendo. Desgraciadamente Simia Orichalcae había resultado estar contaminada de un modo que nadie esperaba, y supongo que todos queríamos que nuestra llegada a Nusquam Fundimentibus fuera lo más diferente posible desde el principio. (Algo que, tal y como resultaron las cosas, definitivamente conseguimos, aunque de una manera que difícilmente ninguno de nosotros hubiera podido prever).

La otra diferencia principal en esta ocasión era que el capitán de la *Puro de Corazón* había estado tan profusamente cubierto de augméticos que era prácticamente un elemento más de los equipos del puente; así que la única forma en que Kasteen, Broklaw o yo podíamos hablar con él era visitando el puente en persona, de modo que habíamos acabado pasando allí bastante más tiempo del que normalmente pasábamos durante un viaje, y llegamos a conocer bastante bien a él y a su tripulación. Por el contrario, Mires había mantenido las distancias junto con el resto de sus tripulantes, así que yo aún no había puesto un pie en el lugar. Broklaw había observado desde allí nuestra salida de Coronus, y le habían hecho saber sin duda alguna que no era bienvenido; pero una cosa a la que uno se acostumbra rápidamente en el Comisariado es al aire de hosca hostilidad que irradia la mayoría de la gente de su entorno, así que no me iba a molestar en lo más mínimo sus muestras de desaire.

Nuestras deliberaciones se vieron interrumpidas en ese momento por el grato olor de la tanna recien hecha, acompañado del menos grato aroma de unos bien sudados calcetines, cuando Jurgen se acercó con una bandeja de refrigerios

-¿Necesitan algo más, señor?-. Preguntó, mientras terminaba de repartir los tazones de té, y yo asentí con la cabeza, sorprendido por una idea repentina.

-Ahora que lo dice, si-, respondí**-. Voy a hacer una visita diplomática al capitán de la nave y creo que sería conveniente que mi ayudante me acompañara.**

Jurgen asintió con sobriedad, ajeno a las apenas reprimidas sonrisas en los rostros de Kasteen y Broklaw. Aunque, en ese momento, no tenía en mente otra cosa que recompensar a Mires como se merecía por su descortesía con el mayor, al final iba a agradecer más de lo que podía imaginar el pícaro impulso de llevarme conmigo a mi ayudante.

-Entonces será mejor que me adecente un poco, señor-, afirmó, sin percatarse de la extrema ironía de su comentario.



Bueno, en su honor he de decir que sin duda se esforzó, aunque yo era el único hombre a bordo que conocía a Jurgen lo suficientemente bien como para percatarse de ello. Cuando se reunió conmigo en el pasillo que conducía al puente, había peinado su cabello gracias a la esperanzadora aplicación de un peine que contaba aun con un razonable número de púas, y su uniforme le colgaba menos torcido que de costumbre, con los brazos y las piernas de su traje de faena más o menos alineados con los miembros que

cubrían. Seguía llevando la habitual colección de bolsos y equipos que le acompañaba a todas partes, cubriendo parcialmente el chaleco blindado de su torso, y sujetadas por una maraña de correas que desafiaban la geometría más elemental, pero que por una vez quedaban ocultas bajo el tradicional gabán valhallano que la mayoría de los forasteros asocian con los regimientos de ese mundo, y que en realidad casi nunca llevan **(24)**.

(24) *Los nativos de mundos helados parecen ser relativamente inmunes a las bajas temperaturas que la mayoría de los ciudadanos del Imperio considerarían insoportables. Sólo se molestaban en ponerse prendas de abrigo cuando las condiciones eran tan duras que les recordaban a su lejano hogar.*

-¿Estás seguro de que necesitarás esas dos?-, pregunté, señalando con la cabeza las armas que llevaba. Tenía el fusil láser colgado del hombro, como siempre, de manera que podría tomar la empuñadura y apretar el gatillo en un santiamén, mientras que el melta que había adquirido en Gravalax colgaba cruzado en su espalda, para minimizar el tiempo que pasaría descolgándose la aparatosa arma en los pasillos donde el techo estuviera más bajo y al cruzar el tipo de puertas estrechas que solían ser bastante comunes en las naves de este tipo.

Jurgen se encogió de hombros.

-Nuestro equipo estaba preparado para el transporte-, señaló razonablemente**-. No tenía otro sitio donde ponerlo-.** Por supuesto, se refería a su melta; como cualquier mujer u hombre de la Guardia, antes se dejaría cortar su brazo derecho que separarse de su fusil láser.

-Me parece justo-, acepté. Al fin y al cabo, yo también llevaba un par de armas conmigo, aunque en mi caso lo hacía de una forma bastante más discreta; mi espada sierra y mi pistola láser ya formaban parte de mi uniforme tanto como lo hacían mi faja y mi gorra, y me habría sentido totalmente desnudo sin ninguna de ellas.

Tal vez debido a la cantidad de potencia de fuego que portábamos, los miembros de la tripulación con los que nos cruzábamos en los pasillos parecieron bastante reacios a entablar conversación con nosotros, incluso después de habernos alejado bastante de las zonas de la nave en las que nos habíamos alojado. Sin embargo, yo había estado a bordo de suficientes naves estelares como para tener una idea bastante clara de dónde estaba el puente, así que no tuvimos necesidad de preguntar cómo llegar; probablemente eso fue lo mejor, ya que la mayoría de las personas con las que nos encontramos parecían demasiado absortas en el mantenimiento de los destartalados sistemas de la *Fuegos de la Fe* como para distraerse. Si alguno de ellos me pareció excesivamente aprensivo, lo achaqué a las armas que mi ayudante y yo llevábamos abiertamente: sólo a toro pasado empecé a preguntarme si ese habría sido realmente el motivo.

La seguridad a bordo era aparentemente tan inexistente como el programa de mantenimiento, y comencé a pensar que seríamos capaces de llegar al puente sin problemas, justo antes de que nos bloquearan el paso.

-Sólo para la tripulación-, nos espetó una severa mujer mientras salía de una puerta cercana, presumiblemente en respuesta al ruido de los tacones de nuestras botas sobre las desalineadas placas de la cubierta. Su chaqueta llevaba

en una de las mangas un deshilachado cordón trenzado que una vez había sido dorado, por lo que imagine que probablemente fuera una oficial o algo similar en la jerarquía interna de la nave, aunque visto lo visto, quizá simplemente estaba allí cuando la había comprado. Como fuera, el caso es que se nos quedó mirando altaneramente, como si nuestra inmediata sumisión a la autoridad que ella creía tener fuera la inevitable conclusión de nuestro encuentro.

-Debemos estar presentes para observar la finalización de las operaciones de tránsito-, la informé, en un tono severo, pero manteniéndome aún dentro del campo de la cortesía, aunque ella reaccionó como si le acabara de lanzar una pedrada**-. El capitán Mires nos estará esperando.**

-No me ha dicho nada al respecto-, continuó la mujer, frunciendo el ceño. Mi ayudante sonrió, de una manera que supongo él candorosamente imaginó que resultaba tranquilizadora, y nuestro pretendido obstáculo se sonrojó mientras cejaba en su actitud.

-Es por ahí abajo-, dijo, señalando en una dirección con la mano**-. La puerta grande, con el cartel "*Vete a la mierda, si, Me refiero a ti*".**

-Muchas gracias, señorita-, se despidió Jurgen, decidido a comportarse lo más educadamente posible.

-De nada-, respondió la mujer, más por reflejo que por otra cosa, claramente asombrada al descubrir que él sabía

hablar, algo que, si acaso, aumentó aún más su evidente desconcierto**-. A mí… es que me esperan, tengo que... -,** hizo un gesto indeterminado con la mano**-, ya saben, hacer unas cosas-.** Apenas acabo de hablar se retiró apresuradamente a su guarida, dejándonos a Jurgen y a mí continuar nuestro camino sin más molestias.

-Bien hecho, Jurgen-, le felicite**-. Muy diplomático.**



-Debe de ser aquí-, comentó mi ayudante, cuando llegamos ante una puerta metálica, en la que se había pintado con pintura roja el mensaje de bienvenida que nos acababan de comentar, y con algo de prisa, a juzgar por lo irregular de las pinceladas. También había un dibujo bastante gráfico, presumiblemente destinado a aquellos tripulantes que destacaban por ser analfabetos, y que parecía tan doloroso como anatómicamente improbable.

Asentí con la cabeza y empujé la puerta, anunciando nuestra presencia con el sonoro chirrido de las bisagras sin engrasar.

-¿Acaso no saben leer?-, nos saludó Mires, levantándose de su trono de mando, con la barba erizada de forma beligerante. Por un momento creí que estaba solo, ya que los miembros de la tripulación que esperaba ver en el lugar estaban aparentemente ausentes, pero un momento después pude distinguir una serie de figuras encorvadas

que examinaban los paneles de instrumentación montados en una línea de atriles de control a su espalda. Un buen número de puestos estaban apagados y sin personal, y un par más estaban atendidos por servidores, que parecían tan decrépitos como todo lo que había visto en aquella nave desde que habíamos embarcado. La cámara en sí era tan abovedada y resonante como la mayoría de los puentes de las naves que había visitado a lo largo de los años, pero el grado de iluminación era considerablemente inferior; al igual que los pasillos, varias de las luminarias del techo estaban rotas, mientras que otras parpadeaban de una manera que indicaba claramente que un definitivo fallo catastrófico no era más que cuestión de tiempo.

-Habrán pasado unos minutos desde la última vez que lo hice-, le repliqué**-, pero no creo que desde entonces haya perdido esa destreza-.** Me hice a un lado para que Mires se beneficiara de poder observar a Jurgen, y no pude dejar de percatarme de su evidente sobresalto con una sensación de satisfacción bien enmascarada. Los bajos niveles de luz hacían resaltar a la perfección el inusual aspecto de mi ayudante, que he de decir le confería un aspecto realmente siniestro a lo que él imaginaba que sería una imagen sobria y digna, mientras que el parpadeante resplandor de la gran pictopantalla que colgaba del techo resaltaba las armas que portaba, convirtiéndolas de facto en el foco de atención inmediato de todos los presentes-. **Le presento a mi ayudante, el artillero Jurgen. Estamos aquí para observar la transición.**

-Oh-. Alcanzó a decir Mires mientras nos miraba alternativamente a mi ayudante y a mí-. **Bueno, vale-.** Intentó volver a tomar la iniciativa, con una mirada nerviosa en dirección a Jurgen, pero su abundante vello facial no le

ayudó a disimular su creciente incomodidad al darse cuenta de que mi ayudante se interponía entre él y los recirculadores de aire, que tuvieron el efecto de enviar una constante corriente del singular abanico oloroso de mi ayudante justo en dirección al trono de mando**-. Me había olvidado de ese detalle.**

-Entonces le aconsejo que refresqué su memoria respecto a los protocolos del Munitorum-, le aconsejé. Al igual que él, yo no tenía ni idea de cuales eran esos protocolos, pero obviamente Mires no podía saber eso. Para empezar, sólo el Trono sabía por qué se le había confiado a aquel tipo el transporte de una unidad de la Guardia a una zona de guerra **(25)**.

(25) *Probablemente se debiera simplemente a que su nave se encontraba en el sistema Coronus en ese momento, y fue el primer carguero disponible que encontraron los zánganos del Munitorum con la capacidad de carga necesaria para transportar al 597ª y toda su impedimenta.*

-Buen consejo-, dijo, tratando de adoptar una postura conciliadora. Se acomodó con un buen alarde de eficiencia, respirando un poco más superficialmente por la nariz**-. Preparando el tránsito en... ¿Cuánto falta para el tránsito, Kolyn?**

-El Trono sabrá-, respondió uno de los tripulantes del puente, entrecerrando los ojos en medio del humo que salía de su cigarro de lho, sin molestarse siquiera en alzar la vista del panel de instrumentación para responder. Golpeó irritado el atril de control con el canto de una mano**-. Ya te dije que deberíamos haber pagado un extra para que bendijesen los ungüentos.**

-¿Hay algún problema?-, pregunté, sintiendo que las palmas de las manos empezaban a picarme, como siempre lo hacían cuando mi paranoia empezaba a hacer acto de presencia en previsión de una amenaza.

-Por supuesto que no. Todo va bien, todo bien aquí-, me aseguró Mires, en un tono de voz demasiado alto y enérgico como para resultar tan tranquilizador como obviamente esperaba.

Eché otra mirada al tripulante, mientras volvía a golpear la consola, y observaba los parpadeantes diales con un palpable aire de alivio.

-Ya está-, dijo, llevándose el cigarro a la comisura de los labios y haciendo un gesto con la palma de la mano para que le diera suerte **(26)**. Al ver el gesto, alcé la mano para activar el comunicador vox que como siempre llevaba en el oído.

(26) *Un gesto común en aquella región del espacio, que consiste en doblar el pulgar para colocarlo sobre la palma de la mano, con la mano extendida de manera que imite la forma del ala del Aquila Imperial. También Caín menciona hacer ese gesto de vez en cuando, a lo largo de sus memorias.*

-A punto de iniciar el transito-, comuniqué por el canal general de mando**-. Prepárense, puede resultar un tanto brusco.**

Bueno, en eso no me equivoqué. Apenas terminé de hablar, me invadió la conocida sensación de náuseas que siempre acompañaba a las traslaciones entre la disformidad y el materium, dejándome sin aliento. A lo largo de los años, y

de los innumerables viajes entre mundos, me había acostumbrado razonablemente a ese malestar, pero en esta ocasión lo sentí bastante diferente; como si algo me hubiera envuelto, asfixiándome, durante un instante que se antojó eterno, y luego, de repente, terminó, permitiéndome respirar de nuevo. El ejemplo más aproximado que se me ocurría fue el episodio en el que el *Mano de la Venganza* había sido arrancado de la disformidad en el sistema Perlia debido a la acción de una cábala de psiquicos orkos, pero al menos en esta ocasión me había librado del paralizante dolor de cabeza que en aquella ocasión había acompañado a la sensación de malestar.

-¿Cómo demonios llamas a eso?-, preguntó Mires, poniéndose en pie con rabia y dando un par de pasos hacia el desdichada Kolyn**-. ¿Quieres que la carga piense que no somos capaces de dirigir bien nuestra propia jodida nave? -.** De repente, consciente de lo que acababa de decir, miró en mi dirección con un ligero aire de disculpa**-. No pretendía ofenderle.**

-No me he ofendido-, le mentí tratando de mantener una imagen de tranquilidad. El cosquilleo en las palmas de las manos se intensificaba, aunque al principio no podía ver nada que explicara ese malestar que se negaba a remitir. La pictopantalla volvía a mostrar las estrellas, en lugar de las runas, así que al menos habíamos salido de la disformidad; supuse que uno de los puntos de luz era el sol que ahora orbitábamos, muy lejos de su influencia gravitatoria, pero a esa distancia no parecería diferente de las demás. Asombrado por la obviedad, busqué en la imagen proyectada alguna señal de que algo inimaginable nos hubiera seguido, pero si algo lo había hecho fue lo

suficientemente inteligente como para mantenerse fuera de la vista de los auspex instalados en el casco.

Al no encontrar ningún rastro de amenaza externa, empecé a estudiar nuestro entorno con más detenimiento, empezando por Mires, que seguía regañando a su desafortunado subordinado con una vehemencia y un imaginativo uso de blasfemias que generó un gesto de admiración por parte de mi ayudante. Sin embargo, por muy entretenida que me pareciera su diatriba, no era el momento de pararme a apreciar su destreza verbal. Sin quererlo, mis manos se dirigieron a las armas de mi cinturón.

-No ha sido culpa mía-, protestaba Kolyn, que por fin pudo meter baza aprovechando que Mires se detenía para respirar**-. El campo Geller se ha estropeado cuando hemos llegado.**

-¿Cómo que se ha estropeado?-, pregunté urgentemente. Ya me había enfrentado a demonios antes, y no tenía ningún deseo de volver a hacerlo; el incidente de Adumbria aún estaba demasiado fresco en mi memoria como para siquiera planteármelo.

Para mi alivio, Kolyn negó con la cabeza**-. Sólo ha sido una ligera fluctuación-,** explicó. Su voz tenía un tono enfadado que reflejaba el de su capitán**-. Llevo meses diciéndote que los sellos necesitan ser reconsagrados.**

-Vale-. Una fina gota de sudor se hizo visible en la frente de Mires, cuando empezó a comprender lo cerca que había estado de condenarnos a todos**-. Pondré a un eclesiárca en ello tan pronto como atraquemos.**

-Más te vale-, sentenció Kolyn, con el tono de un subordinado leal al que finalmente se le empuja a tomar una decisión que inicialmente no pretendía tomar**-, pero aun así, abandonaré la nave en cuanto atraquemos-.** Varios de sus compañeros asintieron, evidentemente decididos a acompañarle**-. No se puede jugar con la disformidad.**

-¿Está seguro de que nada nos ha seguido hasta aquí?-, insistí, pues mi propio instinto me seguía diciendo que algo iba terriblemente mal y se negaba a aceptar sus afirmaciones, y la breve vacilación de Kolyn antes de que finalmente asintiera no hizo nada por calmar mis temores.

-Quiero un informe de situación completo-, ordenó Mires, haciendo un intento tardío de aparentar que después de todo, él era el capitán, y tras una ligera pausa, los oficiales que le rodeaban empezaron a obedecer, algunos a regañadientes, otros con el frágil afán de los subordinados que observan la repentina aparición de una inesperada vacante en la cadena de mando.

-Ya está-, afirmó Mires, cuando el último de ellos terminó sus letanías de galimatías**-, no hay de qué preocuparse. Todo ha ido bien.**

-¿Y el resto de las estaciones?-, pregunté**-. Esas vacías que nadie supervisa.**

-No son importantes-, sentenció Mires, señalando con un gesto irritado al servidor más cercano, que había seguido tocando botones y moviendo palancas con una diligencia absoluta durante todo el pequeño drama que se había desarrollado en el puente**-. ¿Acaso cree que dejaría a esas cosas a cargo si lo fueran? -.** Pudo leer claramente la respuesta en mi cara, porque continuó como si la pregunta hubiera sido un mero ejercicio de retórica, y se dirigió directamente a aquella cosa**-. Sigma siete, informe.**

-Todos los sistemas funcionan dentro de los parámetros aceptables-, informó el servidor a través de su codificador de voz incorporado, y Mires se volvió hacia mí con una sonrisa de "*te lo dije*".

-¿Y el otro?-, pregunté, prestándole toda mi atención por primera vez. Al igual que su compañero, estaba tan decrépito como todo en aquel lugar, con los metales deslustrados y los componentes de carne mostrando una palidez palpablemente insalubre. Sin embargo, en lugar de mirar fijamente al atril que tenía delante, parecía temblar, como si estuviera sufriendo una repentina agonía. Desenfundé mis armas al instante, y como siempre Jurgen me imitó sin vacilación alguna, apuntando a aquella cosa con su fusil láser.

-Deténganse-, gritó Mires horrorizado, antes de que ninguno de los dos pudiera apretar el gatillo**-. Siempre está haciendo lo mismo. Jaren, dale un toque.**

El tripulante más cercano, uno de los miembros de la facción que claramente había echado el ojo al puesto de trabajo actual de Kolyn, se acercó y cumplió la orden, dándole un fuerte golpe a aquella cosa sobre su reforzado cráneo, con una llave inglesa que claramente guardaban allí para ese propósito. El temblor cesó, aunque el constructo semivivo no dio señales de volver al trabajo. Se limitó a permanecer allí, con su deforme cabeza girando lentamente para observar el puente, mientras Jaren se cernía sobre su hombro, dudando si debía o no repetir la operación.

-Reanude la tarea designada-, ordenó Mires, en el tono alto y lento que se requiere para instruir a la mayoría de los servidores para que hagan prácticamente cualquier cosa.

-Entrada de datos iniciada-, zumbó el codificador vox, mientras su cabeza, tras girar hacia la derecha todo lo que podía, iniciaba un lento recorrido en dirección contraria. Nunca me han asustado especialmente los servidores, a diferencia de otros, que los encuentran profundamente perturbadores, pero aquel medido y deliberado movimiento parecía, de alguna manera, vigilante, como si aquella mezcla de carne y tecno-teología nos estuviera evaluando.

-¿Qué entrada?-, exigió saber Mires. Se dirigió a Kolyn**-. ¿Has vuelto a reajustar estas malditas cosas a mis espaldas?**

-¿Por qué narices iba a hacer yo algo así?-, se defendió Kolyn mientras se giraba para estudiar al servidor con irritada perplejidad**-. Especifica la entrada.**

-Continuación de la entrada de datos-, recito la medio máquina, y que el Trono me castigue si exagero, pero podría jurar que escuché un destello de malévola emoción en aquella mecánica y plana voz. Un eco de desprecio y rencorosa diversión. Ignorando a Mires, y sin tener en cuenta lo que pudiera decir al respecto, apreté el gatillo de mi pistola láser.

No puedo decir que haya tenido que disparar a servidores muy a menudo en el transcurso de mi larga e inmerecida carrera, ya que la mayoría de las cosas que han querido matarme estaban compuestas de carne y hueso (o algo no muy diferente: a menos por supuesto, que incluyamos a los necrones, o a algunos de los extraños habitantes de la disformidad, que no están exactamente vivos en un sentido convencional), pero me había enfrentado a modelos de combate programados que en más de una ocasión me habían destrozado el uniforme. Esas experiencias me resultaron útiles justo en ese momento, guiando mi puntería hacia uno de los puntos más vulnerables, justo allí donde el modulador neural estaba conectado a la base de su cráneo. (Un punto que, ni que decir tiene, habría estado blindado en el caso de un modelo de combate, pero que en los modelos civiles se solían dejar a la vista para que fueran fácilmente accesibles para los mantenimientos rutinarios; aunque dudaba que los que estaban a bordo de la *Fuegos de la Fe* se hubieran beneficiado mucho de tal diseño). El rayo láser le dio de lleno, con una satisfactoria lluvia de chispas y salpicando los alrededores de sangre y lubricantes.

-¿Qué demonios crees que estás haciendo?-, bramó Mires perdiendo finalmente las formas, mientras Jaren chillaba como un gretchin asustado y saltaba hacia atrás,

mirando con la boca abierta el pringoso desastre que era ahora su camisa.

En lugar de derrumbarse, el sirviente se volvió hacia mí, con los ojos brillando con una maligna inteligencia, y los arruinados mecanismos parecieron licuarse y fundirse con su necrótica carne. Los cables de alimentación se desprendieron del atril que manejaba y se enroscaron alrededor de sus extremidades, mientras que cancerosos brotes comenzaron a surgir alrededor y entre ellos, absorbiendo los crujientes restos en su cuerpo**-. Entrada de datos completa-,** anunció con suficiencia**-. ¡Ya estoooy aquiiiií!**

-¡Cuidado!-, grité, pero era demasiado tarde: los cables serpentearon hacia el huidizo Jaren, que se convulsionó por un momento mientras la corriente recorría su cuerpo, antes de caer inerte sobre la cubierta. Sin estar seguro de si seguía vivo o si sólo se movía por reflejo galvánico, le disparé el siguiente rayo láser en la cabeza antes de volver a apuntar a la abominación que estaba tomando forma frente a mí: había sido demasiado tarde para salvarle la vida, pero quizá hubiera llegado a tiempo de preservar su alma.

Sobra decir que Jurgen no había necesitado recibir orden alguna para abrir fuego a su vez, y estaba dirigiendo ráfaga tras ráfaga de rayos láser a la deforme monstruosidad. El cuerpo de Jaren estaba siendo arrastrado hacia él, todavía rodeado por un nimbo de energía crepitante, tanto de fuegos originado por la brujería disforme como eléctricos, si es que se podía confiar en mi juicio al respecto **(27)**; ante mi horrorizada mirada, también empezó a fluir, como cera

derretida, sangre, carne y huesos que ayudaban a redoblar el tamaño del horror biomecánico que teníamos delante.

(27) *Y puedo confirmar su buen juicio en estos temas, habiéndose tropezado con psíquicos rebeldes en diferentes ocasiones antes de este episodio en concreto.*

-¡Demonio en el puente!-, vociferé, con la voz quebrada por el pánico**-. Necesitamos refuerzos. Nuestras armas láser no lo detendrán.**

-¿Qué podemos hacer?-, preguntó Mires, sin ningún tipo de aspaviento, mirando aquella cosa con la boca abierta.

-Correr-, le respondí, preparándome para hacer lo mismo y preguntándome si tendría que usar mi espada sierra para atravesar el pequeño grupo de acojonados tripulantes que bloqueaban la puerta**-. A menos que quiera ser el siguiente en el menú.**

No lo quería, como era de esperar, y se unió al éxodo generalizado, mientras Jurgen y yo seguíamos acribillando a la abominación que teníamos delante con inefectivas ráfagas de láser para cubrir la retirada de los civiles. Lo cual, como ya he admitido en otras ocasiones, no era precisamente mi primera opción; pero tenía una idea bastante clara de que cuanto más se alimentara el demonio, más fuerte se haría, y salvar a Mires y a su chusma de convertirse en bocados para el engendro de la disformidad podría suponer una apreciable diferencia respecto a mis propias posibilidades de salir de la *Fuegos de la Fe* con la piel y el alma intactas. Además, dadas las circunstancias, cuanto más cerca estuviera de Jurgen, mejor.

Además, por pura mala suerte, habíamos acabado en el lado más alejado de la salida.

-Al diablo con esto-, dijo Jurgen, con lo que en ese momento me pareció un eufemismo encomiable, y se descolgó el melta de la espalda. No era precisamente el arma más adecuada para usar en el puente de una nave estelar, rodeado de mecanismos arcanos de todo tipo, pero cualquier daño colateral que pudiéramos causar sería un problema para un futuro que ahora se me antojaba muy lejano; mientras que el demonio era definitivamente un problema con el que lidiar ya mismo. Ya me había enfrentado antes a este tipo de cosas, aunque, gracias sean dadas al Emperador, no muy a menudo **(28),** así que sabía que no podríamos matarlo; pero si conseguíamos infligirle el suficiente daño a ese espantoso engendro, sería arrastrado de vuelta a la disformidad. Cerré los ojos por acto reflejo cuando Jurgen apretó el gatillo, y sentí la oleada de calor cuando el resplandor de la descarga atravesó la delgada capa de piel y dejó motas de luz bailando en mi retina. Al parpadear, pude ver algunas marcas de quemaduras en los componentes metálicos de la abominación, que se revolvía en respuesta al daño, pero sin ningún signo apreciable de daño en su carne, que seguía fluyendo como grasa congelada, retorciéndose en formas cada vez más extrañas.

(28) *Mucha gente ajena al Ordo Malleus apenas sobrevive a su primer encuentro, y la mayoría de estos tampoco vive mucho más. Eso hace tan increíble la supervivencia de Caín tras múltiples encuentros de lo más peligrosos, y eso por decir algo.*

-El capellán está en camino-, me informó Kasteen a través del vox, mientras los últimos civiles presa del pánico abandonaban la sala**-. ¿Puedes mantenerlo ocupado hasta que llegue?**

-Más nos vale-, respondí, con un ojo puesto en la puerta, y cuidándome de no decir nada que sonara a promesa. Por lo que a mí respecta, podríamos inmovilizarlo igualmente desde el pasillo o, mejor aún, desde uno de los hangares de las lanzaderas.

-Sigue creciendo-, dijo Jurgen, y con un estremecimiento de horror me di cuenta de que tenía razón. El suelo metálico se estaba fundiendo alrededor del demonio, agolpándose contra sus abultadas pantorrillas como el oleaje de una playa. La propia estructura de la nave se estaba convirtiendo en forraje para la monstruosidad engendrada por la disformidad. Volvió a disparar el melta, y esta vez vi cómo la carne burbujeaba y estallaba, como un guiso demasiado cocido, antes de ser recubierta, apenas un instante después, por una coraza de metal.

El demonio estalló en carcajadas, un horrendo sonido, aún más siniestro por haber pasado por los filtros instalados en la mecánica laringe que antes había pertenecido al lobotomizado servidor que ahora yacía sepultado en el corazón de aquella especie de cáncer biomecánico viviente que iba creciendo ante mis ojos.

-¡Los cables!, ¡arranque los cables!-, grité, percibiendo una nueva y aún más insidiosa amenaza. Los zarcillos mecánicos que habían atrapado y electrocutado al desgraciado Jaren se dirigían ahora hacia los atriles de control: incluso mientras los miraba, los más cercanos empezaban a conectarse a la estación que Kolyn había controlado. No tenía ni idea de lo que pretendía hacer la monstruosidad que teníamos ante nosotros si lograba

hacerse con el control de la nave, pero si tenía muy claro que no me apetecía un carajo averiguarlo.

Activé mi espada sierra a su máxima velocidad, corté el cable en medio de una lluvia de chispas, sintiendo una sacudida en el brazo asimilable a una patada de un marine espacial cuando la carga eléctrica que transmitía se descargó a través de mi arma. Afortunadamente para mí, la empuñadura estaba aislada en previsión de ese tipo de contingencias, y la mayor parte de las chispas que saltaron alrededor de ella resultaron del todo inofensivas gracias a mi guante. No voy a fingir que fuera una sensación agradable, pero no me cabía duda de que me sentiría mucho peor si el demonio lograba llevar a cabo cualquiera que fuera el plan que estuviera pergeñando en su enloquecedora mente.

-Los cables. Tiene razón, señor-, coincidió Jurgen, tan imperturbable como siempre, y se dedicó a reducir a escoria todos los que tenía a la vista con una serie de ráfagas bien apuntadas de su querido melta, mientras yo apretaba los dientes y cortaba otro más, sufriendo las mismas incomodas sensaciones que en el primer caso.

Para mi desconcierto, el demonio no dejó de reírse en ningún momento, como si todo aquello le pareciera una broma de narices; y un instante después descubrí el por qué. Los extremos de los cables que había cortado seguían moviéndose, en lugar de tener la decencia de quedarse quietos en la cubierta, como deberían haber hecho.

Mi primer indicio del nuevo e inesperado peligro fue el repentino ataque de aquellas serpientes, que se enroscaron

a mi alrededor aprovechando que mi atención había estado centrada en la creciente abominación de carne y metal que las había engendrado. Luché por respirar mientras los obscenos cuerpos tubulares se contraían, haciendo crujir mis costillas, que amenazaban con romperse en cualquier momento, mientras yo luchaba infructuosamente por liberar el brazo que sostenía mi espada sierra. Al menos, el demonio ya no podía descargar electricidad por los cables, pues al parecer necesitaba contar con una conexión física para poder hacerlo, pero aquel fue un magro consuelo mientras la niebla gris cubría mis ojos. Débilmente, me fui dando cuenta de que estaba siendo atraído por aquella horrible entidad, al tiempo que un terror primordial comenzaba a palpitar en mis sienes, mientras se preparaba para devorar mi alma .

Entonces, bruscamente, sentí que los cables metálicos que me constreñían perdían la fuerza que los animaba y caían al suelo. Al instante descubrí que podía volver a respirar; una bendición a medias, ya que mis jadeos luchaban por respirar un aire imbuido de un fuerte y familiar olor.

-¿Se encuentra bien, señor?-, me preguntó Jurgen, apartando el último cable y dejándolo caer al suelo, donde quedó agradablemente inerte**-. Ahora se sueltan con facilidad-.** Y efectivamente, así era, aunque dudaba de que cualquier otra persona hubiera podido hacerlo, desprovista como estaría del peculiar talento con el que inconscientemente contaba Jurgen **(29)**. Sin dudarlo y para asegurarse, mi ayudante redujo los restos de los cables a un humeante charco de escoria con una veloz descarga de su melta, antes de volverse a enfrentarse a la espantosa amalgama de carne y metal.

(29) *Jurguen era un paria, un vacio. Estos increíblemente escasos individuos eran inmunes a todas las posibles manifestaciones de la disformidad, y su efecto fue responsable en gran medida de la legendaria supervivencia de Caín, quién se enfrentó en numerosas ocasiones a poderosos demonios, y vivió para contarlo.*

-Retroceda-, ordené, al comprobar que nuestro camino hacia la puerta estaba despejado, y disparé un par de veces mientras me dirigía a ella. El demonio se movió rápidamente para cortarnos el paso y luego, como esperaba, retrocedió en el último momento cuando entró en el radio de acción de la ignota capacidad que poseía Jurgen, y que el malvado ente encontraba tan perturbadora como anteriores habitantes del Reino Maldito con los que nos habíamos topado. Cuando el ente se alejó, Jurgen volvió a disparar su melta, y esta vez el daño que le causó, permaneció en su cuerpo, dejando una fea cicatriz cauterizada en los parches de carne, mientras el metal reblandecido alcanzado perimetralmente por el rayo brillaba al rojo vivo en el escasamente iluminado puente. Por primera vez aquel engendro de mierda dejó de reír, sustituyendo tal sonido por un rugido de ira y repulsión que resonó en la cámara.

-Acerquémonos a él-, le dije, al percatarme el efecto que tenían ahora los disparos de mi pistola láser, que dejaban las pequeñas marcas similares a una especie de viruela y que permanecían en la distendida piel, en lugar de desvanecerse como lo habían hecho hasta entonces. Recordé que había sucedido lo mismo cuando luchamos contra un demonio en Adumbria, y sentí un leve pálpito de esperanza; aunque en aquella ocasión habíamos contado con la masiva potencia de fuego de toda una compañía concentrada en la abominación, mientras de alguna manera, Jurgen anulaba su capacidad de regenerarse, e

incluso entonces el resultado final había estado bastante reñido.

Dudé, preguntándome si debíamos aprovechar al máximo la pequeña ventaja que teníamos, y esperar que el Trono nos guiase para encontrar una forma de explotarla, o simplemente salir corriendo mientras aún tuviéramos la oportunidad. Afortunadamente para mí, antes de que tuviera ocasión de tomar una decisión, escuchamos el estruendoso ruido de botas por el pasillo y una resonante voz que entonaba un arcano galimatías en alto decidió por mí; No podía dejar que los soldados vieran al legendario Ciaphas Caín salir por patas hacia las cápsulas de evacuación, y esperar que en el futuro siguieran cuidando mis espaldas como hasta ahora, así que cuando el capellán y cualquiera que fuera la escuadra que había tenido la mala suerte de encontrarse en su camino, irrumpieron en el puente, y me volví para enfrentarme a la pila de carne y metal que volvía a dirigirse hacia nosotros, mientras blandía ante aquella cosa mi espada sierra con una adecuada pose heroica. Con gran fortuna, alcancé un trozo de carne que sobresalía entre dos trozos de metal y lo corté creando un convenientemente dramático estallido de repugnante y purulento icor.

-¡Comisario! ¡Agáchese! -. Me gritó el capellán Tope, con un tono de voz acostumbrado a alcanzar hasta los rincones más alejados de una capilla sin necesidad de emplear un altavoz vox, y yo le obedecí de inmediato, con Jurgen imitándome sin vacilación alguna. Varios objetos pequeños pasaron por encima de mi cabeza y estallaron contra el demonio, que chilló de una forma de lo más satisfactoria; cuando me puse en pie, pude ver grandes franjas de su

cuerpo siseando y burbujeando, mientras la carne se licuaba y el metal se sublimaba en una obscena espuma.

-¿Ácido?-, pregunté perplejo, preguntándome de dónde podría haber sacado tanta cantidad, y Tope se rio, con lo que me pareció que era una sincera diversión.

-Agua bendita, comisario, agua bendita-, me explicó con evidente satisfacción**-. Yo mismo la bendije. Es buena, ¿no le parece?**

Bueno, difícilmente podía discutírselo; nunca he dedicado suficiente tiempo para los molestos predicadores del Emperadores el día a día normal, pero no puedo negar que resulta bastante práctico tener a uno a mano en situaciones como aquella. Antes de que pudiera darle las gracias, el demonio aulló de furia y arremetió contra nosotros, arrancando un par de atriles del suelo y usándolos a modo de garrotes, consiguiendo alcanzar a un puñado de los recién llegados soldados y lanzándolos contra el mamparo a sus espaldas.

-¡Cuidado!-, advertí, agachándome de nuevo en el momento justo en que un zarcillo de carne derretida se lanzaba en nuestra dirección. Le di un buen golpe con mi espada sierra al pasar, pero mi rugiente hoja simplemente le hizo un corte a lo largo; a pesar de mis esfuerzos, alcanzó de lleno a Tope, con la fuerza suficiente como para abollar a un Chimera, y lo envió deslizándose por la cubierta.

-¡No puede hacerle eso a un representante del Emperador!-, exclamó Jurgen, en un tono de indignada

piedad, al tiempo que dejaba hablar de nuevo a su melta, consiguiendo esta vez hacer un agujero del tamaño de su cabeza en las entrañas del demonio. No sé hasta qué punto el daño que recibió la abominación se debía a su particular don, y hasta qué punto era gracias al ataque espiritual del capellán **(30)**, pero fuera como fuera, pareció ser el golpe de gracia; la imponente abominación se tambaleó, hasta desplomarse contra la cubierta, ayudada en su camino por una andanada de disparos de fusiles láser de los soldados allí reunidos.

(30) *Con toda probabilidad se trató de un poco de todo.*

-¡Lanzallamas!-, gritó Tope, poniéndose en pie apoyándose en el atril más cercano y ajustando el casco de la Guardia que había adornado con su rosario en un ángulo incongruentemente alegre **(31)**. Al parecer, no era la primera vez que la insignia de su cargo le protegía en situaciones donde otros hombres menos piadosos no habrían sido tan afortunados**-. ¡Acaben con ese engendro!**

(31) *Aunque muchos de los miembros de la Eclsiarquía asignados a regimientos de la Guardia Imperial siguen usando las vestiduras de su profesión, un sustancial número de ellos, entre los que se incluía Tope, preferían adoptar el uniforme del regimiento anfitrión, aunque añadiéndole su toque particular.*

Dado que no tenía nada que añadir a eso, me hice a un lado, mientras un trío de soldados con armas incendiarias regaba al derribado gigante con ardiente promethium, calentando violentamente el aire en la cámara repentinamente se me había hecho mucho más pequeña. Las llamas rugieron, ardiendo con un malsano tinte azulado, que me recordó una vez más al sacrílego fuego creado por

la brujería. El fuelle del demonio se debilitaba a ojos vista y se agitaba inútilmente, destrozando aún más los controles del puente, si es que eso era posible.

-¡Se está encogiendo!-, exclamé aliviado, casi sin atreverme a creerlo, y le disparé un par de descargas láser más con mi pistola sobre el espasmódico infierno, más para guardar las apariencias que porque esperara hacerle algo.

-Está perdiendo su capacidad de mantenerse en el plano material-, explicó Tope, avanzando y empezando a recitar el Rito del Exorcismo. Por lo que sé, nunca había tenido la oportunidad de que realizar uno en el pasado, y quizás ese fue el motivo por el que se dedicó a ello con bastante más entusiasmo del que yo hubiera esperado. Jurgen le ayudó con una última ráfaga de su querido melta, y la horrenda abominación se desvaneció de repente, en medio de un atronador chasquido resultado de la implosión del aire al ocupar el lugar anteriormente ocupado por el engendro de la disformidad.

Miré a mi alrededor, el arruinado puente que, de repente, se había quedado en silencio, con excepción de los gemidos de los heridos, y el débil crepitar de los pequeños fuegos que aun destellaban aquí y allá, donde el promethium derramado por los lanzallamas se estaba consumiendo lentamente. Por lo visto, apenas quedaba algún puesto de control intacto.

-Será mejor que realice un ritual de limpieza completo antes de dejar que la tripulación vuelva a entrar-, dijo Tope tras meditar un momento, y yo asentí con

la cabeza, intentando todavía asimilar la magnitud de la devastación que me rodeaba.

-Si cree que tiene sentido-, dije**-. Diría que en la práctica apenas podrán pilotar la nave desde aquí.**

Un frío nudo de miedo comenzó a estrangular fuertemente mi estómago cuando terminé de hablar, y comprendí el significado completo de mis propias palabras. Salvo por un milagro, la *Fuegos de la Fe* acababa de convertirse en un ataúd para todos nosotros.



CAPÍTULO CUATRO

-No hay nada más que se pueda hacer. Tendremos que evacuar la nave-, dije con decisión. Las semanas que había pasado a bordo de una cápsula de evacuación en el sistema Perlia no habían sido precisamente cómodas, pero sin duda lo fue infinitamente mejor que tratar de respirar en el vacío. Por otra parte, las cápsulas de evacuación a bordo de la *Fuegos de la Fe* probablemente estarían tan decrépitas como el resto de la nave: confiar en ellas sin duda sería un acto desesperado, pero en estos momentos no se ocurría otra alternativa.

-No va a ser posible-, nos informó Mire desolado, mirándonos alternativamente a mí, a Kasteen, a Broklaw y viceversa, como un gretchin al que se le ordena preparar un tentempié para un trío de orkos hambrientos y se encuentra con que la despensa está vacía**-. Tenemos suficientes cápsulas para la tripulación, pero...**

-Eso es apenas una décima parte de las que necesitamos para el regimiento-, le cortó Kasteen, con un tono de voz que indicaba que estaría más que feliz de dejar a Mires y a su gente a bordo del lisiado casco para que se asfixiaran o murieran de hambre. Después de todo, puede que realmente hubiera llegado a hacerlo: al fin y al cabo, había sido su incompetencia la que nos había metido en este lío. Pero eso seguiría dejando a su suerte a la mayoría de los nuestros, agitándose en el vacío, y la Guardia Imperial no abandonaba nunca a los suyos; o bien

encontrábamos una forma de salir de aquí todos, o caeríamos juntos. Al menos los valhallanos; siempre he pensado que el "*sálvese quien pueda*" encaja mejor con mi forma de ser**-. ¿Y los transbordadores?**

-Siguen a la espera para llevarnos-, dijo Broklaw, lo que sonó un poco más alentador-. El problema es que esperaban que primero alcanzáramos una órbita estable-. Se volvió hoscamente hacia Mires, que se revolvió visiblemente incomod**o-. ¿Y nuestras posibilidades de lograrlo son...?**

-No son buenas-, admitió el capitán, con otra horrorizada mirada al devastado puente que nos rodeaba. Estaba plagado de tripulantes y artesanos, conversando entre ellos en el recortado e incomprensible dialecto de los especialistas, pero arreglarlo estaba completamente fuera de su alcance y eran conscientes de ello**-. Estamos intentando que el sistema de maniobras sea reconsagrado, pero eso es realmente un trabajo para un tecno-sacerdote.**

-Hay un santuario del Mechanicus en Primadelving-, nos informó Broklaw, después de haber revisado los documentos informativos como el buen oficial ejecutivo que era, a fin de que Kasteen y yo pudiéramos hojearlos lo más superficialmente posible**-. Si pudieran traer un grupo de tecnosacerdotes, ¿podrían reparar los daños a tiempo?**

-Es posible-, comentó Mires, que de repente parecía mucho más esperanzado. Sacó una placa de datos y repasó una serie de cálculos. Luego, su rostro volvió a

ensombrecerse**-. No podremos llegar a la cita-,** sentenció apesadumbrado, mostrando la pequeña pantalla para que leyéramos los datos. Luego, al darse cuenta de que no todos podíamos verlo, transfirió los datos a la gran pictopantalla, que, por algún milagro, había sobrevivido al caos que se había producido a su alrededor.

-¿Qué es eso?-, preguntó Kasteen, frunciendo el ceño ante un complejo diagrama.

-Mecánica orbital-, explicó Mires, comenzando a recuperar parte de su antigua arrogancia, hasta que dejé que se percatara de como mi mano se apoyaba ligeramente en la empuñadura de mi espada sierra**-. Esto somos nosotros, ¿ve? -,** explicó, señalando una estilizada figura de una nave estelar que marcaba nuestra posición, cuyo curso proyectado estaba señalado por una línea verde, que se cruzaba con el círculo que representaba a Nusquam Fundimentibus en algún lugar hacia la esquina de la pantalla. Otra línea mostraba la órbita planetaria, hacia delante y hacia atrás, como si fuera la cuenta de un ábaco **(32)-. Cualquier cosa que saliera del planeta tendría que pasar a toda velocidad junto a nosotros, dar la vuelta y regresar para contactar con nosotros. No es posible realizar la maniobra de acoplamiento sin antes igualar las velocidades.**

(32) *Podemos asumir que en la escala de la representación no se podía diferenciar la curvatura del planeta con la órbita, o en caso de que, si se pudiera, Caín no se molesta en comentarlo.*

-Somos conscientes de eso-, comenté, esforzándome por no parecer estar a punto de perder la paciencia con él**-. Hemos pasado suficiente tiempo en transbordadores**

transfiriendo nuestras fuerzas desde naves estelares. ¿Cuál es el problema?

-Nuestra velocidad-, dijo Mires, con un aspecto indudablemente incómodo**-. Incluso a pleno rendimiento, un transbordador nunca podría alcanzarnos.**

-Entonces tenemos que reducir la velocidad-, terció Broklaw, sin achantarse en decir lo obvio**-. Así que, ¿cómo lo hacemos?**

-Poniendo en marcha los motores de nuevo-, explicó Mires**-. Luego usamos los propulsores de maniobra para dar la vuelta. Para, finalmente, activar el motor principal a lo largo del curso que estamos siguiendo-.** Hizo algo con la placa que sostenía en la mano y el icono de la nave (que parecía mucho más elegante y eficiente que su homóloga en la vida real) dio una vuelta hacia atrás. Intentó esbozar una esperanzada sonrisa, que parpadeó y se apagó de nuevo, ante nuestra actitud impasible**-. Podemos volver a encenderlos desde la misma sala de máquinas, así que no tendremos que esperar a que se restablezcan los enlaces de control del puente.**

-Lo que nos deja a los propulsores-, apunté**-. ¿Cuánto tiempo falta para que vuelvan a funcionar? -.** Observé el rostro de Mires mientras intentaba encontrar una respuesta que no se tradujera inmediatamente en "*estamos jodidos*"**-. Déjelo-,** añadí, antes de que pudiera hablar**-. Obviamente será más tiempo del que tenemos.**

-¿Qué pasa con las lanzaderas de a bordo?-, preguntó Kasteen**-. Supongo que deben tener algunas, ¿no? -.** Nosotros habíamos llegado a Coronus a bordo de los transbordadores de carga pesada operados por el Munitorum, y esperábamos que nos llevaran de nuevo con los medios que estuvieran disponibles en nuestro destino. Pero todas las naves civiles en las que había viajado habían contado con algún tipo de nave auxiliar. Seguramente ni siquiera la ***Fuegos de la Fe*** serían una excepción a ese respecto.

Mires se encogió de hombros.

-Tenemos dos-, dijo finalmente**-. Pero son pequeñas. Apenas podríamos meter a diez o doce personas en ellas.**

-Al menos sería diez o doce personas menos-, señalé, decidiéndome por encontrar una buena razón para estar entre ellas si se daba la oportunidad**-. Si hubiera tiempo para hacer suficientes viajes...**

Mires sonrió abiertamente ante mi ignorancia.

-Podrían hacer sin problema el viaje de ida. Pero no podrían regresar, por la misma razón que las otras no pueden llegar.

-Supongo que no-, dije, y volví a centrar mi atención, en la pictopantalla que colgaba sobre nuestras cabezas. Puede que sólo fuera mi imaginación, pero el pequeño icono de la

nave estelar parecía estar ya cada vez más cerca de la sólida esfera que representaba al planeta.



No puedo pretender que las siguientes dos semanas pasaran con facilidad; la *Fuegos de la Fe* seguía precipitándose como una bala hacia Nusquam Fundimentibus, a pesar de los esfuerzos de Mires y su tripulación por restaurar los daños causados a la nave por la manifestación del demonio de la disformidad. Su diligencia me resultó impresionante, sobre todo después de que Kasteen hubiera tomado la precaución de colocar guardias armados en los accesos a las cápsulas de evacuación y al hangar de lanzaderas, pero era inútil; cada vez que conseguían restaurar uno de los sistemas, simplemente aparecía otra avería en otro lugar.

El equipo que trabajaba en los motores fue el que obtuvo los mejores resultados, probablemente porque les habíamos asignado como refuerzo a nuestros propios mecanos **(33)**, pero podemos contarla como una mera victoria pírrica; hasta que no recuperásemos la capacidad para dar la vuelta y utilizarlos para frenar nuestra precipitada carrera hacia la superficie planetaria, encenderlos no haría más que acelerar el momento del impacto.

(33) *Los visioingenieros del Adeptus Mechanicus asignados a nuestro regimiento, responsables del mantenimiento de los vehículos y el equipamiento del 597º.*

-¿Aunque quizás…?-, musitó dubitativo Mires, cuando comenté en voz alta esa conclusión, poniéndose inesperadamente animado al considerarla. Sacó su placa de datos y de nuevo empezó a juguetear con ella**-. Podría ir un poco por los pelos, pero...**

-¿Pero qué?-, le urgí a continuar.

-Debería haberme dado cuenta antes-. El capitán me entregó la placa, con expresión de disculpa perfectamente visible a pesar de su poblada barba**-. El caso es que hemos estado tan obsesionados con encontrar una forma de reducir la velocidad que no me había planteado otras opciones. A ver, también podría funcionar si acelerásemos.**

-¿Y embestir el planeta mañana en lugar de pasado mañana?-, pregunté sarcásticamente, mientras trataba de sacar algo en claro del diagrama que me había entregado. Era casi idéntico al que nos había mostrado en la pictopantalla del puente quince días antes, con la diferencia de que la nave y el planeta estaban inequívocamente mucho más cerca que antes. Involuntariamente, levanté la mirada hacia la gran pictopantalla, que mostraba de nuevo la vista desde el exterior; en estos momentos el sol era un disco visible y, aunque sabía que seguía siendo imposible distinguirlo desde esta distancia, me convencí de que uno de los puntos de luz cercanos debía ser el mundo con el que estábamos tan cerca de colisionar.

-Para nada-. Contestó Mires mientras recuperaba su placa y volvía a introducir datos en ella**-. Si aceleramos lo suficiente, podríamos alcanzar esta zona del espacio**

antes de que lo haga el planeta-. La línea verde que indicaba el rumbo futuro de la *Fuegos de la Fe* pareció desplazarse un poco, alejándose del globo, hasta quedar casi tangente con su perímetro.

-Pero así navegaremos hacia el vacío demasiado rápido como para que las naves de rescate puedan llegar hasta nosotros-, señalé.

Mires se encogió de hombros.

-Cuando menos, tendríamos más tiempo para continuar con las reparaciones. Pero si hacemos malabares con los reactores, podríamos rozar la atmósfera superior.

-Entonces acabaremos incinerados-, repliqué sarcásticamente**-. Vamos mejorando**.

-La nave es más resistente de lo que piensa-, dijo Mires con aire orgulloso**-. Obviamente, nadie querría estar en ninguna de las cubiertas exteriores. Pero en las intermedias debería ser posible sobrevivir sin problemas-.** La línea verde se curvó, mientras yo intentaba no pensar demasiado en las implicaciones de aquel "*debería*"**-. Habrá que hilar muy, pero que muy fino y tener aún más suerte. Pero miren-,** la línea que representaba la trayectoria esperada había empezado a curvarse sobre sí misma**-, lo que debería significar...**

-Que estaríamos en órbita-, termine de decir en su lugar.

Mires asintió.

-Una trayectoria larga y elíptica, que implicaría que necesitaríamos varios meses para regresar. Los suministros serían escasos y el aire estaría bastante enrarecido. Pero sin duda para entonces habremos recuperado el control.

-Y aunque no sea así, habremos reducido la velocidad lo suficiente como para que los transbordadores atraquen e iniciar la evacuación de las tropas-, concluí.

-Exactamente-, dijo Mires, que parecía alegre por primera vez desde nuestro primer encuentro en el muelle. Me miró, buscando ansiosamente mi aprobación, pues a buen seguro no debía querer hacerse responsable él solo un curso de acción tan terriblemente arriesgado**-. ¿Quiere consultarlo con su gente antes de iniciar la maniobra?**

Negué con la cabeza. Ya sabía lo que dirían Kasteen y Broklaw; una pequeña posibilidad de supervivencia sería mejor que ninguna, como ya había sucedido en demasiadas ocasiones. Suspiré, intentando no preguntarme si esta vez sería la clásica excepción que confirma la regla.

-Adelante-, le dije, esperando que mi decisión no acabara por matarnos a todos un día antes de lo esperado.



CAPÍTULO CINCO

El puente seguía pareciendo más una colección de chatarra que un centro de mando operativo, pero al menos algunas más de las estaciones de control habían sido apresuradamente reparadas y estaban atendidas cuando tomé asiento lo más cerca posible del trono de Mires. Mi asiento parecía lo suficientemente sólido, soldado a la cubierta detrás de una de las destrozadas estaciones de la tripulación que seguían sin funcionar, y que me proporcionaría algo a lo que aferrarme si ocurría lo peor. Algo que yo estaba morbosamente convencido de que ocurriría. Desde mi asiento tenía una visión clara de la pictopantalla, que en ese momento mostraba una enorme imagen del planeta hacia el que nos precipitábamos excesivamente rápido para mi tranquilidad, y, lo que era más importante, tenía una visión clara de Mires: aunque sería un escaso consuelo, había decidido en privado que, si las cosas se iban al carajo, me aseguraría personalmente de que él llegara al Trono Dorado unos minutos antes que el resto de nosotros.

-¿Cómo va todo?-, le pregunté, aferrando los reposabrazos de mi asiento mientras hablaba, seguro de que mis dedos augméticos estaban dejando abolladuras en la estructura metálica **(34).** No obstante, mantuve un tono de voz sosegado y distendido, cuidándome de recostarme un poco contra el desgastado acolchado y lleno de bultos respaldo, tratando de aparentar estar más tranquilo y cómodo de lo que en realidad me sentía.

(34) *Sin duda exagera. Sin duda eran más resistentes que sus dedos naturales, pero difícilmente podían ejercer tanta fuerza.*

-Mejor que nunca-, respondió, sonando mucho más tranquilo que yo.

-Pues será mejor que nos pongamos manos a la obra-, le animé, pensando que, como últimas palabras, resultaban notablemente prosaicas. Tal vez debería haber corrido hacia las cápsulas de evacuación mientras había tenido la oportunidad, dado que ahora que los guardias se habían retirado en previsión de que las cubiertas exteriores se calentaran más que el horno de una panadería; pero si aquella ridícula estratagema tenía éxito a pesar de las escasas probabilidades a nuestro favor, el Comisariado me mandaría a una legión penal por deserción en cuanto llegara a tierra. Por lo tanto, no me quedaba otra que reconfortarme con que, si finalmente moría ese día, mi heroica reputación permanecería intacta.

En aquel momento, la masa blanca y moteada del planeta había crecido hasta llenar casi toda la pantalla: un segundo después, la línea del horizonte desapareció por completo, sin dejar más que la cara del planeta hacia el que nos estábamos abalanzando a toda pastilla. Ni siquiera en mis más pesimistas elucubraciones había imaginado que estuviéramos tan cerca de la aniquilación.

-¡A toda potencia!-, ladró Mires por el canal de vox que le comunicaba con la sala de máquinas y, a pesar de que el campo gravitatorio de a bordo fluctuaba para compensarlo, juraría que fui capaz de sentir un repentino aumento de la aceleración. Obviamente eso era muy poco probable, ya

que presuntamente los motores habían estado acelerando con todo lo que tenían desde que él había sugerido aquella lunática maniobra, pero bueno, quizás sus sudorosos subordinados habían logrado sacarles un poco más de jugo por pura fuerza de voluntad... o, en ese caso, por pura necesidad.

-Ciaphas-, dijo Kasteen, con una palpable tensión en su voz, algo por lo que no podía culparla, considerando las circunstancias**-. ¿Qué está pasando?**

-Estamos a punto de alcanzar la atmósfera-, le informé**-. ¿Están todos bien sujetos? -.** Incluso en aquellas circunstancias in extremis, me preocupe de aparentar que me preocupaba por el bienestar de los soldados; pues recordaba que en el improbable caso de que saliéramos de aquel lío, aun tendríamos que entablar combate contra los orkos a no mucho más tardar, y quería asegurarme de que para cuando llegara ese momento, continuarían cubriéndome las espaldas como lo habían hecho hasta entonces.

-Tanto como hemos podido-, comentó Kasteen**-. Hemos soldado las Chimeras a la cubierta y metido a todos en su interior usando como protección paquetes preparados con toda la ropa de cama y todo aquel material blando que hemos podido encontrar. Estamos apiñados como sardinas en lata, pero deberíamos sobrevivir a lo peor de este viajecito.**

-Me alegra oír eso-, respondí, esperando que, dadas las circunstancias, una muestra de confianza mantuviera la moral lo más alta posible. Para mi inexpresable alivio, poco

a poco la curva del horizonte reapareció en la pantalla, con una tenue franja de color negro que ascendía desde la esquina inferior izquierda.

-¡Vamos!. ¡Vamos! -, urgía Mires con la mirada fija en la pictopantalla, como si la *Fuegos de la Fe* fueran una terca mula de carga a la que hubiera que animar para hacer su trabajo.

-Parece que la cosa funciona-, le comenté a Kasteen después de unos minutos más de tensa expectación, inundado de una enorme sensación de alivio, algo que sin duda quedo patente en mi tono de voz.

Confiando en que habíamos esquivado nuestra veloz carrera para precipitarnos al olvido eterno, dedique mi atención a estudiar el rostro del mundo al que nos acercábamos, con la esperanza de encontrar algún punto de referencia que fuera capaz de reconocer, pero para ese momento la superficie ventral de nuestro casco había empezado a brillar con un color rojo oscuro, y la consiguiente niebla de aire ionizado se arremolinó alrededor de los visores de imágenes externos, de manera que todo lo que fui capaz de distinguir en el planeta que sobrevolábamos no fueron sino unos meros parches de oscuridad gris, que probablemente no eran más que nubes que estaban descargando nieve sobre el ya gélido paisaje bajo ellas.

-Agárrese bien, comisario-, me advirtió solícitamente Mires**-, porque me temo que vienen curvas-.** Nada que yo no hubiera deducido ya por mí mismo; pues a pesar de los esfuerzos de quienquiera que estuviera a cargo de intentar mantener estable la gravedad interna, la nave

estaba empezando a tambalearse con brusquedad mientras su quilla rozaba la tenue atmósfera superior.

Volví a sujetar con fuerza a los reposabrazos**-. ¿Cuánto tiempo queda? -,** pregunté, intentando no sonar tan preocupado como realmente me sentía.

-Sólo unos minutos más-, dijo Mires, con la voz que delataba la euforia de un jugador que acaba de apostarlo todo en un farol y que empieza a darse cuenta de que a sus compañeros de juego no les ha ido mejor que él**-. Estamos a punto de rebotar de regreso al espacio.**

Justo entonces, una mancha más oscura resaltó contra la superficie de la bola helada. Me incliné hacia adelante en mi asiento prestado, tratando de obtener una visión más clara de la misma**-. ¿Qué es eso? -,** pregunté.

El rostro de Mires comenzó a adoptar una pose aterrada, como si alguno de los otros jugadores acabara de sacarse de la manga un par de inquisidores. Su faz palideció mortalmente, o al menos la parte que su espesa barba dejaba al descubierto**-. Los muelles orbitales-,** atinó a balbucear.

-No son tan grandes, ¿verdad? -, pregunté, mientras la línea del horizonte seguía arrastrándose por la pantalla. La mancha era ya un punto que se movía con él, pasando tener de fondo la negrura del espacio, momento en que inmediatamente comenzó a brillar como una estrella brillante, justo en el centro de nuestra maldita pictopantalla.

-Lo bastante grandes, me temo-, explicó Mires con tristeza.



Mientras nos acercábamos, observé la imagen creciente de los muelles en la pictopantalla. La inmensa estructura parecía crecer con cada latido de mi acelerado corazón, y un rápido vistazo al terminal del auspex situado junto a mi puesto fue más que suficiente para confirmar que nos precipitábamos hacia ella a una velocidad que nos reduciría a ambos a una nube de chatarra si acabábamos chocábamos. La mancha que marcaba la estación espacial se encontraba delante de nosotros. Aparecieron también un par de ecos más pequeños, orbitando a su alrededor, que probablemente eran naves que habían despegado apresuradamente en un último intento de apartarse de nuestro camino. Incluso fui capaz de ver el débil brillo de sus motores en la imagen, o quizás simplemente me autoconvencí de ello, mientras se desplazaban lentamente contra el campo estelar.

-¿Vamos a chocar o no?-, pregunté, con mi horrorizada mirada fija en la estación orbital, que ahora ya casi llenaba la pantalla. Ahora era más que capaz de distinguir las torres y los brazos de acoplamiento, y un puñado de naves como la nuestra, que por alguna razón habían decidido permanecer en sus atraques a pesar del inminente peligro **(35)**.

***(35)** O posiblemente habían sido incapaces de desatracar a tiempo, dado que dichos procedimientos son largos y complejos.*

-No tengo ni la menor idea-, respondió Mires, mordiéndose el labio con nerviosismo. Sentí que mis dedos se cerraban de nuevo en torno a los reposabrazos de la silla, fantaseando con que le estaba estrujando su jodido cuello**-. Va a ir de un pelo.**

Sobra decir que sus balbuceantes palabras no me fueron de gran ayuda**-. ¿Podemos usar los motores de las lanzaderas para desviar el rumbo**? -. Pregunté a la desesperada.

-Si pudiéramos, ya lo habríamos hecho-, me respondió Mires despectivamente, aunque en ese momento estaba demasiado aterrado para ofenderme**-. Nos haría tanto bien como salir por una esclusa y tirarse un pedo.**

-Si las escotillas no hubieran sido soldadas debido a nuestro paso a través de la atmósfera-, añadió sardónicamente Kolyn, observando a su capitán desde detrás de la estación del auspex.

-Siempre tienes que decir la última palabra-, rezongó Mires, con la mirada fija en la estación que teníamos delante. A medida que la imagen crecía, empecé a apreciar lo vasta y compleja que era aquella estructura del tamaño de una ciudad hacia la que nos dirigíamos. Las alargadas y enormes estructuras de las que me había percatado antes, la gran masa central y los brazos de acoplamiento que sobresalían de ella, haciendo que el conjunto no pareciera sino una enorme estrella de mar metálica, fueron

adquiriendo más detalles, y cada nueva mancha tenía el tamaño de un bloque habitacional. Los Auspex y las antenas vox surgían de todos ellos, como lianas en una ciudadela en ruinas, y empecé a distinguir innumerables naves más pequeñas correteando entre ellas, como insectos alrededor de un nido. Si nuestras propias antenas de vox no hubieran sido destrozadas por nuestra reciente inmersión atmosférica, no dudo de que un auténtico tsunami de mensajes de pánico estaría resonando en el puente.

-Corten la potencia al tres, cinco y siete-, ladró Mires, y sentí una repentina y vertiginosa, sacudida mientras los s invisibles trabajadores del enginarium cumplían su orden**-. ¡Y arreglen de una vez la maldita gravedad!**

El enorme bulto de la estación del vacío comenzó a alejarse del centro de la pantalla y sentí una repentina ráfaga de renovada esperanza -**. Lo que sea que acabe de hacer, parece estar funcionando (36)-,** le dije, aunque para mi gusto había hilado excesivamente fino **(37)**.

(36) *Al cortar la energía a una parte de los motores, conseguía crear un empuje asimétrico que le proporcionaba una variación a la trayectoria lateral de la nave.*

(37) *Mires debería haber esperado para dar la orden hasta estar seguro del ángulo de aproximación de la nave hacia la estación orbital. Esa decisión le hubiera simplificado enormemente las cosas.*

-Todavía no nos hemos librado-, comentó Mires, aferrándose a sus reposabrazos con tanta fuerza como yo a los míos. Contuve la respiración, mientras uno de los brazos de atraque se acercaba desde la esquina de la pantalla, rodeando nuestra proa**-. ¡No lo vamos a conseguir!**

-¡Prepárense!-, vociferé, un instante antes de que le diéramos un golpe de refilón, que hizo que la vieja nave retumbara como la campana de una catedral. La cubierta se tambaleó bajo mis pies, y la mitad de las luminarias del techo estallaron, bañándonos con una lluvia de chispas y cristales rotos; un segundo después, las luces rojas de emergencia las sustituyeron, bañándonos a todos en un tenue halo sanguinolento.

Un fulgurante geiser de un escape atmosférico surgió violentamente del brazo de acoplamiento cuando nuestro casco le abrió un gran corte longitudinal, que cuando fue lo bastante grande dio paso a una serie de escombros violentamente vomitados al espacio. Restos metálicos, contenedores de carga, y lo que incómodamente se me antojó un cuerpo, pasaron raudamente por nuestra pictopantalla, que, instantes después, volvió a mostrar un estrellado espacio vacío agradablemente libre de obstáculos.

-¿Qué fue eso?-, exclamó Kasteen, demasiado disciplinada como para sumarse al coro de blasfemias que resonaba en el puente, aunque no dudo de que en su lugar, yo mismo ni por asomo me hubiera mostrado tan comedido.

-Hemos chocado superficialmente con el orbital-, le expliqué**-. Pero parece que estamos de una pieza.**

-Rotura del casco en las secciones Gamma dos y Beta tres-, informó Kolyn un momento después**-. Los mamparos de emergencia aguantan.**

-Todavía tenemos atmósfera-, comentó Mires, con los ojos fijos en la pantalla. Las estrellas se habían convertido en un auténtico caleidoscopio, y la ominosa masa del planeta aparecía regularmente en la pantalla con cada giro de la nave. Yo había sido testigo de una visión similar en la cápsula de salvación en la que había abandonado tan precipitadamente la *Mano de la Venganza*, así que no tuve necesidad de preguntar qué es lo que estaba pasando; estábamos rotando incontroladamente, incapaces de corregir nuestro rumbo o de estabilizarnos sin los propulsores de maniobra**-. ¿Alguna baja?**

-Hasta ahora no-, informó Kolyn**-. Las cubiertas exteriores todavía estaban demasiado calientes como para que hubiera alguien allí-.** Se encogió de hombros y señaló el planeta que se cernía sobre todos nosotros. El casco comenzaba nuevamente a brillar en rojo, y las mismas tenues volutas de ionizante atmósfera que había visto anteriormente volvían a enroscarse a su alrededor**-. Pero da igual. Moriremos todos al mismo tiempo en cuanto choquemos contra el planeta.**



CAPÍTULO SEIS

No hace falta decir que no era la primera vez que llegaba a un planeta por las malas, aunque podría decirse que empezaba a convertirse en una malsana costumbre. Nuestra cápsula de salvamento había alcanzado Perlia con la mayor parte de sus sistemas de reentrada inoperativos, gracias a que un molesto piloto de caza orko la utilizó para practicar el tiro al blanco cuando apenas habíamos alcanzado la atmósfera, y la última vez que había pisado un mundo helado, el transbordador en el que viajaba había sido víctima de un afortunado disparo de fuego antiaéreo durante el descenso, pero bueno, también es verdad que nunca me había estrellado viajando en algo ni por asomo tan enorme como una nave estelar. Me gustaría poder afirmar que la experiencia me resultó menos traumática, pero desgraciadamente resulto ser tan aterradora como las ocasiones anteriores en las que había saludado por primera vez a un nuevo mundo mediante el expeditivo procedimiento de dar lugar a un nuevo cráter en su superficie.

Nuevamente, la idea de alcanzar la cápsula de evacuación que había elegido se me pasó por la cabeza como posible alternativa a continuar a bordo, pero a aquellas alturas ya nos encontrábamos en los niveles superiores de la atmósfera, por lo que su lanzamiento sería arriesgado en el mejor de los casos; por no mencionar el hecho de que probablemente acabara frito antes de ser siquiera capaz de acercarme lo suficiente como para embarcar en ella.

Me levanté de mi asiento por un momento, me desabroché mi cinturón y me lo volví a poner tras pasarlo alrededor del respaldo de la silla a modo de improvisado arnés de emergencia. No tenía sentido arriesgarme a salir despedido si podía evitarlo. Apenas terminé aquella operación, cuando sentí un temblor que recorría todo el casco.

-¿Qué ha sido eso?-, pregunté, tratando de evitar una nota de alarma en mi voz.

-Un choque térmico-, explicó bruscamente Kolyn-**. El casco exterior se está calentando más rápido que el núcleo, por lo que se está produciendo una dilatación desigual en el mismo. No tardaremos en sufrir algunas roturas por el estrés resultante.**

-¿Quiere decir que nos estamos deshaciendo?-, pregunté, comenzando a sufrir una ráfaga de pánico. Sentí una aprensión en el pecho, que me dificultaba respirar, aunque después de un momento me di cuenta, y he de decir que lo hice con cierto alivio, de que aquello se debía a que la temperatura del puente estaba empezando a subir, sin ser simplemente una respuesta al estrés.

-Espero que no-, dijo Mires con tristeza**-. Sólo son daños menores.**

-Eso es tranquilizador-, repliqué sarcásticamente mientras aumentaban las sacudidas, a pesar de los atribulados esfuerzos de los visioingenieros por mantener constante la gravedad. Si fallaba, nuestro accidentado avance a través de la atmósfera nos lanzaría como filetes

de grox a una batidora, y sin duda, con el mismo resultado. A buen seguro el estómago de Jurgen ya estaba bastante agitado; y recordando al millar de soldados que le acompañaban, le transmití un par de frases hechas a través del vox, junto con un convenientemente optimista informe de nuestra actual situación**-. Seguimos de una pieza-,** les dije**-, descendiendo lentamente. Si todos mantenemos la cabeza fría, todo irá bien-.** Lo cual resultó ser un poco exagerado, incluso para mí.

Debido al resplandor carmesí de las luces de emergencia y al constante aumento de la temperatura, el puente empezaba a parecerse al interior de un horno. Parpadeé para apartar unas cuantas gotas de sudor e intenté concentrarme en la pictopantalla, aunque la imagen que nos mostraba del exterior distaba mucho de resultar tranquilizadora: la superestructura de la nave fluía como la cera de las velas, y las antenas y las torretas que sobresalían del casco principal se fundían bajo el increíble calor resultado de la fricción atmosférica, o simplemente se desprendían para unirse a la estela de escombros que nos seguía. Me encontré bendiciendo la previsión de cualquier arquitecto naval que había tenido a bien situar el puente y la sala de máquinas tan cerca del centro del casco **(38)**.

(38) *Una precaución bastante común, particularmente en el caso de cruceros mercantes y las clases de naves de guerra más ligeras, donde distintas capas del casco proporcionan protección extra contra el fuego enemigo.*

Nuestro accidentado viaje a través de la atmósfera, y el halo de plasma que nos rodeaba, hacían que fuera bastante difícil distinguir algo más allá del casco, pero me pareció que la línea del horizonte en la pictopantalla ya no era

curva. De hecho, se veía muy irregular, y mis tripas se encogieron al adivinar el motivo.

-Montañas-, comenté**-. ¿Podremos superarlas?**

-El Trono sabrá-, contestó Mires, aferrando un medallón del Aquila con tanta fuerza que pude ver cómo goteaba sangre por su puño. La gran masa de la nave gimió y nos tambaleamos violentamente, siendo lanzado contra mi improvisada sujeción.

-¿Qué demonios ha sido eso?-, pregunté sin pensar, y sólo me di cuenta de que había expresado esa idea en voz alta cuando Kolyn me respondió.

-Cortocircuito de los relés de energía primaria -, informó**-. Todo está siendo desviado a los sistemas de gravedad-.** Aquella era la única razón por la que no estábamos ya todos muertos.

Volví a echar un vistazo a la pantalla, demasiado aterrado como para apartar la mirada. Estábamos lo suficientemente bajo como para generar una auténtica ventisca hipersónica a nuestro paso, abriendo una brecha a través de metros de hielo y permafrost, mientras la onda atmosférica que nos precedía pulverizaba el paisaje. Las escasas y escuálidas coníferas que se aferraban con esperanza a las laderas cubiertas de nieve fueron derribadas en apenas un suspiro, convertidas en cenizas, seguida por un estruendoso trueno que sentí como si fuera la ira del mismísimo Emperador, cuando el impacto del martillo que era la onda aérea se

estrelló finalmente contra la pared de roca que teníamos delante.

Toda la montaña pareció tambalearse por el violento golpe. Como resultado inmediato, las laderas en nuestras inmediaciones quedaron despojadas de su cobertura de hielo y nieve en un instante, seguidas poco después por la grava de las destrozadas rocas. Los pedazos más grandes de los escombros que habían salido despedidos hacia el cielo empezaron a chocar con nuestro casco, a modo de ominoso granizo.

-Esto casi se ha acabado, gente-, comenté imbuyendo mi voz de un optimismo que distaba mucho de sentir, a fin de animar a los sudorosos soldados de las cubiertas inferiores, demasiado consciente de lo alarmante que les debía resultar la situación dado que estaban a literalmente a oscuras**-, están escuchando los impactos de algunos guijarros que la onda aérea que nos precede ha provocado. Agárrense y prepárense para el impacto final.**

Las imponentes cumbres se alzaban por doquier a nuestro alrededor, aunque era difícil distinguir algún detalle de la topografía que tan exhaustivamente estábamos reorganizando. Al menos, no era probable que chocáramos con nadie; por lo que recordaba, la mayoría de los nusquemses permanecían cómodamente protegidos en sus ciudades subterráneas tanto como podían, y sólo se aventuraban a salir a la superficie cuando era absolutamente necesario. Por supuesto, podría haber orkos en los alrededores, si las montañas que estábamos sobrevolando pertenecían a la Gran Cordillera Espinal, que era precisamente donde la mayoría de los pieles verdes se

habían reunido, pero tampoco es que me fuera a molestar un carajo si les provocábamos algún que otro daño. Para empezar, era justo lo que se lo merecían por estar en un planeta Imperial y ser los responsables de haberme embarcado en aquel tan movidito viajecito.

Rebotamos en una cresta baja, cuyo impacto produjo una nueva brecha en nuestro ya maltrecho casco, aunque afortunadamente, no había más picos bloqueando nuestro paso. La pictopantalla estaba cegada por la densa lluvia de escombros que caía por doquier sobre nosotros junto con las densas cortinas de nieve que se arremolinaban a nuestro alrededor. Apenas estábamos ya a unas decenas de metros de altitud cuando repentinamente, alabado fuera el Emperador, una enorme extensión de campos de hielo despejados se abrió ante nosotros en medio de la oscuridad. Apenas tuve tiempo de comunicar por vox una última advertencia a las tropas: **-¡Prepárense todos! Estamos a punto de...-,** empecé a decir, cuando me interrumpió un fuerte impacto que me sacudió la columna vertebral como si hubiera recibido la patada de un Dreadnought, algo que hizo que me temblaran hasta los empastes de mis muelas.

Uno o dos segundos después sentí un segundo impacto, seguido de un tercero y un cuarto, abriendo en cada ocasión trincheras de una veintena o más de kilómetros de longitud en el permafrost; al poco fui incapaz de decir cuántas veces rebotamos, pero en cada ocasión se fue disipando un poco más el impulso de nuestra nave. Al cabo de un rato, la sucesión de martillazos en mi columna vertebral fue sustituida por un continuo temblor, que sin duda me habría resultado mucho más desconcertante de no ser porque a lo largo de los años me había acostumbrado a viajar en un Salamander conducido por Jurgen. Era muy difícil distinguir

apenas nada en la pictopantalla cegada por la nieve, pero, por lo poco que pude vislumbrar, nos estábamos deslizando en medio de una nube de vapor, creando un canal derritiendo el hielo con una profundidad de al menos tres cuartos de la altura de nuestro casco, cuya temperatura estaba disminuyendo visiblemente cada segundo que pasaba. El abrasador calor de la reentrada atmosférica estaba siendo consumido por el frío que nos rodeaba. Finalmente habíamos conseguido mantener una orientación más o menos estable y correcta, algo por lo que me sentí profundamente agradecido cuando nuestros sistemas de gravedad, de los que tanto se había abusado, acabaron por fallar, arrojando a los tripulantes que no habían tenido el sentido común de asegurarse a sus puestos como yo había hecho, golpeando contra los mamparos del puente como si fueran meros sacos de carne.

Poco a poco los temblores fueron disminuyendo, hasta que finalmente me percaté que los temblores residuales que podía sentir eran sólo el estrés de mis muy maltratados músculos, y luché por liberarme del improvisado cinturón de seguridad de mi asiento. El suelo del puente estaba un poco inclinado, debido a lo cual necesite un momento para mantener el equilibrio, ayudándome del respaldo de mi asiento.

-Hemos completado el aterrizaje-, informé a través del vox, aunque supuse que era obvio**-. ¿Hay muchas bajas?**

-Bastantes-, respondió bruscamente Kasteen, así que no la presioné para que diera más detalles, contentándome con disfrutar del inesperado alivio de mi propia supervivencia.

-Medicae, acudan al puente-, ordenó Kolyn a través de algún sistema interno de vox, el Trono sabía lo mucho que lo necesitaban, aunque yo habría apostado muy poco por que los medicae supervivientes de la tripulación pudieran responder con prontitud. Su rostro estaba pálido mientras se sujetaba lo que me parecía que era un brazo roto, lo que lo situaba entre los supervivientes más sanos que podía ver en el puente.

-Suerte que renunciaste cuando las cosas iban bien-, le dije, mientras le echaba una mirada a la devastación que nos rodeaba. Mires seguía desplomado en su trono de control, y yo me dirigí hacia él trastabillando por la inclinada cubierta; ni siquiera a día hoy, después de tantos años sabría decir si estaba dispuesto a felicitarle o a acabar con él por habernos metido en aquel embrollo. Pero al final no tuve que tomar decisión alguna; sus ojos estaban muy abiertos, fijos en el infinito. Al parecer, el muy inútil se había roto el cuello durante alguno de los sucesivos impactos, librándose así de las consecuencias de su incompetencia. Un cabrón afortunado.

La cubierta tembló bruscamente y dirigí mi atención a la pictopantalla, intentando hacerme una idea de dónde habíamos acabado. La imagen que se presentó ante mis ojos era difícil de interpretar, ya que todo estaba envuelto en una densa niebla, pero en lugar de los irregulares campos de hielo y nieve a la deriva que recordaba de mi última visita a este oscuro mundo, parecíamos estar rodeados por una superficie baja y plana, que ondulaba suavemente a nuestro alrededor en todas direcciones. Ahora que habíamos dejado de movernos, el calor de nuestro casco se estaba disipando, derritiendo el hielo sobre el que reposaba la nave.

A pesar de mi incredulidad inicial, no cabía ninguna duda: estábamos en medio de un lago. Y eso significaba...

-¡Por los huesos del Emperador!-, exclamé cerrando los ojos con impotencia, al comprender el nuevo peligro en el que nos encontrábamos**-. ¡Nos estamos hundiendo!**



CAPÍTULO SIETE

-De momento no-, me aseguró Kolyn**-. La mayoría de los mamparos de emergencia están aguantando.**

-Pero el casco tiene más agujeros que el sermón de un hereje-, le repliqué. El casco estaba cubierto de los agujeros y brechas producidos por las distintas colisiones. Primero con la estación orbital, seguido del primer pico con el que habíamos impactado, por no hablar de los numerosos rebotes contra la superficie a modo de una piedra en un estanque, en los que se habían producido innumerables roturas menores en un sin fin de remaches, y finalmente muchas de las planchas del casco inferior habían acabado por resultar muy maltrechas por cada impacto contra la superficie. Eso por no hablar de las fracturas debidas al estrés y los contrafuertes doblados en el interior de la nave, donde la estructura había acabado por debilitarse fatalmente debido al infernal calor de nuestro ardiente viaje a través de la atmósfera. Como para confirmar mis más oscuros temores, incluso mientras hablaba, el maltrecho cacharro se bamboleó bajo mis pies, mientras el repentino cambio en el ángulo de la cubierta causaba breves estragos en mi oído interno.

-Diríjanse todos al muelle ventral-, ordenó Kasteen por el canal general de mando**-, y organícense por pelotones.**

-Buena decisión-, le dije, mientras me dirigía al acceso del puente, dejando que los tripulantes se las arreglaran por sí mismos. Al menos los que pudieran hacerlo, claro está**-. Cuanto más arriba lleguemos, más tiempo ganaremos.**

-Y es lo suficientemente grande como para albergar a todo el mundo dado que no hay lanzaderas acopladas-, añadió Broklaw, lo cual también era cierto; estaríamos un poco apretados, con mil soldados allí apelotonados, pero nos las arreglaríamos.

-¿Y los vehículos?-, intervino Sulla**-. Todavía están soldados a la cubierta.**

-Ya los recuperaremos más tarde-, le aseguré, esperando que tuviéramos esa oportunidad**-. Las personas son lo primero, luego nos preocuparemos por el equipo-.** Sobra decir que era mi propia persona la que tenía en mente.

Encontré el camino a través del laberinto de pasillos retorcidos con bastante facilidad, gracias a mi instintiva afinidad por los espacios cerrados, que demostraba ser tan confiable como siempre, progresando a buen ritmo a pesar de las placas de cubierta dobladas y los techos colapsados que frecuentemente bloqueaban mi camino. Sin embargo, tenía una sensación de inquietud que crecía constantemente, ya que la débil oscilación de las placas de cubierta bajo mis botas, causada por el hecho de que la destrozada nave seguía bamboleándose en el lago que ella misma acababa de crear, y que cada vez lo hacía con mayor brusquedad. Las periódicas sacudidas se fueron haciendo

más fuertes, al tiempo que los intervalos entre ellas se acortaban cada vez más, y pude imaginar el motivo con demasiada facilidad: la presión acumulada del agua abriéndose paso a través de los mamparos que la habían contenido temporalmente, irrumpiendo a través de ellas en imparables torrentes, inundando nuevos compartimentos, al igual que había sucedido aquella vez en la que había sufrido un percance en un submarino bajo las olas de los océanos de Kosnar.

En cualquier caso, no me había ahogado entonces, y tampoco pensaba hacerlo en aquellos momentos, al menos si estaba en mi mano evitarlo. Me abrí camino con mi espada sierra cada vez que los restos bloqueaban mi avance, progresando sin parar, animado por el lejano pero continuo sonido del agua filtrándose por el interior de la nave.

-¿Cómo vais?-, vociferé, apartándome de un pasillo totalmente cegado por escombros demasiado grandes como para abrirme paso a través de ellos. Tal vez debería haber seguido con los tripulantes, pensé molesto conmigo mismo, pensando que quizás podrían conocer una ruta más rápida.

-Hemos llegado al hangar-, respondió Kasteen de inmediato**-. Pero las puertas no se abren.**

-Habrán quedado soldadas por el calor de la reentrada-, comenté, recordando las palabras de Kolyn allá en el puente.

-Eso parece-, me contestó un tanto ausente, evidentemente más preocupada por el efecto que por la causa**-. Pero Federer cree que puede abrirnos paso con un poco de explosivo.**

Aquello no me sorprendió lo más mínimo. El capitán Federer, el oficial al mando de nuestro contingente de zapadores, tenía un enfermizo entusiasmo por toda aquella sustancia susceptible de ser detonada; pero era innegable que era un experto en lo que a cargas de demolición se refiere.

-Sin duda él sabrá que hacer-, coincidí, sintiéndome más seguro de que seríamos capaces de salir de esta tumba que se hundía lentamente y en la que estábamos atrapados. Lo único que tenía que hacer era encontrar el camino para reunirme con ellos. Tomé otro pasillo, que parecía ir en la dirección correcta, para encontrarme con que mis pies chapoteaban en unos centímetros de agua helada**-. Será mejor que le diga que se dé prisa. Aquí abajo el nivel del agua está subiendo con rapidez.**

Divisé una escalerilla que daba acceso a una escotilla en el techo a mitad del pasillo y corrí hacia ella, mientras el agua me llegaba ya a la altura de los tobillos. Cuando empecé a trepar, un ruido sordo retumbó a lo largo del pasillo y toda la nave se estremeció. Comprendí de inmediato lo que ello implicaba: el mamparo por el que se estaba colando el agua había acabado por ceder del todo.

Galvanizado por una descarga de adrenalina de puro terror, subí a la parte superior y tiré de la escotilla sobre mi cabeza, empujando la palanca de apertura con todas mis

fuerzas, pero la maldita cosa se negó a ceder. Vi aparecer una auténtica pared de agua al final del pasillo, precipitándose hacia mí como un krootox a la carga; eché mano de mi espada sierra con la idea de intentar abrirme paso a golpes, consciente de que ya era demasiado tarde y de que, en un abrir y cerrar de ojos, iba a ser arrastrado hacia la muerte.

Súbitamente la escotilla cedió con brusquedad y se abrió de golpe. Unas bienvenidas manos, acompañadas de un olor no menos bienvenido, me asieron para ayudarme a subir.

-Suba, señor-, dijo Jurgen, mientras yo salía por el agujero, impulsado por un borbotón de agua derretida. Entre los dos luchamos por cerrar la escotilla contra la presión del agua que me había seguido, mientras parpadeaba, agradablemente sorprendido por mi inesperado rescate.

-¿Por qué no está con los demás?-, le pregunté, secándome enérgicamente con la toalla que había sacado de entre su caótica colección de macutos. Ya debíamos estar cerca del casco exterior; la temperatura del aire era más que húmeda. Mientras le seguía hacia el muelle, nubes de vapor se iban desprendiendo de mis ropas a medida que se iban secando.

-Salí en su busca, señor-, explicó Jurgen, como si fuera obvio**-. Entonces le he oído golpear esa escotilla.**

-Gracias sean dadas al Trono-, dije, mientras entrábamos en la vasta y resonante cámara, llena de valhallanos organizados por sus pelotones tal y como

Kasteen había ordenado. Los medicae estaban ocupados en una esquina, atendiendo a los que habían salido peor parados cuando impactamos con la superficie; estaba claro que no se esperaba que todos sobrevivieran, ya que Tope también se encontraba allí, haciendo la señal del Aquila. No se veían bolsas para cadáveres, así que, o bien alguien había tenido el tacto suficiente para mantenerlas fuera de la vista, o bien las víctimas mortales simplemente se habían quedado atrás con las prisas.

-No tenemos mucho tiempo-, le dije a Kasteen, cuando la nave volvió a oscilar**-. El agua está sólo un par de niveles por debajo de nosotros.**

Asintió con la cabeza y activó su comunicador vox**-. Federer. Ahora sería un buen momento.**

-Estamos colocando las últimas cargas-, nos dijo el zapador, con una inquietante nota de impaciencia claramente perceptible en su voz, incluso a través del vox.

-¿Cuántas ha colocado?-, pregunté, procurando sonar como si la pregunta fuera simple curiosidad.

-Las suficientes-, me respondió llanamente Federer, sin duda con su atención absorbida por el rollo de cable detonador que estaba desenrollando cuidadosamente.

-Lo has conseguido-, me felicitó Broklaw, saliendo de entre la multitud y acercándose a mi lado, y yo asentí con la cabeza, tratando de parecer lo más relajado posible dadas

las circunstancias, aunque ahora que lo pienso **(39)**, dudo mucho que consiguiera el efecto esperado.

(39) *La descripción que hace Sulla de estos eventos hace honor a su "noble porte" y "manifiesto coraje" ante fuerzas enemigas superiores, así que, en cierta forma, sí que consiguió engañar al menos a uno de los presentes, pero como la versión de Sulla no aporta nada nuevo al texto de Caín, he preferido ahorrarles a ustedes, sufridos lectores, tener que pasar por otro amargo trance leyendo su más que insufrible prosa.*

Antes de que pudiera responderle, Federer gritó *"¡Fuego en el agujero!"* con lo que sólo puedo describir como un indecoroso entusiasmo.

Broklaw y yo nos estremecimos, al igual que casi todos los demás soldados presentes, y nos agachamos, llevándonos las manos a las orejas. Sin embargo, en lugar de la explosión que esperábamos, sólo se escuchó un fuerte chasquido, como el de un cañón láser al disparar una única descarga, y nos alcanzó un leve olor a fycelina quemada.

-No ha funcionado-, empecé a decir, mientras daba un par de pasos hacia Federer, con la intención de ofrecerle unas palabras de ánimo. Pero antes de que pudiera llegar hasta él, se oyó un chirrido agónico de metal sobrecargado, y la mayor parte de la pared exterior del hangar se desprendió, quedando apenas unida al casco a lo largo del borde inferior, y se dobló y desgarró de manera similar a como Jurgen solía abrir los sobres de correos. Mientras yo seguía observando boquiabierto el espectáculo, el extremo de la improvisada rampa se hundió en las heladas aguas que nos rodeaban, creando una inesperada lluvia de rocío junto con una ola que hizo que toda la nave volviera a bambolearse bajo nuestros pies.

-Ha ido todo lo bien que cabía esperar-, me informó un sonriente Federer, imbuido de un inconfundible aire de suficiencia.

-¡Bueno, se suponía que sólo ibas a volar las malditas puertas!-. Exclamé, y en mi voz se hizo patente tanto el asombro como la admiración por su habilidad.

Federer se encogió de hombros.

-Eso no nos habría ayudado a salir más rápido-, apuntó razonablemente**-. Al menos esto nos ahorrara tener que ponernos a escalar por el casco.**

-Sí, si lo que quiere es acabar nadando-, repliqué a mi vez, consciente de que muy pocos de los que estaban a bordo serían capaces de hacerlo **(40)**, y en cualquier caso, estaba seguro de que ninguno de nosotros sobreviviría más allá de unos cuantos minutos si fuéramos tan incautos como para sumergirnos en aquellas heladas aguas.

(40) *Nadar era una habilidad que raramente aprendían los valhallanos, dado que en su mundo el agua se presentaba normalmente en estado sólido.*

-No hará falta-, comentó Broklaw, contemplando el panorama de helada desolación que teníamos ante nosotros como si fuera la vista más hermosa que había visto en mucho tiempo (lo cual, para ser justos y en lo que a él respecta, probablemente así era). Las lejanas montañas estaban envueltas en nubes, los copos de nieve comenzaban ya a borrar las cicatrices de nuestro paso,

mientras que, a nuestro alrededor, las ráfagas de nieve empujadas por el viento se amontonaban en montículos contra la agrietada y rota superficie de los campos de hielo**-. Pronto estará lo suficientemente firme como para soportar nuestro peso y podremos salir caminando.**

Bueno, él sabría, al fin y al cabo, era nativo de un mundo helado, así que me acerqué un poco más a la brecha, arrebujándome aún más en mi abrigo. Todavía quedaba un poco de calor residual en la chapa del casco, pero el helado viento ya se estaba encargando de disipar rápidamente los últimos vestigios de niebla generada por el vapor que surgía del agua que nos rodeaba.

Miré hacia abajo y observé con cierta sorpresa que efectivamente, ya empezaba a formarse una capa de hielo en la agitada superficie, que se rompía y volvía a formar a medida que las olas se agitaban por debajo, de manera que pude presenciar atónitamente como las zonas aun libres de hielo iban disminuyendo de tamaño incluso mientras yo lo observaba.

Fue entonces cuando me pareció ver un parpadeo de movimiento en las aguas turbias, una sombra oscura que se movía con un propósito sinuoso a cierta distancia bajo la superficie.

-¿Has visto eso?-, pregunté, y el Mayor frunció el ceño.

-¿Ver qué?-, respondió, entrecerrando los ojos tratando de ver a que me refería. Llevábamos demasiado tiempo

sirviendo juntos como para que desestimara cualquier comentario que le hiciera, por muy descabellado que este le pudiera parecer, y por supuesto también yo me tomaba con la misma seriedad todo cuánto Kasteen o él me decían.

-Me ha parecido ver algo que se movía en el agua-, expliqué, con un nuevo cosquilleo en las palmas de las manos, aunque, dadas las gélidas temperaturas, bien podría simplemente tratarse de un mero problema de circulación**-. Como un pez grande.**

-Probablemente sea un trozo de escombro que se ha desprendido por debajo de la línea de flotación-, comentó Broklaw, sin poder reprimir una sonrisa. Me sentí reconfortado por su manifiesto escepticismo y me encontré devolviéndole la sonrisa, aunque si hubiera tenido algún indicio de lo que íbamos a descubrir más tarde, pueden estar seguros de que mi reacción habría sido muy distinta.

-Seguramente será eso-, concedí, feliz en mi ignorancia, y me di la vuelta, atraído por el familiar olor de mi ayudante, mezclado con el más apetitoso aroma de tanna.

-Pensé que le vendría bien esto, señor-, me dijo, mientras me ofrecía un humeante termo**-. Le calentará un poco después de haberse mojado tanto.**

-Gracias-, dije, calentando agradecido mis dedos de carne y hueso al sujetar el termo. El intenso frío ya comenzaba a abrirse paso a través de la tela de mi abrigo, a pesar de que todavía estábamos protegidos de lo peor del viento por las paredes metálicas del casco que nos rodeaba; recordando la

forma en que éste me helaría hasta los huesos casi tan pronto como pusiera un pie en los campos de hielo, decidí aprovechar al máximo la bebida caliente mientras tenía aún la oportunidad**-. Es usted tan oportuno como siempre, Jurgen-.** Aunque si el carguero seguía hundiéndose, no tardaríamos en acabar todos empapados, pese al optimismo de Broklaw.

-De nada, señor-, contestó mi ayudante, mirando más allá de mi hombro izquierdo para observar por primera vez el desolado paisaje nevado que se extendía más allá de la brecha en el casco. El casual pronóstico del Mayor de unos momentos antes parecía estar haciéndose realidad, y una inmaculada capa de hielo se extendía ahora desde nuestro maltrecho casco hasta las distantes colinas de hielo. El constante viento que me hacía cosquillas en el oído me transmitía el crepitar del hielo como un audible contrapunto a la visible congelación. Mi ánimo empezó a mejorar de nuevo. Si aún quedaba suficiente aire atrapado en la nave como para mantenernos a flote un poco más, el hielo que se estaba solidificando bastaría para mantenernos a flote, al atrapar la nave medio hundida allí donde ahora se encontraba en lugar de permitir que acabáramos en el fondo del mar**-. ¿Cuánto estima que falta para que podamos salir?**

-No mucho-, le contesté, apreciando su impaciencia, que, sin duda, compartían todos los que estaban a bordo, exceptuándome a mí, claro está. Mientras entrecerraba los ojos para protegerlos del viento helado, me pareció ver un parpadeo de movimiento en la distancia**-. ¿Tiene a mano un macrovisor?**

Como no podría ser de otra manera, sí que lo tenía, y lo sacó tras rebuscar apenas unos segundos de entre uno de su caótico conjunto de macutos y bolsillos. Me lo llevé a los ojos y recorrí los distantes campos de nieve, sin registrar nada más que el flujo totalmente natural de la superficie nevada que se mecía bajo el ímpetu del viento.

-¿Otra vez viendo cosas?-, bromeó Broklaw, y yo me encogí de hombros, bajando el macrovisor con cierta timidez.

-Nunca se puede pecar de ser demasiado cuidadoso-, empecé a decir, justo cuando mi ayudante señaló a media distancia, a unos noventa grados del lugar hacia donde yo había estado mirando.

-Orkos-, afirmó, descolgándose su preciado melta con evidente alegría.

Me giré, levantando de nuevo el macrovisor, y asentí sombríamente en señal de confirmación. **-Camiones y motos de guerra-,** dije**-. Vienen a toda velocidad-.** Era difícil estar seguro de su número, ya que su avance levantaba una ingente cantidad de nieve a su alrededor que hacía que pareciera que avanzaban en una ventisca creada por ellos mismos, pero sin duda se trataba de una banda de guerra de un tamaño considerable. No era de extrañar, dada la espectacularidad de nuestra llegada y la instintiva agresividad de aquellos grotescos brutos; posiblemente debíamos de haber dado cuenta de un buen número de ellos en nuestro cataclísmico viaje a través de las montañas que habían infestado, y los supervivientes estarían lo suficientemente indignados y sedientos de venganza como

para buscar sangre, y me atrevería a pensar que quizás incluso más de lo habitual.

-¡Preparen una barricada en esta rampa!-, ordenó Broklaw, apresurándose a organizar nuestra defensa, y un nuevo escalofrío me recorrió la columna vertebral, esta vez totalmente ajeno al frio viento que ululaba por los campos de hielo a modo de vanguardia de la horda de pieles verdes. El golpe de ingenio de Federer que pretendía permitirnos desembarcar de forma rápida y segura se había convertido ahora en el acceso que permitiría que los orkos que se abalanzaban sobre nosotros tuvieran un acceso casi sin obstáculos a nuestra estrellada nave. Ya no era posible que todo el mundo saliera de la nave, y aunque lo hiciéramos, cualquiera que estuviera de pie en la llanura de hielo endurecido que nos rodeaba sería un blanco fácil al no contar con ningún vestigio de cobertura. Los orkos caerían sobre nosotros como si de rapaces fellonianas se tratara (41) atacando un rebaño de indefensos grox.

(41) *Un ágil y extremadamente veloz sauropodo usado como montura por los jinetes salvajes (rough riders) de los regimientos de la Guardia Imperial de ese singular y poco agradable planeta. En estado salvaje son malignas y belicosas criaturas, más inclinadas a cazar a cualquier otra criatura que se encuentre en las cercanías, lo cual incluye a sus congéneres domesticados, y ahora que lo pienso, a los jinetes de estas.*

Parecía que, incluso varada, la *Fuegos de la Fe* seguía siendo una trampa mortal de la que ninguno de nosotros podría esperar escapar con vida.



CAPÍTULO OCHO

El hecho de que mis compañeros parecieran no compartir mis pesimistas reflexiones no fue algo que me pillara por sorpresa, aunque dadas las presentes circunstancias, no me iba a quejar. Al contrario, como buenos hijos de Valhallan, la perspectiva de entablar combate con sus ancestrales enemigos pareció animarlos enormemente, proporcionándoles una muy necesaria inyección de moral tras el largo y aterrador aterrizaje que tan recientemente acabábamos de sufrir. Después de ser lanzados de un lado a otro como si no fuéramos más que patatas en una bolsa zarandeadas a lo loco, todos estaban más que ansiosos por sentir que volvían a tener el control de su destino, y además, para un valhallano no hay mejores formas de desahogarse que matar a unos cuantos orkos. Por lo tanto, desde ese punto de vista, la aparición de los pieles verdes no podía haber sido más oportuna.

Para mi desgracia el caso es que había bastante más que un puñado de ellos. Mientras me esforzaba por seguir su aproximación, ajustando el enfoque del macrovisor lo mejor que podía, dadas las vaharadas de cristales de nieve que se arremolinaban a mi alrededor, y las nubes aún más densas de nocivos vapores escupidos por sus mal ajustados motores, me pareció ver que los pieles verdes nos superaban en número. Si a esa ecuación le añadíamos la precaria posición que ocupábamos, atrapados en una enorme caja metálica con un costado al descubierto, las cosas no pintaban precisamente bien; además, a pesar de lo grande que parecía la brecha que Federer había abierto en

el casco, menos de una cuarta parte de nuestra gente podría tomar posiciones en ella para hacer uso de un arma, mientras que los demás tendrían que hacer cola detrás de ellos, incapaces de conseguir un tiro claro al no poder asumir una posición de disparo entre sus apretados compañeros.

-¿Cómo lo ves?-, me preguntó Kasteen, aunque tenía experiencia más que suficiente en el campo de batalla como para percatarse del problema mucho antes de que yo tuviera la oportunidad de intervenir**-. ¿Cargamos rampa abajo para que podamos descargar unas cuantas salvas contra ellos antes de que nos pasen por encima?**

Sacudí la cabeza ante la macabra broma y me aparté apresuradamente cuando el capitán Shambas, el comandante de nuestra unidad de Sentinels, pasó por delante de nosotros mientras portaba despreocupadamente un contenedor de carga del tamaño de un vehículo terrestre sujeto a las abrazaderas de un montacargas que había conseguido activar. Sólo el Emperador sabría cómo narices se las había arreglado para ponerlo en marcha, teniendo en cuenta que este había estado chocando de un mamparo a otro de la bodega puesto que no lo habían asegurado, pero sin duda facilitaría la tarea de preparar una improvisada barricada antes de que los orkos se acercaran lo suficiente como para empezar a dispararnos.

-No funcionaría-, le contesté sonriendo irónicamente. No voy a negar que muchos de mis colegas comisarios pensarían que era una idea brillante, y que ellos mismos querrían liderar la carga (para acabar descubriendo demasiado tarde que, curiosamente habían avanzado más

rápido que el resto de las tropas), pero yo nunca he sido tan estúpido, ni me he despreocupado por las bajas que ese tipo de acciones suelen provocar. Sin duda, las bajas son inevitables en el campo de batalla, pero desde mi punto de vista, sólo el enemigo es prescindible; los soldados enfadados y resentidos no iban a preocuparse por cubrirme las espaldas cuando empezaran a llover las ráfagas de bolters, y si no he logrado convencerlos de que realmente me preocupo por ellos, al final, no sólo tendré que preocuparme de esquivar las balas del enemigo. Es por ello que siempre me he tomado muchas molestias para dar la impresión de que estoy tan preocupado por su bienestar como por el mío propio**-. El terreno es demasiado irregular.**

Lamentablemente, tal y como pronto íbamos a descubrir, yo estaba en lo cierto. El metal no se había fracturado del todo bien, y había grietas y fisuras incluso en las zonas aparentemente más lisas, que podían atrapar una bota y torcer un tobillo; eso sin tener en cuenta la multitud de vigas estructurales que sobresalían junto con las tuberías arrancadas de las redes de saneamiento de la nave. No serían problema alguno en un desembarco ordenado y organizado, pero bajo el fuego enemigo, sería un acto prácticamente suicida.

-Entonces, ¿Qué propone? -. Preguntó Broklaw, levantando un poco la voz cuando el escuadrón de Penlan llegó a paso ligero y comenzó a colocar un cañón automático sobre un trípode a sotavento del contenedor que Shambas acababa de dejar caer hábilmente sobre la cubierta.

-Atrincherarnos a fondo-, dije. Los ligeramente alarmantes bamboleos en mi equilibrio casi habían cesado, por lo que parecía que ya corríamos poco peligro de hundirnos, dado que el hielo, que se iba endureciendo gradualmente, empezaba ya a ser capaz de soportar incluso el colosal peso de la accidentada nave. Con la seguridad de que después de todo no íbamos a ahogarnos, mi mente volvió a pensar en el laberinto de pasillos que había recorrido para llegar hasta allí. No dudaba de que podría eludir a los pieles verdes con relativa facilidad en un entorno que sabía aprovechar tan bien, pero salir disparado hacia ellos como una comadreja hacia su madriguera no encajaría con la imagen de valerosa resolución que generalmente me esforzaba por fomentar. Ahora bien, si lo hacía parecer una estrategia cuidadosamente meditada... **-Si nos dispersamos por los pasillos detrás de la bahía de carga, podríamos establecer puntos de estrangulamiento y emboscadas. De esa forma, si los pieles verdes superan la primera línea, aun estaremos en posición de eliminarlos poco a poco mientras se ven obligados a dividir sus fuerzas-.** Era una sugerencia bastante acertada, pues era una táctica que ya había empleado bastante a menudo en las colmenas y sus barrios bajos, pero tengo que admitir que la idea de aplicar tales lecciones a los corredores de una nave estelar estrellada no dejaba de ser algo novedoso.

Broklaw asintió pensativamente**-. Podría funcionar, si tuviéramos tiempo para organizarlo. Pero sin una unidad de mando para coordinarlo, perderíamos tantas bajas por fuego amigo como por el de los orkos.**

-Buen punto-, admití, pues estaba en lo cierto; ya había pensado en acudir en persona al laberinto de pasillos y corredores. Si contáramos con un sistema de comunicaciones que funcionara bien, un auspex y pictopantalla donde poder seguir las señales de todos los dispositivos de comunicación, por no pedir ya un Chimera de mando para acabar de organizarlo todo, habríamos podido convertir nuestra desahuciada nave en una autentica y muy eficiente picadora de carne para orkos. Pero, en nuestra actual situación, meter a varios cientos de estresados y nerviosos soldados en un espacio tan reducido con instrucciones de disparar al primer signo hostil que encontraran, no haría sino hacer el trabajo de los orkos. Por lo tanto, me resigne a que en esta ocasión no me iba a escapar de combatir en medio de un frio de narices**-. ¿Alguna otra idea?**

-Prepararemos áreas de fuego cruzado-, dijo Kasteen, señalando la maraña de galerías y pasarelas que aún se agarraban a las paredes de la cámara tan grande como la nave principal de una catedral **(42)-. Colocaremos a todos los que podamos en la línea defensiva, y repartiremos a los demás en los accesos y pasarelas periféricas, creando líneas de fuego superpuestas. Si los orkos logran cruzar las líneas en algún punto, las reservas podrán eliminarlos desde ahí arriba, mientras el resto de la línea resiste-.** Por su expresión, me di cuenta de que no estaba muy contenta con la idea, pero era el mejor plan que teníamos, así que tendría que servir.

(42) *Sin duda está exagerando aquí, aunque no tanto como se pudiera pensar. Las lanzaderas pesadas de carga para las cuales estaba diseñado el hangar, implicaba que éste sería de enormes dimensiones, contando además que debía*

permitir que estas maniobraran cuando varias de ellas llegaban o salían a la vez.

-Excelente-, dije, mientras la compañía de Sulla se apresuraba a cumplir la orden de la Coronel y, a pesar de mi natural cautela, me acerqué a las barricadas para ver mejor. Tal acto podría parecerles una imprudencia poco habitual en mí, pero en ese momento el riesgo me parecía mínimo; los orkos estaban demasiado lejos como para alcanzarnos con sus toscas armas (pese a que eso no les impedía dispararnos, algo que quizás sólo fuera por disfrutar del mero placer de sus estruendosas detonaciones), además, verme en vanguardia no dañaría precisamente la moral de las tropas, ni afectaría mi, por otra parte, exagerada reputación. Aparte, hasta ese momento sólo había tenido la oportunidad de evaluar nuestra posición desde el punto de vista de la bahía de carga, y finalmente, debo confesar que sentía un deseo casi infantil de ver por mí mismo el exterior de nuestra maltrecha nave. A ver, en innumerables ocasiones ya había tenido la oportunidad de disfrutar de la visión de los cascos de las naves estelares desde las escotillas de las lanzaderas, pero la perspectiva de poder hacerlo sin que nos separara una extensión de vacío me resultaba de una novedad harto fascinante.

Así pues, me colé por uno de los huecos que aún no habían sido cubiertos y trepé torpemente por la maraña de metal desgarrado y doblado que me llegaba hasta las rodillas, donde el gran portal de un metro de espesor y el casco que lo rodeaba se habían desprendido para caer sobre la ya sólida capa de hielo situada a una docena de metros por debajo de nosotros. Mientras lo hacía, jadeé involuntariamente y me estremecí incluso a pesar de mi pesado abrigo, mientras las garras del temible frío reinante capaz de congelarle a uno hasta los huesos y que

temporalmente había olvidado, me recordaba su presencia acuchillándome como la malicia de un pirata eldar **(43)**. Consciente de la cantidad de ojos que me miraban, hice de tripas corazón y desenfundé mi espada sierra, decidido a aparentar la gallardía que de mí se esperaba, tratando de mostrar con inequívoca claridad que cualquier temblor que los soldados pudieran percatarse no eran más que el mero efecto del frío (bueno, y si realmente tenían un origen distinto, no veía nada de malo en dejar que pensaran lo contrario).

(43) *Aunque Caín a lo largo de su carrera, se encontró en numerosas ocasiones tanto con los eldar como con sus congéneres manchados por el toque del Caos, cada vez que hacer referencia a ellos aplica la descripción de estos últimos, como si no fuera capaz de ver la diferencia o bien aquella le trajera sin cuidado.*

No negare que, sin lugar a dudas, la vista era del todo espectacular, aunque dadas las circunstancias, no tuve mucho tiempo para disfrutarla. Incapaz de resistir la tentación por más tiempo, volví a mirar brevemente la escarpada pendiente metálica que tenía a mis espaldas, perdiéndome por un momento en el asombro de que algo tan enorme hubiera surcado los cielos; incluso con la mayor parte de ella ya por debajo de la superficie, seguía pareciéndome imposiblemente grande, alzándose sobre mí como un bloque habitacional o un enorme manufactorum, cuyos efluvios se abrían paso a través de la atmósfera. Algunas partes estaban onduladas, donde el metal se había ablandado e incluso fundido gracias al increíble calor de la reentrada, y no por primera vez, me encontré maravillado por el terriblemente estrecho margen por el que habíamos escapado de una muerte segura.

Una huida que ahora me molestaba por el hecho de parecerme incómodamente temporal en aquellos

momentos. La estridente horda de orkos que se acercaba ya se escuchaba gracias al viento, y me giré en su dirección, mientras una ominosa sensación de presentimiento se apoderaba de mí al tiempo que una capa de oscuras nubes se congregaba para ocultar al sol, envolviendo mi alma en la oscuridad.

-Parece que va a nevar-, comentó Jurgen, mirando en su dirección como si ese fuera el asunto más urgente del que teníamos que ocuparnos. Había subido la accidentada pendiente metálica con el viento a favor, así que por una vez no pude percatarme de su presencia hasta que había hablado; entonces, y no por primera vez, su flemática actitud frente a las abrumadoras probabilidades me animó, y respondí con la misma despreocupación que él exhibía.

-¿Y cree que lo hará con fuerza?-, pregunté. Una o dos ventiscas no desconcertarían a los valhallanos, incluso apostaría que podrían beneficiarnos, dada su capacidad para operar más eficazmente en condiciones climáticas extremas, pero lo cierto es que a mí no me resultaría positivo en forma alguna, además, cualquier cosa que redujera la visibilidad ayudaría igualmente a los orkos. Ellos ya sabían exactamente dónde estábamos, y el hecho de no poder ver a qué le disparaban no iba a degradar en forma alguna su ya de por si lamentable puntería; mientras que nosotros estábamos obligados a eliminar a todos los que pudiéramos antes de que llegaran hasta nosotros.

Jurgen negó con la cabeza.

-No, será suave como mucho-, contestó, aunque no me resultó de mucha ayuda que digamos, y se giró hacia la

horda que se acercaba desde las orillas del lago sin mostrar signo alguno de disminuir la velocidad**-. Qué bien que por una vez tendremos más que suficientes orkos para todos.**

-Supongo que sí-, dije, tratando de recordar la última vez que lo había visto perturbado por lo abrumador de las fuerzas contra las que nos enfrentábamos, y como siempre, fallando**-. Será mejor que volvamos a ponernos a cubierto-.** Los pieles verdes no destacaban por ser las criaturas más observadoras de la galaxia, por lo que aún podríamos conservar de nuestra parte algún elemento de sorpresa si no esperaban encontrarse con ningún superviviente.

-Tiene razón, señor-, aceptó, siguiéndome hasta el otro lado de la barricada con visible reticencia, sin duda decepcionado por no haber podido efectuar disparo alguno, algo que, evidentemente, había esperado ansiosamente.

-No disparen-, aconsejé **(44)**, tomando posición detrás de la caja más grande y sólida que encontré mientras desenfundaba mi pistola**-. Dejen que se acerquen lo suficiente para asegurar cada disparo.**

***(44)** Una instrucción que evidentemente transmitió a través del vox, aunque no se moleste en mencionarlo.*

-Así lo haremos-, me aseguró una voz familiar, y me giré para encontrar a una mujer bajita y pelirroja que me sonreía con una entusiasta sed de sangre. Si no hubiera entrado en las filas de la Guardia, por medios que me parecía que era mejor no preguntar, aunque estaba bastante seguro de que

tenían algo que ver con el magistratum de su mundo natal, las tendencias sociopáticas de Magot habrían encontrado sin duda salidas mucho menos productivas; gracias a su actual profesión, se las había arreglado para templarlas hasta convertirlas en una herramienta útil, manteniéndolas bajo control la mayor parte del tiempo y aceptando las consecuencias de las ocasionales excepciones con un imperturbable buen humor. Habíamos atravesado juntos una tumba de necrones hacía unos años, saliendo de tal experiencia razonablemente indemnes y no menos cuerdos que antes de hacerlo, y puedo asegurar que había pocos soldados en el regimiento a los que preferiría tener conmigo cuando las cosas parecían volverse realmente sombrías, así que le devolví la sonrisa con una leve sensación de alivio.

-Estoy seguro de ello, cabo-, le contesté devolviéndole la sonrisa.

Para nuestra desgracia, los pieles verdes tenían otras ideas. Esperaba que nuestra potencia de fuego masiva interrumpiera su alocada carrera a través del hielo, causando el suficiente daño a sus filas de vanguardia como para que toda la horda que los seguía se detuviera vacilando, o, lo que era más realista, que los dividiera en grupos más pequeños mientras se abrían paso alrededor de los obstáculos creados por sus propios caídos, y a los que podríamos eliminar con más facilidad. Era una táctica que me había funcionado bastante bien en Perlia, así como en la mayoría de las otras ocasiones en las que había tenido la mala suerte de encontrarme en el camino de una descontrolada banda de guerra orka; pero en esta ocasión, la vanguardia de su avance se anunció mediante un repentino y estrepitoso rugido, cuando un puñado de toscas máquinas voladoras surgió de la oscuridad que rodeaba a la

horda que cargaba contra nosotros y se precipitaron hacia nosotros, picando desbocadamente gracias a sus zumbantes rotores mientras creaban remolinos en la nevada que cruzaban.

Ignorando la gran masa de vehículos que venían detrás, y que en cualquier caso estaban fuera de nuestro alcance efectivo, aunque no por mucho tiempo si seguían viajando a esa velocidad, concentramos nuestro fuego en los exploradores aéreos, esperando derribarlos antes de que pudieran informar de algo útil.

-¡Sigan disparando!-, gritó Kasteen por encima del estruendo de los autogiros pieles verdes, que volaban sobre nosotros, intentando evitar un repentino frente de tormentoso fuego tierra-aire. Por supuesto, la mayor parte de las armas que pudimos disparar eran sólo armas de mano, cuyos impactos no los desestabilizarían mucho, ya que las descargas láser rebotaban inofensivamente de la estructura metálica de sus fuselajes, y las irregulares planchas de blindaje torpemente ajustadas por todo su fuselaje, aparentemente al azar. Su único punto débil era la cabina descubierta, que dejaba a los pilotos expuestos al exterior, sin duda para saborear al máximo la experiencia de viajar a gran velocidad que tantas de aquellas criaturas parecían disfrutar; un defecto fatal, que pronto se hizo evidente cuando un par de ellos cayeron en espiral hacia su postrera destrucción en los límites del campo de hielo, con los orkos que los tripulaban muertos incluso antes de tocar el suelo.

Me estremecí cuando una de aquellas destartaladas máquinas voladoras se dirigió hacia nosotros, con el tosco bolter rudamente montado en su panza ladrando

vengativamente mientras abría una línea de cráteres en el hielo junto a la rampa, y para mi sorpresa escuché a Magot reírse mientras seguía a la nave en la mira del fusil láser que sujetaba entre las manos.

-Siempre he dicho que los verdosos no podrían acertar ni siquiera el costado más ancho de una nave-, comentó burlonamente**-, aunque nunca esperé poder verlo con mis propios ojos.**

-Está comprobando su alcance-, le advertí, mientras la línea de proyectiles con punta explosiva empezaba a ascender por la rampa hacia nosotros, aunque tengo que admitir que la cantidad de daño que infligió a la nave fue insignificante comparado con el que ya habíamos causado nosotros mismos. Sin embargo, la historia cambiaría en uno o dos segundos, cuando su mortífera lluvia comenzara a encontrar objetivos entre los más frágiles cuerpos de los soldados. Giré mi brazo, siguiendo el objetivo que se movía rápidamente lo mejor que pude, a sabiendas de las escasas posibilidades de encontrar un punto débil o de incapacitar al piloto a esa distancia con una descarga láser con la relativamente baja potencia de mi arma personal.

-Sus sesos no llegan a tanto-, me aseguró Magot, apretando el gatillo de su fusil y reduciendo el cerebro del piloto a una grasienta niebla que los rotores que zumbaban por encima de él esparcieron en todas direcciones**-. Bueno, a excepción de los de este-,** añadió con una pícara sonrisa. El autogiro, repentinamente sin piloto, se ladeó hacia la izquierda, fallando en estrellarse contra la entrada abierta de la bahía de carga por apenas un par de metros, antes de chocar contra la pared metálica del improvisado acantilado, donde permaneció inmóvil un instante antes de

caer en picado hacia el hielo de la superficie, desintegrándose durante la caída.

-Buen tiro-, la felicité, y Magot asintió con la cabeza, antes de volver a centrar su atención en el avance de las fuerzas terrestres orkas, que, haciendo gala de la falta de cautela que cabría esperar de los de su clase, acababa de saltar al hielo sin siquiera vacilar un segundo, cargando hacia nosotros con la intención de iniciar una sangrienta matanza.

-¡Acabad con ese cabrón!-, animó Penlan a su equipo de armas pesadas, mientras el último autogiro superviviente giraba y empezaba a alejarse. Se movía con relativa lentitud, y al cabo de un momento me di cuenta del motivo: en lugar de los cañones que habían llevado los otros, este portaba bajo su vientre una ominosa y redondeada masa de lo que debía ser una gran bomba, pintada con los rasgos de una gruñona faz orka.

-Dejadlo-, ordené**-. No es una amenaza si se retira. Concéntrense en los camiones y en los buggies.**

-Señor-. Su tono de voz me dejó claro que no estaba contenta con mi orden, pero se la transmitió a su equipo con la debida presteza**-. Vuelvan a apuntar. Eliminen los vehículos terrestres.**

-Sargento-. El artillero confirmó la recepción de la orden con una inclinación de cabeza y trató de bajar un poco el cañón de su arma**-. Demonios, se ha vuelto a bloquear.**

-Permíteme-. Penlan le dio al recalcitrante trípode un sonoro golpe con la culata de su fusil láser. Con un chasquido de aire ionizado su fusil se descargó, y ella se estremeció, mirando avergonzada en mi dirección**-. Lo siento señor. Estaba segura de que había puesto el seguro.**

-Buen tiro, sargento-, le contesté secamente. El rayo perdido había alcanzado al piloto que huía en la nuca; mientras yo observaba fascinado el descontrolado descenso del autogiro, que, en medio de una alocada espiral, se precipitaba directamente hacia el centro de la multitud de orkos que cargaban contra nuestra posición. Al verlos por primera vez, se me secó la boca; eran muchos más de los que había imaginado, bloqueando la visión de la helada superficie mientras avanzaban con sus cochambrosas colecciones de chatarra móvil o descendiendo de ellas para continuar la carga a pie, estando hasta el último de ellos empeñado en ser el primero en llegar a la rampa y en trabar combate cuerpo a cuerpo. Nunca podríamos contener a tantos, pensé en aquel momento.

Entonces, una columna de humo, hielo pulverizado y restos de destrozados orkos se elevó por los aires desde el lugar donde finalmente se había estrellado el autogiro, y vi claramente cómo el hielo que rodeaba la parte inferior de la rampa se desplazaba y quebraba. Un momento después, se filtró una fina capa de agua que volvió a congelarse casi al instante. Dejando caer mis armas por un momento, levanté el macrovisor que, por suerte aun no le había devuelto a Jurgen, y que aún colgaba de mi cuello.

Algo extraño parecía ocurrir en el lugar de la explosión, los pieles verdes se arremolinaban alrededor en un completo

caos, alejándose de ella en todas direcciones. Sólo pude adivinar por fin la causa cuando uno de los buggies se tambaleó y desapareció abruptamente. Sin embargo, antes de que pudiera comentar mi descubrimiento, la horda que se acercaba alcanzó finalmente el punto en que estábamos dentro del alcance de sus armas, y el aire a mi alrededor se llenó de balas de bolter y automáticas.

-¡Armas pesadas, apunten al hielo!-. Transmití por vox, antes de recoger mi pistola láser y mi espada sierra, una vez más a salvo tras el cajón que me protegía. El lago que habíamos creado podría estar congelándose, pero seguía conteniendo un enorme volumen de agua fundida: hasta aquel momento, apenas se había formado una fina capa de hielo lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de los orkos y sus vehículos. La bomba del autogiro derribado había sido suficiente para romperla; si pudiéramos repetir el mismo efecto, aunque a mayor escala, podría ser más que suficiente para salvar nuestros cuellos.

-Qué no daría ahora por un poco de apoyo aéreo-, refunfuñó Broklaw, y yo asentí con la cabeza; un Valkyrie o dos harían el trabajo en una sola pasada de bombardeo.

-O una descarga de artillería-, coincidí, con una mirada esperanzada a la operadora de vox del regimiento, que seguía agazapada junto a la mochila con su transmisor portátil, tratando de contactar con la red de mando local. Pero no íbamos a recibir ningún apoyo de fuego, eso estaba claro; sobrevivir a nuestro descenso desde la órbita había sido milagro más que suficiente por un día.

Abrimos fuego impetuosamente. Nuestros fusiles láser, cañones automáticos y bolters pesados se abrieron paso entre las filas enemigas, pero por cada piel verde que caía, otro ocupaba su lugar; se podría decir que no estábamos más que haciendo agujeros en el agua.

-Esto no está funcionando-, comentó Broklaw, y muy a mi pesar, me vi obligado a estar de acuerdo con él. Los artilleros estaban haciendo todo lo posible por cumplir las instrucciones que les había dado, pero la simple presión de los cuerpos orkos que se interponían lograba disipar la energía de los disparos que yo había esperado que pudieran ser capaces de romper el hielo. Se puso el auricular de comunicación en la oreja**-. Que las armas pesadas ataquen a los vehículos, y concentren las armas ligeras en la infantería de pieles verdes-.** Me miró y se encogió de hombros-. **Tal vez si pudiéramos calentarlos con unas cuantas salvas más, quizás podría ser suficiente.**

-Podría funcionar-, acepté, más por esperanza que porqué realmente lo creyera, y entonces mi vista se fijó en Federer, que disparaba salvas de un lanzagranadas con el entusiasmo de un niño ante el escaparate de una juguetería. Dejé a Broklaw para que coordinara la casi imposible tarea de frenar la marea de pieles verdes que ahora atestaban el pie de nuestra improvisada rampa, y me apresuré a hablar con su creador.

-Debería ser bastante fácil-, me aseguró, una vez que comprendió la idea que le acababa de explicar**-. Un par de cargas explosivas de mano deberían bastar. El único problema es que tienen que estar enterradas para lograr el máximo efecto.**

-¿Y cómo podemos conseguir eso?-, le pregunté, con más aspereza de lo que pretendía.

Federer se encogió de hombros.

-No tengo ni idea-, admitió alegremente**-. Pero, al menos, puedo prepararle las cargas.**

-Bueno, supongo que es un comienzo-, concedí. Había una respuesta obvia a mi propia pregunta, pero no era algo que quisiera hacer. Tocaba bajar por la rampa hasta la superficie, esperando que nuestros compañeros pudieran proporcionar el suficiente fuego de cobertura para evitar que los orkos nos acribillaran por el camino. Déjenme decirles que aquella no era una perspectiva precisamente atractiva.

Entonces me fijé en el montacargas, que seguía parado en el lugar donde Shambas lo había dejado, y se me ocurrió algo; era poco mejor que mi primera idea, pero al menos ofrecía una minúscula posibilidad de éxito.



CAPÍTULO NUEVE

Aunque apenas nos tomaría unos instantes organizarnos, cada segundo sería crucial, y tenía buenas razones para temer que nos invadieran antes de que tuviéramos ocasión de terminar nuestros preparativos. Las armas pesadas de los vehículos orkos estaban arrojando un increíble volumen de fuego contra nuestro refugio y, a pesar de la solidez de las defensas que habíamos conseguido levantar, nuestras bajas iban en aumento. Afortunadamente, aún quedaban muchos soldados en la retaguardia, listos y dispuestos a ocupar sus puestos en las barricadas, así como prestar atención médica a los heridos, pero nuestras reservas no eran inagotables, así como tampoco lo era nuestra munición.

-¡Mantengan la rampa despejada!-, ordenó Broklaw, y una nueva lluvia de descargas láser barrió de ella a los miembros de la vanguardia orka, quienes, fiel a los instintos de su tozuda raza, parecían haber olvidado que contaban con armas de fuego, y se limitaban a tratar de acercarse lo suficiente para poder hacer uso de las toscas hachas que blandían amenazadoramente. Resultaba grotescamente curioso comparar aquellas cargas con las olas que iban a morir en la playa, cada oleada de pieles verdes avanzaba un poco más que la anterior por la artificial ladera antes de acabar viéndose obligados a retroceder, hasta que se reunían con los que los seguían, recuperaban su ardor y confianza y reanudaban su frenético asalto.

-Al menos parece que se concentran al pie de la rampa-, dijo Shambas, maniobrando el transportador de carga tan cerca del borde de la rampa como se atrevía. Unos cuantos proyectiles orkos impactaron contra su sólido armazón metálico emitiendo un silbido que se perdió en la distancia, aunque Shambas se mostró imperturbable ante los rebotes, sin duda acostumbrado a ese tipo de cosas en su montura habitual.

-Por el momento-, acepté, observando el hielo justo debajo de nosotros, que parecía felizmente libre de los aullantes pieles verdes, al tiempo que trataba de ignorar el espasmo de miedo que se apoderó de mí ante la perspectiva de lo que estaba a punto de hacer. A pesar de la impresión que la mayoría de la gente tiene de mí, nunca he sido precisamente el tipo de hombre que se ríe ante el peligro, perteneciendo más a aquellos que prefieren reírse de él a sus espaldas al tiempo que le dedicaba gestos vulgares con las manos, aprovechando el hecho de que éste fuera ajeno a mi presencia. Sin embargo, dado que aquel ridículo plan se me había ocurrido a mí, la gente esperaba, como de costumbre, que yo mismo me encargara de llevarlo a cabo. Desengañarlos tendría funestas consecuencias, por no decir otra cosa, minando mi liderazgo y la confianza de la tropa en un momento en el que nuestra propia supervivencia dependía de que todo el mundo se mantuviera concentrado y a la altura de las circunstancias; así que, una vez más, mi inmerecida reputación de heroico aventurero me había puesto contra las cuerdas.

-Intente colocar las cargas cerca del casco-, me informó Federer, con la tranquilidad de un experto, aparte del hecho de saber que sería otro el que iba a hacer el

trabajo sucio**-. Así las ondas de choque rebotarán contra él, intensificando el efecto de fragmentación de la costra de hielo.**

-Lo tendré en cuenta-, le contesté, aunque bajo ninguna circunstancia pretendía alejarme de la zona segura ni un centímetro más de lo que fuera estrictamente necesario. Mientras los pieles verdes seguían luchando por asegurar su posición en la rampa, el área de la capa de hielo a su sotavento permanecía despejado, así que, con un poco de suerte, mis actos escaparían por completo a su atención. Un poderoso aroma a los calcetines fermentados me informó que la otra mitad de nuestra triste banda de *Última Esperanza* **(45)** había llegado, así que me giré para recibirlo, intentando proyectar un aire de serena confianza en beneficio de todos los que nos rodeaban**-. ¿Listo, Jurgen?**

(45) *Término de la Guardia Imperial para referirse a la unidad de retaguardia, o a la unidad encargada de cubrir la retirada o proteger de cualquier manera a las tropas del cuerpo principal de la unidad. Las bajas posibilidades de supervivencia de tal misión se reflejaban en ese epíteto. Forlorn Hope unit, en el original.*

-Sí, si usted lo está, señor-, respondió mi ayudante desde algún lugar entre los pliegues de su grueso abrigo valhallano. Con las orejeras de su sombrero de piel bajadas y el cuello subido, apenas se le veía la cara, algo que sin duda alguna suponía una considerable mejora para la mayoría de los presentes. No se trataba de que estuviera tratando de escabullirse; sino que simplemente daba por sentado que su lugar estaba a mi lado, en el campo de batalla, y que, salvo orden directa en sentido contrario, él iría allí donde yo fuera. He de confesar que en esa ocasión esa era una orden que se me pasó por la cabeza dar; pero

dadas las circunstancias no había a nadie más que preferiría tener cubriéndome las espaldas. Además, si lo dejaba atrás, y por algún milagro conseguía que no me mataran, no me lo perdonaría jamás; y un Jurgen ofendido era algo que nunca debía tomarse a la ligera.

-Concentraremos todo nuestro fuego al pie de la rampa mientras desciende-, me informó Broklaw, y yo asentí, agradecido por la sugerencia. Teniendo en cuenta la rabiosa y obcecada determinación del orko medio cuando se trata de entrar en combate, dos hombres descendiendo cautelosamente por el casco en medio de las sombras que éste proyectaba, bien podrían pasar desapercibidos, pero sin duda alguna una distracción adicional no haría daño a nadie.

-Buena idea-, acepté, ajustándome el improvisado arnés que uno de los hombres de Federer había preparado, mediante el simple recurso de anudar las correas de algunos fusiles láser a modo de cuerdas que se ajustaron con la mayor seguridad posible al cable de remolque atornillado al chasis del montacargas. Normalmente se utilizaría para arrastrar palés por las bodegas, o para elevarlos hasta su destino después de que la improvisada grúa se hubiera colocado en su posición en las estrechas pasarelas que había sobre ellos, pero apostaría una considerable suma de dinero a que quienquiera que hubiera diseñado aquel aparato nunca había previsto el uso al que yo planeaba destinarlo. A modo de prueba, tiré de la maraña de correas, y para mi bien disimulado alivio, pareció lo suficientemente sólida**-. ¿Aguantará el peso?**

-E incluso hasta unas cinco toneladas más-, me aseguró Shambas, asumiendo que me refería al cable y no a

los frágiles arneses atadas a él, mientras tomaba el relevo para dar un cuarto de vuelta al cabrestante. El improvisado arnés se me clavó incómodamente en las axilas, elevándome hasta obligarme a ponerme de puntillas, una sensación que me resultó notablemente desagradable, entre otras cosas porque me hizo chocar con mi ayudante, idénticamente ataviado, en un ángulo tal que, involuntariamente, me vi forzado a disfrutar al máximo de su singular aroma.

-Entonces, pongámonos manos a la obra-, dije, consciente de que al menos, el helador frío del exterior tendría el positivo efecto de amortiguar mi sentido del olfato**-. ¿Están aseguradas las cargas?**

-Están bien-, me aseguró Federer, deslizando un par de grandes y pesadas mochilas sobre mis hombros, una a cada lado "*para mantener el equilibrio*", antes de equipar a Jurgen de forma similar**-. Explosivos cebados y listos.**

-Procuraré que no se me caigan-, bromeé, tratando de ignorar la vaga sensación de pánico que sus palabras habían despertado en mí interior**-. Y se lo agradecería mucho más si pudiera mantener el dedo lejos del botón de disparo hasta que estemos salvo-.** Dadas las circunstancias, habíamos optado por detonar los artefactos mediante un relé de vox, en caso de que Jurgen y yo fuéramos abatidos o hechos pedazos antes de que tuviéramos la oportunidad de activar los temporizadores, aunque me resultó extrañamente satisfactorio que nadie hubiera tenido la desagradable falta tacto como para decirlo así; eso también explicaba el hecho de que, en contra de todos los procedimientos de seguridad habituales, los detonadores ya estuvieran activados.

-Estaré atento a su orden-, me aseguró Federer, con la suficiente empatía para omitir un desagradable "*o sus postreros estertores*", que a mí me parecía una señal igualmente probable para hacer que los detonara allá donde yo cayera; pero no ganaba nada con tales pensamientos, así que me tambaleé hasta el borde del casco y observé cómo Jurgen se balanceaba hacia el exterior. Tranquilizado por el mero hecho de ver que no caía en picado hacia una muerte segura, le imite acercándome al borde, sintiendo cómo el improvisado arnés se clavaba un poco más en mis magulladas axilas.

-Planta baja, por favor-, comenté jocosamente, y Shambas sonrió, activando el cabrestante con cuidado.

Bien sabe el Emperador que a lo largo de mi carrera he experimentado una buena dosis de aprehensión y puro terror, pero la sensación de estar indefensamente colgado al extremo de un cable a menos de cincuenta metros de una banda de orkos totalmente enloquecidos por la sed de sangre, se me antojó como uno de los peores momentos **(46)** de mi vida. Si tan sólo a uno de ellos se le ocurría levantar la vista en nuestra dirección, estaríamos muertos en un instante, con nuestros cadáveres tan acribillados por las balas y los proyectiles de los bolters que a la superficie del hielo no llegarían pedazos de nuestros cuerpos más grandes que un sándwich. Aferré con fuerza la culata de mi pistola láser, escudriñando los alrededores lo mejor que pude en busca de cualquier señal de amenaza; pero la distracción que Broklaw nos había prometido llegó en el momento oportuno, una descarga de fuego tan intensa que la hueste orka cedió por un momento, desviando convenientemente su atención. Por un instante me atreví a

esperar que quizás su voluntad se hubiera quebrado haciendo innecesario nuestra casi suicida misión, pero como era de esperar con aquellas brutas criaturas, no fue así, y el contraataque no hizo más que aumentar su decisión de avanzar contra nosotros y ajustar las cuentas cuerpo a cuerpo. Con un colectivo grito de ¡WAAAAAGHHHH! volvieron a avanzar, alcanzando el punto más alto de la disputada rampa, antes de ser nuevamente rechazados.

(46) *En este caso, Caín parece genuinamente ignorante de la ironía implícita en sus palabras.*

Gracias a su alboroto, el relativamente débil chirrido del cabrestante pasó del todo desapercibido, y al poco tiempo sentí que mis botas crujían al apoyarse contra el hielo. Era más áspero de lo que esperaba, debido a que las congeladas olas y la ligera capa de cristales pulverizados les proporcionaron a mis botas el suficiente agarre como para poder caminar sin resbalar si me preocupaba de afianzar los pies con la suficiente precaución; lo cual, dadas las circunstancias, era algo que debía darse por sentado.

Me encogí de hombros con una gran sensación de alivio; el viento nos había hecho oscilar suavemente mientras descendíamos, y aquello, junto con el hecho de estar tan cerca de Jurgen, me había revuelto un poco el estómago**-. Estén preparados para volver a subirnos-,** ordené, no queriendo dejar nada al azar, y los dos nos deslizamos agradecidos por las sombras proyectadas por la imponente pared metálica.

Desde el suelo, la semienterrada nave me pareció más grande que nunca, una impresión que se reforzó cuando nos

escabullimos al abrigo de uno de sus salientes. Si había algo que se le daba bien a un viejo habitante de colmena como yo, era acechar entre las sombras, y debo confesar que mi confianza aumentó un poco a medida que nos ocultábamos en el refugio que éstas nos ofrecían; mi abrigo negro se camuflaría muy bien con la relativa oscuridad, y el gris oscuro de Jurgen **(47)** lograría el mismo efecto. Una rápida mirada en dirección a los orkos fue suficiente para asegurarme de que seguían felizmente ocupados en ser diezmados, y me descolgué del hombro la primera de las mochilas con las cargas de demolición**-. Será mejor que nos pongamos manos a la obra-,** le dije.

(47) *Por obvias razones, los regimientos valhallanos, bien cuando luchaban en ambientes urbanos o cuando ejercían labores de guarnición, preferían patrones de camuflaje gris oscuro, mientras que para el combate en campos nevados adoptaban patrones de camuflaje invernales.*

En realidad, colocar las voluminosas cargas fue sorprendentemente fácil; una rápida descarga del melta de Jurgen bastó para hacer un agujero adecuado a nuestras necesidades, y todo lo que tuvimos que hacer fue dejar caer la mochila en su interior, con un rápido vistazo para confirmar que la runa de activación seguía brillando en el detonador. Nos abrimos paso a lo largo del casco, deteniéndonos a intervalos de unos cincuenta metros tal y como nos había indicado Federer, de modo que cuando llegamos a colocar la carga final estábamos cerca del punto en el que el acantilado de metal que descendía comenzaba a curvarse, algo que nos permitía estar un poco más a cubierto del grueso de las fuerzas del ejército orko de lo que habíamos podido disfrutar hasta entonces.

Tal vez ese exceso de confianza nos hizo descuidados, atrayendo desgraciadamente la atención de un grupo de

exploradores orkos, o tal vez simplemente fuera un mero caso de mala suerte el hecho de encontrarnos en el camino de un grupo que llegaba tarde a la matanza y que estaban ansiosos por unirse a la refriega **(48)**. Dejando esas estériles cavilaciones de lado, el caso es que justo cuando estaba a punto de colocar la carga final, el bramido de un motor mal ajustado dañó mis oídos, seguido casi de inmediato por el traqueteo de un arma de grueso calibre. Afortunadamente, el artillero no tenía mejor puntería que sus congéneres, y la superficie del hielo estalló en afiladas astillas a tres o cuatro metros de donde yo me encontraba. Me puse en cuclillas por acto reflejo, mientras dejaba caer la bolsa llena de explosivos por el agujero, donde era menos probable que detonara al recibir una afortunada descarga, reduciéndonos en el proceso a Jurgen y a mí a una desagradable mancha rojiza sobre el hielo, al tiempo que alzaba mi pistola láser en busca de un objetivo.

***(48)** A buen seguro sería por el último motivo que comenta, dado que los orkos raramente son lo suficientemente disciplinado como para permanecer quietos mientras se combate en las proximidades. En cualquier caso, su actitud de vigilar los flancos fue la más prudente que pudo adoptar.*

Desafortunadamente había varios a la vista, dirigiéndose hacia nosotros a una velocidad aterradora, liderados por uno de los curiosos híbridos de motocicletas con orugas que había acabado más que harto de ver en Perlia. La inconfundible torreta cilíndrica de un tosco lanzallamas ocupaba el compartimento de carga trasero, y remolcaba un depósito de combustible que rebotaba precariamente según avanzaba, con un par de azorados gretchin aferrados al tubo flexible de combustible que había entre ambos con el inquebrantable agarre que solo logra proporcionar el más puro terror. Detrás de él, un par de buggies traqueteaban y rebotaban sobre el irregular terreno, con sus artilleros

bramando aferrados a los soportes de los bolters que eran el origen del confuso fuego que nos había alertado de su presencia.

Descargue unos pocos disparos, aunque no esperaba acertarle a nadie a esta distancia, pero el desharrapado convoy continuó atacándonos con la misma indiferencia que si no hubiera hecho más que estornudar en su dirección. Sin embargo, para mi enorme satisfacción, Jurgen tuvo mejor fortuna, simplemente alzó su querido melta y disparó al objetivo más cercano.

Gracias a la buena estrella que usualmente acompañaba a mi ayudante, fue a acertarle al lanzallamas autopropulsado, que detonó espectacularmente gracias al repentino choque térmico, y su carga se incendió de una forma más que satisfactoria, con un estruendo y una oleada de calor que probablemente habría agradecido si, para aquellos momentos, no hubiera perdido ya toda la sensibilidad en mis extremidades. Con todo, sentí la caricia de la onda expansiva contra mi cara entumecida por el frío y me estremecí instintivamente cuando restos de chatarra y de piel verde asado se estrellaron contra el hielo que me rodeaba**-. ¡Corre! -,** le grité a mi ayudante, mientras yo ya hacía lo propio con gran energía, animado sin duda por la oleosa mancha de promethium en llamas que nos pisaba los talones, cubriendo la superficie de hielo entre nosotros y los brutales orkos, y que para mí desazón fluía en nuestra dirección con una desconcertante velocidad.

-Comisario. ¿Qué ocurre? -. La voz de Kasteen resonó en el pinganillo de mi vox, cuando desagradablemente comprendí que estábamos aislados del cabrestante con el que había contado para ponernos a salvo.

-Orkos-, le respondí mordiéndome la lengua para no soltar ninguno de los adjetivos que tenía en mente, mientras miraba por encima del hombro**-. ¿Qué más podría ser?**

Lo hice justo a tiempo para ver cómo la ardiente mancha envolvía a uno de los buggies, que no había podido girar a tiempo, evidentemente gracias a que el conductor se había visto sorprendido por la falta de tracción de sus neumáticos sobre la helada superficie del lago recién formado. Gracias a la clásica ralentización del tiempo que se sufre en ciertos momentos del combate, tuve la oportunidad de cruzar una mirada con el desconcertado rostro bobalicón del piloto que aun aferraba en sus manos el extraño volante de su vehículo, mientras, el buggie se deslizaba fuera de control, aunque por otro lado casi podría decirse que ejecutaba un elegante vals, trazando lentos círculos en su inexorable trayectoria en espiral hacia el corazón del infierno. El condenado artillero apenas tuvo tiempo de dispararnos una postrera y desafiante ráfaga antes de ser tragados por las llamas, momento en el cual su combustible y munición comenzaran a alimentar el fuego mediante una pequeña serie de explosiones secundarias.

Desgraciadamente para mí, tal espectáculo, por agradable que me resultara, no podía sino acabar llamando la atención de los presentes, y aunque la mayoría de los pieles verdes que asediaban la rampa seguían tratando de ascenderla con la única idea de descuartizar a los defensores, había más que suficientes de ellos en la retaguardia de la aullante turba que se giraron en nuestra dirección, señalando y gesticulando rabiosamente. No pude oír ni una sola palabra de la verborrea que intercambiaron, pero para ser sincero, no había ninguna necesidad de ello; pocos instantes

después, una veintena o más de las corpulentas figuras se separaron del grupo principal y comenzaron a correr hacia nosotros a través del hielo con una engañosa velocidad. Había luchado contra los orkos con demasiada frecuencia como para dejarme engañar por su brutal aspecto; no discutiría jamás que fueran criaturas torpes, pero sabía con cruda certeza que podían moverse sumamente rápido cuando era necesario, así que sabía perfectamente que nos arrollarían inmediatamente si les permitíamos acercarse lo suficiente.

Para acrecentar mí ya enorme disgusto, algunos de los vehículos que los acompañaban parecían haber perdido todo interés en disparar contra la expuesta bahía de atraque, girando para acompañar a la banda que se había disgregado del grupo principal.

En ese momento, el rugido de un potente motor me recordó que aún teníamos un asunto aún más urgente con el que tratar, pues el segundo buggie emergió de la columna de grasiento humo que salía del lugar donde el lanzallamas había acabado inmolado. El conductor de éste parecía un poco más cauteloso, o había aprendido la lección de la muerte de su congénere, y avanzaba muy lentamente, encorvado sobre el volante de su tambaleante y deslizante vehículo con una actitud de intensa concentración **(49)**. El artillero nos sonrió, mostrando más dientes y colmillos de los que me hubiera gustado ver, y apretó el gatillo de su cañón automático, dirigiendo el chorro de letales proyectiles hacia nosotros con perezosa deliberación.

(49) *Sin lugar a dudas debía ser más brillante que sus compañeros, quienes, en la mayoría de similares situaciones, habrían optado por conducir directamente contra el enemigo, obviando las posibles consecuencias de ello.*

Sólo había un camino a seguir, así que no perdimos ni un segundo en tomarlo, cargando de frente contra el vehículo que avanzaba en ralentí. Con tal acción conseguimos confundir totalmente a los pieles verdes: con un rugido de rabia y decepción el artillero trató de bajar el cañón de su arma para apuntarnos, reaccionando al descubrir que ahora estaba dentro de su alcance**-. ¡Elimine al conductor! -,** le grité a Jurgen, confiando como siempre en que me estaría pisando los talones, mientras yo descargaba contra el artillero una ráfaga de disparos con mi pistola láser. Varios de los pulsos de energía dieron en el blanco, pero en lugar de derribarlo, simplemente lo sacaron totalmente de sus casillas; apenas tuve tiempo de desenfundar mi fiel espada sierra antes de que aquel enloquecido bruto olvidara su arma y se abalanzara sobre mí, rugiendo como un oso enfadado. Prevenido, me giré hacia a un lado, esquivando el golpe de un puño capaz de destrozar la roca, y le lancé un tajo mientras pasaba de largo a toda velocidad. Las cuchillas giratorias mordieron profundamente su carne, provocando otro aullido de rabia, antes de que se recuperara y volviera a lanzar sobre mí un auténtico frenesí de golpes, cualquiera de los cuales me habría matado si hubiera logrado alcanzarme. Afortunadamente para mí, claro, ninguno lo hizo, y para cuando terminé de esquivarlos, sus manos y sus antebrazos estaban llenos de heridas que destilaban abundantemente ese asqueroso icor que tienen por sangre.

Maldiciendo la sobrenatural resistencia de los pieles verdes, volví a golpearle, amputándole un brazo justo por encima del codo, y acabé mi lance clavándole una profunda estocada en el pecho. Se trataba sin duda de un golpe mortal, que habría acabado con cualquier humano en un instante, pero el orko se limitó a tambalearse, posiblemente

carente de las suficientes neuronas como para comprender que estaba muerto, mientras en su loco afán por intentar alcanzarme con la mano que le quedaba, se clavaba aún más profundamente en su cuerpo los giratorios dientes de adamantium. Gracias al Emperador todo fue en vano: tiré de la espada, seccionando en el proceso su columna vertebral, y el piel verde se desplomó, perdiendo bruscamente el control de todo lo que tenía por debajo de la cintura.

Un destello brillante, así como el hedor de la carne chamuscada me informaron que Jurgen se había tomado mi orden al pie de la letra, como solía hacer, y me giré a tiempo para ver cómo el cuerpo sin cabeza del conductor se desplomaba de su asiento. El destartalado vehículo siguió avanzando, con el motor gruñendo, y cuando me giré para observar su progreso, volví a ver a la turba fugitiva que se acercaba a nosotros. Estaban demasiado cerca para que intentáramos volver a la *Fuegos de la Fe*, aunque nos fuera posible encontrar un camino para rodear el charco de promethium en llamas, ~~y~~ además, los recién llegados intentaban bloquearnos el paso hacia la accidentada nave para así aislarnos de cualquier refugio que pudiéramos encontrar ella.

-Son demasiados-, anunció Jurgen, mostrando su habitual sagacidad para explicar lo obvio, mientras alzaba su melta con el aire de un hombre decidido a darlo todo de sí mismo, a pesar de enfrentarse a una tarea que sabía con total certeza que será del todo incapaz de completar.

Asentí, con la boca seca. Si intentábamos luchar, seríamos reducidos en segundos por el mero peso de los números, y no había cobertura alguna que pudiera ver en la capa de

hielo azotada por el viento. Entonces mi vista se posó de nuevo en el descontrolado vehículo que se movía con suma lentitud.

-Jurgen-, comencé a decir mientras otra loca idea me venía a la cabeza**-, ¿aún se acuerda de cómo se conduce uno de esos trastos? -.** Sin duda había tenido mucha práctica con el buggie que habíamos capturado en Perlia, y aunque no había dos vehículos pieles verdes exactamente iguales, seguro que deberían parecerse lo bastante.

Adivinando mi propósito, bajó su arma de inmediato y comenzó a correr hacia el errante vehículo; era casi imposible distinguir su expresión, dada la escasa parte de su rostro que podía ver, pero no me cabía ninguna duda de que estaba mucho más alegre que un momento antes**-. Ha pasado un tiempo-,** me respondió jocosamente por encima del hombro**-, pero no creo que haya perdido el toque.**

Estaba a punto de seguirle, cuando algo se aferró dolorosamente a mi tobillo, inmovilizándome, y cuando miré hacia abajo me encontré con mi antiguo adversario mirándome con ojos llenos de odio, mientras su única mano se aferraba a mi bota, abriendo sus colmilludas fauces, presto para darme un bocado. Sin ánimo de prolongar nuestro duelo, le asesté un tajo con mi espada sierra, cercenándole el brazo que le quedaba, y de una patada me liberé de sus repentinamente relajadas garras. Seguí corriendo, trepando hasta el compartimento del pasajero del abandonado buggie, y me agarré al soporte del estrafalario bolter.

-¿Cómo lo ve?-, pregunté, y a modo de respuesta mi ayudante accionó el motor, manejando los toscos mandos con toda la confianza del mundo. Recordando las lecciones que muy a mi pesar había aprendido en Perlia, me aferré lo mejor que pude al sólido poste metálico, justo cuando él pisó el acelerador a fondo. El tosco vehículo se tambaleó hacia delante, con la suficiente violencia como para aflojar los empastes de mis dientes, estando muy cerca de perder el equilibrio a pesar estar preparado para ello; como había previsto, refinamientos tales como las suspensiones y los amortiguadores aun eran elementos del todo desconocidos para el loco constructor de aquellas cosas **(50)**. Sin embargo, a pesar de aquella molesta incomodidad, nos estábamos alejando de los orkos que nos perseguían, a un ritmo suficiente para cuando menos superar a los que iban a pie.

(50) *O bien desdeñaban su uso por considerarlo poco orko.*

Las descargas de los bólter y las automáticas empezaron a impactar contra el hielo que nos rodeaba y a perforar de vez en cuando el grueso metal de la carrocería, pero bueno, mientras sólo fuera eso podría vivir con ello: dado que yo tenía el suficiente sentido común como para no molestarme en intentar utilizar el tosco arma pesada que llevaba el buggie, pues sería prácticamente imposible manejarlo y apuntar sin ayuda, y eso descontando que podría romperme el hombro con su retroceso, así que me agaché para cubrirme lo mejor que pude mientras disparaba unas cuantas descargas con mi pistola láser, aunque dadas las circunstancias no tenía expectativa alguna en lograr darle a nada.

-¿Qué está pasando?-, preguntó a gritos Broklaw**-. Algunos de los pieles verdes se están alejando.**

-Nos persiguen-, le expliqué**-, pero hemos requisado uno de sus buggies, así que podemos adelantarnos a ellos. O al menos eso espero. Federer, detoné...**-, empecé a decir, pero el muy capullo no me dejó añadir un "*en cuanto estemos a salvo*". A buen seguro el capitán de zapadores debía tener el pulgar sobre el botón de disparo, porque apenas salió de mi boca la palabra "*detone*", un cuarteto de potentes detonaciones estalló justo allí donde habíamos enterrado las cargas. La detonación fue seguida por un sordo estruendo, audible incluso por encima del rugido de nuestro desafinado motor, y una fina red de grietas empezó a transmitirse por el hielo.

-Está funcionando-, me informó innecesariamente Broklaw, como si pensara que yo no me había dado cuenta del asunto, y con una tardía nota de preocupación en su voz se apresuró a añadir**-. ¡Salgan del hielo!**

-En eso estamos-, repliqué, volviendo a levantar el macrovisor a tientas y tratando de entender la imagen que me mostraba. El hielo se estaba deshaciendo alrededor de la nave, tal y como yo había esperado, fragmentándose en témpanos y bloques que empezaban a chocar entre sí, subiendo y bajando con el oleaje creado por el retroceso de las explosiones.

La mayoría de los orkos tardaron un momento o dos en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero para cuando la información encendió la única bombilla de sus cabecitas, ya era demasiado tarde. Los que iban a pie redoblaron sus

esfuerzos por alcanzar la seguridad de la rampa, volviéndose unos contra otros en su desesperación, aunque de poco les sirvió; la mayoría fueron engullidos por el agua helada en cuestión de segundos, mientras las pequeñas islas de hielo en las que se encontraban se inclinaban y volcaban debido a las turbulencias, provocadas por los frenéticos movimiento de los que estaban en su superficie. Muchos pieles verdes se precipitaron a las profundidades con las manos o las mandíbulas cerradas en torno a la garganta de otro congénere, mientras que los pocos que consiguieron alcanzar la sólida base de la rampa fueron rápidamente despachados por el disciplinado fuego de los valhallanos, que nunca habían flaqueado, por muy desesperada que fuera la situación en la que se encontraban.

A los vehículos no les fue mejor que a los que iban a pie: cuando los conductores se dieron cuenta de lo que pasaba e intentaron huir, el hielo ya se estaba rompiendo a su alrededor. Los más cercanos al lugar de la explosión se hundieron casi de inmediato, mientras que los más alejados, y que contaron con algo más tiempo para reaccionar, se vieron rápidamente atrapados y superados por la creciente red de grietas, que parecía extenderse con una cegadora velocidad.

-¿Cuánto falta para llegar a la costa?-, pregunté, reacio a perturbar la concentración de Jurgen en un momento como aquel, pero desesperado por saber si íbamos a lograrlo.

-Creo que casi hemos llegado-, me aseguró, con la voz un poco atenuada por el pinganillo de mi vox; casi podría palmearle el hombro desde donde estaba agachado, si es

que hubiera estado dispuesto a arriesgar mi vida soltando una mano del soporte y tratar de moverme en aquel infernal traqueteante artilugio en el que viajábamos, pero el ruido de su motor ahogaba cualquier intento de mantener una conversación normal. Luego añadió: **-Parece que he acertado.**

Sólo cuando los primeros copos de nieve acariciaron mi rostro, impulsados a una velocidad vertiginosa debido a nuestro vertiginoso avance, recordé nuestra anterior conversación sobre las tormentosas nubes que se avecinaban. Con una brusquedad que me cogió completamente por sorpresa, el aire se llenó de blancos copos que empezaron a oscurecer mi visión de la debacle que habíamos dejado detrás. Abandonando el macrovisor, entrecerré los ojos, tratando de distinguir lo mejor posible lo que ocurría. El grupo de orkos que se había separado del núcleo principal para dirigirse a por nosotros se había quedado bastante rezagado, corriendo tras nosotros con un incansable vigor, aunque era imposible saber si era para seguir intentando enfrentarse a nosotros o para salvar su propio pellejo **(51)**. En cualquier caso, ese era entonces una disquisición puramente académica que me importaba un carajo, puesto que afortunadamente para mí, la red de grietas se expandía rápidamente, superando sin dificultad la velocidad de sus deformes piernas.

(51) *Conociendo a los orkos, probablemente por ambas cosas.*

Repentinamente desaparecieron de mi vista; cuando un bloque de hielo se elevó por un momento, como si una enorme bestia acuática estuviera saliendo a la superficie, antes de volver a bajar, dejando en la superficie nada más

que un charco de agua desierta, que rápidamente comenzó a cubrirse con una nueva frágil capa de hielo.

-¿Qué demonios ha sido eso?-, pregunté involuntariamente, cuestionándome si no me lo habría imaginado, pero no tuve tiempo de pensar más en el asunto, ya que una nueva lluvia de balas impactó contra el blindaje detrás del que me cubría. Volví la cabeza, entrecerrando los ojos a través de la creciente ventisca, para ver un camión cargado de rugientes pieles verdes que se acercaba rápidamente por nuestra derecha. Iba flanqueado por un par de semiorugas, y con un buggie en la retaguardia; apenas un instante después, también éste volcó bruscamente, desapareciendo a través del hielo que se desintegraba.

-Más orkos-, me informó Jurgen, aparentemente bajo la errónea impresión de que era la repentina ráfaga de fuego entrante lo que había provocado mi pregunta retórica. Nunca sabré cómo se las arregló para adelantarse a la red de grietas que se extendía con rapidez; pero bueno, él era un hombre nacido en un mundo helado, y por supuesto, contaba con una afinidad innata por entornos como aquel, lo que sin duda le permitió conducirnos por donde el hielo era más firme, en lugar de precipitarse en línea recta y esperar lo mejor, que era justo lo que estaban haciendo la mayor parte de los pieles verdes con una gloriosa falta de éxito, pero no se me quitaba de la cabeza que eso habría sido una hazaña en condiciones ideales. A bordo de una destartalada máquina orka apenas controlable, con una espesa nevada ocultando el terreno, no me quedo más que dar por sentado que estaba siendo testigo de un auténtico milagro.

Volví a disparar, con la misma falta de éxito que antes, sin conseguir nada más que provocar otra tormenta de mal apuntados proyectiles de los artilleros orkos. Con un estremecimiento de horror me di cuenta de que el hielo entre nosotros se estaba rompiendo, aunque al menos tenía el efecto positivo de obligarnos a tomar caminos divergentes.

-¡Resista, señor!-, me gritó Jurgen, como si realmente yo tuviera alguna otra opción, y para mi inexpresable alivio sentí la primera de una serie de sacudidas que hicieron vibrar mis huesos y que, según mi experiencia previa de viajar en vehículos como ése, sólo podían ser el resultado de que finalmente habíamos llegado a tierra firme. Intenté no perder de vista a nuestra obcecada "*escolta*" de pieles verdes, pero la ventisca se estaba poniendo seria de narices, y una serie de pequeñas colinas de hielo y densas ventiscas se interpusieron entre nosotros, por lo que, en cuestión de segundos, habían desaparecido por completo de mi vista.

Jurgen apagó el motor y nos detuvimos, mientras mi columna vertebral empezaba a encontrar su sitio. Todavía me zumbaban los oídos por el ensordecedor estruendo, así que tardé un momento en ser capaz de volver a distinguir los sonidos ambientales; cuando por fin pude hacerlo, fruncí el ceño con cierta perplejidad. El débil traqueteo de las armas de fuego de los orkos nos llegaba transmitido por el viento y no por que fueran realmente dirigidas a donde nos encontrábamos.

-Parece que están discutiendo sobre quién tiene la culpa de habernos perdido-, apuntó Jurgen, con un inconfundible tono de satisfacción en su voz. Si hay algo

que un valhallano disfruta casi tanto como matar pieles verdes, es la idea de que los pieles verdes se maten entre sí.

-Puede ser-, repuse. Tenía las palmas de las manos demasiado entumecidas como para sentir cosquilleo alguno, pero estaba bastante seguro de que deberían estar picándome con ganas. Incluso los orkos deberían haber tardado un poco más en encontrar algo por lo que discutir después de ver a toda una banda de guerra aniquilada ante sus ojos**-. Pero será mejor que nos aseguremos de ello.**

Todos mis instintos me instaban a buscar un lugar confortablemente cálido donde refugiarme hasta que el hielo se congelara lo suficiente como para permitirnos volver con nuestros compañeros, pero la perspectiva de caer en una emboscada de los beligerantes pieles verdes no era precisamente un aliciente para relajarme; hacía tiempo que había aprendido que saber con precisión dónde están tus enemigos era la única forma de asegurarse de evitarlos, y eso implicaba que debíamos explorar el área que nos rodeaba lo más rápidamente posible.



Nos tomamos unos minutos para asegurar el buggie, por si volvíamos a necesitarlo, recuperando con una desagradable facilidad una serie de rutinas que se habían convertido en una segunda naturaleza hacía casi dos décadas atrás, en Perlia, y que volvían a mí como si aquel infierno hubiera

tenido lugar ayer. Para mi consternación, sentí una punzada de nostalgia por el abrasador desierto que habíamos atravesado en las primeras etapas de nuestro largo y aterrador viaje hacia la seguridad, pero una oleada de nieve arrojada contra mi rostro por una repentina ráfaga de viento me devolvió rápidamente al presente, así que, sin perder más tiempo, nos pusimos en marcha en dirección hacia donde sonaban los disparos. El intenso frío comenzaba a afectarme en serio, por lo cual, moverme era lo único que podía hacer para evitar que mis extremidades acabaran congelándose del todo por culpa de los montones de nieve que me alcanzaban hasta las rodillas y la casi sólida cortina de copos impulsados por el viento que nos golpeaba una y otra vez.

He de reconocer que de no haber sido por Jurgen, me habría perdido irremediablemente nada más ponernos en marcha, pero su sentido de la orientación en aquel desolado terreno parecía tan fiable como lo era el mío en el interior de un sistema de túneles, así que seguí sus pasos, maravillado por la seguridad con la que se movía. Colocaba los pies con cuidado, manteniendo el equilibrio aparentemente sin esfuerzo en la traicionera superficie, y estaba seguro de que, si no se hubiera sentido obligado a ajustar su ritmo a mi propio tambaleante paso, ya habría llegado a medio camino del horizonte. A pesar de que la visibilidad era notablemente escasa, aún podíamos escuchar esporádicos disparos, y avanzamos con la debida precaución en su dirección, ya que no deseábamos caer en una emboscada o irrumpir en medio de cualquier disputa interna que los orkos hubieran iniciado para entretenerse.

-Buenas noticias-, me dijo Kasteen, mientras atravesaba lentamente una zona con una capa de nieve especialmente

profunda, que Jurgen había sorteado con mucho menos esfuerzo**-. Hemos conseguido comunicarnos con una de las patrullas de las FDP en la zona. Están llegando para prestarnos ayuda, y transmitiendo nuestros mensajes de vox.**

-Bien-, suspiré algo más aliviado, al tiempo que tropezaba con algo que bien podría haber sido una madriguera de roedores, aunque me abstuve de investigar más al respecto, mientras añadía para mis adentros algunos adjetivos más profanos.

El canal de vox debía de estar aún abierto, porque me respondió una risa inequívocamente femenina**-. ¿Ha habido suerte con la caza de orkos?**

-Todavía se oyen algunos disparos-, expliqué, sin entrar en detalles, puesto que el tiroteo había cesado mientras hablábamos-**, y Jurgen está bastante seguro de poder localizar su origen.**

-No se arriesguen demasiado-, me advirtió**-. Ya debe haber agotado la mayor parte de su ración de suerte-.** Lo cual era literalmente cierto, y de hecho así fue durante muchísimo tiempo, puesto que al final, y a pesar de las numerosas ocasiones en que me he visto luchando con todas las probabilidades en contra, aquí sigo, décadas después, con la cabeza aun sobre los hombros mientras escribo estas líneas. Pero en aquellos días no tenía ni idea de lo que me depararía el destino, así que simplemente me encogí de hombros ante sus palabras.

-Puedes contar con ello-, le confirmé, limpiando un fino velo de aguanieve derretida de mis cejas, y tratando de fijar la vista en Jurgen, ya más adelantado de lo que me resultaba confortable. Subía con facilidad por un irregular afloramiento de hielo, como si no fuera más resbaladizo que un montículo de hierba, y suspiré interiormente ante la perspectiva de tener que seguirlo. Ni que decir tiene que tomaría una ruta más fácil si se lo pidiera, pero él conocía este paisaje mucho mejor de lo que yo lo haría nunca, y si consideraba que aquella era la mejor manera de evitar el contacto con los orkos, pues el aquí presente le seguiría sin queja alguna. En ese momento me giré, atraído por un parpadeo de movimiento percibido por el rabillo del ojo, aunque cuando fijé mi mirada, todo lo que pude ver fue un remolino de nieve arrastrada por el viento.

Visto en retrospectiva no puedo negar que incluso hoy en día me sigue resultando espeluznante pensar en lo cerca que estuve de la muerte en aquel momento, pero por suerte, o por la gracia del Emperador, debí quedar eficazmente oculto gracias a la ventisca, y al final eso me mantuvo en una feliz ignorancia durante algún tiempo más.

-Veo algo-, anunció Jurgen, recibiendo su voz en mi comunicador con un tono bajo y urgente**-. Parece ser que han abandonado los vehículos.**

En ese momento di gracias al Emperador por la hasta entonces molesta fina capa de nieve que se adhería a mi abrigo, pues resultaba ser el camuflaje más eficaz posible en aquel desolado paisaje, así que ascendí y me arrastré para unirme a él, temiendo que en cualquier momento algún corpulento piel verde saliera bramando de la oscuridad blandiendo una de sus burdas espadas.

Afortunadamente para mí, aquello no sucedió, así que me agaché junto a Jurgen, cogiendo a tientas el macrovisor para tratar de usarlo una vez más.

Volví a agradecer el poder contar con mis dedos augméticos, inmunes a los entumecedores efectos del frío, lo que me permitió mantener el dispositivo en su sitio sin que la imagen se viera borrosa debido a los temblores de mi mano, y estudié la vista que tenía debajo con cierta perplejidad. Mi ayudante había estado en lo cierto, el camión y los dos semiorugas habían sido abandonados, y por mi experiencia con los orkos sabía perfectamente que, en circunstancias normales, sus conductores nunca contemplarían tal curso de acción. Los estudié cuidadosamente, prestando especial atención a los daños presentes en el ya de por si burdo blindaje, aunque si pude percatarme de que todas las marcas de daños de combate que podía observar eran antiguas, pues una pátina de óxido comenzaba a ocultar el revelador brillo de los impactos recientes.

-Si se estaban disparando entre ellos, entonces lo primero que habrían hecho habría sido abandonar sus vehículos-, concluí, pero en el fondo eso no tenía ningún sentido, ni tratándose de orkos, quienes, para empezar, no destacaban precisamente por ser las criaturas más racionales del universo.

Después de unos minutos más sin ser capaz de ver un carajo, al tiempo que perdía los últimos vestigios de sensibilidad en mis pies, decidí que podríamos hacer un examen más detallado de los abandonados vehículos. No encontramos signos evidentes de daños en ninguno de

ellos, o al menos no más de los que cabría esperar, aunque sí observamos restos de sangre orka en algunos lugares.

-Qué raro-, comentó Jurgen, mirando un charco de hielo inquietantemente oscuro en una esquina del habitáculo de pasajeros del camión**-. Si uno de ellos ha recibido un disparo aquí, cabría esperar que hubiera numerosos impactos por todo el habitáculo.**

Asentí con la cabeza, igualmente familiarizado con la clásica mala puntería de los pieles verdes. **-Deben de haberle disparado a quemarropa-,** concluí.

-Eso es lo que pensé-, dijo Jurgen**-. A menos que fuera él quien disparó...**

Volví a asentir, con la mandíbula dolorida por el esfuerzo de evitar el castañeteo de los dientes. Los orkos son resistentes, como sabía muy bien por experiencia propia, pero muy pocos de ellos pueden resistir una ráfaga de fuego de calibre pesado a quemarropa. Pero me resultaba muy difícil imaginar que un asaltante fuera capaz de acercarse lo suficiente como para poder hacerlo; o para el caso, que el orko estuviera demasiado cargado como para no poder alcanzar su propia arma y enfrentarse a quien le desafiaba.

-No se trata sólo de él-, le recordé a mi ayudante**-. Sonaba como a un buen grupo de ellos. Al menos al principio.**

-Supongo que habrán reducido su número con bastante rapidez al estilo orko-, reflexionó Jurgen, y

miré a nuestro alrededor, al cambiante manto blanco de nieve impulsado por el viento que fluía por el espacio relativamente abierto. Esta comenzaba a acumularse contra los abandonados vehículos, aunque aún no había llegado más arriba de la altura de las llantas de los neumáticos.

-Si ellos fueran los responsables de esto, el suelo estaría lleno de cadáveres o más bien de sus pedazos-, señalé. Sin duda, la nieve en movimiento enterraría los cadáveres de la zona con la suficiente rapidez, pero apenas había habido tiempo para cubrir una docena o más sin que quedara el menor rastro de ellos en el puñado de minutos que nos había llevado a Jurgen y a mí llegar hasta allí (aunque pueden estar seguros de que a mí me había parecido mucho más tiempo). Y aun en el caso de que lo hubiera hecho, sabía que la especial afinidad de Jurgen con la nieve era lo suficientemente fiable como para que hubiera notado las reveladoras señales de su presencia bajo la superficie**-. ¿Puede ver alguna huella?**

-Me temo que no, señor-, me dijo, sacudiendo la cabeza con pesar**-. El viento es demasiado fuerte. Las que hubiera habrán desaparecido enseguida-.** Para enfatizar su argumento, señaló el camino por el que habíamos venido, las huellas de las botas que habíamos hecho en el camino ya habían quedado prácticamente borradas por la nieve.

Después de unos momentos más de una desordenada inspección, que cada vez me resultaba más incómoda, y sin descubrir ningún otro rastro de los pieles verdes, o pistas sobre su destino, iniciamos nuestro regreso al dudoso refugio que representaba la *Fuegos de la Fe*, un poco más animados, o al menos en mi caso, por la idea de una cálida

y recién hecha infusión de tanna vertida en la taza más grande que pudiera encontrar. No me cabe duda de que si esa imagen en particular no hubiera estado tan insistentemente presente en mi mente mientras caminábamos por el lago que volvía a congelarse velozmente, habría estado meditando sobre el misterio que acabábamos de dejar atrás con una considerable sensación de desasosiego; pero tal y como me sentía, apenas volví a pensar sobre aquel asunto hasta que fue demasiado tarde.

NOTA DEL EDITOR:

Dado que, en este punto, la narración de Caín da uno de esos saltos cronológicos tan característicos como molestos en su relato de los hechos, cuando considera que estos le resultan de poco interés, este parece un momento tan bueno como cualquier otro para insertar el siguiente extracto, que puede aclarar un poco lo que sigue.

***"De lugares interesantes y gente ociosa: Guía para trotamundos",* por Jerval Sekara, 145.M39**.

Nusquam Fundimentibus hace honor a su nombre, ya que se encuentra a cierta distancia de las principales rutas de la disformidad y es tan desolado como suelen ser los mundos helados. Sin embargo, tiene mucho que ofrecer a los viajeros exigentes dispuestos a ver más allá de sus características más obvias.

Por un lado, tiene una población sorprendentemente elevada para un mundo tan poco atractivo, que, en su mayor parte, se concentra en una docena de ciudades subterráneas repartidas por el globo. La mayor, y con diferencia la más confortable, es Primadelving. La capital planetaria cuenta con teatros, óperas y arenas de duelos que, tanto por la opulencia de su decoración como por la calidad de las diversiones que ofrecen, igualan a los de muchos mundos más favorecidos. También sus parques y jardines son abundantes, algunos incluso ocupan galerías enteras del vasto complejo subterráneo, cada uno dedicado a la flora, y en algunos casos a la fauna, de un sistema estelar vecino diferente.

A pesar de su existencia troglodítica, los ciudadanos de Primadelving disfrutan de mucha luz, calor y espacios abiertos. Lo primero lo proporciona una compleja disposición de pozos y espejos, a través de los cuales la luz procedente del sol es redirigida a todos los rincones de sus hábitats subterráneos, preservando el ciclo día-noche; al anochecer en la superficie, se activa una compleja red de iluminación y luces de señalización, de la misma forma que sucede en cualquier metrópolis al aire libre, lo cual permite que la vida continúe de forma debidamente civilizada. Como cabría esperar, el nusquemses medio prefiere atmósferas con temperaturas más bajas que los habitantes de otros sistemas, pero eso no impide que sean lo suficientemente cosmopolitas como para no asumir que sus visitantes de otros mundos disfrutaran con gustos similares, y todos los establecimientos que hosteleros contienen calefactores que pueden ajustarse a niveles que rozan incluso ambientes tropicales, si así se desea. Sin embargo, es aconsejable no aumentar la temperatura hasta ese punto si se trata de un hotel situado en uno de los niveles superiores de la ciudad, ya que podría estar excavado en el propio hielo, en lugar de en el lecho de roca que hay debajo, con consecuencias fácilmente imaginables.

Este aparentemente despilfarro de las reservas de energía que estos mundos tan duros normalmente administran con más cuidado es en realidad mucho menos temerario de lo que parece, ya que Primadelving, la cadena de ciudades más pequeñas, así como los habitáculos exteriores que la rodean en la provincia conocida como los Leeward Barrens, están literalmente asentados sobre un suministro inagotable de energía. Un asteroide que impactó en aquella zona, eones antes de que la humanidad pisara por primera vez el mundo, fracturó la corteza planetaria, creando una red de

fisuras, a través del cual el magma sigue filtrándose, llegando hasta las capas superiores de la corteza, cerca de la superficie, lo cual ha facilitado enormemente que el Adeptus Mechanicus haya sido capaz de aprovecharse de ello, con gran ingenio y la bendición del Omnissiah. Los pueblos y ciudades de las provincias menores, al no disponer de esta ventaja, se ven obligados a depender de generadores de fusión y centrales de combustibles fósiles, que, aunque son lo suficientemente eficaces, los hacen menos atractivos para el viajero exigente; con todo, merece la pena tomar un vuelo de lanzadera para visitar la famosa Catedral de Hielo de Frigea, aunque sólo sea para ver una de las pocas estructuras permanentes de la superficie erigidas por los nusquemses.



CAPÍTULO DIEZ

Después toda la excitación propiciada por nuestra accidentada llegada fue casi un alivio centrarnos en la guerra, y eso fue algo a lo que nos pusimos con presteza. O, para ser más exactos, lo hizo el regimiento: a mí me resultaba mucho más agradable permanecer en la relativa calidez y comodidad de Primadelving, mientras que los valhallanos aprovechaban al máximo lo que parecían considerar prácticamente como ir de vacaciones **(52)**.

(52) *Si algún lector siente curiosidad por conocer más detalles de esta fase de la campaña, le remito a las memorias de Sulla, donde se encontrará una gran cantidad de detalles, aunque intercalados entre su horrenda prosa. Si son capaces de enfrentarse al reto de su estilo narrativo, encontraran detallados informes de los sucesos de dicha campaña que harán que su esfuerzo merezca la pena.*

A pesar del daño que nuestra precipitada llegada había causado a las bandas de guerreros orkos que acechaban en la Cordillera Espinal, todavía había más que suficientes infestando los Barrens como para que todo el mundo estuviera contento, y el 597º pasó el primer par de meses reduciendo aún más su número con notable alegría. A lo sumo parecía que nos estábamos quedando sin pieles verdes que matar con excesiva rapidez, lo que debería haber sido una buena noticia para todos, aunque a mí me provocó una gran inquietud, haciéndome cavilar seriamente al respecto.

-El número de asaltos a los asentamientos e instalaciones de la periferia ha descendido casi un cincuenta por ciento en las nueve semanas transcurridas desde nuestra llegada-, comencé a explicar, proyectando una serie de gráficos en el ornamentado hololito dorado que dominaba el centro de la sala de operaciones. Estrictamente hablando, no tenía que haberme molestado en hacer una presentación tan elaborada, y no lo habría hecho si sólo hubiera tenido que discutir el asunto con Kasteen y Broklaw, pero habíamos sido bendecidos o maldecidos (aún no me había decidido por cual decantarme) con una gobernadora planetaria que se interesaba vivamente por el progreso de la campaña, y que insistía en permanecer totalmente informada. Kasteen parecía haber congeniado con ella desde el primer momento, lo que dio como resultado que Su Excelencia Milady Clothilde Striebgriebling tenía una inquietante tendencia a asistir a nuestras reuniones de estrategia sin apenas avisar, y habría sido descortés presentarle los hechos de una manera que le resultara difícil de entender. Así que me tocó masticarle la información y añadir gráficos de colores y bonitas pictografías. Pero no hay mal que por bien no venga, así que recibí con agrado la oportunidad de tener una buena razón para mantenerme alejado de los combates y del frío de la superficie, aunque para ello tuviera que hacer un poco de trabajo de oficina.

-Entonces está claro que estáis haciendo un trabajo excelente-, nos felicitó Clothilde **(53)**, con una sonrisa especialmente cálida hacia Kasteen. Rubia y con los pómulos altos, se comportaba con gran seguridad y confianza en sí misma, aunque afortunadamente carecía de la pedantería que tan a menudo acompaña y generalmente hace de la aristocracia una compañía tan tediosa. Aparentaba tener poco más de cuarenta años, lo que sin

duda implicaba que tenía al menos el doble de esa edad, si es que no andaba ya rondando su segundo siglo, dada la entusiasta afición de la nobleza por los tratamientos de rejuvenecimiento; aunque de ser así, al menos había tenido el sentido común de no congelar su edad en una tan ridículamente baja por un absurdo y equivocado sentido de vanidad, optando en cambio por reflejar la madurez que había adquirido junto con sus responsabilidades. Su vestido era sencillo, de color gris pálido y blanco, compensado con un mínimo conjunto de joyas cuidadosamente seleccionadas, una discreta simplicidad que, de alguna manera, la convertía en el centro de atención de la sala, por muchas personas que la abarrotaran.

(53) *Aunque Caín parece haber gozado de una gran familiaridad de trato con la gobernadora, llegando al punto de incluso tutearse, no hace referencia alguna a con qué frecuencia se encontraron o bajo qué circunstancias lo hicieron, durante el tiempo que duró su estancia en Primadelving.*

Que en este caso eran demasiadas, en mi humilde opinión. Además de Su Excelencia, de Kasteen y Broklaw, nos acompañaban el coronel al mando del recién fundado Primero de Nusquam, que ya contaba con cuatro compañías, su segundo al mando, y un grupo de altos cargos de las FDP, que los miraban a ambos con una mezcla de respeto y resentimiento, sin duda deseando haber sido lo suficientemente jóvenes como para haber tenido alguna oportunidad de ser seleccionados para las dos compañías que aún estaban en proceso de formación. Como no podía ser de otra forma, Clothilde estaba rodeada de una plétora de asesores y allegados, que parecían erróneamente convencidos de que sus opiniones le importaban a alguien, y que por lo tanto las expresaban a la menor oportunidad posible. La oficina local del Arbiter **(54)** había enviado un representante, el único hombre en la sala aparte de Broklaw

y yo, que no ocultaba su total falta de interés en todo el procedimiento; pero al menos nos habíamos librado de la presencia de representantes de la Eclesiarquía o del Adeptus Mechanicus, cuyos miembros tendían a una prolijidad que habría ralentizado las reuniones hasta el infinito.

(54) *En teoría, el Adeptus Arbites tenía presencia en Nusquam Fundimentibus, supervisando a las fuerzas policiales locales, pero al igual que en otros mundos poco desarrollados, esto implicaba que tan solo un único Arbitrador, junto a su equipo administrativo, había sido enviado al planeta, con lo cual este estuvo más que feliz de dejar las responsabilidades durante las emergencias civiles primero en manos de la FDP y luego en las de la Guardia Imperial.*

Y luego estaba la comisaria adscrita al Primero de Nusquam, recién salida de la schola progenium, y demasiado ansiosa para mi tranquilidad de espíritu. En estos momentos se inclinaba hacia delante apoyada en la mesa, con sus finos labios apretados, y sus ojos oscuros estrechados en señal de desaprobación.

-El regimiento de este mundo también se ha comportado notablemente bien-, se apresuró a recordarle arrogantemente a la gobernadora**-, por no hablar de las FDP-,** agregó mientras dirigía una calculadora mirada hacia Kasteen, Broklaw y a mí**-. Aunque estoy segura de que todos estamos agradecidos por la ayuda de estos recién llegados, quizá deberíamos recordar también los sacrificios que han hecho los propios ciudadanos del planeta-.** Los oficiales nusquemses presentes se hincharon visiblemente de orgullo sin el menor rubor, agradeciendo sus palabras intercambiando pequeños asentimientos satisfechos entre ellos.

-Sacrificios que, en muchos casos, eran completamente innecesarios-, puntualizó Kasteen con acritud, provocando que la novata comisaria enarcara una ceja sorprendida. Me resultó evidente que no estaba acostumbrada a la idea de que los simples soldados se atrevieran a contestarle.

-¿Le importaría explicar ese comentario?-, preguntó la joven con frialdad, de una manera que sin duda pretendía sonar intimidatoria. Dado que yo conocía a Kasteen mejor que ella, me acomodé en mi silla excesivamente acolchada, dejando de lado por el momento mi preocupación por los anómalos informes de inteligencia, en favor del inesperado entretenimiento que se avecinaba.

-No pensaba que fuera necesario hacerlo-, replicó secamente Kasteen**-. Que los pieles verdes ataquen de frente cada vez que se les presenta la ocasión, no significa que debamos imitarles. Vuestras cifras de bajas triplican las nuestras, y preferiría no entrar a valorar las de las FDP.**

-Sólo los cobardes evitan el combate-, respondió airada la joven**-, y estos no tienen cabida en la Guardia Imperial.**

Observé como la mano de Kasteen se dirigía a su arma, y me apresuré a intervenir antes de que las cosas se salieran de madre. Sabía que tenía el suficiente sentido común como para no desenfundar su arma, y mucho menos usarla, pero el insulto había sido excesivamente grave, y su autocontrol estaba muy lejos de ser infinito. La gobernadora había tenido la amabilidad de poner a nuestra disposición uno de

los salones de baile de su palacio como centro de mando, y estaba seguro de que cualquier arreglo alternativo que nos viéramos obligados a hacer si dejábamos de ser bienvenidos por una indecorosa salida de tono de una malhumorada comisaria novata, sobre todo si dejábamos manchas de sangre en el brillante y bien pulido suelo de madera, a buen seguro me resultaría mucho menos confortable. Así que, ¿por qué arriesgarse?

-Comisaria Forres-, intervine con firmeza**-, le sugiero que retire ese comentario. He servido con la coronel Kasteen durante los últimos diez años y su valor y devoción al deber son incuestionables-.** Kasteen y Broklaw intercambiaron una mirada que sólo puedo describir como de petulante tranquilidad.

-Entonces, tal vez su nivel de exigencia sea menor que el mío-, replicó Forres, enervándose a ojos vista.

-Puedo dar fe de que no es el caso-, respondí, engañándola con una indulgente sonrisa**-. Además, los míos se han templado gracias a un poco más de experiencia en la galaxia real. También podrá observar que el número de muertes confirmadas por el 597º es algo más del doble de las registradas por su propio regimiento, y tres veces más que el obtenido por las FDP, lo que difícilmente habría sido el caso si realmente hubieran estado evitando el contacto con el enemigo.**

-Es lo que tiene planificar la estrategia-, añadió Kasteen**-. Puede que le merezca la pena intentarlo.**

Forres apretó la mandíbula y la miró con abierta antipatía**-. Me resulta evidente que su nivel de exigencia se ha moderado mucho-,** me dijo, en lo que sin duda imaginó que era un tono mordaz**-. Más de lo que habría esperado de un hombre de su reputación.**

-Al menos yo tengo una reputación-, no pude evitar replicar con una sonrisa divertida.

El notable olor de Jurgen se materializó en mi hombro, mientras que la colección de placas de datos que había estado cuidando para mí cayó en cascada al suelo cuando se inclinó para hablarme en voz baja**-. Si de nuevo necesita un testigo, señor-,** dijo, en un tono que pretendía ser confidencial, pero alcanzó sin problema alguno todos los rincones de la mesa**-, me pondré a hacer los preparativos necesarios.**

-¿A qué se refiere?-, preguntó Clotilde, con un leve aire desconcertado.

-La última vez que un comisario de otro regimiento acusó a la coronel Kasteen de no ser apta para el mando-, le explicó Broklaw, evidentemente hablando más en beneficio de Forres que de la gobernadora**-, el comisario Caín lo retó a un duelo.**

-¿Se batió en duelo por el honor de su señora?-. La gobernadora me miró con manifiesta sorpresa, y luego a Kasteen con sonrisa ligeramente picarona**-. Qué galante.**

-La coronel Kasteen y yo sólo somos compañeros de armas-, le aseguré apresuradamente, sin querer dar una impresión equivocada, siendo demasiado consciente de la rapidez con la que se propagan las habladurías**-. Cualquier relación más personal entre nosotros sería impropia. El desafío fue tan sólo una cuestión de principios-.** Y porque Tomas Beije era un exasperante fanático rompehuevos que justo en aquellos momentos había estado intentando organizarlo todo para que me fusilaran por cobardía, con lo que acabó colmando mi paciencia.

-No lo pongo en duda-, dijo la gobernadora pícaramente, inclinando conspiradoramente la cabeza en dirección a Kasteen**-. Y estoy deseando escuchar toda la historia la próxima vez que Regina esté libre para tomar el té.**

Forres me estudió y luego observó la desgastada y maltrecha espada sierra que llevaba en la cintura, sin duda contrastándola con el estado casi inmaculada de la suya**-. Retiro el comentario-,** se apresuró decir con firmeza**-. Estamos aquí para matar pieles verdes, no para enfrentarnos entre nosotros-.** Bueno, sin duda esa fue la primera cosa sensata que la escuché decir desde que nos habíamos sentado.

Me recosté perezosamente en mi silla, seguro de que una apariencia de total despreocupación sería la mejor forma de seguir tocándole las narices, decidido a no permitir que aquella cachorra sin destetar pensara que iba a decir la última palabra**-. Bien-,** dije**-. Pero en cualquier caso no tenía intención de matarla-.** De hecho, ni siquiera había tenido la intención real de retarla a un duelo, pero eso era algo que ella no tenía por qué saber**-. Solo limarle algunas asperezas.**

Su rostro se sonrojó, y la coronel del Primero de Nusquam intercambió una breve y sorprendida mirada con su segunda al mando, a la que siguieron casi de inmediato dos sonrisas apresuradamente reprimidas. Parecía que la joven Forres no había perdido el tiempo en causar una fuerte impresión en su nuevo regimiento, aunque evidentemente esta no fuera positiva.

-¿Y qué pasa con los orkos?-, preguntó Kasteen, volviendo al tema que nos ocupaba con bastante más tacto del que parecían ser capaces de aparentar la mayoría de los presentes en la mesa.

-Esa es una buena pregunta-, apunté, volviendo a centrar mi atención en el asunto en cuestión**-. Si no nos atacan, debe ser o bien por qué se están reagrupando para una gran incursión contra un objetivo fuertemente defendido en algún lugar del planeta, o bien porque están emigrando a otra región, esperando encontrar un objetivo más fácil.**

-¿Cuál de esas dos opciones le parece a usted más factible, comisario?-, preguntó la coronel nusquemse, dirigiéndose claramente a mí. Lo cual era comprensible, teniendo en cuenta que yo había visto más acción contra los pieles verdes que cualquier otra persona en la sala por un margen más que considerable. Pero antes de que pudiera responder, Forres intervino de nuevo, asumiendo sin duda que, como la pregunta procedía del comandante del regimiento al que estaba adscrita, era a ella a quien se había pedido consejo.

-Es evidente que están huyendo-, señaló, como si no pudiera haber la menor duda al respecto**-. Los pieles verdes no tienen estómago para una lucha prolongada contra un enemigo bien armado.**

-Todo lo contrario-, intervine, más divertido por su imberbe precocidad que molesto por la interrupción**-, los orkos viven para el combate. Se retirarán si sufren suficientes bajas, pero tan sólo para reagruparse, lo cual, dada la especial naturaleza de su especie, puede llevarles algún tiempo, mientras resuelven un nuevo orden jerárquico. Si evitan nuestras patrullas en lugar de enfrentarse a ellas, y acosan a menos puestos de avanzada, es casi seguro que se debe a porque se están reagrupando en algún lugar de la Cordillera Espinal, preparándose para una invasión a gran escala de los Barrens.**

-Entonces debemos reforzar nuestras defensas-, señaló Clothilde decididamente, algo que iba a salvar innumerables vidas en las próximas semanas, aunque no de la manera que ella preveía en ese momento.

Asentí con la cabeza.

-Eso sería muy prudente-, coincidí**-, sobre todo en las estribaciones y en los accesos a Primadelving. Ese es el mayor premio del planeta, y si los pieles verdes se concentran hasta conseguir un número suficiente, se dirigirán hacia él como un tiburón que huele la sangre.**

-Nunca se atreverían a atacarnos aquí-, se burló Forres**-. Estamos demasiado bien defendidos.**

-Eso no los detuvo durante la invasión-, señalé, recordando la desesperada defensa que tuvimos que montar contra una marea aparentemente imparable de aquellas criaturas, y lo horriblemente cerca que estuvieron de invadir la ciudad antes caer derrotados en el último momento.

-Esta vez no hay el mismo número de pieles verdes en el planeta que en aquel entonces-, dijo Clothilde, y me di cuenta por primera vez de que probablemente había estado sentada en aquel mismo lugar mientras las bárbaras criaturas asediaban su capital **(55)**, vigilando ansiosamente el avance de la guerra.

(55) *O en algún otro lugar dentro del mismo edificio.*

-Por lo que todos debemos dar las gracias al Emperador-, coincidí.

-Odio insistir en lo obvio-, dijo Forres de nuevo**-, pero si se están retirando porque la resistencia en los Leeward Barrens es demasiado fuerte, ¿a dónde es probable que vayan entonces?**

-Esa es una muy buena pregunta-, dije, para su manifiesta sorpresa, y cargué en el hololito una detallada imagen de la cordillera**-. Las mayores concentraciones que pudimos detectar mediante los reconocimientos orbitales antes de que la adversa climatología**

bloqueara nuestros satélites estaban aquí, aquí y aquí-. Unos iconos verdes se iluminaron, marcando sus posiciones, mientras Jurgen manipulaba los controles en el elaborado atril de control**-. Si han regresado a sus antiguos campamentos, la ruta más probable de migración cruzando las montañas es a través de estos pasos, lo que pondría en riesgo los bordes occidentales de las Marcas de Bifrost. En particular, los pueblos a lo largo de la Grieta del Crepúsculo, y la manufactoria en la Garganta Helada.**

-Un par de compañías deberían bastar para mantenerlos embotellados en las montañas si intentan salir por ahí-, especuló Kasteen**-. Al menos hasta que lleguen los refuerzos. Sugiero que los nusquemses se desplieguen allí, ya que conocen el terreno local mucho mejor que nosotros.**

-No tenemos intención de quedarnos al margen-, objetó la coronel nusquemse**-. Mis tropas lo considerarían un insulto a su capacidad de lucha.**

-Por el amor del Trono-, replicó Kasteen irritada**-, nadie está insinuando nada de eso. Pero probablemente no estaría de más redistribuir sus fuerzas mientras aun le queden-.** No puedo negar la veracidad de estas palabras, pero he de señalar en esta ocasión se dejó el tacto en casa.

Al final, se llegó a un compromiso, que básicamente se reducía a transferir el trabajo a las FDP, y la reunión se disolvió en un ambiente de latente acritud.

-¿Dónde crees que se esconden los pieles verdes?-, me preguntó después Kasteen una vez estuvimos a solas, mientras nos dirigíamos por el pasillo hacia el elegante salón que ahora hacía las veces de comedor de oficiales.

Me encogí de hombros, sintiéndome profundamente intranquilo, a pesar de las medidas que habíamos tomado para contenerlos en caso de ataque**-. Según mi experiencia, son un enemigo al que es fácil subestimar, y es invariablemente fatal hacerlo. Supongo que lo averiguaremos antes de que pasé mucho tiempo-,** respondí, sin adivinar lo horriblemente profética que resultarían mis palabras.



CAPÍTULO ONCE

Después de aquella un tanto tensa reunión, no fue de extrañar que ambos regimientos tuvieran tan poca relación entre sí como resultaba posible, ciñéndose estrictamente a sus propias áreas de actuación. Los valhallanos siguieron aplicando las lecciones aprendidas en su centenaria venganza contra los orkos, mientras que los nusquemses, instados sin duda por Forres, persistieron en su estúpido afán de derrochar vidas y material en ataques frontales cada vez que se le presentaba la ocasión. Para agravar la situación, los de las FDP actuaban de forma aún más temeraria, dado que cada soldado estaba decidido a ganarse un puesto en la Guardia, y aparentemente estaban convencidos de que los actos de bravuconería desesperada eran la mejor forma de conseguir atraer una atención favorable hacia ellos, aunque lo que más lograban atraer no fue sino una ingente cantidad de fuego enemigo.

-A este ritmo, nos quedaremos sin ambos-, le comenté con amargura a Kasteen una noche**-. Orkos y nusquemses.**

-¿Tan malo sería eso?-, bromeó ella, observando el tablero de regicida que nos separaba a través de la nube de vapor que salía de su taza de tanna**-. Eso podría forzar a Zyvan a dejarnos aquí para guarnecer el planeta durante un tiempo-.** Lo que sin duda sería una perspectiva muy atractiva para un valhallano. En mi caso, a pesar de que aborrecía el clima, no dudaba que podría vivir

con ello, sobre todo si la gobernadora seguía siendo tan hospitalaria como hasta aquel momento, y yo lograba continuar evitando pisar los campos de nieve tanto como pudiera.

-Justo a tiempo para que el resto de los pieles verdes salgan de sus escondites e invadan la provincia-, repliqué, sin ser capaz de encontrar un movimiento que no le dejara la victoria en bandeja.

Kasteen sonrió**-. Definitivamente me estás convenciendo-,** dijo, mirándome expectante, hasta que cedí ante lo inevitable y le concedí la victoria. Acepté mi rendición con una cortés inclinación de cabeza, y ella empezó a preparar el tablero para darme la revancha.

Sin embargo, antes de que pudiéramos hacer el primer movimiento, nos interrumpió una familiar tos cargada de flema procedente de la puerta.

-Siento molestarles, señora, señor-, dijo Jurgen**-, pero el Mayor Broklaw solicita que se reúnan con él en el centro de mando. Al parecer los pieles verdes están tramando algo.**

-Enseguida vamos-, le dije, preguntándome qué podía ser tan grave como para merecer nuestra atención además de la del mayor.

Sin embargo, empecé a entender por qué Broklaw había sentido la necesidad de refuerzos cuando nos acercamos al puesto de mando, ya que nos recibieron los ecos de varias

voces femeninas. Las gruesas cortinas y la lujosa moqueta las habrían amortiguado a un nivel de conversación normal, pero la mayoría eran elevadas y enérgicas, con lo que llegaron fácilmente a nuestros oídos**-. ¿Dirías que es la voz de la gobernadora? -,** pregunté, y Kasteen asintió.

-Así es-, dijo ella con gravedad, tan consciente como yo de que cualquier cosa tan seria como para sacar a Su Excelencia de la cama difícilmente sería una escaramuza menor.

Cuando entramos, eché un vistazo a la sala de alto techo y pude distinguir fácilmente el origen de los disturbios entre el bullicio de los soldados que se apresuraban a realizar sus tareas bajo los relucientes candelabros. No me sorprendió que la acción se centrara en el hololito, desde donde Broklaw nos miró cuando entramos, con un evidente aire de alivio. Clothilde estaba hablando con él, y su habitual constelación de acompañantes se complementaba con la inesperada presencia de un hombre (por lo que pude suponer dado que se ocultaba bajo la capucha de su túnica y la habitual colección de augméticos) vestido con la túnica roja de un alto miembro del Adeptus Mechanicus **(56)**.

(56) *Al tratarse de una institución Imperial, el Adeptus Mechanicus no estaba obligado a seguir el rol de sexos matriarcal propio de la sociedad nusquemse, y por lo tanto los hombres podían alcanzar puestos de autoridad, una auténtica rareza en el planeta.*

Antes de que pudiera apreciar más detalles de su aspecto, mi vista pasó por delante de él, atrapada en cambio por el inconfundible gabán negro de un compañero comisario**-. ¿Qué carajo hace Forres aquí? -,** me pregunté en voz alta.

-Supongo que preparada para tirar de los hilos de Brecca si esta empieza a mostrar un poco de sentido común-, respondió Kasteen, que al menos me recordó el nombre de la coronel nusquemse, que parecía estar conferenciando animadamente con Broklaw y la gobernadora, una conversación que implicaba una gran cantidad de gestos en dirección al hololito. Preguntándome qué podía ser tan fascinante, intenté echar un vistazo a la pantalla, pero me encontré con que mi visión estaba bloqueada por la multitud de cortesanos y una selección de uniformes nusquemses; oficiales de las FDP también habían acudido en masa, lo que, dada la hora de la noche, tampoco podía ser una buena señal**-. Lo que realmente me preocupa es lo que pueda querer ese-.** Señaló con la cabeza en dirección al tecnosacerdote.

Antes de que pudiera adivinar el motivo, Clothilde se abalanzó sobre el centro de la sala como una nave pirata eldar ricamente ornamentada, me cogió firmemente del brazo y prácticamente me arrastró hacia el hololito**-. Gracias al Trono que estás aquí, Ciaphas-,** suspiró aliviada, sin reparar en la agria mirada que Forres nos dirigió, sin duda deduciendo algo escandaloso por la familiaridad con la que me había hablado y por el uso de mi nombre de pila.

-Tan sólo cumplo con mi deber-, le aseguré, lo que resultó ser cierto, aunque probablemente habría estado allí, en cualquier caso; lo que fuera que estuviera ocurriendo parecía bastante grave, y si debía asegurarme de salir de ello con la vida y la reputación intactas, debía asegurarme de estar perfectamente informado**-. ¿Qué está pasando exactamente?**

-Los orkos han atacado dos instalaciones situadas muy por detrás de nuestra línea de combate-, me informó la gobernadora, guiándome hacia el hololito y señalando con dramatismo el mapa tridimensional proyectado en el aire sobre él. Dos iconos de contacto se iluminaron, excesivamente cerca de Primadelving, y aún más preocupantemente lejos de las manchas difusas que marcaban las zonas conocidas señaladas como infestadas**-. ¿Cómo han podido atravesar nuestras defensas sin ser detectados?**

-Esa es una muy buena pregunta-, intervino Forres, dirigiendo una fulminadora mirada a Kasteen por debajo de la visera de su gorra**-. Se supone que los Valhallanos están patrullando esa zona, ¿no es así?**

-No hay nada que suponer-. Le espetó Kasteen**-. Nuestra gente está en su sitio y haciendo su trabajo-.** Se dirigió al atril de control y pulsó unas cuantas teclas, mostrando la ubicación de nuestros puestos avanzados. La línea me pareció bastante firme, un baluarte tranquilizador contra las bandas guerreras que se acumulaban en las colinas.

-Entonces es evidente que alguien ha sido negligente-, replicó Forres**-. A menos que espere que creamos que los pieles verdes se han colado entre sus centinelas sin que nadie se diera cuenta-.** Brecca y un par de oficiales superiores de la FDP rieron ante el jocosamente sarcástico comentario, subrayando su argumento, esperando sin duda ganarse su favor.

-Generalmente no destacan por ser criaturas sutiles-, dije, con la tranquila autoridad que da la experiencia**-, pero los orkos pueden llegar a serlo, e incluso ser astutos si eso les conviene. Cuentan con especialistas muy hábiles en el arte de la infiltración, y son capaces de pasar desapercibidos incluso en una zona fuertemente patrullada-.** Sabía por experiencia que los agentes de infiltración de la horda a la que nos enfrentábamos estarían más interesados en eliminar una o dos de nuestras unidades de primera línea, abriendo así un agujero para que el resto de la banda guerrera se colara por él. Si hubieran penetrado lo suficiente por detrás de nuestras líneas como para organizar los ataques mostrados por el hololito, es casi seguro que se habrían distraído con objetivos de oportunidad que se les presentara en el camino, y se habrían olvidado por completo del objetivo de la misión. A no ser que hubiera algo que se me escapara...

La cara de Forres era una máscara de escepticismo, pero la gobernadora asentía mostrándose de acuerdo conmigo**-. Nos tomaron por sorpresa varias veces durante la invasión-,** recordó**-, así que ciertamente es posible-.** La joven comisaria frunció el ceño, pero por una vez tuvo el suficiente sentido común para no contradecirla.

-Sin duda, la verdad sobre cómo han llegado hasta allí saldrá a la luz una vez que el santuario haya sido retomado-, añadió el tecnosacerdote, lo que al menos explicaba su interés en el asunto; uno de aquellos lugares debe pertenecer al Adeptus Mechanicus, que, al carecer de skitarii propios en este desolado planeta, naturalmente esperaba que la Guardia resolviera el problema en su nombre.

-Ciertamente-, acepté, deseoso de evitar que la discusión se enredara en infructuosos debates**-. Lo importante ahora es reconquistar ambos objetivos lo antes posible-.** Volví a mirar el hololito**-. ¿A qué nos enfrentamos exactamente? ¿Mayor?**

Broklaw se aclaró la garganta y se dirigió a Kasteen y a mí directamente, pero con un tono de voz lo bastante fuerte para que le escuchara al resto del grupo alrededor de la incorpórea y parpadeante imagen**-. Hace unas dos horas-,** comenzó**-, las autoridades civiles perdieron el contacto con las cavernas agrícolas de South Rising-.** Señaló uno de los iconos, de un intenso y siniestro color rojo**-. Se recibieron confusos mensajes de vox que hacían pensar que el complejo de cavernas estaba siendo invadido por los orkos, pero antes de que se pudiera determinar nada más, el enlace se cortó.**

-Así que no tenemos una estimación fiable del número-, dijo Kasteen, igualando su tono; sólo Broklaw y yo la conocíamos lo suficiente como para ser conscientes de lo mucho que la perturbaba aquella idea.

-**No, no tenemos nada-,** confirmó Broklaw**-, pero había un par de escuadras de las FDP allí acuarteladas, que parecen haber sido superados prácticamente de inmediato. Y dado el tamaño y la extensión del sistema de cavernas, estimo que necesitaremos al menos un pelotón para estar seguros de retomarlo.**

-Que venga Lustig-, ordenó Kasteen, y yo asentí aprobadoramente con la cabeza.

-Buena elección-, coincidí. El antiguo sargento de pelotón de Sulla había heredado su antiguo mando cuando la habían puesto a cargo de la Primera Compañía, y era uno de los soldados más fiables y experimentados del 597º. Aunque había aceptado la promoción de campo a teniente con cierta reticencia, había demostrado ser tan capaz como oficial como lo había sido como suboficial o, y no podía pensar en manos más seguras en las que dejar aquel asunto.

-Nuestra Segunda Compañía está más cerca-, señaló Brecca, indicando una pequeña franja de iconos imperiales entre South Rising y Lower Barrens **(57)-. Si ordeno al Quinto Pelotón que se ponga en marcha de inmediato, deberían atrapar a los pieles verdes antes de que estén listos para rechazar un contraataque.**

(57) *Los alrededores de Primadelving.*

De acuerdo a mi experiencia, los pieles verdes siempre estaban preparados para un contraataque, pero bloqueé el pensamiento antes de que alcanzara mi lengua. Si los nusquemses estaban dispuestos a entrometerse e ir primero, permitiéndome contar con un pelotón extra de tropas entre el grueso de la banda guerrera y mi humilde pellejo, pues no habría ninguna objeción por mi parte. Al percatarme que Kasteen se erguía, y que seguramente estaba a punto de discutir tal decisión, me adelante a dar mi aprobación**-. Eso tiene sentido-,** acepté, ante la mal disimulada sorpresa de la mayoría de los presentes.

-De acuerdo, se los dejaremos a ustedes-, acordó de mala gana Kasteen, tan confundida como el resto, pero

dispuesta a seguirme el juego gracias a los años de campaña que llevábamos a nuestras espaldas. No siempre coincidíamos, pero confiábamos uno en el criterio del otro, y en realidad, el asunto en cuestión no parecía tan importante como para discutirlo en público**-. Si su gente necesita refuerzos, estaremos preparados para apoyarles.**

-No será necesario-, aseguró Forres**-. Acompañaré a la primera oleada para asegurarme de que todo va bien.**

-No esperaba otra cosa-, la animé sin ser capaz de sofocar cierta ironía, aunque ella pareció tomarlo como una señal de aprobación, y asintió en mi dirección agradeciendo mis palabras.

-Entonces, con su permiso, mi señora, volveremos a nuestro regimiento y comenzaremos las operaciones de inmediato-, dijo Brecca, haciendo una ligera reverencia hacia Clotilde.

-Por supuesto-. Clothilde hizo un ligero gesto de despedida y Brecca, Forres y casi la mitad del personal de la FDP salieron de inmediato, embriagados por el aura de la buena opinión que tenían de sí mismos.

-¿Qué demonios ha sido todo eso?-, preguntó Broklaw en cuanto salieron del alcance de sus oídos**.- A esos cenutrios de pies azules (58) les van a partir la cara antes siquiera de que los vean venir.**

(58) *Expresión valhallana para calificar a alguien tonto y sin experiencia, demasiado atolondrado incluso como para tomar las medidas más elementales para protegerse contra la congelación.*

-Bueno, eso es a lo que se han dedicado desde el principio-, dije, ganando una sonrisa rápidamente reprimida de cada uno de ellos**-. El caso es que, si se empeñan en meter las manos en la trituradora para comprobar lo afiladas que están las cuchillas, al menos las embotaran un poco para quien tenga que ir después a limpiar el desastre que hayan causado.**

-Bien pensado-, aceptó Kasteen. Se volvió hacia Broklaw**-. Que informen de inmediato a Lustig y su gente esté lista para la acción. Si los nusquemses son capaces de apañárselas solos, perfecto, pero en caso contrario, no voy a dar a los pieles verdes la oportunidad de esconderse.**

-Causarían estragos tan lejos de nuestras líneas-, coincidió Broklaw. Se dirigió a uno de los soldados de la FDP, una mujer de mediana edad con el pelo canoso y una prominente cicatriz en la cara**-. ¿Puede su gente conseguir algunos Valkyries para el transporte?**

Se alejaron para discutir los detalles en un rincón más tranquilo, dejándonos a Kasteen y a mí para hablar con Clothilde y el tecno-sacerdote, que finalmente se presentó como el Magos Izembard, uno de los Adeptus Mechanicus de mayor rango en el planeta. Lo que significaba que, probablemente, la segunda instalación que habían atacado los orkos era la que realmente debía preocuparnos. Volví a mirar el hololito, donde la runa de contacto seguía brillando de un rojo ominoso, y luego volví a dirigirme al Magos.

-¿Qué tiene de importante este santuario?-, pregunté, intentando disimular mi perplejidad. No parecía estar situado en ningún lugar estratégico, sino en medio de un gran desierto nevado.

-Todas las bendiciones del Omnissiah son importantes-, me reprendió Izembard, a través de un siseante codificador vox que me recordó incómodamente al sirviente poseído en la malograda *Fuegos de la Fé***-, pero en un mundo como éste, la genetoria lo es especialmente.**

-Efectivamente-, respondí comprendiendo al fin de que se trataba. Las centrales eléctricas eran probablemente las instalaciones más vitales de todo el planeta: sin la energía que proporcionaban, los núcleos habitacionales se congelarían, condenando a todos a una muerte lenta e incómoda**-. ¿Estamos en peligro inminente de que falle el suministro de energía?**

Para mi enorme y bien disimulado alivio, Izembard negó con la cabeza.

-Contamos con un considerable grado de redundancia en el sistema-, me aseguró**-. Apenas notaríamos la diferencia si el suministro de energía que proporciona se redujera.**

-Entonces, ¿sigue funcionando? -, intervino Kasteen con cierta sorpresa.

La Coronel y yo intercambiamos miradas de desconcierto. Los pieles verdes difícilmente se habrían molestado en mantener los sistemas intactos; según nuestra mutua experiencia, lo más probable era que destrozaran todo lo que aun estuviera en funcionamiento después de tomar el lugar por el mero placer de hacerlo, o bien que empezaran a arrancar todo lo que les pareciera vagamente útil con la esperanza de vendérselo a uno de sus mekánicoz **(59)**.

(59) *Aunque de acuerdo a las pocas informaciones disponibles, la mayor parte de la idea de comercio entre los orkos se basa en robar lo que desean antes que tratar de negociar, se sabe que cuentan con una rudimentaria forma de sistema monetario, usando como moneda sus propios dientes (o preferiblemente los de otros).*

-Por el momento si-, puntualizó Izembard, de una manera que, en alguien cuya voz fuera capaz de albergar emociones, se podría describir como evasiva**-. Pero puede que no sea por mucho más tiempo.**

Aunque no podía decir la razón, comencé a sentir que una profunda inquietud agitándose en mí interior ante tales palabras, y me resultó harto evidente que Kasteen compartía mis recelos.

-¿Y por qué piensa eso?-, preguntó Clotilde, recordándome bruscamente que seguía cogida a mi brazo, y que no pensaba retirarse en un futuro inmediato.

-Por la propia naturaleza de los generadores-, explicó Izembard; si estaba molesto conmigo por haber atraído la atención de la gobernadora a este tema en concreto, no dio ninguna señal de ello, sino que se limitó a continuar con el mismo tono mecánico**-. Como sucede en casi toda la**

provincia, utilizan la energía geotérmica para generar electricidad.

-Eso estaba en los informes previos que recibimos al ser asignados a este sistema-, les recordé, omitiendo añadir que no me había molestado en leer ninguna de ellos. Pero nunca está de más aparentar que se está al tanto de la situación.

-Permítame dudar que en dichos informes se hayan comentado los detalles del proceso-, señaló Izembard con tono uniforme, tan dispuesto a ser desviado del asunto del que quería hablar como un cultista de Khorne cargando con los ojos puestos en la cercana masacre**-. Para exponerlo en términos sencillos que puedan comprender, se requiere un estricto control para mantener el proceso dentro de los márgenes de seguridad.**

-¿Qué quieres decir con "*dentro de los márgenes de seguridad*""?-. Preguntó Kasteen, en un tono que dejaba bien claro que no le gustaba el sonido de aquella frase más que a mí.

-Obviando las sutiles complejidades de la tecno-teología-, zumbó Izembard, sin mostrar ningún signo de irritación por haber sido interrumpido con tanta displicencia**-, el agua es bombeada hasta el flujo de lava, que en esa zona está bastante cerca de la superficie. El intenso calor la transforma instantáneamente en vapor, que finalmente se encarga de impulsar las turbinas.**

-¿Tiene pensado llegar al "*pero*" en cuestión en algún momento?-, preguntó Kasteen, sin molestarse en ocultar su impaciencia**-. Porque tenemos que organizarnos para contener a los orkos antes de que causen más daños, y no pienso enviar a mi gente a ciegas si puedo evitarlo.**

-El "*pero*", como usted dice, es que a menos que el flujo de agua entrante se mantenga a un ritmo constante, el exceso de vapor puede acumularse, creando una presión extrema en la cámara de magma-, continuó imperturbablemente Izembard**-. A menos que se alivie dicha presión mediante los adecuados rituales, acabará por desahogarse de forma incontrolada.**

-¿Quiere decir que explotará?-, intervine, sin poder evitar la consternación en mi voz.

-Explotar no sería la palabra que yo usaría-, dijo Izembard, tras un momento de reflexión**-. Erupción sería el término que describiría con precisión ese suceso.**

-¿Cuál sería la magnitud de tal fenómeno?-, pregunté, tratando de obtener de una vez la información que nos interesaba.

-Es difícil de precisar-, respondió Izembard**-, al no contar con los datos exactos sobre la velocidad de flujo, las fluctuaciones de temperatura y la porosidad de la roca, pero lo más probable es que sea de unos pocos kilotones.**

-¿Y cuándo prevé que pueda ocurrir?-, preguntó Kasteen, tan sorprendida como yo.

-De nuevo, es complicado ser preciso-. Izembard reflexionó un momento**-. Pero yo calcularía entre cuatro y cinco horas.**

-Tiempo de sobra para ir allí-, dije**-. ¿Estamos a tiempo de detener el proceso? -.** Porque si no era posible, acudir allí a combatir a los orkos sería una pérdida de tiempo total. Sería mucho mejor acordonar la zona, mantenerlos acorralados y acabar con los supervivientes después de la explosión.

-Sí que se puede-, me aseguró Izembard, con una sonrisa que me resultó muy inquietante**-. Un hombre de su intelecto debería ser capaz de seguir las instrucciones para estabilizar la reacción geotérmica con total facilidad-.** Clothilde y él me miraron expectantes y, con una deprimente sensación demasiado familiar, comprendí que esperaban que yo mismo me ocupara del asunto**-. No cabe duda de que sería preferible enviar a un tecno-sacerdote con los conocimientos necesarios, pero sus posibilidades de sobrevivir no serían muy altas en las presentes circunstancias. Es mucho más lógico volver a dotar de personal al santuario una vez que los orkos hayan salido de la ecuación.**

-No puedo negar su lógica-, coincidí, deseando poder hacerlo y de paso meterle un tiro en la cabeza. Al parecer, una vez más mi indeseada reputación había conseguido

ponerme en peligro mortal, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.



CAPÍTULO DOCE

En cualquier caso, nadie me impedía tratar de encontrar una excusa, pero desgraciadamente, todas las razones que se me ocurrían para delegar el trabajo en otra persona me sonaban huecas incluso a mí; además, Forres acababa de anunciar sus intenciones de dirigir a su contingente en vanguardia, así que no podía parecer reacio a hacer lo mismo. Tendría que seguir adelante y esperar que los soldados que me acompañaran mantuvieran alejados de mi persona a los malditos pieles verdes.

Por lo tanto, me encontré en compartimento de carga de un anticuado Valkyrie que la amiga de Broklaw en la FDP había encontrado para nosotros, luchando por atravesar otra de las tan comunes ventiscas que azotaban la superficie de Nusquam Fundimentibus. El fuselaje gimió audiblemente cuando el asiento que tenía debajo se tambaleó, y comprobé mi cronógrafo con ansiedad, esperando que Izembard se hubiera equivocado en su estimación del tiempo que faltaba para que la central se vaporizara. Suponiendo que consiguiéramos llegar de una pieza.

-¿Falta mucho?-, preguntó ansiosamente Jurgen, con el rostro un poco más pálido de lo normal bajo su habitual pátina de suciedad, y yo asentí con gesto adusto.

-Ya casi estamos-, le aseguré, agarrando los reposabrazos de mi asiento con más fuerza cuando el Valkyrie se encontró con otro viento cruzado. Si se suponía que los Leewards

Barrens constituían la parte más protegida del hemisferio, me estremecí al pensar cómo serían las condiciones al otro lado de la cordillera. No me extrañaba que los nusquemses tuvieran tan pocos aviones.

-Bien-, dijo Jurgen, centrándose en la décima innecesaria inspección de su melta desde que habíamos despegado. Tras comprobar que la célula de energía estaba completamente cargada y que los emisores estaban bien alineados, empezó a murmurar en voz baja algo que podría haber sido la Letanía de la Precisión, pero que, conociéndole como le conocía, sospeché firmemente que se trataba de una infundada calumnia repleta de adjetivos poco halagadores sobre las habilidades y los antecedentes familiares de nuestro piloto.

-Tenemos contacto visual-, me informó el piloto, con su voz resonando en el comunicador vox de mi oído, y miré por la ventanilla, agradecido de que ese movimiento alejara mi nariz lo más posible de mi ayudante.

-Sobrevuele la zona-, le ordene**-, de una vuelta amplia y a baja velocidad -.** Quería ver bien el objetivo antes de que pusiéramos un pie sobre el terreno, en la medida en que fuera posible ver algo bien con la visibilidad tan drásticamente bloqueada por aquella endemoniada nevada**-. Esté preparado para reprimir cualquier signo de resistencia-.** Dada su indiferencia ante las dificultades ambientales, era muy probable que hubiera orkos en la superficie, y si ese era finalmente el caso, seguro que empezarían a disparar contra nosotros en cuanto nos atisbaran. En ese momento me vino otra idea, y me apresuré a añadir**- No use los Hellstrike a menos que sea necesario. Limítese a usar el multi-láser.**

-Entendido-, respondió el piloto, sin poder disimular su irritación por el hecho de que le dijeran cómo debía hacer su trabajo. Para ser sincero, no se trataba de que yo estuviera pensando que los misiles pesados bajo las alas fueran capaces de desencadenar la explosión que veníamos a evitar, pero el caso es que nunca se sabe y yo siempre he sido de los que se decantan por prevenir antes que curar. E incluso aunque ese no fuera el caso, estaba bastante seguro de que el Adeptus Mechanicus no vería con buenos ojos que su preciado santuario recibiera más destrozos de los que los orkos ya le habían provocado.

Sin embargo, para mi curioso malestar, ningún fuego enemigo surgió de la superficie para desafiarnos mientras reconocíamos la zona.

-Estarán dentro, protegiéndose del frío-, propuso Jurgen, que aparentemente había olvidado súbitamente su mareo ante la cercana perspectiva de entrar en acción, mientras se inclinaba hacia la ventanilla para ver mejor, acercándose demasiado a mi nariz para que mi comodidad.

-Vamos a calentarles un poco-, dijo animadamente Magot desde el asiento detrás del mío, mientras colocaba una nueva célula de energía en su fusil láser con actitud juguetona**-. ¿Verdad, sargento?**

-Afirmativo-. Confirmó la sargento Grifen, con un tono de voz más profesional**-. Cuando descendamos a la pista, aseguren la rampa. El equipo uno nos acompañara a mí y al comisario. Equipo dos, seguidnos al interior**

en cuanto el Valkyrie despegue, mientras nosotros os cubrimos. ¿Entendido?

-Claro como el agua-, le aseguró Magot, visiblemente satisfecha por tener la primera oportunidad de enfrentarse a los orkos. Grifen y ella estaban muy unidas, tanto en lo personal como en lo profesional, y se podía confiar en que anticiparían los movimientos del otro en el fragor de la batalla sin necesidad de palabra alguna, una compenetración tan buena que las había convertido en mi primera elección como líderes de escuadrón para esta misión.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos en una espiral descendente, me parecía que Magot iba a quedar decepcionada. No había rastros de los asaltante orkos, al menos que pudiéramos ver. Tan sólo estaban las torres de comunicación y distribución de energía **(60)**, así como el achaparrado bloque del santuario donde se alojaban las turbinas y que asomaba entre los montones de nieve como una imagen en una pictografía mal enfocada. Nos llamó la atención una plataforma de aterrizaje, cubierta de nieve, pero con un anillo de parpadeantes luces aún operativas, y un pequeño edificio en la periferia del recinto donde se debía controlar el acceso al complejo principal, y que, como casi todo lo demás en Nusquam Fundimentibus, había sido excavado bajo tierra, lejos de las feroces condiciones ambientales de la superficie.

(60) *La electricidad generada era transmitida a los centros habitados, así como a las instalaciones fabriles mediante haces concentrados de energía, dado que las condiciones reinantes en la superficie hacían que las redes de distribución basadas en sistemas de cables fuera demasiado vulnerable. Gracias al bajo volumen de tráfico aéreo de Nusquam Fundimentibus, este sistema de transmisión mediante rayos era menos peligroso de lo que se pudiera pensar,*

aunque según el medicae de Nusquam, anualmente se daban entre uno o dos accidentes debidos a contusiones recibidas por ciudadanos debido a la caída de pájaros calcinados tras entrar en contacto con estas redes de energía

-No observo signos evidentes de daños-, informé sorprendido, y la unidad de vox de la cabina transmitió mis palabras a Izembard, que escuchaba desde la calidez y la comodidad de Primadelving, y a los demás escuadrones del pelotón, que se suponía que ya estaban en posición alrededor de la instalación para interceptar a cualquier piel verde que tratara de huir. (Aparte de acudir en nuestra ayuda tan rápido como sus transportes pudieran llevarlos, en caso de que los bárbaros xenos resultaban estar allí en un número mayor del que habíamos previsto). Las palmas de mis manos comenzaron a picarme incómodamente mientras hablaba. Si realmente los orkos habían invadido el complejo, debería haber claros rastros de su presencia: señales de disparos en las paredes por las balas perdidas de automáticas y bolters, disparados con su habitual falta de cuidado por la munición.

-Tampoco veo ningún vehículo aparcado-, añadió Jurgen. Frunció el ceño por un momento, tanto por desconcierto como por el esfuerzo de pensar en posibles motivos para ello**-. ¿Podrían haber venido a pie?**

-Si ese fuera el caso, se habrían dado una larga caminata-, bromeé, aunque dada la brutal rudeza del orko medio, ese inconveniente no negaría necesariamente esa posibilidad**-. Aunque si de verdad no tenían vehículos, eso explicaría como habrían logrado pasar a través de nuestras líneas sin ser detectados.**

-Entonces que sólo tendremos que preocuparnos de un pequeño grupo-, aventuró Grifen, con la seguridad que sólo un valhallano podía aportar a una discusión sobre estrategia y táctica orka**-. La mala noticia es que, si han llegado hasta aquí sin ser detectados, significa que nos enfrentaremos a tropas especializadas en infiltración, y de las buenas. Debemos estar muy atentos a las emboscadas y a las trampas a cada paso que demos.**

Asentí con la cabeza coincidiendo con ella.

-Por lo tanto, extremen la cautela, asegúrense de comprobar que no haya cables trampa-. Volví a mirar mi cronógrafo y deseé no haberlo hecho; el tiempo restante hasta la primera estimación de Izembard era mucho más corto de lo que me hubiera gustado, y si teníamos que perder tiempo avanzando con cuidado en lugar de dirigirnos directamente al objetivo, nuestro margen de error iba a desaparecer rápidamente. Pero bueno, no había forma de evitarlo, así que volví a contactar con el piloto a través del vox**-. Adelante, déjenos en la pista-,** le ordené, esperando lo mejor, pero preparándome para lo peor, vamos, lo de siempre.



Aterrizamos en medio de la plataforma, la rampa de carga trasera descendió con un sordo estruendo sobre la ennegrecida pista de rococemento, y el estrecho compartimento de pasajeros se llenó de repente de nieve.

Apretando los dientes contra el cortante viento que nos saludó vivamente, me situé detrás de Grifen y seguí su apresurada figura a través de la ventisca. El equipo de Magot se había desplegado alrededor de la rampa, apuntando con sus fusiles láser los montículos cubiertos de nieve que rodeaban la plataforma y que, por un momento, mi imaginación insistió en que eran pieles verdes tendiéndonos una emboscada. Luego se impuso la razón y me di cuenta de que no eran más que puntos de abastecimiento de combustible, con las mangueras recogidas, a la espera de que llegaran los transbordadores con suministros y personal en rotación.

Eso me recordó algo...

-¿No nos dijeron que había diecisiete personas aquí cuando los orkos atacaron?-, pregunté.

-Afirmativo-, confirmó Grifen.

-Y ninguno de ellos fue capaz de alcanzar un vox.

Aquel hecho me resultaba inquietante, como poco. Por muy sigilosamente que se hubieran acercado los orkos, la instalación en sí era demasiado grande como para haber sido tomada en un asalto sincronizado, y la mayoría de los mecanos que allí trabajaban habrían tenido varios minutos para dar la alarma antes de caer ante los bárbaros invasores.

-Entonces, los pieles verdes deben de haberse movido con rapidez-, apuntó la sargento en respuesta a

mis reflexiones**-. O bien había más de los que pensábamos.**

-Siempre hay más de los que uno espera-, sentenció Magot alegremente, entusiasmada como siempre ante la expectativa de encontrarse ante un entorno tan rico en objetivos.

Grifen, un cuarteto de soldados, Jurgen y yo cruzamos a la carrera la pista de rococemento desnuda, con nuestras botas chapoteando en la aguanieve que volvía a congelarse allí donde la capa de nieve había sido eliminada o derretida por las toberas de aterrizaje del Valkyrie, y llegamos a sotavento del blocao sin atraer ningún fuego. Eso no me resultó nada sorprendente, ya que los orkos de la superficie habrían anunciado su presencia disparando al Valkyrie en su aproximación final, pero a aquellas alturas de mi carrera ya había descubierto que lo más seguro era no dar nada por sentado, así que corrí tan rápido como el que más.

-La puerta está cerrada-, me informó Grifen sorprendida.

Era cierto, me bastaron un par de tentativos tirones para confirmarlo, y sentí un escalofrío de inquietud desplazando al engendrado por el intenso frío. La placa rúnica de apertura estaba intacta, sin señales de los daños causados por explosiones que eran de esperar si los orkos hubieran forzado la entrada.

Mientras reflexionaba sobre las implicaciones de aquel descubrimiento, el aullido de los reactores del Valkyrie se elevó a un tono que amenazaba con arrancarme el esmalte

de los dientes. Me giré hacia atrás y observé a la nave elevarse del suelo, mientras Magot y sus soldados permanecían agazapados contra la ennegrecida pista de rococemento, con los ojos entrecerrados.

-Permaneceré sobrevolando la zona-, dijo el piloto**-, por si aparecieran los pieles verdes.**

-No se aleje demasiado-, advertí, y el piloto se río.

-Estaré allí donde me necesite cuando me necesite-, prometió, y desapareció en la oscuridad por encima de nuestras cabezas, mientras el sonido de sus motores motor se entremezclaba lentamente con el sempiterno viento.

-¿Cómo abrimos la puerta?-, me preguntó Grifen, mirándome con una expresión de perplejidad en su rostro, sin duda sintiéndose tan incómoda con aquella situación como yo mismo.

-Si me permiten, puedo encargarme de ello-, dijo Jurgen con seguridad, levantando su melta y apuntando a la cerradura.

-Espere-. Levanté una mano para prevenirlo**-. Puede que hayan colocado cargas en ella-.** Eso no sería un problema si el melta las vaporizaba antes de que estallaran, claro está, pero también podría suceder que detonaran por simpatía gracias al choque térmico de un disparo de un melta a bocajarro, así que mejor no jugar con fuego, valga la redundancia. Busqué a tientas en uno de mis bolsillos mi placa de datos, con torpeza debido a tener los dedos torpes

y entumecidos por el frío**-. El Magos me proporcionó un esquema de las instalaciones. Quizá los códigos estén incluidos en las anotaciones del mapa.**

Afortunadamente así fue; pulsé los números y, para mi aliviada sorpresa, las runas del teclado cambiaron repentinamente de color, de rojo a verde, antes de ser sustituidas por las palabras "*acceso autorizado*".

-Ha funcionado-, dije, y volví a guardar la placa en el bolsillo de mi abrigo, acompañada por una porción excesivamente generosa e indeseada cantidad de aguanieve, y sin querer, me apoyé en la puerta mientras lo hacía. Para mi sorpresa, esta se abrió de repente, chirriando mientras se desplazaba debido a unas bisagras mal engrasadas, haciéndome entrar trastabillando al pasillo del interior.

-¿Comisario?-, saltó Grifen, casi tan sorprendida como yo. Levanté una mano de advertencia mientras recuperaba el equilibrio. Nada me había hecho saltar por los aires ni me habían disparado, así como tampoco había saltado hacia mí persona desde la oscuridad ningún aullante berserker piel verde armado con hachas, así que me recompuse con rapidez tratando de hacer ver que lo había hecho adrede.

-Esperé un momento-, le pedí, sacando a tientas una linterna de mi bolsillo y barriendo los alrededores con su haz**-. Vamos a asegurarnos de que es seguro antes de que entre alguien más-.** Parecía estar en un túnel, lo cual no fue ninguna sorpresa, que descendía suavemente hacia abajo, y lo suficientemente ancho como para que un

servidor de carga pasara con facilidad, o para que cuatro personas caminaran en fila.

-Los controles de la iluminación suelen estar al lado de la puerta-, apuntó Magot, y al dirigir el haz de luz hacia el rectángulo de luz diurna lleno de curiosos rostros, pude distinguirlos sin dificultad alguna.

-Listo, señor-, dijo Jurgen, pulsando la placa de activación con el canto de su mano, y una línea de luminarias del techo comenzó a parpadear delante nuestra, iluminando el camino hacia el corazón del complejo.

-¿Quieres que cierre la puerta de nuevo?-, me preguntó Magot, mientras atravesaba el portal con los cuatro soldados bajo su mando.

-Mejor no-, le contesté. Estábamos tan seguros como podíamos estar de que no había orkos en la superficie dispuestos a seguirnos al interior, pero mi paranoia se solía tranquilizar un poco al saber que teníamos una veloz línea de retirada abierta detrás de nosotros; especialmente en esa ocasión, puesto que, si algo salía mal, necesitaríamos salir por patas antes de que la planta se fuera al infierno**-. En cualquier caso, el piloto matará a cualquier piel verde que trate de acercarse a ella.**

-Por mi perfecto-, aceptó Magot, pasando al trote para tomar la delantera, con su equipo pisándole los talones.

El resto los seguimos, siempre cautelosos, aunque nuestras botas resonando contra el suelo de rococemento a pesar de

todos nuestros esfuerzos por hacer el menor ruido posible. Manteníamos los ojos abiertos por si había alguna emboscada o trampa, comprobando cada sombra, pero no vimos absolutamente nada, la ausencia de cualquier amenaza concreta era aún más inquietante de lo que lo hubiera sido una carga de aullantes orkos. Al menos, en ese caso habríamos sabido a qué nos enfrentábamos. (Aunque he de reconocer que, si hubiera sabido entonces a qué nos enfrentábamos realmente, ya habría estado a medio camino de vuelta al Valkyrie).

Finalmente llegamos a otra puerta que bloqueaba el final del pasaje; estaba a punto de consultar de nuevo la placa de datos de nuevo cuando esta se deslizó suavemente hacia un lado, revelando una pared pulcramente encalada, adornada con un friso de piezas de máquinas diversas, que sin duda tendrían algún absurdo significado dentro de la rocambolesca iconografía del Adeptus Mechanicus. Alzamos al instante nuestras armas **(61)**, buscando un objetivo, pero nada ni nadie apareció para saludarnos, y tras un momento nos relajamos de nuevo, viendo la inconfundible mano del Omnissiah en aquella acción. Estaba claro que los espíritus-máquina de la central nos reconocían como amigos y habían decidido trabajar para ayudarnos, lo cual fue algo que nos animó a todos.

(61) *Evidentemente, en algún momento Caín había desenfundado sus armas, aunque no se haya molestado en mencionarlo.*

-Despejado a la izquierda-, informó el soldado Vorhees, apuntando con su fusil láser hacia el pasillo, mientras Drere, su inseparable compañera, apuntaba en la dirección opuesta, con el débil *"¡clic!"* de sus pulmones augméticos

resonando inquietantemente en el extremadamente silencioso lugar.

-Despejado a la derecha-, informó a su vez Drere un instante después, y el resto nos siguió, el mapa de la pantalla en mi mano nos guiaba cada vez más hacia el corazón del complejo.

-Sigue sin haber señal alguna de lucha ni destrozos-, murmuró Grifen, claramente tan perturbada como yo.

-Ni pista alguna de ninguno de los mecanos-, coincidí.

-Entonces los pieles verdes deben haberlos matado a todos-, dijo Magot, como si eso fuera una conclusión inevitable.

-A menos que hayan hecho prisioneros a los supervivientes para poder mantener la planta en funcionamiento-, sugerí. Los orkos solían esclavizar a los humanos que parecían poseer habilidades que podían utilizar, aunque los desafortunados cautivos rara vez duraban mucho tiempo.

-¿Por qué harían eso?-, preguntó Grifen, y yo me encogí de hombros, incapaz de encontrar una respuesta.

-He encontrado algo-, informó entonces Vorhees desde más arriba en el túnel, levantando una mano para comprobar nuestro progreso y mirando el suelo unos metros más adelante de donde él estaba**-. Parece sangre.**

-Y mucha-, coincidió Drere, trotando para reunirse con él.

Tenían razón, una gran salpicadura manchaba el gris suelo de rococemento de un color marrón oxido, que alrededor de su centro todavía estaba pegajoso, y brillaba con un enfermizo resplandor carmesí a la luz de las luminarias del techo. Examiné las paredes y no vi ninguna señal de marcas de impactos de armas de filo ni los típicos cráteres de las armas de fuego; si alguien había recibido un disparo aquí, este había sido realizado con una precisión y exactitud completamente ajenas a los pieles verdes.

-Debieron acabar con ellos en combate cuerpo a cuerpo-, aventuró Grifen, que al parecer había llegado a la misma conclusión que yo.

-Sí, eso parece, pero entonces, ¿dónde está el cuerpo? -, pregunté retóricamente. Los orkos habrían saqueado el cadáver de su víctima y lo habrían dejado donde había caído, o sus restos, a menos que tuvieran hambre, y en ese caso habríamos encontrado una casquería bastante más desagradable que un simple charco de sangre.

-¿Lo arrastraron?-, sugirió Jurgen, y yo negué con la cabeza.

-Entonces habría un rastro de sangre en el suelo-, señalé. El charco tenía bordes redondeados, no alargados.

-Entonces, se lo llevaron al hombro-, continuó imperturbable mi ayudante.

Supuse que aquello cabía dentro de lo posible; sin duda un orko sería lo suficientemente fuerte como para cargar con un cadáver, pero ¿qué sentido tendría aquello? **-. Todo esto me parece muy limpio y ordenado para tratarse de orkos-,** señalé, ante lo cual Jurgen se limitó a asentir con la cabeza, con su sempiterna inmunidad al sarcasmo, algo que le servía tan bien como siempre.

-Aquí hay arañazos en el suelo-, informó de repente Drere, a un puñado de metros más abajo en el túnel. Al instante se me empezaron a poner de punta los pelos de la nuca, aunque por razones que aún era incapaz de articular, mientras me ponía en cuclillas para examinarlos con detenimiento**-. ¿Cree que podría haberse tratado de alguna especie de transporte?**

-Pudiera ser-, le respondí, mientras mis viejas habilidades de supervivencia me permitieron leer el tenue patrón de manchas en el suelo con la misma facilidad que una hoja de imprenta. Por el pasillo habían circulado innumerables carros o carretillas, como era de esperar en un complejo como éste. Pero algo en las marcas que Drere había encontrado me resultaba intrigantemente familiar, muy diferentes al resto. Se trataba de tenues arañazos paralelos, como si algo grande, con patas acabadas en garras, hubiera pasado por aquí no hace mucho tiempo.

Vorhees extendió los dedos, abarcando los arañazos interiores y exteriores, y descubrió que su mano extendida cabía cómodamente entre ellos. Flexionó los dedos con aire

pensativo y se quedó mirando a Drere, dado que evidentemente los dos habían llegado a la misma conclusión.

-¿Hay ambulls en Nusquam Fundimentibus?-, preguntó, y he de decir que en principio me pareció una pregunta perfectamente razonable. La última vez que habíamos estado en un mundo helado nos habíamos encontrado con una colonia entera de aquellas dichosas criaturas, que definitivamente no deberían haber estado allí **(62)**, y si había ocurrido una vez probablemente podría volver a ocurrir. Drere y Vorhees se miraron el uno al otro, recordando sin duda que fue un ambull el que le había arrancado medio pecho a ella en Simia Orichalcae, y que había tenido una suerte de narices para ser capaz de volver al sanatorium del hábitat minero lo suficientemente rápido como para que le sustituyeran los órganos dañados.

(62) *Aparentemente las criaturas habían llegado a Simia Orichalcae a través de un Portal Disforme Necrón, desde algún otro mundo infestado por ambos tipos de criaturas.*

-Podría ser el rastro de un ambull-, coincidí. Me parecía altamente improbable, pero si se sentían más tranquilos pensando que se trataba de ambulls, o de orkos, me parecía bien y no iba a preocuparlos con mis sospechas.

Mientras continuamos avanzando, eché un último vistazo a los débiles arañazos paralelos, y me fijé que Jurgen estaba haciendo lo mismo, con el ceño fruncido**-. Me recuerda a algo-,** dijo, aclarándose la garganta con fuerza y marcando el lugar con un generoso esputo de flemas**-, pero no acabo de caer en qué.**

-No, yo tampoco-, coincidí, agarrando con más fuerza mi espada y mi pistola. En los años que habíamos servido juntos nos habíamos enfrentado a tantas cosas que no era de extrañar que algunos detalles se hubieran ido difuminando por el camino **(63)**. No obstante, ambos teníamos prestas nuestras armas y nuestro avance, cuando se reanudó, fue aún más cauteloso de lo que había sido hasta entonces.

(63) *A pesar de lo cual la capacidad de memoria de Caín demuestra ser muy precisa en sus memorias, quizás al ser estimulada al rememorar los eventos vividos en un ambiente de relativa tranquilidad, o quizás se le daba extremadamente bien tomarse licencias artísticas para rellenar los huecos.*



Encontramos alrededor de una docena más de los inquietantes charcos de sangre antes de llegar al corazón del complejo, pero ninguna otra señal de los tecno-sacerdotes que se suponía que estaban vigilando el lugar. En un par de casos, la sangre derramada había sido también adulterada por lubricantes y fluido hidráulico, lo que nos indicó sin lugar a dudas que aquí era donde algunos de los servidores más grandes habían corrido la misma suerte que sus amos; aquel detalle despertó un nuevo eco en mi memoria. Desgraciadamente, éste se negaba obstinadamente acabar por darse a conocer así que me limité a encogerme de hombros y dejarlo pasar, sabiendo por experiencia que cuanto más intentara forzarme a recordar, más esquivo se volvería aquel pensamiento.

De vez en cuando nos encontrábamos con nuevos arañazos en el suelo, y desde que Vorhees había planteado el asunto, me había estado preguntado si realmente no deberíamos esperar encontrarnos con algún tipo de bestia suelta en el interior además de con los orkos. Recordándolo a toro pasado creo que aquel fue el motivo por el que no reconocí la verdadera naturaleza de la amenaza a la que nos enfrentábamos hasta que casi fue demasiado tarde; mi mente seguía un camino trazado como un burro con orejeras, en lugar de permanecer abierta a las pruebas que me rodeaban.

-Debe de ser aquí-, dije finalmente, deteniéndome ante una puerta que, a diferencia de las otras que habíamos atravesado hasta ese momento, se negó del todo a abrirse al acercarnos. La temperatura había aumentado de forma constante a medida que descendíamos, por lo que ahora me sentía bastante cómodo, y mis compañeros valhallanos habían abierto sus abrigos dejando al descubierto la armadura que llevaban debajo, deseando claramente que estuviéramos de vuelta en la superficie, donde había, desde su punto de vista, una agradable y cómoda temperatura de treinta grados bajo cero.

-Eso parece-, concordó Grifen, frunciendo el ceño ante otro mecanismo de cierre rúnico.

-Un momento-, dije, volviendo a revisar la placa de datos. Pero antes de que pudiera encontrar los códigos que necesitaba, Jurgen se limitó a empujar la puerta para abrirla con las sucias yemas de los dedos, y a introducir el cañón de su melta en busca de un objetivo.

-Está abierta-, anunció.

-Bueno, pues no debería estarlo-, afirmé, recordando las instrucciones que me había dado Izembard**-. El núcleo de energía y la capilla de control son las zonas más sagradas de todo el santuario. Se supone que el acceso está restringido a los acólitos más devotos.**

El pelotón de soldados que me rodeaba empezó a mirarse con inquietud. Una cosa era hacer un barrido de reconocimiento por las instalaciones principales del complejo, especialmente con la posibilidad de atrapar a uno o dos orkos, y otra muy distinta era invadir terrenos más sagrados.

-Y a nosotros-, añadí alegremente, recibiendo algunas sonrisas nerviosas en respuesta.

-Entonces, entremos y hagamos lo que hemos venido a hacer-, dijo Magot, que parecía mucho más feliz.

-A eso vamos-, le aseguré, echando otro vistazo a mi cronógrafo. Sólo nos quedaban un puñado de minutos antes de que expirara el corto plazo estimado por Izembard, y yo quería estar en la capilla de control mucho antes de que eso sucediera. Debo confesar que nuestro lento avance hasta aquel momento me había resultado extremadamente molesto, pero, dadas las circunstancias, proceder con cautela había sido la única opción sensata; y ahora no era el momento de abandonarla. El enemigo con el que no habíamos contactado en la entrada estaría casi seguro en

nuestro objetivo, o en sus alrededores: No podía encontrar ninguna otra razón para que no nos atacado antes.

Entramos con cautela en el interior, yo me quedé todo lo atrás que pude, mientras observamos a nuestro alrededor para orientarnos. Ya había visitado las instalaciones interiores de los santuarios del Mechanicus en varias ocasiones, casi siempre con la misma reticencia, así que tenía una buena idea de lo que podía esperar; las superficies de metal bruñido de los atriles de control, que reflejaban las luces y los diales que se suponía que indicaban a sus operadores una información que sólo el Emperador sabría interpretar, estaban todos en su sitio, pero en lugar de las relucientes paredes de acero o latón con relieves del engranaje sagrado que había esperado, la cámara estaba rodeada de roca desnuda, que había sido tallada formando una caverna de alto techo. (Y en la que se habían cincelado debidamente los iconos devocionales de los tecno-sacerdotes).

Magot hizo una mueca.

-¿Quién ha dejado que algo se queme?-, preguntó, con una mirada señalada en dirección a Jurgen.

-El santuario interior está conectado directamente con los respiraderos volcánicos-, le recordé.

Jurgen olfateó el aire con olor a azufre.

-Huele como en Hell's Edge-, me recordó, y yo asentí, rememorándome demasiado el asentamiento situado junto

a un lago de magma en Periremunda, y la desagradable sorpresa que nos había aguardado allí.

-Asegurad la sección-, ordenó Grifen, y los soldados se desplegaron, un equipo en cada una de las bocas de los túneles que salían de los extremos opuestos de la cámara.

-Buena idea-, le dije, cerrando la puerta tras nosotros. Había una gran parte del complejo que no habíamos recorrido al entrar, y lo último que necesitábamos era que uno o dos orkos nos tomaran por sorpresa mientras estábamos absortos en cumplir las instrucciones de Izembard. La fina plancha de metal no les retrasaría más que un par de segundos, pero el ruido que hicieran al forzarla sería todo el aviso que necesitaríamos para estar listos para recibirlos**-. Jurgen, mantenga la salida cubierta.**

-Muy bien, señor-, respondió, arrastrando una silla desde detrás del atril más cercano. Se acomodó en ella, con su melta apuntando directamente a la puerta, y descansando cómodamente sobre la abandonada estación de control.

Le entregué la placa de datos, después de buscar las indicaciones que me había dado el tecno-sacerdote**-. Necesitaré las dos manos para hacer esto-,** le dije, mientras miraba la instrumentación que nos rodeaba. Para mi intranquilidad había demasiadas luces intermitentes y diales parpadeantes, demasiados rojos o con las agujas rebotando contra sus topes**-. ¿Por dónde empiezo?**

-Tres atriles sobre un estrado, según dice aquí-, me explicó Jurgen, frunciendo el ceño**-. ¿Qué es un estrado?**

-Esto-, le contesté subiendo a una plataforma circular, alrededor de cuya circunferencia había tres atriles equidistantes, de modo que sus operadores estuvieran orientados hacia el exterior de la sala. Todos habían permanecido en sus puestos con una dedicación absoluta o habían sido sorprendidos exactamente al mismo tiempo, a juzgar por la cantidad de sangre que se había derramado allí, así que me moví con cautela, con las suelas de mis botas adhiriéndose desagradablemente al aún pegajoso suelo.

-El que está frente a la puerta debe tener un dial-, continuó mi ayudante**-, que pone "*Presión de la cámara de flujo*". ¿Está la aguja del dial cerca de la parte roja?**

Miré el dial en cuestión**-. Si estuviera aún más al límite-,** señale**-, estaría a punto de dar la vuelta completa-.** El indicador se encontraba a punto de salirse de su escala, y no necesitaba que un tecno-sacerdote me dijera que las cosas pintaban mal de narices**-. ¿Qué botones tengo que pulsar?**

-Ninguno-, apuntó Jurgen**-. Aquí dice que necesita la ventilación de presión de emergencia, en las propias bombas. Por el pasillo de la izquierda.**

-¿Izquierda si estoy mirando de frente el dial, o izquierda en el sentido en que cruzamos la puerta?-,

pregunté, aunque ya me había puesto en movimiento.

-Mirando al atril, tal y como está ahora-, respondió Jurgen, y yo cambié bruscamente de dirección, dirigiéndome a la boca del túnel opuesta. Se puso en pie cuando pasé corriendo**-. ¿le acompaño? -,** preguntó, y yo negué con la cabeza.

-Siga cubriéndonos las espaldas-, le dije, mirando hacia atrás mientras lo hacía**-. Si esto no funciona, tendremos que salir de aquí rápidamente, y no querremos que ningún piel verde se interponga en nuestro camino-.** Cuando terminé de hablar ya le había perdido de vista, pero nuestros voxes transmitieron el resto de mis palabras con bastante facilidad.

A pesar de la urgencia de mi misión, ralenticé mi paso al entrar en la cámara, sin poder evitar mirar a mi alrededor asombrado. Me encontraba en una enorme caverna natural, cuyas paredes estaban agrietadas y cubiertas de fisuras, de muchas de ellas se desprendían vapores malolientes; sin duda, la eliminación del sentido del olfato ocupaba un lugar destacado en la lista de mejoras augméticas de los tecno-sacerdotes que trabajaban allí. En el centro se alzaban las bombas, de tres o cuatro veces la altura de un hombre, con tubos de un metro o más de diámetro clavados en la roca bajo mis pies, o cortando horizontalmente la caverna para desaparecer en la pared. Varios de ellos apuntaban en dirección a la sala de turbinas que habíamos visto al entrar, mientras que otros llevaban presumiblemente el agua desde donde se recogía, lista para ser bombeada hacia las entrañas del planeta.

-¡Comisario!-. La sargento Grifen me saludó desde la sombra de la bomba más cercana**-. Creo que debería ver esto.**

-Siempre y cuando sea rápido-, dije, muy consciente de cada tictac del reloj. Pero Grifen era una veterana, y tan consciente del peligro como yo; no desviaría mi atención en un momento tan crítico sin una excelente razón.

-Hemos encontrado los cuerpos-, dijo, sonando extrañamente insegura-**. Al menos, trozos de ellos. O eso me parece.**

Al rodear el enorme tronco de metal de una bomba, pude ver la razón de su reticencia. Una maraña de metal y vidrio ensangrentado se apilaba contra la pared de la caverna, brillando de forma inquietante a la luz de las luminarias superiores.

-Janni los reconoció-, dijo Vorhees, con una mirada a Drere, que asintió.

-Augméticos. Créame, lo sé de buena tinta-. Sus pulmones mecánicos remarcaron sus palabras con un siseo uniforme**-. Parece como si alguien se hubiera entretenido arrancándoselos a los mecanos.**

-O los ha escupido-, señalé a mi vez, con una peculiar sensación de retardo que subía y bajaba por mi columna vertebral a medida que los recuerdos de Hell's Edge se hacían cada vez más vívidos. La sola idea era ridícula, pero había visto algo casi idéntico en aquel endemoniado lugar, y

una vez que ese pensamiento había llamado mi atención, era imposible hacerlo desaparecer**-. ¡Apártense de las fisuras!**

-¿Comisario?-. Grifen me miró extrañada, sin duda preguntándose si había perdido el juicio.

-Las fisuras-. Señalé las grietas en la superficie de la roca. El montón de trofeos espeluznantes estaba justo debajo de la más grande, que sin duda parecía lo suficientemente amplia como para albergar un cadáver humano; sobre todo si le habían quitado antes todos sus componentes no orgánicos.

-¿Ha tirado ya de la palanca, señor?-, me preguntó Jurgen a través del vox.

-Estoy a punto de hacerlo-. Volví a centrarme en el asunto más urgente por el momento y me dirigí a la más voluminosa de las estructuras metálicas. Tal y como me había asegurado Izembard, en ella había un gran atril de control, casi completamente oculto por la cantidad de cintas votivas de oración y sellos de cera adheridos a su superficie.

Sin embargo, antes de haber dado más de un par de pasos, mi atención se vio interrumpida por un tenue eco de movimiento, casi inaudible por encima del constante estruendo de los mecanismos que nos rodeaban y el traqueteo de las bombas. Me quedé paralizado, escuchando atentamente, medio convencido de que lo había imaginado.

Entonces lo volví a oír, un inconfundible sonido de arañazos.

-¡Retírense!-, ordené, gesticulando salvajemente**-. Aléjense de las paredes.**

Grifen y sus soldados estaban evidentemente desconcertados, pero se apresuraron a obedecerme; Vorhees, Drere y ella recordaban sin duda nuestra expedición a través de los túneles de los ambull bajo Simia Orichalcae. Uno de los soldados que los acompañaba, un sustituto reciente que habíamos recogido en Coronus, reaccionó con un poco más de lentitud, apuntando con su fusil láser a la oscura hendidura de la roca que tenía a su lado desde lo que sin duda imaginaba que era una distancia segura.

-Puedo oír algo...-, comenzó a decir, antes de que su voz se ahogara en un grito de pánico, cuando algo oscuro y centelleantemente veloz, dotado con demasiadas extremidades salió de la fisura. Consiguió disparar unas tres veces antes de caer, destrozado por una ráfaga de golpes de las afiladas garras de la criatura.

-¿Qué está pasando?-, gritó Jurgen con urgencia, alertado por el ruido**-. ¿Están atacando los orkos?**

-¡Nunca se trató de orkos!-, grité, mientras la monstruosidad de cuatro brazos se alzaba de la maltrecho cadáver del salvajemente eviscerado soldado, lamiendo distraídamente su sangre de la cara con una lengua que parecía demasiado larga, para mirar especulativamente en nuestra dirección**-. ¡Este lugar está plagado de tiránidos!**



CAPÍTULO TRECE

-¿Tiránidos?-, repitió Jurgen, recibiendo la noticia con su flema habitual**-. Nadie nos habló de ellos.**

El ruido de los arañazos nos llegaba ahora de todas partes, e incluso cuando el gante se lanzó hacia mí, propulsado por sus poderosas patas traseras, más criaturas empezaron a emerger de las grietas de las rocas.

-¡Retrocedan!-. Grité, disparando una descarga de mi pistola láser, pero la horrible criatura apenas se detuvo, con sus fauces abiertas mientras saltaba en mi dirección con una ferocidad absoluta.

Los soldados abrieron fuego con sus fusiles láser y abatieron a varios de los recién llegados, pero el enjambre ya se había despertado, y por cada uno que caía, otro salía de las sombras con intenciones igualmente asesinas, mientras los refuerzos seguían saliendo por las grietas de las paredes como si la propia roca sudara tiránidos. Evité el primer tajo de las garras del gante que se acercaba con mi espada sierra, que de paso le mordió profundamente el quitinoso tórax blindado, y le disparé en el cerebro mientras abría la boca para rugir desafiante o intentar morderme la cara **(64)**.

(64) *Probablemente ambas cosas.*

-¿Aún puede llegar a la palanca?-, preguntó Jurgen, siempre atento a nuestra misión. Volví a mirar la bomba más grande, con su prominente atril de control; una docena de gantes saltaban por el espacio intermedio, y más movimiento parpadeaba entre las sombras de la base de la gran columna metálica, casi como si la estuvieran vigilando **(65)**.

(65) *O posiblemente lo contrario. Los termagantes, que de acuerdo con las memorias de Caín constituían el grueso de las fuerzas tiránidas en la planta, habrían actuado por instinto retirándose para ponerse a cubierto en ausencia de una bioforma guerrera sináptica que les transmitiera las órdenes de la mente de la colmena.*

-Ya no hay ninguna posibilidad de hacerlo-, le dije, mientras una ráfaga de disparos de fusiles láser acababa con los tres tiránidos que iban en cabeza, justo cuando empezaban a organizarse para cortarnos el paso por el túnel por el que habíamos entrado. Me harían pedazos antes de llegar a medio camino de los controles, por no hablar de los intrincados rituales necesarios para anular las instrucciones que los espíritus-máquina tenían en ese momento. Atravesé con un rayo láser el tórax de otro gante, que se había lanzado sobre mí siguiendo los pasos del primero, y me volví hacia el túnel.

-El equipo dos viene a ayudarnos-, me informó Magot, para mi alivio.

-Quédate en la capilla de control y prepárate para cubrirnos-, respondió Grifen**-. Vamos a llegar con un enjambre pegado al culo.**

-Que ese Valkyrie vuelva a tierra ya mismo-, le ordené al piloto por vox. Si conseguíamos llegar hasta la superficie, no quería subir al cielo acompañando a la central sólo porque nuestro transporte se retrasará.

-Estaremos esperando-, prometió el piloto**-, con la rampa bajada.**

Entonces mi atención se centró por entero en el más urgente asunto de la supervivencia. Las criaturas agrupadas alrededor de las bombas tenían armas de largo alcance simbióticas fusionadas a sus extremidades delanteras, el siniestro silbido de sus descargas casi se perdía en la cacofonía general.

-¡Acabad con los que están armados!-, grité. Las bioformas de combate cuerpo a cuerpo sólo suponían un peligro si se ponían a nuestro alcance, pero la munición viviente de los devoracarnes nos comería vivos desde dentro si sus portadores conseguían acertarnos con uno de sus disparos. Afortunadamente para nosotros, el superior alcance de los fusiles láser de nuestros soldados mantenía a los tiránidos armados demasiado lejos como para que pudieran disparar con precisión, y la mortífera lluvia de los pequeños pseudo escarabajos que escupían en nuestra dirección se quedaba corta o bien salían totalmente desviados. Pero el caso es que seguían avanzando, recortando la distancia cada vez que nos veíamos obligados a desviar nuestros disparos para eliminar a un hormagante que cargaba contra nosotros.

-No podremos mantenerlos a raya durante mucho tiempo-, comentó Vorhees, disparando cortas ráfagas en

un intento de conservar la munición, aunque en cualquier caso ambos sabíamos que a este ritmo agotaría la célula de energía con una espantosa rapidez.

-¡Entonces no lo intente!-, le insté, corriendo ya hacia la boca del túnel**-. Tenemos que adelantarnos a ellos-.** Al carecer de las poderosas patas traseras de sus compatriotas, que habían sido criados por la mente de la colmena con el fin de entrar en combate cuerpo a cuerpo lo más rápido posible, deberían ser bastante fácil de dejar atrás a los termagantes; o al menos evitar que se acercaran lo suficiente como para situarnos dentro del rango de alcance de sus obscenos devoracarnes.

Descargue un par de tiros sobre a un hormagante que trataba de flanquearnos, apoyándose en su superior velocidad para intentar cortarnos el paso por el túnel por el que hemos entrado, pero los rayos láser rebotaron inofensivamente en su exoesqueleto quitinoso; Ya comprometido con aquel ataque, me agaché para esquivar un golpe de sus garras guadaña, sintiendo como la garra de una de sus extremidades medias se enganchaba por un momento en la tela de mi gabardina, y clavé la punta de mi espada sierra justo bajo su barbilla, desgarrándole la garganta y el cráneo por igual mientras luchaba por liberar la hoja. Una gota de maloliente icor me empapó la manga, y cuando logré liberarme, salté sobre el cadáver de otra de aquellas viles criaturas, que acababa de ser derribada por el fuego del fusil láser de uno de mis compañeros.

-¡Granadas!-, exclamó Grifen, mientras nos abríamos paso a través del estrecho lazo para alcanzar el dudoso santuario del túnel.

-Buena idea-, dije, al tiempo que me giraba para disparar un par de veces a los enemigos que dejábamos detrás de nosotros, para descubrir que todo el ancho del pasillo estaba lleno de depredadores. Le alcancé a uno en la pierna, por pura chiripa, haciéndole tropezar y caer, obstaculizando a los que lo seguían; éstos reaccionaron eliminando el obstáculo de la manera más directa posible, es decir, reduciéndolo a pedazos en un instante. Lo único positivo que pude encontrar de nuestra situación fue que al menos los gantes que estaban a punto de destrozarnos bloqueaban el fuego de sus compañeros más lentos equipados con armas de fuego.

Grifen sacó una granada de fragmentación del interior de su abrigo y la lanzó por encima del hombro sin reducir el paso **(66)**. El resto de los soldados hicieron lo mismo y, aunque probablemente fuera mi imaginación, juraría que escuché el estruendo de las granadas al chocar con la roca por encima de los movimientos y siseos de la prole detrás de nosotros. Entonces, la marea de muerte quitinosa pasó sobre ellos.

(66) *Tras quitarle la anilla, claro.*

Justo cuando empezaba a convencerme de que el tiempo prefijado de los temporizadores era excesivamente largo para mi agrado, y mientras mis omóplatos se tensaban en previsión del demoledor golpe capaz de romperme los huesos que estaría a punto de alcanzarme por la espalda, un cuarteto de explosiones superpuestas sacudió el pasillo, haciendo temblar el suelo bajo mis pies. Sin poder resistirme a mirar hacia atrás, vi que el enjambre que nos perseguía había desaparecido casi por completo, dejando las paredes y el techo decorados con jirones de carne y

borbotones de asqueroso icor; pero antes de que tuviera tiempo de asimilarlo, la segunda oleada apareció al otro extremo del pasillo, cargando hacia nosotros con el mismo endemoniado propósito que sus ahora destrozados congéneres. Una vez más, los devoracarnes silbaron, y un grupo de los mortíferos escarabajos que utilizaban como munición golpeó al suelo a un metro de donde yo estaba. Las diminutas criaturas se movieron frenéticamente durante uno o dos segundos, en busca de un huésped al que devorar, para luego expirar.

-¡Nos persiguen termagantes!-, vociferé, luego me di la vuelta y corrí hacia el relativo santuario que suponía la capilla de control.

-Les estamos esperando-, me aseguró Magot, para mi inexpresable alivio; entonces salimos del túnel y nos hicimos a un lado para permitir que nuestros compañeros tuvieran una línea de disparo libre de obstáculos.

Los resultados fueron devastadores. Magot había puesto su fusil láser en modo automático y los soldados bajo su mando la habían imitado o bien habían recibido instrucciones de hacerlo: la tormenta de disparos recorrió el túnel, complementada por una o dos ráfagas del melta de Jurgen. Cuando el ruido cesó, el pasillo se parecía más a la sala de matanza de una carnicería, con los otrora mortíferos organismos que nos habían perseguido tan implacable y eficazmente desgarrados por el despiadado bombardeo como ellos habían amenazado con hacérnoslo a nosotros.

-Parece que han tenido suficiente-, se ufanó Magot, con una buena dosis de optimismo, teniendo en cuenta que

había visto por sí misma lo implacables que podían ser los tiránidos durante su frustrada invasión de Periremunda.

-Yo no contaría con ello-, advertí, y, efectivamente, el inconfundible sonido de las garras sobre la roca ya se abría paso entre los últimos ecos de la masacre de Magot**-. Vendrán de nuevo a por nosotros en cuanto se den cuenta de que no estamos defendiendo el cuello de botella del pasillo.**

-Entonces mejor que no esperemos hasta que se den cuenta-, dijo Grifen, un sentimiento con el que estuve de acuerdo desde lo más profundo de mi corazón.

-¿Por qué no nos atacaron en cuanto llegamos?-, preguntó Jurgen, colocándose a mi lado, con su melta tranquilizadoramente preparado para ser utilizado**-. Nos habrían cogido completamente por sorpresa.**

-No creo que se dieran cuenta de que estábamos aquí-, dije**-. Ya habían matado a todos en el santuario-.** Eso era un hecho; sin duda, un enjambre del tamaño del que acabábamos de encontrar habría recorrido todo el lugar antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar.

Jurgen asintió mostrándose de acuerdo**-. Así que estaban durmiendo, haciendo la digestión cuando llegamos-,** aventuró, con el ceño fruncido por el supremo esfuerzo que le había llevado unir todos los puntos.

-Esencialmente si-, coincidí, aunque algunos detalles de lo que nos habíamos encontrado seguían dándome vueltas en la cabeza. Tenía sentido que el enjambre se ocultara en la parte más profunda del complejo mientras digerían su sacro almuerzo, pues era el clásico comportamiento instintivo de los organismos que lo componían, pero, para empezar, ¿cómo narices se habían colado tantas criaturas? La entrada principal había estado definitivamente sellada cuando habíamos llegado.

-Al menos no tendremos que preocuparnos de tropezar con ninguna trampa de pieles verdes al salir-, comentó con optimismo Grifen, mientras volvíamos a la plataforma a paso ligero.

-Eso ya es algo-, coincidí, agudizando los oídos para escuchar el ruido de las garras contra el suelo de rococemento detrás nuestro. Empezaba a esperar, en contra de la razón y la experiencia que tenía en aquellas viles criaturas, que hubiéramos conseguido intimidarlas tanto que hubieran decidido abandonar la persecución, cuando lo volví a escuchar, al principio débilmente, casi ahogado por el traqueteo de nuestras botas, pero luego con más claridad.

-¿Qué pasa?-, me preguntó Grifen, al verme inclinar la cabeza en un intento de aislar el escurridizo eco.

-Ya vienen-, dije**-. Están acercándose.**

Apenas salieron aquellas palabras de mi boca, cuando un grito agónico resonó en el pasillo. La mujer que iba en

vanguardia había caído, con un enorme agujero en el torso provocado por el disparo de un devoracarnes. Mientras se agitaba sobre la mugrienta roca, innumerables parásitos diminutos seguían retorciéndose en el interior de la horrible herida, agrandándola e introduciéndose cada vez más profundamente en un intento de alimentarse de los órganos vitales de la desdichada soldado.

-Y delante nuestro-, señaló Magot, deteniéndose sólo para conceder la paz del Emperador **(67)** a su desafortunada subordinada, que estaba claramente fuera de toda esperanza de ayuda médica.

(67) *Eufemismo en la Guardia Imperial para expresar el darle un tiro de gracia a un compañero herido de muerte.*

-¿Cómo carajo nos han adelantado?-, pregunté, abriendo fuego sobre el pequeño grupo de gantes que habían aparecido en un recodo del pasillo. Entonces mi propia pregunta fue respondida por la visión de un conducto de ventilación un poco más adelante en el pasillo, con su cubierta de malla metálica rasgada y destrozada por poderosas garras. Si se habían colado por los conductos de los sistemas de ventilación, entonces podrían estar en cualquier parte.

Una tormenta de disparos de fusiles láser siguió mi ejemplo, cobrándose una sangrienta venganza por nuestra pérdida. El tiránido líder perdió su arma y un gran trozo de su caparazón gracias al melta de Jurgen, pero los supervivientes se reagruparon casi de inmediato, reforzados por otro grupo de recién llegados. Volví a mirar por el pasillo detrás nuestro y vi, a lo lejos, un borrón de movimiento que

tan sólo podía ser el grueso del enjambre en plena persecución.

-Estamos atrapados-, le dije a Grifen, esperando no sonar tan asustado como me sentía**-. Necesitamos otra salida.**

Al divisar una puerta en la pared a un par de metros de distancia, la abrí de golpe y encontré un pequeño taller detrás, que, a juzgar por la dispersión de herramientas, lubricantes y trozos de carne flotando en frascos de algún líquido maloliente, probablemente se había utilizado para la reparación y el mantenimiento de los servidores.

Como refugio no era gran cosa, pero todo el mundo entró agradecido a la carrera justo después de mí, y comenzaron a atrancar la puerta. Un último vistazo antes de cerrarla de golpe me resultó más que suficiente para subrayar la gravedad de nuestra situación: los tiránidos se acercaban, ávidos de matar, desde ambas direcciones, bloqueando el pasillo por delante y por detrás. Intentar abrirnos paso a través de cualquiera de los dos grupos sería suicida. Jurgen levantó la vista de la placa de datos que le había dado para que la sostuviera hacía tanto que ya me parecía toda una vida**-. El pasillo paralelo más cercano está por ahí, señor-.** Indicó la dirección con un mugriento pulgar**-. A través de ocho metros de roca.**

-Por qué nunca hay un ambull cerca cuando se le necesita-, bromeó Drere, y el débil intento jocoso suscitó vacilantes sonrisas entre los que nos habíamos encontrado con aquellas criaturas en Simia Orichalcae, recordando su notable capacidad para excavar túneles.

-Yo me conformaría con uno o dos lanzallamas-, dijo Magot.

-Bueno, tenemos lo que tenemos-, respondí, buscando en el taller cualquier cosa que pareciera potencialmente combustible, explosiva o al menos afilada, pero no encontré nada que pudiera utilizar de inmediato. La mayoría de las herramientas no estarían fuera de lugar en una instalación médica, y me resistía a intentar activar alguna de las piezas de equipo que se encontraban en las paredes; los espíritus de las máquinas que residían en ellas podrían despertarse tan malhumorados como yo, y de todos modos no sabía para qué leches servirían**. Pongamos ese banco contra la puerta.**

Lo colocamos. bloqueando el acceso lo mejor que pudimos, y nos dimos cuenta de que era tranquilizadoramente pesado, acabando justo a tiempo; casi en cuanto logramos ponerlo en su sitio, el enervante sonido de arañazos de garras contra la fina lámina de metal empezó a resonar en la habitación. Los Genestealers la habrían atravesado con la misma facilidad que Jurgen lo habría hecho con el envoltorio de un sándwich, pero, afortunadamente para nosotros, las garras de los gantes estaban pensadas para el combate cuerpo a cuerpo y poco más.

-Eso no los retendrá por mucho tiempo-, señaló Grifen, arrancando el cable de alimentación de uno de los extraños dispositivos y fijando su extremo desnudo contra la puerta de metal. Hubo un chisporroteo, un inquietante ulular en el pasillo y luego las luces se apagaron. Después de un momento de silencio, el ruido comenzó de nuevo, con el mismo entusiasmo que antes.

-Merecía la pena intentarlo-, la animé, mientras todos, a excepción de Jurgen y yo, encendían sus linternas y las empezaban a fijar junto a sus bayonetas en los cañones de sus fusiles láser. Un momento después, las luces volvieron a encenderse, un poco más tenues que antes, pues al parecer el espíritu-máquina que regía el complejo seguía interesándose por nuestro bienestar**-. ¿Cuán cerca estamos de la superficie?**

-Bastante-, me indicó Jurgen, después de dudar un momento mientras lo calculaba. Señaló el techo**-. Diría que debemos estar debajo de uno de los puntos de reabastecimiento de la plataforma de aterrizaje.**

-Déjame ver-, dije, tomando la placa de datos. Si estaba leyendo bien el plano, la cámara de control de las bombas estaba un nivel por encima de nuestras cabezas. Usar el melta tan cerca de un tanque de combustible del tamaño de una piscina sería un riesgo de locos, pero si nos quedábamos donde estábamos nos vaporizarían de todos modos, aunque de un modo nada atractivo; parecía que la única cuestión a debatir era si preferíamos acabar muertos en un instante o más lentamente como parte de una digestión tiránida. Señalé hacia arriba, hacia el techo encalado**-. ¿Me hace el favor?**

-Naturalmente, señor-, respondió mi ayudante, apuntando el melta hacia arriba y apretando el gatillo, mientras el resto de nuestro grupo se ponía a cubierto bajo los bancos de trabajo. El resplandor actínico con el que me había familiarizado desde que adquirió su juguete favorito atravesó mis párpados cerrados, y el calor me chamuscó el

pelo de las fosas nasales, mientras los restos carbonizados de roca repiquetearon en las superficies metálicas brillantes sobre nuestras cabezas**-. Ya casi está-.** Volvió a disparar y tosió con evidente satisfacción**-. Eso debería bastar.**

-Sí, debería-, dije, mirando el agujero por encima de nuestras cabezas. Los bordes estaban aún casi fundidos, pero se estaban enfriando rápidamente, un proceso acelerado por una ráfaga de aire gélido que sólo podía venir de la superficie. Los valhallanos se miraron entre sí, visiblemente animados por el frío, y luego se volvieron hacia la puerta cuando algo grande y pesado la embistió desde el otro lado. El banco de trabajo tembló-**. Creo que ya es hora de partir.**

A pesar del efecto refrescante de la brisa de la superficie, los bordes del agujero estaban aún demasiado calientes para tocarlos, pero aquella era la menor de mis preocupaciones. Si no nos movíamos rápido, íbamos a caer en las brasas a no mucho tardar, así que nadie vaciló antes de saltar sobre los maltratados bancos, confiando en nuestros guantes y pesados abrigos para no quemarnos mientras ascendíamos en tropel por el agujero.

Llegamos a una cámara de techo alto, la mayor parte de la cual estaba ocupada por un peculiar conjunto de tuberías, conectadas a una manguera del grosor de mi brazo, que desaparecía por un agujero en la pared opuesta. Todo el artilugio estaba montado sobre una plataforma hidráulica, claramente destinada a elevarlo el sistema a la superficie.

Al cabo de un momento, identifiqué un débil sonido como el gemido de los motores de nuestro Valkyrie, amortiguado por

la capa de rococemento que aún nos separaba de la superficie, y suspiré aliviado; al parecer, el piloto había sido fiel a su palabra.

-Apunte a la entrada principal-, le dije, imaginando vívidamente visiones de pesadilla siendo flanqueado de nuevo por los tiránidos**-, y elimine a todo lo que se mueva.**

-¿Señor?-. El piloto parecía confundido, y no podía decir que lo culpara**-. ¿No le pondrá eso a su escuadra y a usted en la línea de fuego?**

-Nosotros vamos por otro camino-, le expliqué, subiendo a la plataforma. Un pequeño atril de control se encontraba cerca de los escalones de metal soldado, y estudié los controles mientras Jurgen y los demás se apresuraban a subir detrás de mí, atestando la estrecha estación de operaciones mucho más de lo que sus constructores habían previsto. Su característica más destacada era un gran botón rojo, así que lo pulsé esperanzado.

Por un momento no pareció ocurrir nada, y luego, con un fuerte ruido, apareció una estrecha franja de luz diurna sobre nuestras cabezas, seguida casi al mismo tiempo por el repiqueteo de la capa de nieve que caía por el hueco. A medida que se iba ampliando, el viento se coló a través de mi abrigo, e incluso algunos de los valhallanos volvieron a abrocharse los suyos.

-¡Subimos!-, gritó Drere cuando la plataforma bajo nuestros pies se estremeció y comenzó a ascender hacia la superficie.

-Justo a tiempo, pardiez-, añadí, viendo un parpadeo de movimiento a través del agujero aún humeante en el suelo. Los tiránidos habían conseguido finalmente forzar la puerta del taller; un instante después, el primer termagante trepó a través de ella, levantando su devoracarnes al llegar. Antes de que pudiera disparar, una ráfaga de disparos de nuestros fusiles láser lo hicieron pedazos, pero en cuestión de segundos el cadáver acribillado había sido empujado a un lado, y después otro corría la misma suerte que el anterior recién llegado.

Antes de que un tercero pudiera disparar, la plataforma ascendente alcanzó la superficie, cortando el paso a nuestros perseguidores en una tumba de rococemento que sus armas nunca podrían penetrar.

Una ráfaga de copos de nieve me golpeó en la cara, impulsada con más fuerza de la habitual debido al retroceso de los motores del Valkyrie que flotaba justo encima de la plataforma. Corrí hacia la rampa de embarque, con los ojos entrecerrados debido a la ventisca, que parecía soplar con el mismo incesante entusiasmo.

-Capto movimiento en el búnker-, informó el piloto, y me giré para mirar, con un repentino ataque de pánico que me impulsó a aumentar la velocidad. Un enjambre de organismos de combate cuerpo a cuerpo salía de la entrada, con las características garras largas y curvadas que los distinguían como hormagantes, y maldije mi decisión

anterior de dejarla abierta para una rápida evacuación; aunque siendo justos, difícilmente podría haber previsto la situación en la que nos íbamos a encontrar. Hice un par de disparos con mi pistola láser, aunque no sé si le di a alguno de los objetivos que se movían rápidamente a través de la nieve que los medio ocultaba a una distancia tan extrema, tratando de calcular si alcanzarían al Valkyrie suspendido en el aire antes que nosotros. Por lo que pude ver, parecíamos estar ante un empate: lo que seguiría siendo una mala noticia para nosotros, ya que nunca podríamos subir a bordo si estábamos demasiado ocupados luchando por nuestras vidas.

Entonces el piloto activó sus toberas vectoriales, retrocediendo en línea recta, con la rampa abierta levantando una estela de chispas mientras se deslizaba hacia nosotros a través de la plataforma.

-¡Adentro!-, grité, saltando a bordo justo antes de que la gruesa placa metálica me cercenara los tobillos. El multi-láser de la parte delantera se activó, atravesando a los organismos tiránidos que se acercaban con un sonido capaz de partir el cielo en dos, y me quedé boquiabierto ante la audacia del piloto**-. Excelente maniobra.**

-Necesitaba un poco de espacio para ponerlos dentro de mi alcance-, respondió**-. ¿Todos a bordo?**

-Todos-, aseguró Grifen, y golpeé el mecanismo de cierre con la culata de mi espada sierra, reacio a soltar cualquiera de las armas que sostenía hasta estar plenamente convencido de que estábamos a salvo.

-¡Salgamos de aquí!-. Le ordené al piloto, e inmediatamente me vi obligado a sujetarme al puntal más cercano **(68)** para evitar salir despedido por la escotilla que se cerraba, mientras él levantaba el morro y ponía los motores principales al máximo.

(68) *Evidentemente tuvo que desprenderse de una de sus armas para ello.*

Con la ayuda de la mano extendida de Jurgen, me acerqué a la ventanilla más cercana y miré hacia abajo, al grupo de edificios cuyo tamaño se empequeñecía rápidamente. Esforcé la vista en busca de cualquier otra señal del enjambre, pero si había algún movimiento en la superficie que no fuera la nieve arrastrada por el viento, quedaba ocultado por la ventisca.

De repente, sin previo aviso, el avión se sacudió, empujado por una onda expansiva que amenazaba con borrarnos del cielo. Una densa columna de humo y ceniza estalló en el lugar donde se encontraba el santuario del Mechanicus un instante antes, para ser seguida casi al mismo tiempo por un géiser de magma de color naranja brillante, cuyo vivo color resultaba aún más impactante contra el monocromo paisaje. Nos tambaleamos, mientras nuestros motores tartamudeaban cuando el polvo de la explosión fue absorbido por las turbinas, y luego comenzamos a remontar el vuelo mientras el piloto nos llevaba en dirección contraria a la lívida herida en la corteza del planeta.

Respiré aliviado y me acomodé en mi asiento mientras nuestro rumbo se estabilizaba. La presencia de los tiránidos había sido una sorpresa sumamente desagradable, por no decir otra cosa, pero sin duda muy pronto llegaríamos al

fondo de su repentina aparición. Y entre tanto, aun había sucios orkos de los que ocuparse.

-Comisario-, dijo Kasteen, con su voz emanando inesperadamente a través del pinganillo de comunicaciones***-. ¿Puede confirmar una infestación de tiránidos en el objetivo dos?***

-Sin duda podemos-, dije**-. Termagantes y hormagantes con seguridad; si había otras bioformas, no las encontramos-.** Volví a echar un vistazo a la columna de ceniza, que disminuía en la distancia**-. Por suerte sólo parecía haber tan sólo un pequeño nido, y la explosión debería haberse encargado de ellos con total certeza.**

-Yo no contaría con eso-, comentó Kasteen con voz sombría***-. Hemos perdido el contacto con la comisaria Forres y el pelotón que lideraba en el objetivo uno.***

-¿Ya ha llegado allí la gente de Lustig?-, pregunté, recordando los planes de contingencia que habíamos discutido antes de emprender esta inesperada y peligrosa misión de reconocimiento.

-En efecto-, dijo Kasteen***-, pero ahora mismo tú estás más cerca que ellos, y si el objetivo también está infestado...***

-Necesitarán todos los datos de reconocimiento que podamos proporcionarles-, acepté con gran pesar. Aunque yo estaba fuera de la cadena de mando, ella podía

pedirme ayuda, y yo no estaba en condiciones de negársela: mi prestigio entre los soldados rasos se vería cercenado de cuajo si dejaba que todo un pelotón se adentrara a ciegas en la guardia de un enjambre tiránido. Suspiré, tratando de no apretar los dientes y haciendo de tripas corazón, antes de sonreír gallardamente, recordando a los soldados que me acompañaban, y transmití con energía**-. Infórmales que acudimos en su ayuda-,** le dije**-. Por favor, envía por vox las coordenadas a nuestro piloto.**

NOTA EDITORIAL:

Entre tanto continuaba la campaña contra los orkos. Como es habitual en Caín, deja un poco de lado este aspecto, un fallo por el que no se le puede culpar, dadas las circunstancias. A fin de solventar esta carencia, se adjunta el siguiente extracto, misericordiosamente breve, en aras de presentar una imagen algo más completa de la situación.

Extracto *"Como un Fénix entre las llamas": Las Primeras y Gloriosas Campañas Victoriosas del 597º Valhallano",* por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42.

Con toda su fuerza desatada contra el infame enemigo piel verde, las hijas e hijos del Valhalla cayeron sobre los bárbaros intrusos como la justa ira encarnada del mismísimo Emperador, abriéndose paso hacia la victoria como los verdaderos héroes que eran. Me enorgullece decir que la Primera Compañía estuvo en la vanguardia de la campaña, golpeando sin cuartel a los pieles verdes y hostigándoles en su inevitable retirada, hasta que los obligamos a retroceder a las colinas gracias una serie de duros enfrentamientos que condujeron a nuestras fuerzas a los umbrales de la victoria final.

De hecho, en aquellos momentos, pensé que debíamos haber sido realmente bendecidos por la mismísima mano de Él en su Trono de Terra, ya que nuestro avance tenía lugar a un ritmo muy superior al de las previsiones más optimistas. La intervención divina se me antojaba como la única explicación racional de nuestro incuestionable éxito y

explicaba la fantasmal forma en que el enemigo parecía desvanecerse frente a nosotros, a pesar de la indudable destreza marcial de todos aquellos que tuvieron la suerte de ser llamados a las filas del 597º; el principal de ellos, por supuesto, la Coronel Kasteen, una táctica sin igual, y cuyas primeras lecciones no se perdieron en mis años de juventud. De hecho, puedo permitirme el lujo de afirmar que la exitosa defensa del *Desfiladero Diógenes* **(69)** sólo fue posible gracias a la diligente aplicación de las lecciones recibidas y de los principios que le vi aplicar en innumerables ocasiones.

(69) *Una más que notable victoria imperial, que tuvo lugar bajo las órdenes de la General Sulla unos cincuenta y cinco años más tarde.*

Sin embargo, si el mérito de nuestras victorias en la campaña de Nusquam le corresponde a alguien, ese debe ser sin lugar a dudas nuestro heroico comisario Caín, cuyo inspirador liderazgo e infalible dedicación al deber contribuyeron a reforzar la determinación de todos nosotros. Aunque otros asuntos más urgentes le mantuvieron alejado de la primera línea durante gran parte de nuestra campaña, yo seguí siendo fiel a hacerme siempre la más simple de las preguntas *"¿Qué haría el comisario ahora?"* **(70)** y dejando que la respuesta guiara mis acciones en cada momento en que sentía que la carga del mando empezaba a pesar como una losa sobre mis hombros, y en todas y cada una de esas ocasiones, el camino del deber se me hizo claro al instante.

(70) *Afortunadamente, nunca tuvo la más ligera idea de lo que en realidad hubiera querido hacer Caín en su lugar.*

Fue mientras estaba en mi Chimera de mando, estudiando los mapas de las estribaciones y trazando la ruta de nuestro

previsto avance para minimizar el riesgo de caer en alguna emboscada, cuando llegó la orden de mantener nuestras posiciones. El comisario Caín, como no podía ser de otra forma, se había reservado la más peligrosa de las misiones, puesto que, mientras dirigía un equipo de reconocimiento en el corazón de una zona controlada por el enemigo, descubrió una amenaza al lado de la cual los pieles verdes supervivientes no eran más que una irritación menor. Inspirado por su desinteresado heroísmo, también yo me preparé para enfrentarme a un nuevo y aterrador enemigo, con mi vacilante resolución reforzada como siempre por su brillante e inspirador ejemplo.



CAPÍTULO CATORCE

En vista de nuestro horrendo descubrimiento en la central eléctrica, pueden estar seguros de que la perspectiva de enfrentarme a otro enjambre de tiránidos tan pronto no me resultó agradable para nada (para ser sinceros, hubiera preferido no volver a encontrármelos nunca más).

-¿Qué seguridad tenemos de que esta vez los tiránidos sean los responsables?-, pregunté, tratando de no parecer esperar con ansia una respuesta negativa.

Pero fue en vano, pues Kasteen se encargó de desbaratarla prácticamente de inmediato.

-No podemos estar seguros de nada-, comentó, con la voz atenuada por el minúsculo receptor de vox en mi oído, imponiéndose al apagado rugido del motor del Valkyrie***-. Los nusquemses al mando de Forres entraron y se dividieron en escuadras para explorar las cavernas. Al principio captamos un poco de tráfico vox, comunicaciones de rutina, luego alguien informó de un contacto y después se hizo el silencio.***

-Podrían ser los orkos-, dije aferrándome a aquella posibilidad, aunque no lo creía ni por asomo**-. Las posibilidades de que dos nidos de tiránidos pasen desapercibidos en el mismo planeta durante años son prácticamente nulas.**

-Cierto-, aceptó Kasteen***-. Pero dada la repentina pérdida de contacto, y la distancia a las líneas de los pieles verdes, apuesto todo mi dinero por los tiránidos.***

Una fría mano pareció aferrarme las entrañas y empezar a estrujármelas poco a poco.

-Si hay dos nidos-, añadí, reacio a verbalizar tal idea**-, solo podría significar que sin duda habrá más.**

-Por ese motivo necesitamos toda la información posible-, añadió Kasteen***-. Movimiento, números, tipos de organismos. Podría tratarse sólo un brote aislado, pero en caso contrario, que el Trono nos ayude a todos.***

-Mantendré los ojos abiertos-, le prometí, sin molestarme en añadir *"y correr como un demonio si veo algo que no me guste"*, puesto que eso no me resultaría especialmente útil en aquellas circunstancias**-. Quizá haya una nave colmena en algún lugar del sistema, lamiéndose las heridas tras la batalla por Periremunda-.** Varias de las naves estelares vivientes habían huido, gravemente heridas, cuando la Armada Imperial desbarató su asedio de aquel mundo, por lo que entraba dentro de lo posible que una de aquellas criaturas supervivientes se hubiera desviado hacia la órbita de Nusquam Fundimentibus **(71)** sin ser detectada. No se me ocurría ninguna otra explicación para explicar la presencia de tantos gantes, en lugar de los organismos exploradores

especializados que normalmente constituían la vanguardia de una invasión tiránida.

(71) *Presumiblemente Caín hablaba del sistema en su totalidad y no sólo en el planeta en sí, dado que por casualidad ambos comparten el nombre, algo que no es habitual y causa numerosas confusiones en la nomenclatura Imperial.*

-Objetivo a la vista-, informó el piloto, interrumpiendo mis nerviosas especulaciones.

-Bien-, respondí, intentando sonar como si lo dijera en serio. Después cambié de frecuencia**-. Lustig, ¿dónde están?**

-En aproximación final-, me aseguró el jefe del pelotón**-. A unos veinte minutos de usted. Si este viento en contra no disminuye.**

-Les estaremos esperando-, le aseguré. Veinte minutos sería mucho tiempo si acababa ocurriendo lo peor y necesitáramos refuerzos con urgencia, pero podría ser peor. Al menos eso es lo que pensé en ese momento: para mi desgracia, resultó ser peor de lo que mi frenética imaginación había pergeñado.

Debo confesar que mientras sobrevolábamos el objetivo, sentí una fuerte sensación de dejá vù, no exenta de aprensión. Se me antojaba que estábamos repitiendo exactamente la misma secuencia de acontecimientos que había precedido a nuestro malogrado reconocimiento en la central eléctrica, por lo que no podía evitar la sombra de la temerosa sensación de que esa vez no tendríamos tanta

suerte. Lo único positivo que pude ver esa vez fue que la nevada había disminuido de nuevo, por lo que pude distinguir nuestro destino con bastante detalle.

Al igual que en la central eléctrica, había una serie de bajas estructuras que se extendían por la nevada superficie, ofreciendo un acceso protegido a las cavernas que había debajo; pero en este caso, en lugar de estar agrupadas, se encontraban muy separadas unas de otras, repartidas en un área de aproximadamente un kilómetro. Como quería saber todo lo posible sobre el entorno en el que iba a tener que entrar dentro de unos instantes, había pedido un mapa del sistema de cuevas, que Kasteen había transmitido a mi placa de datos. Tras estudiarlo durante un minuto o dos, dando gracias a que mi habilidad para orientarme en sistemas de túneles complejos funcionara con la misma fiabilidad de siempre, lo cual me permitió confiar en que sería capaz de orientarme con poca dificultad. En aquello momentos, mientras observaba la superficie, fui capaz de relacionar cada rasgo de la superficie con el pasillo subterráneo o la caverna conectada a él sin dudar ni un solo instante.

-¿Dónde están sus Chimeras?-, me preguntó Jurgen, con su habitual curiosidad, mientras se inclinaba hacia la ventana para ver mejor.

-Seguramente los habrán aparcado en el interior-, aventuré. Varias de las estructuras reforzadas de la superficie estaban diseñadas para admitir los vehículos pesados de carga con tracción de orugas **(72)** que transportaban los productos alimenticios aquí cultivados a Primadelving y a los demás asentamientos cercanos, por lo que permitir aparcar los mucho más pequeño Chimeras a

cubierto, no les habría supuesto ninguna dificultad**-. Para evitar que los motores se congelen por el frío.**

(72) *Los vehículos de enormes orugas resultaban particularmente efectivos en las condiciones que prevalecían en un mundo helado. En ausencia de una red de carreteras, que por otro lado hubiera sido imposible mantenerlas despejadas, y eran por tanto los principales vehículos de transporte de personas y mercancías en Nusquam Fundimentibus.*

Jurgen asintió, coincidiendo con mi idea.

-Sin duda uno querría que esos se pusieran en marcha de nuevo lo más rápidamente posible en caso necesario-, estuvo de acuerdo**-. Sobre todo, en medio de un tiroteo-.** Los Chimeras nusquemses estaban equipados con multi-láseres en sus torretas, en lugar de los bolters pesados preferidos por los valhallanos, y sus células de energía se agotarían rápidamente si no contaban con los motores en funcionamiento para recargarlas.

-Bueno, pronto lo sabremos-, señalé mientras el piloto iniciaba su descenso.

-¿Debo entender que las órdenes serán las mismas que la última vez?-, preguntó mientras planeábamos sobre el tejado plano de una de las estructuras reforzadas, que habíamos elegido como punto de aterrizaje a falta de una plataforma de aterrizaje expresamente construida para tal fin.

-Casi-, respondí**-. Siga sobrevolando la zona e informen de cualquier señal de movimiento. Se supone que hay unos cincuenta nusquemses por ahí**

(73), así que no disparen a menos que estén seguros de que son tiránidos o pieles verdes.

(73) *Mas o menos cuatro escuadras al completo, más los soldados de la unidad de mando de Forres, cualquier ayudante que esta pudiera tener con ella y las tripulaciones de los Chimeras. Más o menos una sección al completo: así que al final, Caín no exageraba cuando señalaba las elevadas bajas que los nusquemses sufrían.*

-Lo haré-, confirmó el piloto**-. ¿Sólo fuego multi-láser?**

-O use los Hellstrike, si cree que está justificado-, le contesté, antes de añadir en tono jocoso**-. Dudo que los cultivos tengan tendencia a explotar.**

-A menos que estén cultivando esas vainas con las que la sargento Penlan tropezó en Seigal-, apuntó Jurgen**-. Tardaron días en despegarle de la piel los últimos restos de aquella sustancia extremadamente pegajosa-.** Se estremeció ante el recuerdo, o ante otro espasmo de mareo, era difícil saber cuál de los dos era el responsable.

-Los demiurgos se llevaron la peor parte-, le recordé**-. Nos habrían arrollado si no se hubieran quedado empantanados en aquel mejunje.**

-No veo como eso podría frenar a los tiránidos-, señaló mi ayudante, negando con la cabeza.

-Tampoco yo-, coincidí, preguntándome, y no por primera vez, cómo narices las conversaciones con Jurgen solían

acabar saliéndose por la tangente respecto al tema original.

-No hay señales en el auspex-, comunicó el piloto, aunque eso apenas nos tranquilizaba en lo que respecta a los tiránidos, ya que su capacidad para eludir la detección era casi insuperable**-. Tampoco hay señales visibles de vida.**

-En ese caso, pongámonos manos a la obra-, dije, pues a pesar de todos mis esfuerzos, era incapaz de pensar en alguna excusa plausible para retrasarlo más**-. ¿Detecta algún tráfico de comunicaciones de vox?-.** Era una pregunta bastante inútil, ya que, si la tripulación hubiera detectado algo, no dudaba de que ya lo habrían mencionado.

-Ninguno, señor-, me confirmó el navegante **(74)**, dirigiéndose a mí directamente por primera vez**-. Seguiremos escaneando en todas las frecuencias.**

(74) *Segundo tripulante de un Valkyrie, al cargo del equipo de seguimiento y control que llevaban a bordo, y que permitía al piloto concentrarse en pilotar la nave sin distracciones.*

-Podrían estar a demasiada profundidad como para recibir sus señales-, sugirió Grifen, aunque estaba más que claro que no estaba más convencida de eso que yo mismo. El equipo de vox del Chimera de mando debería haber sido perfectamente capaz de enviar una señal a través del estrato de roca que los separara de la superficie sin ninguna dificultad, de la misma forma que nos permitiría monitorizar los comunicadores vox de todos los habitantes del complejo de cavernas.

-Tal vez-, dije, sin querer pararme a considerar demasiado las alternativas. Antes de que pudiera añadir algo más, el Valkyrie se tambaleó, mientras sus patines de aterrizaje golpeaban el techo de sólido rococemento, deteniéndose a una cómoda distancia del vertiginoso borde que daba a la superficie nevada. Habíamos elegido aterrizar en la mayor y más céntrica de las estructuras pesadas, entre otras cosas por el margen de error adicional que la superficie del tejado, del tamaño de un terreno de scrum-ball le otorgaba al piloto, y porque según los datos proporcionados por Kasteen, allí había una escotilla de acceso al edificio que nos permitiría entrar con un mínimo de dificultad.

Además, estaba bastante seguro de que aquella había sido la entrada a las agrocavernas que habrían elegido los nusquemses, ya que desde allí podían haberse desplegado de la forma más eficiente, y si seguíamos sus pasos lo más probable fuera que descubriéramos que era lo que les había ocurrido; preferiblemente con tiempo suficiente como para evitar compartir su destino. Al menos, si había tiránidos en aquel lugar, sabríamos qué esperar: los nusquemses habrían avanzado tan felizmente ignorantes de la verdadera amenaza como nos había sucedido a nosotros en el santuario del Mechanicus, pero al carecer de nuestra experiencia en la lucha contra los tiránidos, no habrían tenido idea de cómo sobrevivir a tal experiencia.

Nuevamente, la ahora algo maltrecha rampa de embarque se abrió de par en par, permitiendo un acceso total al cortante viento que aullaba en el sombrío desierto que nos rodeaba. Esa vez desembarcamos más despacio, en parte porque no temíamos que nadie nos disparase, y en parte, al menos en mi caso, porque ninguno de nosotros tenía ganas

de encontrarse con los horrores de carne y hueso que pudieran estar al acecho bajo nuestros pies. Me protegí los ojos cuando el Valkyrie volvió a surcar los cielos y comenzó a estudiar el lugar en el que nos encontrábamos, sintiéndome lo más tranquilo posible dadas nuestras penosas circunstancias.

-Acabamos de aterrizar-, informé, mientras el equipo de Magot se deslizaba por la nieve más allá de la zona circular despejada por los reactores de aterrizaje del Valkyrie. Tras un breve reconocimiento del tejado, desplegaron sus herramientas de excavación y comenzaron a destapar la zona alrededor del acceso, a fin de liberarla del hielo y la nieve que la ocultaban**-. ¿Tiempo estimado de llegada de la segunda oleada?**

-Aún veinte minutos, comisario-, respondió Lustig por el vox casi de inmediato.

-Vamos a entrar-, le informé**-. Si siguen nuestra misma ruta, no deberían tardar mucho en alcanzarnos-.** Al menos eso esperaba. Si todo el sistema de cuevas estaba realmente plagado de tiránidos, necesitaría muchas más tropas para cubrirme que una sola escuadra, que ya estaba reducido a casi tres cuartas partes de su fuerza original.

Para cuando terminé de hablar, los soldados bajo el mando de Magot ya habían conseguido abrir la pesada losa de metal, una hazaña nada desdeñable teniendo en cuenta la firmeza con la que estaba congelada, y un testimonio revelador de lo cómodos que se sentían los valhallanos en aquel, al menos para mí, espantoso entorno. A pesar de las reservas que podría haber tenido normalmente respecto al

hecho de ponerme en peligro, bajé la escalera tras nuestra vanguardia con una prisa casi indecente, esperando que mi afán por alejarme del frío que me mordía los huesos fuera, sin duda, malinterpretado por aquellos que nos rodeaban como impaciencia por enfrentarme a los ignotos peligros que nos esperaban.

La escalera descendía hasta una estrecha pasarela, a unos dos metros y medio por debajo del techo, aparentemente para la comodidad de los artesanos encargados del mantenimiento de las luminarias; lo cual nos dejaba suficiente espacio como para caminar erguidos, aunque hacerlo cargados con nuestras armas y equipos en un desnivel de diez metros o más resultaba algo engorroso. El resultado final, al menos en mi caso, fue una curiosa combinación de vértigo y claustrofobia, tanto más inquietante teniendo en cuenta que experimentaba cualquiera de los dos en muy pocas ocasiones **(75)**. Afortunadamente, la pasarela terminaba en una plataforma más amplia, de la que descendía una desvencijada escalera que nos permitía ver claramente el suelo del almacén mientras bajábamos.

(75) *Consecuencia natural de haber crecido en los hábitats subterráneos de una colmena, donde los espacios confinados y los pozos abisales son simplemente una parte más del paisaje.*

-Hemos localizado los Chimeras-, informé**-. Al menos de tres de ellos-.** Los vehículos estaban aparcados uno junto al otro, cerca del centro de la enorme estructura, el resto del espacio estaba vacío y provocaba resonantes ecos a cada sonido producido.

-Los otros deben haber ido a otros edificios-, supuso Grifen**-, para explorar la red de túneles desde diferentes puntos.**

-Eso es lo más probable-, coincidí. Era una táctica que habría funcionado bien contra los orkos que los nusquemses esperaban encontrar allí, atrapándolos entre escuadras que avanzaban desde ambas direcciones, cortando sus vías de escape. Sin embargo, era una estrategia fatalmente defectuosa contra los tiránidos, ya que simplemente permitiría al enjambre eliminar a los intrusos poco a poco, evitando que pudieran combinar su potencia de fuego contra ellos.

-Algo no está bien-, dijo Jurgen, cuando nuestras botas chocaron contra el suelo de rococemento y miramos a nuestro alrededor para orientarnos. Su voz resonó en el amplio y elevado espacio, sin más obstáculos que las ominosas formas metálicas de los abandonados Chimeras**-. ¿Dónde está toda la comida almacenada a la espera de ser cargada?**

Esa fue una buena pregunta. Una hilera de palés vacíos se encontraba contra una de las paredes, pero vacía de contenido.

-Tal vez el transporte de orugas acabara de salir-, sugirió Vorhees**-, y aún no han empezado a almacenar la siguiente carga.**

-No de acuerdo a esto-. Apuntó Grifen que se había inclinado para recoger una placa de datos abandonada, que

había llamado su atención al patinar por el suelo en respuesta a un accidental contacto de su bota, y la estaba estudiando detenidamente**-. El transporte no llegará hasta dentro de tres días.**

Miré el manifiesto que aún aparecía en la agrietada y parpadeante pantalla. Según ésta, debería haber unas doscientas toneladas de diversos alimentos apilados a nuestro alrededor, a la espera de ser enviados a diversos destinos. Las implicaciones eran, como mínimo, inquietantes, aunque ni por asomo lo fue tanto como la mancha de sangre aún visible en el teclado del aparato.

-Los tiránidos deben de habérselo comido todo-, concluyó Jurgen, quien era conocido por ser un tragón y así todo estaba claramente impresionado. Intenté imaginarme un enjambre tan grande como para consumir doscientas toneladas de comida, e inmediatamente deseé no haberlo hecho; sería muchas órdenes de magnitud más grandes que el aquel al que ya nos habíamos enfrentado y del que hoy habíamos logrado escapar.

-Los almacenes de comida han sido vaciados-, le informé a Kasteen, antes de añadir a los soldados que me rodeaban**-. Avancen con cuidado. Debe haber cientos de organismos por aquí.**

-Vamos a comprobar los Chimeras-, dijo Grifen, comenzando a caminar hacia ellos.

-Lástima que el de mando no se encuentre aquí-, me lamenté, poniéndome a su altura**-. Podríamos leer las**

posiciones de todo el mundo gracias a su auspex-. A medida que nos acercábamos a los vehículos abandonados, me resulto cada vez más evidente que algo no iba bien. El grueso blindaje estaba desgarrado en varios puntos, destrozado por poderosas garras, y Jurgen y yo compartimos una mirada de sombría comprensión cuando tuvimos una primera visión clara de los daños.

-¿Cree que son Genestealers?-, me preguntó, y yo asentí con la cabeza, con la imagen de sus poderosas garras destrozando la armadura Exterminador de los Recobradores a bordo del *Engendro de Condenación* aún demasiado vívida en mi mente.

-Los daños son demasiado precisos como para haber sido causados por uno de los grandes-, coincidí; las monstruosidades más grandes habrían aplastado y abollado los cascos, abriéndose camino a su interior con mucha menos delicadeza. Mientras estudiaba los daños del trío de vehículos con más detenimiento, mi vista se detuvo en los indicativos de la unidad cercana, medio ocultas debido a un tajo de marcas de garras paralelas**-. Eso no puede estar bien.**

-¿A qué se refiere, señor?-, preguntó Grifen, y luego sus ojos se entrecerraron al distinguir el código de identificación casi borrado**-. Es el vehículo de mando. Pero, ¿dónde están las antenas de los sistemas de vox y auspex?-.** Eran elementos más que obvios y perfectamente distintivos, diferenciándolo al instante de un simple vistazo.

-Lo han arrancado de cuajo-, informó Drere, desde la parte superior del averiado Chimera. Recogió una maraña

metálica y la arrojó al suelo para que la inspeccionara, levantando una estruendosa serie de ecos en el vasto espacio al chocar con el suelo de rococemento. Una mirada de consternación cruzó su rostro, cuando todos nos dimos cuenta a la vez de que, si había tiránidos en las inmediaciones, ella acababa de anunciarles nuestra presencia de manera inequívoca, y todo el mundo se puso en tensión, preparando sus armas; pero, tras una agonizante espera de uno o dos minutos, ninguna marea de quitina surgió a la carrera de las profundidades para desafiarnos, y la tensión empezó a relajarse.

-Ha sido un corte extremadamente limpio-, dije, un poco tranquilizado por el hecho de que los tiránidos aun no nos hubieran matado a todos allí mismo tras aquel inoportuno alboroto, y volví a centrar mi atención en el destrozado conjunto del vox. La superficie de corte era recta, dejando una superficie de brillante metal, y unas débiles hendiduras más arriba del puntal delataban el lugar donde el genestealer responsable se había apoyado para sujetarlo con otro par de sus extremidades, a fin de afianzar el conjunto antes de cercenarlo**-. Han eliminado a propósito cualquier posibilidad de comunicaciones -.** La razón era obvia: con el relé del vehículo de mando desactivado, los comunicadores que llevaban los nusquemses quedarían inertes, con la señal bloqueada por las capas de roca que separaba los distintos complejos de cavernas, aislando a los escuadrones entre sí y haciendo imposible una acción coordinada.

Rememoré, como si fuera necesario subrayarlo, que la mente colmena era al menos tan astuta y capaz de ser tan sutil en sus tácticas como cualquier otro enemigo al que se enfrentara el Imperio. Este hecho era demasiado fácil de olvidar mientras uno se enfrentaba al interminable mar de

bestiales criaturas que esta controlaba. Me fije en los solemnes rostros que me rodeaban. Si el breve pero estúpido descuido de Drere había atraído su atención, nuestra única posibilidad de sobrevivir radicaba únicamente en estar en otro lugar cuando los genestealers aparecieran para investigar; mientras rezábamos porque nuestros refuerzos llegaran antes de que estos nos alcanzaran.

-No hay señales de vida-, informó innecesariamente Drere, después de echar un rápido vistazo a través de la escotilla superior del devastado Chimera. Sonrió sin diversión alguna**-. Que sorpresa.**

-Los otros también están vacíos-, señaló Magot, volviendo al trote tras revisarlos con un par de sus soldados**-. A no ser que contemos un montón de manchas de sangre.**

-Pues no perdamos el tiempo y pongámonos en marcha-, dije. Unas rampas bien iluminadas salían de cada extremo de la cámara, perdiéndose en las profundidades, y podría decirse que elegí la más cercana al azar. No tenía ni la más pajolera idea de cuál habían tomado Forres y su gente, así que por lo que podía colegir, un túnel era tan bueno como el otro.

-Moveos, gente-, ordenó Grifen, tan feliz de seguir mis indicaciones como lo estaría cualquiera en estas circunstancias, que desgraciadamente no era mucho, y nos pusimos en marcha.

Para mi inicial sorpresa, la primera impresión que tuve mientras nos abríamos paso por el sistema de cavernas fue lo espaciosas que éstas eran, aunque supongo que eso no debería haberme sorprendido en absoluto, dado el propósito para el que habían sido construidas. El túnel que tomamos era ancho y alto, de unos cuatro metros por tres, y estaba bien iluminado; el motivo de ello no tardo en hacerse evidente.

-¿Es eso un camión?-, preguntó Jurgen, con un tono de sorpresa que reflejaba bastante bien el que yo mismo sentía.

-Más o menos-, respondí. Podría pasar como una auténtica casa móvil en las calles de cualquier mundo con un clima más agradable, aunque la cabina abierta habría sido un inconveniente cuando lloviera. Se había estrellado contra el muro del túnel, abollando la carrocería y rompiendo uno de sus ejes, lo cual me pareció una auténtica pena; si lo hubiéramos podido requisarlo, nos hubiéramos podido desplazar mucho más rápido**-. Debía haber estado transportando las cosechas a la zona de carga.**

-Hasta que los tiránidos decidieron pasarse a disfrutar de un aperitivo-, añadió Vorhees, con una mueca ante las manchas rojo óxido que manchaban el asiento del conductor de una forma que me resultó incómodamente macabra.

Asentí pensativo. Estaba claro que el conductor había huido del enjambre, perdiendo el control cuando los monstruos lo alcanzaron; la brusquedad y la ferocidad del ataque no podía haber dejado un testimonio más elocuente.

-Manténgase alerta-, le advertí, aunque sin duda era del todo innecesario.

-Mi hoja está más que preparado-, dijo Magot, pasando un pulgar por el filo de su bayoneta.

-Esperemos que no lo necesite-, repliqué, provocando la sonrisa de la mayoría de los soldados que me rodeaban.

Aunque encontramos muchos rastros del paso de los tiránidos a medida que nos adentrábamos en el sistema de cavernas, las criaturas en sí seguían mostrándose preocupantemente esquivas. Poco después de tropezar con el camión abandonado, nos encontramos entrando en la primera de las cavernas agrícolas, un espacio del tamaño de una catedral que aún mostraba las paredes agrietadas y fisuradas de la formación rocosa natural. Por el contrario, el suelo había sido convenientemente nivelado, y a su alrededor se habían instalado potentes luminarias en columnas espaciadas a intervalos regulares; al ver que mis botas chapoteaban en una fina película de agua, decidí situarme a la mayor distancia posible de ellas, ya que un cable suelto en cualquiera de ellas convertiría al instante la superficial piscina en una trampa mortal.

No tuvimos que preguntarnos por la procedencia del agua; toda la caverna estaba llena de canaletas metálicas, montadas sobre puntales fijados al suelo, que sin duda en otro tiempo habían contenido el agua al sistema de riego. Ahora estaban doblados y destrozados, y su contenido se derramaba libremente por toda la cueva.

-Cultivos hidropónicos-, me explicó Kasteen, mientras informaba de lo que había visto al pelotón que se acercaba y a los analistas de Primadelving***-. Allá en Valhalla también cultivamos la mayor parte de nuestra comida (76) mediante ese sistema.***

(76) *El agua es un elemento bastante más fácil de obtener que la tierra en un planeta helado.*

-No hay rastro alguno de plantas-, transmití, y mi aprensión aumentó al darme cuenta de lo que eso significaba. No tenía ni idea de la cantidad de vegetación que la caverna había contenido ayer, pero si todas estas cavernas habían estado repletas de ellas, se trataría de una cantidad enorme, y mi ya pesimista estimación del tamaño del enjambre al que nos enfrentábamos aumentó un nuevo orden de magnitud. Si todas las demás cavernas habían sido despojadas también...

-Sólo hay una forma de averiguarlo-, terció Grifen cuando verbalicé la idea, y yo asentí a regañadientes.

Mi especial habilidad para orientarme en un entorno subterráneo resultó ser tan fiable como siempre, y seguimos adelante, bajando por otro de los amplios túneles hasta la siguiente caverna. Ésta estaba a una profundidad más considerablemente, y la galería subterránea que las conectaba descendía mediante una amplia espiral, de modo que muy pronto el espacio abierto quedó oculto para nosotros hasta que tuvimos a la vista el siguiente.

-Al menos ahora tenemos los pies secos-, dijo Jurgen, moviendo la cabeza lentamente mientras escudriñaba el

espacio abierto en busca de un objetivo.

Asentí con la cabeza, contemplando el panorama de corrales de animales abiertos y destrozados. No tenía ni idea de qué clase de criaturas se habían criado allí, pero no me cabía duda de lo que les había ocurrido, masacradas junto con sus cuidadores para alimentar la insaciable hambre de la mente de la colmena. Incluso el estiércol había desaparecido, ya que los tiránidos no destacaban por ser precisamente muy exigentes a la hora de conseguir materia prima a fin de engendrar más miembros de su obscena especie.

-Los corrales de los animales de la caverna doce están vacíos-, informé, sintiéndome algo alterado al escuchar como respuesta tan sólo el débil silbido de la estática en mi auricular. Obviamente nuestro rápido descenso por el camino en espiral nos había llevado a demasiada profundidad como para que nuestros comunicadores permanecieran conectados a la unidad de vox del Valkyrie **(77)**, y sentí una breve oleada de pánico, que combatí enérgicamente. Lo importante era volver a los niveles superiores lo antes posible, donde podríamos restablecer el contacto y reunirnos con el pelotón de Lustig.

(77) *O bien la aeronave se había alejado demasiado mientras ejecutaba sus maniobras sobrevolando las instalaciones, y saliendo temporalmente fuera del alcance de las comunicaciones.*

Por un momento me debatí en volver por donde habíamos venido, pero al desplegarnos por el espacio abierto nos habíamos alejado bastante de la boca del túnel por el que habíamos entrado en la cueva, y había otro par de galería en la pared más lejana, que estaban más cerca. Estaba

seguro de que uno de ellos conducía hacia arriba, dando vueltas por un par de cruces de galerías, hasta llevarnos de vuelta al edificio de la entrada por el que habíamos iniciado nuestro reconocimiento, junto a otra de las bocas de túnel que salían de él. Así completaríamos nuestro barrido de reconocimiento de una manera lo suficientemente completa como para que nadie pudiera discutir que habíamos cumplido con nuestro deber, y de paso nos permitiría reunirnos con la escuadra de mando de Lustig, pues no me cabía duda alguna de que un experimentado soldado como él lo emplazaría allí donde fuera menos probable que entrara en contacto con el enemigo. (He de señalar que Lustig nunca se mostró reacio en manera alguna a entrar en combate, pero yo sabía de primera mano que se tomaba sus nuevas responsabilidades lo suficientemente en serio como para no arriesgarse a comprometer su capacidad de coordinar las escuadras bajo su mando poniéndose innecesariamente en la tesitura de tener que luchar al mismo tiempo contra hordas de gantes). Sin duda, Forres había tenido la misma idea, al estacionar sus Chimeras muy por detrás de donde esperaba que estuvieran la línea de combate: pero a diferencia de ella, nosotros sabíamos a qué nos enfrentábamos y, lo que es más importante, cómo combatirlo.

-Por aquí-, indiqué, inclinándome hacia la boca del túnel ascendente.

Magot miró al otro, cuyo suelo ligeramente inclinado descendía aún más a las entrañas del planeta, y arrugó la nariz**-. Otra vez ese olor a huevos podridos-,** dijo.

Giré la cabeza en su dirección, y pude percibir un leve olor a azufre en las corrientes de aire que subían desde aquella

galería**-. Este lugar también debe estar conectado a la red de chimeneas volcánicas-,** expliqué, aparentando que no acabara de enterarme de ello por la última información que me había proporcionado Kasteen**-. Utilizan el calor para calentar el lugar y ayudar a las plantas a crecer.**

-¿Deberíamos comprobarlo antes de volver a subir?-, preguntó, y yo negué con la cabeza, tratando de aparentar confianza.

-Será mejor que volvamos a zonas donde podamos comunicarnos lo antes posible-, respondí, demasiado consciente de que, si los tiránidos seguían el mismo patrón de comportamiento instintivo que los de la central eléctrica, se congregarían en el punto más profundo del sistema de cavernas, y que nuestras posibilidades de sobrevivir si molestábamos a un enjambre tan grande como el que había deducido que podía haber allí pasarían de ser prácticamente inexistentes a desagradablemente nulas.

-Por mi parte no lo voy a poner pegas a eso-, aceptó Grifen, tomando el camino que llevaba hacia arriba, y comenzamos nuestro ascenso con la misma circunspección con la que habíamos descendido, a pesar del acuciante impulso de apresurarnos que nos acosaba a cada paso. Con frecuencia he observado que los errores fatales se cometen más a menudo en el tramo de vuelta de una misión de reconocimiento que en el de ida, sin duda porque el simple hecho de que durante el regreso se crea la falsa impresión de que lo peor ha pasado, mientras que el enemigo sigue tan alerta como siempre. Sin embargo, la mayoría de los soldados que me acompañaban tenían demasiada experiencia en los azares de la guerra como para sucumbir

a esa falacia, y nos mantuvimos totalmente concentrados, algo que salvaría nuestras vidas antes de que pasaran muchos minutos más.

Casi habíamos llegado a la siguiente caverna cuando me percaté de que el débil flujo de estática en mi comunicador vox se estaba modulando ligeramente, y apenas después de dar unos cuantos pasos más, los vagos fragmentos de sonido comenzaron a convertirse en voces. Todavía no le encontraba mucho sentido a lo que estaba recibiendo, pero a lo largo de los años me había encontrado en suficientes situaciones incómodas como para reconocer la urgencia de las entrecortadas órdenes que se impartían en medio de una batalla campal.

-¿Ocurre algo, señor?-, preguntó Jurgen, levantando su melta, acostumbrado a mis estados de ánimo gracias a los muchos años de campaña que habíamos compartido. Siguiendo su ejemplo, Grifen y Magot miraron expectantes en mi dirección.

-Me parece que Lustig ha llegado-, dije con tristeza**-, y los tiránidos le han organizado una fiesta de bienvenida.**

Apenas salieron de mi boca esas proféticas palabras, cuando la misma voz del propio teniente sonó claramente en mi auricular.

-Comisario, ¿me recibe? -, preguntó Lustig, que sonaba extraordinariamente tranquilo para un hombre que yo suponía estaba luchando por su vida.

-Aquí Caín, adelante-, respondí, incapaz de reprimir mi sorpresa en mi voz**-. ¿Cuál es su situación?**

-Acabamos de desembarcar-, explicó Lustig, sonando igualmente sorprendido**-, y estamos asegurando nuestro perímetro. ¿Cree que los genestealers han eliminado los Chimeras que veníamos a buscar?**

-Afirmativo-, le contesté, antes de hacer una brusca pausa. Ya casi habíamos llegado a la entrada de la siguiente caverna, pero no pensaba dar un paso más**-. Porque los tengo delante.**



CAPÍTULO QUINCE

Mis compañeros me imitaron, congelándose instintivamente, cuando las siniestras sombras atravesaron la caverna frente a nosotros; debían de ser una docena al menos, aunque dadas las circunstancias no me sentía especialmente dispuesto a hacer un recuento en detalle. De sus bocas, repletas de afilados colmillos, salían largas lenguas, mientras que siniestros reflejos destellaban de las garras que sobresalían de las monstruosas manos de cada uno de sus cuatro brazos. Por un momento pensé que nos habían visto, pero, afortunadamente, su atención parecía estar centrada en otra parte; velozmente, cruzaron el inundado suelo de una cámara hidropónica, que no estaba en no mejores condiciones que la primera que nos habíamos encontrado, mientras sus patas con garras creaban una niebla de gotas de agua, hasta desaparecer por otro de los túneles que daban a la caverna.

-Nos hemos librado por un pelo-, suspiró Jurgen, como si acabáramos de evitar algo tan simple como un chaparrón-**. Un minuto más y nos habríamos dado de bruces con ellos.**

-Así es-, coincidí, esperando que mi voz no temblara tanto como el resto de mi cuerpo. El túnel por el que habían aparecido era el mismo que yo pretendía seguir para llegar a la cámara por la que nosotros habíamos entrado en el sistema subterráneo, Lo que me recordó... **-Lustig. Los genestealers estaban en el pasaje entre tu posición y**

la cámara nueve del plano. Probablemente esté despejado ahora, pero avance con precaución.

-Entendido-, dijo Lustig, sonando aún más sorprendido que antes**-. ¿Adónde han ido?**

-Hacia la salida de la cámara dieciséis-, apuntó Grifen, consultando su propia placa de datos **(78)** con un desconcertado ceño fruncido**-. Y rápido. Quizá los hayas asustado.**

(78) *Presumiblemente Kasteen había suministrado a todos los lideres de pelotón la información solicitada por Caín, a menos que en esta ocasión se hubiera encargado él mismo de hacerlo.*

Sacudí la cabeza negativamente.

-Los Genestealers no se asustan. Al menos no de esa manera. No se alejaban de algo, sino más bien corrían hacia algo-. Los débiles ecos que había sentido antes continuaban llegando a mi vox, y lo comprendí de repente. Si no era el pelotón de Lustig el que estaba sitiado, entonces... **-Deben tratarse de los nusquemses. La mente colmena está pidiendo refuerzos.**

¿Puede repetirlo, señor?-, pidió Lustig, evidentemente aún demasiado distante para escuchar el débil tráfico de vox por sí mismo.

Apreté los dientes, ya que sabía con demasiado tino a dónde narices me iba a llevar esta conversación.

-Estamos recibiendo débiles señales de vox-, expliqué con toda la calma que me fue posible**-, en las frecuencias de la Guardia. Si no sois vosotros, entonces tienen que ser los nusquemses, o lo que quede de ellos. Deben estar atrincherados en el dieciséis, o lo que sea que esté más allá-.** Incluso mientras hablaba, mi siempre fiable mapa mental completó el puzle: otra salida a la superficie**-. Podemos suponer que estaban intentando abrirse paso hasta los Chimeras que les quedaban.**

-Las escuadras dos, tres y cinco están en camino para ayudar-, dijo Lustig, destrozando con total efectividad cualquier esperanza que hubiera albergado de, para variar, enjaretarle a otro un heroico intento de rescate**-. ¿Puede hacer un reconocimiento para apoyarles?**

-En ello estamos-, se apresuró a decir Grifen, antes de que tuviera la oportunidad de encontrar una buena razón para negarme, o al menos esperar a que otros treinta soldados nos alcanzaran.

-Vigilé también detrás nuestro-, advertí, muy consciente de que, si aparecían más refuerzos tiránidos, nos veríamos atrapados el núcleo de su ejército principal y ellos. Nuestra única posibilidad de sobrevivir en los próximos minutos sería evitar totalmente que la mente colmena fuera consciente de nuestra presencia, algo bastante arriesgado en el mejor de los casos; aunque había sido capaz de lograrlo alguna que otra vez en el pasado **(79)**, así que sabía que era algo que podía hacerse.

(79) *Generalmente acompañado de Jurgen, cuya especial habilidad para neutralizar las habilidades de los psíquicos también parecía afectar bloqueando con similar efectividad la red sináptica que conectaba a los diferentes organismos de un enjambre tiránido*

Aunque seguíamos siendo conscientes de la necesidad de ser precavidos, aceleramos el paso tan pronto como empezamos a seguir a los genestealers, con la esperanza de que la atención del enjambre estuviera concentrada sobre los nusquemses a los que intentaban devorar, en lugar de hacerlo por los que les estábamos siguiendo. Innegablemente estábamos asumiendo un riesgo, pero calculado, e inevitable si tratábamos de intervenir mientras aún quedara alguien por rescatar.

Al poco tiempo, los susurros en mi oído se habían transformado en débiles voces, cada vez más fuertes, y no me sorprendió en absoluto discernir entre ellas el tono cortante y seguro de sí mismo de Forres. No podía saber cuántos supervivientes quedaban en pie, aunque apostaría que a aquellas alturas serían muy pocos, pero las voces que podía escuchar me sonaban a aquellas de soldados de algún modo habían entrado en ese extraño estado mental en el que la certeza de una muerte inminente aporta una claridad total y una curiosa ausencia de miedo. (Una sensación que yo mismo había experimentado con más frecuencia de la que hubiera deseado a lo largo de mi turbulenta vida como para no ser capaz de reconocerla de inmediato). Lo cual está muy bien desde cierto punto de vista, pues la falta de cualquier sentido de autoconservación permite a veces que gente desesperada sea capaz de conseguir cosas extraordinarias, pero el caso es que, si de nuevo me iba a ver obligado a hacer de héroe, entonces debía asegurarme de que al menos quedara alguien para apreciarlo.

-Comisario Caín a unidad Nusquam-, transmití por el vox, sabiendo que la comprensión de que la ayuda estaba en camino infundiría un nuevo propósito a los asediados supervivientes**-. Nos acercamos con refuerzos. Necesito un informe de situación LAP (80)-.** Lo último que necesitábamos en este momento era meternos en medio de una batalla campal y ser aniquilados antes de tener la oportunidad de conseguir hacer algo útil.

(80) *Acrónimo de Lo Antes Posible, muy usado entre las distintas unidades de la Guardia Imperial. Es uno de esos cansinos ejemplos de la manía por el uso de acrónimos en la Guardia. As Soon As Posible, en el original.*

Ante mi nula sorpresa, Forres respondió, reprimiendo con firmeza cualquier asombro que pudiera haber sentido ante este inesperado indulto**-. Estamos completamente rodeados-,** respondió**-. Nos hemos refugiado en la pasarela, pero siguen llegando.**

-¿Han podido llegar hasta el edificio de la superficie?-, pregunté, impresionado por su tenacidad, dado que el recuerdo de la estrecha pasarela que habíamos atravesado desde el tejado aún estaba fresco en mi memoria.

-No, estamos en las cavernas agrícolas-, me corrigió Forres, interrumpiéndose a sí misma con el áspero ladrido de una pistola bolter, exactamente el arma que yo habría esperado que eligiera alguien como ella. Ruidosa, ostentosa y que hace un destrozo espectacular en su objetivo, muchos comisarios prefieren ese tipo de armas en la equivocada creencia de que son más intimidantes **(81)**, aunque yo he encontrado la sólidamente fiable pistola laser como una herramienta infinitamente más adecuada para el servicio en el campo. He perdido la cuenta del número de veces que la

he recargado sobre la marcha, cuando hacía tiempo que me habría quedado sin munición en un arma de proyectiles sólidos**-. Hay una pequeña sala dedicada al mantenimiento de la red de tuberías de entrada.**

(81) *Precisamente los mismos motivos por los que los orkos se sienten tan atraídos por estas armas, aunque sospecho que pocos miembros del comisariado se sentirán complacidos por esta comparación.*

-La encontraremos-, le aseguré. La verdad es que no me había percatado de ninguna cámara de aquel tipo en las cavernas que habíamos atravesado hasta entonces, aunque lo cierto era que mi único interés respecto a las tuberías que discurrían por encima de nosotros era simplemente que no hubiera genestealers acechando escondidos entre ellas.

-Allí será donde iban los genestealers con tanta prisa-, apuntó innecesariamente Jurgen, que nunca fallaba a la hora de señalar lo obvio**-. La mayoría de los tiránidos no pueden trepar-.** Bueno, yo sabía por amargas experiencias previas que eso estaba muy lejos de ser cierto, pero en el mejor de los casos si se podía decir que cuando menos eran torpes, ya que sólo tenían los pies y las extremidades medias para encargarse de la escalada, mientras que las armas fusionadas a sus extremidades delanteras se convertían en un tremendo estorbo. Ciertamente, los Genestealers estaban perfectamente adaptados para pulular cerca de superficies verticales, y si Forres y su gente hubieran buscado refugio trepando, la mente de la colmena habría llamado a todos los que pudiera para arrastrarlos al fondo.

Al divisar por primera vez la caverna, fue tan evidente dónde se defendían los nusquemses como había prometido

la comisaria novata. Una enorme y oscilante pirámide de tiránidos entrelazados se alzaba desde el suelo bajo una pasarela de apariencia frágil, a la que se aferraban con firmeza una docena de decididos supervivientes, descargando un incesante fuego de sus fusiles láser sobre el hervidero de carne que representaba la horda quitinosa. Hasta el momento, la pila viviente tenía unos tres metros de altura, y crecía inexorablemente, situándose ya a más de la mitad del camino hacia su objetivo.

-¡No disparen ráfagas!-, exhortaba Forres a sus menguadas tropas**-. Seleccionen sus objetivos-.** Ejecutando ella misma sus propias instrucciones, eliminando, demostrando una encomiable puntería, a un termagante que se tambaleaba cerca de la parte superior de la pila, y que había tratado de apuntar a los bravos defensores con su devoracarnes. Si se esforzaban por conservar la munición en una situación tan desesperada, es que debían estar prácticamente sin munición, una impresión reforzada un momento después por uno de los soldados nusquemses, que dejó de apuntar con su arma a la horda de horrores que tenía debajo, y comenzó a fijar su bayoneta.

-Estoy seco-, crepitó su voz por el vox, confirmando mi deducción.

-Miré ahí arriba, señor-, dijo Jurgen, y siguiendo la dirección de su dedo incrustado de mugre, pude observar el borrón de un movimiento sigiloso entre las estalactitas por encima de nuestras cabezas.

-Bien visto-, le felicité, y activé el vox**-. Forres, hay genestealers avanzando por el techo sobre vuestra**

posición. Tres grupos, a la una, a las cinco y a las nueve.

Los nusquemses redirigieron su fuego hacia la nueva amenaza, y un par de los horrores con garras cayeron, reventando como asquerosamente podrida fruta al chocar contra el suelo y los maceteros hidropónicos, levantando pequeñas fuentes de agua y vísceras por el impacto. El agua se llenó de espuma en el lugar donde cayeron las malogradas bestias, mientras incontables formas serpentinas retorcidas se arremolinaban para desgarrarlos, devorando con avidez los cadáveres que seguían retorciéndose con absoluta diligencia.

-Desgarradores-, señaló simplemente Vorhees, sin poder evitar el horror en su voz, reconociendo los gusanos con colmillos tan afilados como navajas con un escalofrío de repulsión. El suelo inundado estaba alfombrado de aquellas asquerosas criaturas, hasta donde alcanzaba la vista.

-Necesitaremos lanzallamas-, les dije a los soldados que se acercaban**-. Y cuanto más mejor. Toda la maldita caverna está infestada-.** Si pudiéramos avanzar detrás de ellos, junto a una sólida descarga de fuego de nuestros fusiles láser, podríamos ser capaces de abrirnos paso hasta los nusquemses y sacarlos de allí antes de que los tiránidos recuperaran la iniciativa. Era posible. Siempre y cuando fuéramos capaces de mantener el elemento sorpresa hasta que estuviéramos listos.

-No podemos apuntar a los genestealers desde este ángulo-, informó Forres, con toda naturalidad**-. Se**

protegen tras las estalactitas. Tendréis que encargaros de ellos desde el suelo.

-Si hacemos eso, la mente de la colmena sabrá que estamos aquí-, señalé**-. En cuanto estemos listos para sacaros de ahí, podremos...** Antes de que pudiera terminar la frase, los genestealers avanzaron en tropel, cargando tan rápida y fácilmente como si estuvieran corriendo por tierra firme; uno o dos segundos más y estarían sobre el pórtico que se balanceaba, abriéndose paso entre los soldados como si se tratara de un kroot a través de un costillar de carne fresca. Sintiendo que lo iba a lamentar, grité a mis tropas la única orden posible**-. ¡Maldita sea, abran fuego!**

Nuestros fusiles láser crepitaron, y el melta de Jurgen añadió su siniestro silbido, causando estragos entre la prole que se aferraba al techo; más de ellos cayeron, acribillados por las descargas láser o bien cocidos por el melta, estos últimos levantaron siseantes nubes de vapor allí donde chocaban con el empapado suelo, o se estrellaban en las canaletas aun inundadas. No todos murieron directamente por la caída: varios se agitaron, tratando de levantarse, mientras que uno en particular fue capaz de ponerse en pie apoyándose con una mano a uno de los canales, a pesar de la pérdida de una extremidad y de tener una profunda y supurante grieta en su caparazón por la que se filtraba un asqueroso icor. Giró la cabeza lentamente, buscando el origen de la inesperada interferencia, y sus ojos parecieron clavarse en los míos; luego inició una torpe carga, logrando dar dos o tres pasos en nuestra dirección antes de que el agua pareciera entrar en ebullición a su alrededor y las serpientes carroñeras lo cubrieran en un santiamén. Al igual

que el resto de su prole, fue destrozado y consumido en cuestión de segundos.

-¿Por qué han hecho eso en lugar de dejar que nos atacara?-, preguntó sorprendido Jurgen, pero en un abrir y cerrar de ojos obtuvimos la respuesta: alrededor de la caverna, los gantes y las enormes formas guerreras que les otorgaban voluntad y propósito comenzaban a volverse hacia nosotros, como si de repente se hubieran percatado de nuestra presencia.

-Porque el resto está a punto de hacer eso mismo-, respondí innecesariamente, preparándome para correr. Habíamos hecho todo lo humanamente posible, pero no tenía sentido dejarnos devorar junto con los nusquemses. Si éramos lo suficientemente rápidos, tal vez pudiéramos ponernos detrás de la protección que nos ofrecía el muro de llamas que los soldados que venían detrás de nosotros estaban lanzando. Unas cuantas ráfagas de ardiente promethium cubrirían el pasillo por completo, reteniendo a las horribles criaturas el tiempo suficiente para que pudiéramos regresar a donde nos esperaban los Valkyries sin ser devorados. Al menos en ello centraba mis postreras esperanzas**-. Valhallanos, ¿dónde están?**

-En la cámara nueve, comisario-, me contesto Gafe Penlan, con una voz mezclada con los inconfundibles sonidos del combate**-. Hay un enjambre de ellos subiendo desde los niveles inferiores. Los estamos reteniendo con los lanzallamas, pero no podemos avanzar hacia usted.**

-Manténganlos alejados de nuestras espaldas todo el tiempo que puedan-, ordené, maldiciendo en voz baja. Nos habían jodido la retirada por aquel lado.

Miré a los nusquemses en su precario refugio, mientras libraban una desesperada lucha contra los dos o tres genestealers que habían sobrevivido a nuestra intervención: Forres se enfrentaba a uno de ellos con su espada sierra, aunque parecía que este no iba a tardar mucho en arrancarle la cara a mordiscos, hasta que ésta se las apañó para encajar la boca de su pistola bólter justo bajo la barbilla del bicho y apretar el gatillo, al mismo tiempo, uno de sus desafortunados soldados situado en el otro extremo del pórtico fue prácticamente partido en dos, y se desplomó en medio de bruscos estertores, para, en el mismo momento en que tocó el suelo, ser finalmente despedazado por el hambriento enjambre que le esperaba. No, estaba claro que tampoco obtendríamos ayuda desde allí arriba.

-Elegid bien los objetivos-, ordenó Grifen, sonándome tan extrañamente como Forres apenas unos momentos antes, para luego añadir un consejo bastante más pertinente**-, y apuntad a los grandes siempre que podáis (82). Si podemos interrumpir la voluntad que guía al enjambre, tal vez podríamos tener una oportunidad.**

(82) *No es siempre correcto asumir que las criaturas de mayor tamaño de un enjambre son las que la mente colmena escoge para enfocar su voluntad y controlar al resto, pero es una guía lo bastante buena como para aleccionar a los soldados al respecto, y en la que suelen confiar aquellos que han sobrevivido al menos a un encuentro con los tiránidos.*

-Si estos malditos bichos del demonio no nos arrancan primero los dedos de los pies-, gruñó Magot, mirando con el rostro contraído por la repugnancia a los gusanos asesinos que se agitaban en el agua. No era un comentario ocioso; bajo la influencia de la mente colmena, estaban abandonando los cadáveres y los restos de los cultivos que allí solían crecer (algún tipo de tubérculos, a juzgar por los pocos ejemplos parcialmente intactos que pude ver), y ya estaban pululando hacia nosotros, mientras las formas de combate especializadas empezaban a desenredarse de la horrenda torre digna de un acto circense situada bajo la pasarela, y trotaban detrás de ellos hacia nosotros. El guerrero que iba en cabeza nos apuntó con su devorador y, un segundo después, el agua situada a un metro más o menos delante de mí bota empezó a burbujear y a sisear furiosamente cuando la bola de ácido que había disparado empezó a abrirse paso en el suelo de rococemento de la caverna.

-¡Fuego!-, ordené, recordando bruscamente que la única ventaja que nos quedaba era el superior alcance de nuestro armamento, y que prácticamente ya habíamos desperdiciado**-. ¡Derríbenlo antes de que pueda disparar de nuevo! -.** La criatura sináptica fue rápidamente acribillada y cayó al suelo, pero esta vez, en lugar de detenerse para darse un festín con el cadáver, los malévolos gusanos carroñeros continuaron su implacable avance, deslizándose hacia nosotros con aviesas intenciones**-. ¡Dos más por allí!**

-Uno-, me corrigió alegremente Jurgen, alcanzando al de la izquierda con su querido melta, reduciendo al devoracarnes que portaba a una informe masa de carne carbonizada, aunque la horrible criatura se recuperó y siguió avanzando,

con la clara intención de cortarnos en trozos con sus garras afiladas como guadañas: en el improbable caso de que la turba de criaturas más pequeñas que él y su compañero estaban siguiendo dejara algo más de nosotros que meros montones carne picada.

-Cambiad a fuego automático, derribad a los que portan armas-, ordenó Grifen**-. Hay que evitar que se acerquen lo suficiente como para usarlas-.** Con la espantosa muerte de nuestro antiguo compañero aun fresca en nuestras mentes, no necesitábamos más estímulos, y desatamos una fulminante tormenta de disparos a medida que nos retirábamos por el túnel paso a paso, mientras la marea de colmillos escurridizos que nos llegaban a la altura de los tobillos seguía chasqueando alrededor de nuestras botas a medida que retrocedíamos, con los cuerpos hinchados y serpentinos detrás de ellos retorciéndose sobre las huellas húmedas que dejábamos en el suelo de rococemento.

En ese momento, una tardía inspiración me asaltó de repente, al recordar mi ocioso pensamiento sobre las torres de iluminación en la primera de las cámaras inundadas que habíamos encontrado.

-¡Jurgen!-, grité**-. ¿Cree que podrá derribar uno de esos equipos de iluminación?**

-Sin problema, señor-, me aseguró mi ayudante, escudriñando la cámara que se estrechaba frente a nosotros y que, a cada paso que retrocedíamos, se cerraba un poco más**-. ¿Alguno en particular?**

-El que le resulté más fácil de acertar-, le contesté, queriendo dejar lo menos posible al azar. La puntería de Jurgen era excepcional, pero también lo era su capacidad para tomarse al pie de la letra cualquier cosa que yo dijera, así que, si me hubiera dado por ser más específico, seguiría disparando con extrema tozudez al que yo hubiera designado, aunque eso implicara tener que derribar a la mitad del enjambre para lograr tener un tiro claro.

-Como quiera, señor-, respondió, como si yo no hubiera pedido nada más complejo que servirme una taza de tanna recién hecha, y cerré los ojos por reflejo justo cuando apretó el gatillo**-. ¡Maldita sea, quítate de en medio! Lo siento, señor, pero le he rozado a ese bicho grande que se ha metido en medio en lugar de a la que estaba apuntando, ahora vuelvo a disparar.**

Debió de hacer algo más que rozarlo, porque la marea de muerte que se retorcía a mis pies detuvo su avance por un momento, mientras la cohesión de la mente colmena se interrumpía; entonces, libre de la incómoda obstrucción que se había interpuesto en su camino, disparó de nuevo.

Mientras la viga de soporte se convertía en vapor incandescente, el metal se fundía y se doblaba, la torre metálica se tambaleó hacia un lado y comenzó a caer.

-¡Otra vez!-, comencé a gritar, pero antes de que pudiera completar la orden, la gravedad tuvo la amabilidad de hacerse cargo de la debilitada estructura y la estampó elegantemente contra el suelo de la caverna.

El efecto fue inmediato: los poderosos focos se hicieron añicos y los gruesos cables eléctricos que les suministraban energía se hundieron en el agua entre fuertes chisporroteos. El estanque poco profundo empezó a espumar, agitadas sus aguas por los agonizantes espasmos de los innumerables organismos que lo infestaban, y los relámpagos dentados que surgían de entre las superficies metálicas de los bebederos hidropónicos, electrocutando a los tiránidos que habían tenido la suerte o la habilidad de estar fuera del agua con la misma eficacia que a los que habían quedado atrapados en ella. La forma guerrera superviviente se tambaleó, rugiendo y bramando como un orko borracho, descargó su cañón de ácido veneno en un postrero acto reflejo (que afortunadamente no alcanzó más que a un par de hormagantes que ya estaban expirando), y se desplomó en la hirviente piscina. De repente se hizo el silencio, roto tan sólo por el débil y siniestro zumbido del maltrecho sistema eléctrico.

-Han dejado de moverse-, informó Magot, pinchando cautelosamente al destripador más cercano con la punta de su bayoneta. Los que estaban más cerca de nosotros estaban demasiado lejos del agua para haberse electrocutado, pero privados de la controladora influencia de la mente de la colmena, simplemente se habían convertido en inertes masas de carne asombrosamente fea.

-Entonces será mejor que recojamos a los nusquemses y nos vayamos de aquí-, dije.

-**Preferiblemente sin hervirnos en el proceso-,** apuntó Forres, guardando sus armas y mirándonos severamente desde su elevada posición cerca del techo**-. Pues es algo**

que yo señalaría como una especie de defecto en su, por otro lado, impresionante estratagema.

-Vaya hombre, parece que no va a haber un *"gracias por salvarnos de ser comida para tiránidos"*-, murmuró Magot**-. Engreída mocosa.**

-Cabo-, la reprendí suavemente, aunque para ser sincero, compartía totalmente su opinión, así que me contuve para no reprenderla directamente; una omisión que, a juzgar por su sonrisa, no pasó desapercibida, así como tampoco lo fueron mis motivos. Además, Forres tenía razón: mientras el cable estuviera en el agua, no podríamos volver a entrar en la cámara, y los nusquemses no podrían descender de su percha, sin acabar tan churruscados por la electricidad como los mismos tiránidos.

-Nos están obligando a retroceder-, me informó Penlan, sólo para aumentar la presión un poco más**-. Hemos creado una barrera de llamas entre el enjambre y la boca del túnel, pero sólo los contendrá durante unos minutos.**

-Entendido-, dije, muy consciente de que otra ola de controlada malevolencia se abalanzaría sobre nosotros tan pronto como las llamas se extinguieran, y que la única manera de avanzar sería cruzando a través de la piscina recientemente electrificada. Si no se me ocurría algo rápido, seríamos nosotros los que acabaríamos como carnaza para los tiránidos.

-Hay una caja de conexiones en la pared noroeste-, me indicó una inesperadamente solicita Forres, señalando algo desde su posición elevada que yo no podía ver**-. El cable de la torre de iluminación que ha derribado parece estar conectado a ella.**

Cogí el macrovisor que me ofrecía Jurgen y lo enfoqué. Tenía razón. Si cortábamos aquel nexo del circuito, anularíamos el suministro de energía de todas las torres de aquella parte de la caverna.

Me giré hacia los soldados mientras mi ayudante se encogía de hombros colgándose al hombro su voluminoso melta mientras tomaba su fusil láser, en espera de mi siguiente orden. Yo tenía la total certeza de que, si alguien entre nosotros era capaz de acertar a un blanco tan pequeño, sin duda ese sería él, pero dadas las circunstancias, cuanto antes cortáramos la energía, mejor que mejor, y no teníamos mucho tiempo que perder intentando ser sutiles.

-Doble ración de cerveza para el que acierte primero en el conector de aquella pared-, dije, y me aparté, dispuesto a dejarles hacer.

-Permítanme-, intervino Forres con sequedad, y con gesto desenfadado, descerrajó un bolter que atravesó la caja desde aquella balanceante pasarela antes de que nadie más pudiera apretar el gatillo. La bala explosiva dio en el blanco y detonó, haciéndolo pedazos y sumiendo toda la caverna en la oscuridad, aliviada tan sólo por la luz que se filtraba de las bocas de los túneles de acceso a en sus extremos.

-Buen tiro-, dije, sin poder reprimir añadir un sarcástico comentario**-. Pero, ¿me permite señalar un pequeño fallo en su estratagema?**

Magot se rió en voz baja mientras encendíamos de nuevo nuestras linternas y empezábamos a chapotear en el agua, abriéndonos paso lo mejor que podíamos entre los innumerables restos de los horrores quitinosos que había por doquier. Tuvimos que esquivar a las criaturas más grandes, y he de decir que mantuve en todo momento mi pistola láser apuntando a cada una de aquellas formas, especialmente a los guerreros sinápticos, pues había aprendido largo tiempo atrás que se necesitaba mucho para matar a un tiránido, y que una descarga eléctrica de alto voltaje podría haber aturdido a algunos de ellos en lugar de matarlos.

-Tenemos que ponernos en marcha-, anuncié al llegar a las inmediaciones de la pasarela colgante**-. Por el momento estamos fuera del alcance de la mente colmena, pero está ya sabe que algo ha abierto un agujero en su red neural, y conoce exactamente el lugar donde esto ha ocurrido; así que podemos dar por descontado que enviará más tiránidos tras nosotros con tanta seguridad como que el Emperador nos protege. Nuestra única oportunidad es haber desaparecido de aquí para cuando lo haga.**

-¿Y cómo sugiere que bajemos?-, preguntó Forres, con un toque de aspereza**-. Tuvimos que arrancar la escalera con una granada de fragmentación. Tendrá que conseguir una cuerda de los Chimeras, traerla de vuelta, y...**

-Acabar en una piscina digestora como el resto de los pobres incautos que ha traído hasta aquí-, la interrumpí cansado de aguantar su actitud**-. Cuando lleguemos a los Chimeras, los arrancaremos y saldremos pitando de aquí. Bajad de una vez si no queréis quedaros a esperar a los tiránidos.**

-Estarán aquí en cualquier momento-, añadió Grifen, con una mirada aprensiva a la boca del túnel por la que habíamos entrado.

-No podemos saltar desde aquí arriba, nos mataremos-, objetó uno de los nusquemses.

-No, no os mataréis, carajo-. Giré mi linterna para iluminar la pila de cadáveres tiránidos bajo la pasarela. No era tan alta como antes, pero serviría**-. Si os descolgáis de la pasarela sujetándoos de las manos, sólo os quedará una caída de apenas un par de metros sobre la parte superior del montón de bichos, así que podréis bajar rápido de narices-.** Los exoesqueletos quitinosos no proporcionarían exactamente lo que se dice un aterrizaje suave, pero serían mucho más cómodos que una caída de cinco metros sobre el sólido rococemento, de eso no me cabía duda ninguna.

Esperaba más discusiones, pero evidentemente, a estas alturas los nusquemses habían aprendido tan bien como yo la lección de que, una pequeña posibilidad de salvarse era infinitamente preferible a ninguna, y siguieron mi sugerencia sin más vacilaciones. Forres observó a sus soldados por un momento, luego guardó sus armas y

simplemente saltó, con su abrigo negro revoloteando como las alas de una gárgola mientras buscaba un asidero entre el montón de monstruosos cadáveres, y se abrió paso entre sus restos a asqueadas brazadas**-. ¿Siempre es usted tan ingenioso? -,** me preguntó evidentemente disgustada, y yo me encogí de hombros.

-A veces es lo que toca-, le repliqué encogiéndome de hombros**-. El manual no cubre todas las situaciones y hay que ser creativo-.** Miré hacia el túnel por el que habíamos entrado, seguro de haber oído los primeros y débiles arañazos de una nueva horda aproximadamente en la garganta del mismo**-. Y ahora salgamos de aquí, antes de que llegue el resto.**



CAPÍTULO DIECISÉIS

-¡Los veo!-, informó Magot, su equipo había tomado la delantera mientras subíamos por el túnel tan rápido como nos permitían nuestras ya cansadas piernas. El equipo de Grifen había tomado la retaguardia, dejando a los nusquemses en el centro de la formación, ya que, a aquellas alturas, ya habían gastado tanta munición que apenas les quedaba para defenderse poco más que los fulminantes sarcasmos de Forres, algo que, según mi experiencia, no detendría ni un instante a los tiránidos**-. Dos Chimeras, aun aparcados.**

Aunque mi instinto natural me inclinaba a correr lo más rápido posible hacia la seguridad que representaban los blindados, en su lugar reduje el paso un poco para acercarme a Forres; en parte porque eso era lo que se esperaba de mí, y porque yo era muy consciente de lo vital que era compartir la información en caso de que alguno de nosotros no lográramos salir de allí, aunque como podrán suponer, yo esperaba que la falta no fuera mía, pero mi principal razón radicaba en que si los tiránidos habían logrado flanquearnos y nos habían preparado una emboscada, prefería no ser el primero en descubrirlo.

-Salieron de la nada-, me explicó Forres, con voz firme, aunque aún tenía los ojos entumecidos por la conmoción de la experiencia que acababa de vivir**-. Nos desplegamos para hacer un reconocimiento por las cavernas, pero como no encontramos ninguna señal de los pieles**

verdes en la superficie, supusimos que ya se habían retirado. Nos confiamos, y en medio de ese descuido aparecieron esas malignas criaturas-. Su mandíbula se tensó**-. Debería haber mantenido el control con más firmeza, haber mantenido a todo el mundo enfocado en la misión. Pero el caso es que también yo me confié.**

-Han sobrevivido una docena de los soldados que estaban con usted-, la animé, en parte porque me había acostumbrado tanto a levantar la moral a lo largo de los años que deslizar una palabra de aliento en momentos como este se había convertido para mí en algo casi tan natural como respirar, y en parte porque nuestra conversación estaba siendo registrada y ese era el tipo de cosas que se suponía que un Héroe del Imperio debía decir, en lugar de algo como *"¿En qué demonios estaba pensando, paseando por una zona de guerra como si estuviera de permiso?".* Después de todo, yo tenía una reputación que cuidar, aunque esta fuera del todo inmerecida**-. Dadas las presentes circunstancias, yo diría que ese es un testimonio bastante sólido de su liderazgo. ¿Recuerda de dónde salieron?**

-De los niveles inferiores-, dijo Forres, que parecía un poco más animada ahora que le había lanzado un hueso. Todavía recordaba mi primera misión como comisario recién salido de la schola, que curiosamente también se había visto interrumpida por la repentina aparición de una horda de tiránidos, así que supongo que me sentí más comprensivo con ella de lo que lo habría sido en otras circunstancias; aunque dudaba mucho de que el primer impulso de Forres hubiera sido dirigirse al horizonte mientras tuviera la oportunidad, como habría sido mi caso**-.**

Estábamos a la suficiente profundidad como para oler las emanaciones sulfurosas de los respiraderos volcánicos, pero antes de que pudiéramos descender más empezaron a salir a borbotones de los túneles, y empezamos a recibir los gritos de las otras unidades a través del vox. La teniente Caromort ordenó a los supervivientes que se unieran a su escuadra de mando, pero no pudimos pasar para reunirnos con ellos, y el grupo principal fue aniquilado. Le dije al sargento Lanks que se retirara y retrocediera hacia los Chimeras, pero el enjambre nos alcanzó antes de que pudiéramos llegar hasta ellos y nos cortaron el paso. Vi el pórtico bajo las tuberías y les ordené a todos los soldados supervivientes que subieran a él.

-Eso les salvó la vida-, señalé**-. Bien hecho.**

-No lo suficientemente bien-, se lamentó Forres con tristeza. Siempre hay gente a la que uno no puede ayudar, pero ahora tampoco era el momento de intentar hacerla entrar en razón, así que me limité a asentir formalmente con la cabeza y me acerqué a Magot, cuyo equipo de fuego había alcanzado la superficie del edificio reforzado al que nos estábamos dirigiendo y había empezado a desplegarse.

-No pinta bien-, me comento mientras dirigía una mirada torva a los Chimeras. No puedo decir que me sorprendiera encontrarlos en el mismo estado en que los que habíamos encontrado a nuestra llegada, pero la decepción fue profunda; como tantas veces cuando las cosas parecían ir realmente mal, me había aferrado a la nimia esperanza de que no estuvieran tan mal como parecían.

Me volví para mirar a Forres, que se había acercado al resto del grupo y observaba los destrozados vehículos como si alguien acabara de dispararle a su cachorro. Los nusquemses empezaron a murmurar preocupados, con el incipiente pánico a punto de quebrar su fachada, y ella se dirigió a ellos, mientras adoptaba una expresión severa e impasible tan bruscamente como si se acabara de pulsar un interruptor**-. Concéntrense-,** les dijo**-. Vamos a salir de esta-.** Era una buena actuación, pero ya había visto las suficientes como para darme cuenta de que estaba tan aterrorizada como cualquiera de ellos. Qué narices, también yo lo estaba, por decirlo de manera suave, pero sin duda yo era incluso mejor que ella disimulando mis auténticos sentimientos, ya que contaba con muchos más años de práctica acumulada.

-¿Sabía que las tripulaciones habían muerto?-, le pregunté en voz baja.

-Sabía que habíamos perdido el contacto-, dijo, sin responder del todo a mi pregunta**-. Pero esperaba que pudiéramos movernos sin ellos si era necesario.**

-Ese no es el problema-, dije, complacido al notar que. mientras hablábamos, Grifen y el único suboficial nusquemse superviviente, Lanks supuse, ya se estaban preparando para cubrir la boca del túnel lo más efectivamente posible con los limitados recursos a nuestra disposición**-. Jurgen y Magot pueden conducir los Chimeras-.** Es cierto que ambos tenían un particular estilo de conducción, pero dadas las circunstancias no me iba a oponer a la propensión de mi ayudante a pisar el acelerador al máximo, obviando literalmente todo lo que nos rodeara. Señalé el desgarrado y maltrecho montón de metal que

teníamos delante**-. El problema es que estos montones de chatarra no irán a ninguna parte, por muchos conductores que tengamos.**

-Puede que no sea tan grave como parece-, señaló Forres con crudeza, antes de echar un vistazo al compartimento del conductor del vehículo más cercano, cuyos mandos habían sido completamente destrozados en los intentos de los genestealers por arrancar del vehículo las formas carnosas que se ocultaban en su interior. Su rostro se ensombreció y tan sólo atinó a soltar un simple**-. Vaya.**

-"*Vaya*" lo define bastante bien-, coincidí, mirando el resto de la caverna. Era más pequeño que por el que habíamos entrado, aunque no por mucho, y estaba casi igual de vacío**-. Tendremos que salir por la puerta principal, y esperar que nuestro piloto pueda recogernos en terreno abierto antes de que los tiránidos se nos acerquen demasiado-.** No tenía más ganas de enfrentarme al frío glacial de la superficie que antes, pero dada la quitinosa alternativa, la idea del frio empezó a resultarme repentinamente atractiva. Por desgracia, el Valkyrie que nos había traído hasta aquí estaba dando cobertura aérea a la retirada de los valhallanos, si las transmisiones que había estado monitorizando a través de mi comunicador eran correctas, y aun tardaría varios minutos en desembarcar, dar la vuelta, aterrizar y prepararse para que embarcáramos; minutos que no tenía seguridad alguna de tener. Miré con esperanza al techo, pero no había señales de una trampilla, ni escalera por lo que pudiéramos acceder a una, aunque esta hubiera existido.

-Hay movimiento en la superficie-, me informó el piloto, justo cuando escuché el primer e inconfundible sonido de arañazos procedentes de las profundidades del túnel, lo que significaba que el enjambre bajo nuestros pies también se estaba moviendo**-. Acercándonos al edificio número 4. ¿Es esa su posición?**

-Lo es-, confirmé, mientras los fusiles láser abrían fuego de nuevo a mis espaldas. Las puertas exteriores eran sólidas, pero no podrían retener a todo un enjambre durante mucho tiempo, y de todos modos, con otra horda de babeante malevolencia haciendo todo lo posible por arrollarnos a través del pasillo, no podíamos desviar nada de nuestra rápidamente menguante potencia de fuego para defendernos de un ataque desde el exterior.

Rodeé los Chimeras, que me habían bloqueado la vista del otro lado de la cámara, hacia la entrada, y me detuve, mirando fijamente casi incapaz de creer la evidencia que tenía ante mis propios ojos. Un transporte de orugas estaba allí aparcado, con sus puertas de carga abiertas y su carrocería milagrosamente libre de las marcas de las garras de los genestealers.

-¡Jurgen!-. Exclamé, corriendo hacia él**-. ¿Podrá poner eso en marcha?**

-No será difícil-, dijo mi ayudante, trepando raudamente a la cabina con notable agilidad, contando que aún cargaba su voluminoso melta**-. ¿Por qué no está tan destrozado como los Chimeras?**

-Supongo que no habría nadie escondido en su interior-, aventuré, sin preocuparme realmente por ello. Estaba lo suficientemente intacto como para moverse, y eso era lo único que me importaba. Entré en la cabina después de él, encontrando poco de espacio para compartir con mi ayudante, su olor corporal y nuestra mutua colección de armas, pero sin duda preferiría pasar un rato en tal tesitura que terminar como simple biomasa regurgitada en una piscina digestora.

Jurgen empezó a husmear en el salpicadero del vehículo y yo volví a asomar la cabeza, efectuando un par de disparos a los termagantes medio ocultos en las sombras de la boca del túnel. Parecía que la mente colmena había aprendido a desconfiar de nosotros y, al no estar segura de cómo habíamos conseguido eliminar a tantas de sus marionetas vivientes de un solo golpe, no estaba dispuesta a comprometer sus fuerzas en un asalto masivo, al menos por el momento. Los valhallanos, los nusquemses y Forres se habían agazapado detrás de los destrozados Chimeras, y los dos bandos intercambiaban disparos con igual escaso resultado. Desde mi elevada posición pude abatir a uno de los termagantes con un, francamente afortunado disparo a la cabeza, antes de preguntarme tardíamente si atraer su atención habría sido una buena idea, pero como fuera, el caso es que me subió la moral y, lo que es más importante, me dejó claro que me iba a quedar atrapado junto con todos los demás. Un segundo más tarde, Forres, no queriendo verse superada por mí, hizo volar a otro tiránido con un disparo de su bolter de juguete, lo que la convirtió a su vez en un objetivo prioritario.

-Listo, señor-, dijo Jurgen un instante después, y el motor del transporte de orugas volvió a la vida**-. Sólo nos resta**

abrir las puertas exteriores.

-Debe haber un mando a distancia en algún lugar de la cabina-, explicó Lanks a través del vox **(83)**.

(83) *Los transportes en superficie en un mundo helado raramente siguen un estricto y confiable horario, y no siempre hay personal esperando para activar la apertura de los accesos cuando estos llegan a su destino.*

-Pues no tenemos tiempo que perder-, le insté, descargando otro par de disparos de cobertura mientras los nusquemses empezaban a correr hacia las puertas de carga traseras del vehículo. Iba a ser bastante incómodo estar ahí atrás sin nada donde sentarse, pero dada la alternativa no esperaba que nadie tuviera las narices de quejarse.

-Retroceded por escuadras, fuego de cobertura y avancen-, ordenó tensamente Grifen. El equipo de Magot corrió detrás de los nusquemses que habían empezado a avanzar detrás de nuestro nuevo vehículo, mientras el equipo de Grifen recargaba a toda velocidad y desataba una tormenta de fuego para cubrir su retirada. Confiando en que había hecho lo suficiente como para que me vieran participar, me metí de nuevo en la cabina y examiné el desconocido salpicadero.

-¿Cree que será esto?-. Pulsé especulativamente un botón más grande que el resto y me estremecí cuando un ensordecedor claxon se hizo eco en las paredes que nos rodeaban.

-Pruebe con ese otro, señor-, me sugirió Jurgen, indicando otro con el amable texto de “*acceso externo*”. Cerrando la puerta de la cabina tras de mí, lo pulsé, mientras el equipo de Magot y los pocos nusquemses que aun tenían municiones para sus armas de fuego empezaban a atacar al enjambre invasor con un encomiable vigor desde el interior del compartimento de carga, mientras la gente de Grifen corría hacia el transporte como si les persiguiera el mismísimo Abaddon. Después de lo que se me antojó una agonizante espera, pero que probablemente no durará más que un puñado de segundos, las grandes puertas al final del pasillo comenzaron a separarse lentamente, con un chirrido de metal congelado y un crujido del hielo al quebrarse que aún se escuchaba tenuemente a través del metal y los blindajes que protegían la cabina.

-¡Aquí vienen!-, gritó Grifen, y un auténtico torrente de tiránidos irrumpió en la boca del túnel, mientras la obscena inteligencia que los gobernaba comprendía demasiado tarde que la arrinconada presa que esperaba estaba, en realidad, a punto de escapar. Una andanada de fuego sostenido les recibió, impactando en los monstruos de su primera fila, varios de los cuales cayeron para nunca volverse a alzar. El resto se lanzó a una determinada carga, corriendo precipitadamente sin siquiera vacilar en pisotear a sus caídos en su sangriento afán poner sus malditas garras sobre nuestros jugosos cuerpos.

-¡Vamos, vamos!-. Grité, aunque Jurgen ya había conseguido poner en marcha el voluminoso vehículo y estaba pisando a todo lo que daba, logrando que aquellos hormagantes que se habían adelantado a su manada acabaran saltando infructuosamente sobre el lugar que habíamos ocupado instantes antes. Aullidos y vítores de

alivio y burla atronaron mis oídos, hasta que Forres se ocupó de restablecer la disciplina de vox con unas cuantas palabras especialmente elegidas y alguna patraña piadosa sobre servir al Emperador lo mejor posible y tal y tal. Por un momento temí que no pudiéramos atravesar la abertura de las puertas que seguían abriéndose a un agónicamente lento ritmo, al menos desde mi frenético punto de vista, pero Jurgen ejecutó sus propios cálculos al volante con la precisión a la que me tenía acostumbrado, y las cadenas de nuestras orugas apenas rozaron las gruesas losas de metal a ambos lados antes de morder finalmente la gruesa capa de nieve para la que aquel sistema motriz había sido específicamente diseñado.

-Aguanten ahí atrás-, dije**-. Este va a ser un viaje movidito.**

Aquella fue una predicción que solo podría haber sido más certera de haber sabido lo que nos esperaba.

-Ahí vienen-, apuntó Jurgen, señalando unas sombras a través de las ráfagas de nieve arrastrada por el viento. Una ominosa masa oscura parecía avanzar hacia nosotros, casi fluyendo sobre la helada superficie, y con un gélido escalofrío que nada tenía nada que ver con el frío ambiental que se filtraba a través del aislamiento de la cabina, me di cuenta de lo que era. Se trataba ni más ni menos que del enjambre del que nos había advertido el piloto.

-¿Puede evitarlos?-, pregunté, y Jurgen negó con la cabeza, acelerando bruscamente el motor hasta alcanzar un ritmo que habría hecho que nuestros visioingenieros hicieran una mueca de dolor.

-Se mueven demasiado rápido-, se lamentó, y yo tragué, con la boca repentinamente seca. La marea quitinosa parecía interminable, aunque supongo que, de acuerdo a los números habituales de los enjambres de tiránidos, aun se trataba de una banda bastante poco numerosa, pero valoraciones aparte, el caso es que ya nos tenían rodeados**-. Tendré que abrirme paso.**

-Buena suerte-, le desee con cierta tristeza, demasiado consciente de lo escasas que eran nuestras posibilidades. Ni siquiera me hubiera sentido mejor en un bien blindado Chimera, que además contaba con armas pesadas montadas en la torreta y en la parte delantera para despejar el camino junto con un tranquilizador y sólido volumen de blindaje metálico tras el que guarecerme; y sin duda, nuestro relativamente frágil vehículo civil no contaba con nada de eso. Acabaríamos literalmente hechos pedazos en el mismo momento en que nos topáramos con un carnifex, y eso incluso si no nos hubiera frenado la enorme masa de criaturas menores que teníamos delante, obstruyendo nuestras orugas con sus prescindibles vidas. En el pasado había sido testigo de cómo auténticos Baneblades acababan inmovilizados de esa manera, así que no apostaba un duro por nuestras posibilidades para abrirnos paso mediante un mucho más ligero vehículo de carga comercial.

-Mantendremos esas garrapatas alejadas de vuestras espaldas-, me aseguró alegremente la voz de nuestro piloto, y el Valkyrie apareció abruptamente por detrás nuestra, rugiendo por encima de nuestras cabezas y abriendo fuego sobre la frenética masa de tiránidos que avanzaba impertérrita hacia nosotros. El multi-láser atravesó sus filas como el bisturí de un cirujano cortaba la

carne, creando una autentica alfombra de abatidas y agitadas monstruosidades, mientras los que estaban a ambos lados de la línea de destrucción retrocedían, amontonándose en un confuso apelotonamiento durante unos segundos cruciales mientras las criaturas sinápticas supervivientes se encargaban de reorganizar sus fuerzas, restableciendo su maldita red neural y recuperaban el control del resto de criaturas.

-Aguanten-, vociferé a los ocupantes del compartimento trasero**-, esto está a punto de ponerse aún más movido si cabe-,** y haciendo honor a mis palabras, las orugas comenzaron a aplastar los cuerpos quitinosos aplastando su corrupta carne contra la nieve, tiñéndola de unos biliosos colores que me revolvieron las tripas al verlo tan de cerca.

-Parece que alguien ha vomitado una cena de marisco-, bromeó Jurgen, haciendo gala de una vena poética poco habitual en él, por no hablar de su complejo sentido del humor, y yo asentí, sin querer pensar demasiado en aquello dadas las presentes circunstancias. Una lluvia de proyectiles de carne y hueso golpeó la carrocería y las ventanillas, y algunas gotas de ácido comenzaron a abrirse paso a través de la estructura metálica, aunque afortunadamente no parecieron haber dañado ningún mecanismo vital.

-¿Algún herido ahí atrás?-, pregunté, tratando de enfocarme en mi trabajo.

-Unos cuantos agujeros en los costados-, me informó Grifen**-, pero sin víctimas.**

-Esos estúpidos cabrones acaban de proporcionarnos algunas troneras improvisadas-, añadió alegremente Magot, sin duda ansiosa por darle alegría de nuevo al gatillo de su fusil láser y volver a jugar a *“tiro al tiránido”*.

-Ni falta que nos hacía-, le aseguré mientras el Vakyrie se balanceaba perezosamente a lo lejos mientras daba la vuelta para efectuar una nueva pasada de ametrallamiento**-. Nuestro piloto está haciendo el trabajo por nosotros.**

-Todo está incluido en el servicio-, aseguró jocosamente el piloto, con ese tono de diversión en la voz del que suelen hacer gala aquellos que están bien alejados de las babeantes garras de estos bichos. Justo entonces el arma montada en el morro de la nave retomó su mortal discurso, abriendo una nueva brecha en la masa del enjambre y sumiéndolo una vez más en la confusión. Para cuando se dispuso a efectuar una tercera pasada, el primero de los Valkyries que había llevado a la gente de Lustig a lugar seguro también se había unido a la masacre, y la balanza acabo por inclinarse decisivamente a favor del Imperio, para mi más que necesaria tranquilidad de espíritu. Pronto quedaron en pie muy pocos de las masivas bioformas guerreras con la capacidad para coordinar el enjambre de forma eficaz, desintegrándose cualquier remedo de formación organizada que les quedara, y los termagantes salieron corriendo en busca de un lugar donde esconderse, mientras que los hormagantes empezaban a devorar la carroña que cubría el hielo horriblemente manchado como las viles bestias que eran.

-Estamos a salvo-, comentó tranquilamente Jurgen un momento después, girando un poco para aplastar alegremente a un termagante que trataba de escabullirse, aplastándolo en medio de unos más que satisfactorios chasquidos.

-Eso parece-, dije mi vez, suspirando profundamente de alivio para mis adentros mientras, una vez salvada otra bola de partido en mi largo peloteo con la muerte, me daba cuenta demasiado tarde del más mundano malestar que iba a sufrir al verme obligado a estar con Jurgen en un espacio extremadamente reducido durante varias horas**-. En fin, esperemos que podamos volver a Primadelving sin más contratiempos.**

Mi ayudante asintió con su flema habitual, con su atención centrada casi por completo en el terreno nevado que se abría ante nosotros.

-Las células de energía están cargadas y parece que nos acompañara el buen tiempo-, me aseguró**-. Deberíamos llegar sin demasiados problemas.**

Como suele suceder cuando alguien tienta al destino con tales palabras, resulto ser una predicción del todo equivocada.



CAPÍTULO DIECISIETE

En aquellos días no me resultaban precisamente ajenos los mundos helados, y menos aquel en particular, pero debo confesar que el largo viaje de vuelta a Primadelving se me antojó como una novedad bastante agradable. (Al menos hasta su prematuro y desafortunado final.) En la mayoría de las ocasiones anteriores en las que había tenido que desplazarme a través de la superficie había sido a bordo de un Chimera, desde donde la vista de la que podía disfrutar había sido, como mínimo, algo restringida; por el contrario, la elevada y acristalada cabina del transporte de orugas me ofrecía una amplia y prístina vista de los campos de hielo y de los ondulantes bancos de nieve, lo que me permitió apreciar el escarpado panorama de una forma que hasta entonces me había pasado del todo desapercibida. No hace falta decir que había estado sobre el terreno bastante más a menudo de lo que me hubiera gustado, pero en esas ocasiones había estado demasiado preocupado por la profunda molestia que me suponía el frío, aparte de la incómoda probabilidad de que algo intentara matarme, como para detenerme a disfrutar de las vistas.

Alrededor de media hora después de haber dejado atrás las instalaciones agrícolas subterráneas, las nubes de nieve que parecían haberlo cubierto completamente el cielo desde nuestra accidentada llegada a la superficie de Nusquam Fundimentibus finalmente se desplazaron, revelándonos la existencia de un cielo de un azul brillante y translúcido, contra el que relumbraban la nieve y el hielo, deslumbrándonos.

-Procure no mirar eso por mucho tiempo-, me advirtió Jurgen, manipulando uno de los controles para polarizar el parabrisas-**. El brillo de la nieve podría cegarle.**

-Al menos no soy yo el que conduce-, bromeé, distinguiendo el punto brillante y aparentemente inmóvil de uno de los Valkyries a lo lejos; mientras seguía buscando tiránidos que matar en la superficie, aunque la mayoría de los restos del enjambre hacía tiempo que se habían retirado a las profundidades del complejo agrícola, a salvo de los bombardeos aéreos y de todos los intentos, salvo los más suicidas, de desalojarlos de su refugio subterráneo**-. Estoy seguro de que Magot podrá relevarle un rato cuando le haga falta un descanso.**

Se limitó a resoplar a modo de respuesta, y pisó un poco más el acelerador, haciéndonos pasar por una capa de hielo enterrada, mientras la estela de nieve en polvo lanzada por nuestras orugas se disipaba lentamente en el aire a nuestras espaldas.

-Pero comisario, ¿no se ha fijado usted en cómo conduce?

-Buena observación-, concedí sin querer herir su orgullo, aunque divertidamente perplejo por sus palabras, y entonces me percaté de que por una vez parecía estar moderando nuestra velocidad. No sólo eso, sino que estaba ajustando nuestro rumbo aparentemente al azar, girando a la izquierda o a la derecha cada pocos instantes sin que yo pudiera ver ninguna razón para ello**-. ¿Hay algún problema?**

-Un campo de grietas-, explicó, como si se tratara de un asunto menor, algo que supongo que debía ser así para un hombre nacido en un mundo helado**-. La nieve oculta la mayor parte, pero la capa de hielo está prácticamente cubierta de ellas.**

-¿Muy profundas?-, pregunté, tratando de sonar como si preguntara algo trivial, y Jurgen asintió.

-Probablemente no más de veinte o treinta metros para una realmente grande-, dijo**-. Aunque no creo que haya muchas de esas por las que preocuparse. Son las pequeñas las que pueden acabar destrozando nuestras orugas si las cruzamos en un ángulo erróneo.**

-Ya veo-, repliqué, tratando de no pensar en lo que le haría una caída de treinta metros a mi querida gorra, por no pensar en mi persona, y mirando a nuestro alrededor en busca de algo con lo que distraerme de tal aciago pensamiento. Un parpadeo de movimiento cerca de la cresta de un risco de hielo cercano llamó mi atención, y tome el macrovisor en la mano para tratar de ver en detalle de que se trataba.

-¿Más tiránidos?-, preguntó Jurgen, y yo asentí con la cabeza, tratando de enfocar la imagen a pesar de los rebotes de nuestro relativamente veloz vehículo.

-Bioformas de combate cuerpo a cuerpo-, dije, consiguiendo por fin una imagen clara**-. Parece haber**

como media docena. Acompañados por una de las formas guerreras más grandes.

-Eso es algo inusual-, comentó sorprendido Jurgen, cambiando nuestro rumbo hacia ellos, justo cuando el último miembro del grupo desaparecía detrás de la cresta**-. Normalmente no se molestan en reunir una banda tan escasa.**

-No, no lo hacen-, coincidí, incómodo**-. Tal vez sólo vi el grupo de cola de una manada más grande.**

-¿Cree que deberíamos comprobar que hacen por aquí?-, preguntó Jurgen, y yo asentí.

-Creo que será mejor que lo hagamos-, concedí a regañadientes. Según mi experiencia, los tiránidos que actúan de forma atípica nunca traen nada bueno. Si tenían otra pequeña sorpresa que darnos, prefería que lo hicieran en un lugar en el que hubiera mucho espacio para verlo venir, y desde un vehículo que me permitiera dejarlos atrás con facilidad. Transmití un mensaje vox al Valkyrie**-. Acabamos de avistar un pequeño grupo de tiránidos-,** informé**-. Nos dirigimos a interceptarlos.**

-Recibido-, respondió el piloto, seguido de un más tranquilizador**-, voy en camino. Deberían ser bastante fáciles de detectar desde el aire. Aquí ya solo nos resta hacer limpieza con algunos rezagados.**

-No estoy seguro de que se trate de rezagados-, le comenté a Jurgen. Habíamos visto varias manadas de

gantes deambulando sin rumbo por el desolado paisaje, o intentando refugiarse del alcance de nuestras cañoneras **(84)**, pero hasta ahora ninguno había estado el influjo de una criatura sináptica; y sin la menor duda, los que acabábamos de ver se movían definitivamente con un propósito**-. ¿Puede acercarse lo suficiente para tener una visión más clara, sin entrar en el radio de alcance de sus armas? -.** El guerrero que había atisbado sólo parecía contar con el devorador habitual a tales criaturas, algo que tenía sentido si estaba dirigiendo un enjambre de organismos de combate cuerpo a cuerpo, pero fácilmente podría haber otros que hubiera pasado por alto, con alguna bioarma de mayor alcance, y capaz de hacer un auténtico cristo con nuestro vehículo.

(84) *Técnicamente, los Valkyries son transportes armados y no cazas de combate como el modelo Vendetta, pero son más que capaces de llevar a cabo misiones de caza y destrucción sobre unidades de infantería que no contara con unidades blindadas*

-Creo que si-, afirmó Jurgen, y comenzó a subir por el lado de la cresta, sin prestar atención a las blasfemias que nos llegaron del compartimento de carga detrás nuestro cuando el suelo se inclinó de repente sin previo aviso**-. Si nos paramos justo antes de la cresta, podremos echar un vistazo sin ser vistos.**

Como siempre, Jurgen cumplió con su palabra, y detuvo el desgarbado vehículo a sotavento de la cima de una colina de rocas de hielo, que el viento había convertido en una especie de caótica casa de los espejos. Ignorando mi extrañamente distorsionado reflejo, enfoqué mi macrovisor hacia el fondo del desfiladero localizado más allá de la cima de la cresta.

-Están golpeando el hielo con sus afiladas garras en forma de guadaña-, describí, con cierta perplejidad**-. Rompiendo el hielo en pequeños bloques.**

-¿Me dice que están excavando?-, preguntó Kasteen, con su zumbante voz sonando en mi comunicador casi tan desconcertada como yo. Los tiránidos nunca construían fortificaciones, ni nada por el estilo; manipular su entorno inanimado era tan ajeno a su naturaleza como la horticultura a un necrón***-. ¿O tratan de hacer un túnel que los lleve de regreso a las cuevas para esconderse de nuestro Valkyrie?***

-No lo creo-, negué con decisión. Estaban demasiado dispersos como para aunar sus esfuerzos, aunque sin duda, cada uno de ellos avanzaba con bastante rapidez en la pulverización del hielo que tenían ante ellos**-. No están precisamente diseñados exactamente para excavar-.** Aunque tuve que admitir que las largas y curvadas garras parecían resultar picos más que efectivos.

-Sólo veo uno de los grandes-, dijo Jurgen, y asentí con la cabeza, más desconcertado que nunca. La presencia de aquella forma sináptica guerrera implicaba que actuaban siguiendo un fin específico, pero no era capaz de determinar cuál narices podría ser.

-No por mucho tiempo-, nos aseguró el piloto del Valkyrie, antes de lanzarse en un ataque en picado. Advertidos por el ruido del reactor y la sombra que se cernía sobre ellos, los gantes alzaron la cabeza y se movieron dubitativamente, buscando algo contra lo que cargar, pero

la mente que les controlaba mantuvo su instintiva agresividad bajo control, y comenzaron a moverse a la carrera hacia un saliente de hielo.

Antes de que pudieran llegar a ponerse a cubierto, el Valkyrie abrió fuego, ametrallando al grupo con su multi-láser. Una línea de vapor y hielo pulverizado atravesó el disperso enjambre, destrozando a varios de ellos y desorganizando momentáneamente al resto, pero la bioforma guerrera que los dirigía permaneció ilesa y volvió a reconducirlos, mientras se giraba para disparar ineficazmente su devorador en dirección a la aeronave que los acosaba mientras ésta reducía su velocidad y daba la vuelta para dar otra pasada. Esta vez todas las criaturas lograron alcanzar el refugio del saliente, pero les sirvió de bien poco: toda la pared de hielo desapareció en un solo instante en una nube de vapor sobrecalentado, y luego se derrumbó sobre ellos, con un agradable y audible rugido de rocas trituradas, que escuchamos incluso a través de la carrocería de la cabina del transporte.

-Objetivo cumplido-, se felicitó el piloto, con evidentes muestras de satisfacción.

-Esperemos que así sea-, repliqué sin compartir su confianza, debido a que yo tenía bastante más experiencia que él respecto a la resistencia de los tiránidos. Por lo tanto, nos mantuvimos a la espera con el motor al ralentí, mientras yo seguía apuntando mi macrovisor sobre la pila de escombros congelados, atento a cualquier señal de movimiento; después de que pasaran algunos minutos sin la más leve señal de movimiento, me tranquilice respirando con más calma. (O tan fácil como eso era posible hacerlo, al compartir un espacio tan reducido con Jurgen).

-¿Nos vamos, señor?-, me preguntó mi ayudante, una vez nos quedó claro que los tiránidos no iban a aparecer de nuevo, y yo asentí quedamente.

-Sí, será mejor que reanudemos la marcha-, acepté, recordando la tetera de tanna caliente que me esperaba en Primadelving, así que levanté el macrovisor para echar un último vistazo antes de irnos. Un impulso del que me arrepentí al instante**-. ¿Hay terremotos en los mundos helados?**

-No es habitual-, dijo Jurgen, estirando el cuello para mirar en la misma dirección que yo**-. A veces se producen corrimientos de placas de hielo, o puede darse una avalancha… -.** Su voz se interrumpió, adquiriendo un inconfundible tono de perplejidad al continuar**-. Eso no es una avalancha.**

El hielo empezaba a resquebrajarse y a hincharse, justo donde los gantes lo habían estado golpeando, alzándose y cayendo, hasta revelar bajo el algo vasto y vivo. Un rugido de ira y frustración atronó el campo de hielo mientras una enorme y animada forma luchaba por liberarse del hielo que le aprisionaba.

-¡Salgamos de aquí!-. Grité, dándole una palmada en el hombro a Jurgen y deseando con toda mi alma estar en cualquier sitio menos allí; un deseo que evidentemente él compartía, a juzgar por la velocidad con la que puso el transporte en marcha y arrancó, mientras nuestras orugas giraban velozmente, arrojando un brillante arco de nieve pulverizada a nuestro paso.

-¿Qué es ese ruido?-, preguntó a voces Forres desde el compartimento trasero, con su voz solapada con la, algo más calmada, petición de información de Grifen.

-Uno de los enormes-, respondí, mirando hacia atrás para ver una montaña de quitina que se alzaba en toda su altura, con un cuerpo hinchado que empequeñecía nuestro transporte de orugas, mientras se sacudía los últimos restos de la costra de hielo quebrada de una pata que parecía imposiblemente delgada.

-Entonces deberíamos detenernos y atacarlo-, dijo Forres**-, antes de que pueda unirse al cuerpo principal del enjambre.**

-Si lo hacemos, estaremos muertos-, le respondí, hastiado de su manía por un enfoque de guerra frontal**-. Nuestras armas ligeras apenas podrían arañar su piel.**

-Sin embargo-, continuó Forres enfadándose visiblemente-**, nuestro deber exige...**

-Nuestro deber exige que vivamos para informar de esto, para que podamos organizar una defensa efectiva y salvar este planeta para el Emperador-, la interrumpí, sin ánimo de discutir y valorando seriamente la opción de pegarle un tiro. Miré hacia atrás, y para mi horror, vi el enorme bulto que se escabullía por la línea de la cresta que dejábamos atrás, ocultando el acuoso sol a medida que se acercaba, dejándome perfectamente claro que había

iniciado la persecución de nuestro vehículo en fuga**-. Es muy dueña de intentarlo si tantas ganas tiene, sólo necesita abrir el portón trasero del compartimento de carga.**

-Pensaba que no lo iba a decir nunca-, dijo Magot alegremente, y uno o dos segundos más tarde el rápido chasquido de los fusiles láser se hizo audible a través del mamparo que separaba la cabina del compartimento de carga.

-Señor-, informó Grifen un momento después**-, ha empezado a desovar. Acaba de alumbrar a una docena de bioformas armadas.**

-Manténganse a cubierto-, aconsejé innecesariamente**-. Si se acercan lo suficiente como para usar sus devoracarnes...**

-Lo sé-, dijo Grifen**-. ¿No podemos huir de ellos?**

-Esa es la idea-, respondí, volviéndome hacia Jurgen mientras hablaba**-. ¿Puede acelerar algo más?**

-Sería arriesgado-, respondió, con las finas arrugas de su sucia frente como mudo testimonio del esfuerzo que hacía que hacer para mantener nuestro ritmo en aquel traicionero terreno**-. El suelo está muy fracturado en esta zona, y no hay manera de saber qué se oculta bajo la nieve.**

-Pues yo puedo describir muy bien lo que hay detrás de nosotros justo ahora-, repliqué ácidamente, aunque me arrepentí de inmediato. Jurgen tenía una habilidad casi preternatural para conducir un vehículo al límite de su capacidad, y que practicaba en a cada oportunidad que se le presentaba, con lo que tuve claro que, si fuera posible viajar más rápido, sin duda ya lo estaría haciendo**-. Sólo conduzca lo mejor que pueda. Dadas las circunstancias, no hay nadie mejor a quien preferiría tener en el asiento del conductor.**

-Gracias, señor-, dijo, neutralizando cualquier ofensa que pudiera haber recibido por primer comentario, y volvió a centrar su atención en el traicionero paisaje. Nuestro motor rugió mientras pasamos por innumerables grietas en la superficie y crestas de un metro de altura, y cada obstáculo nos costó un poco más de nuestra preciosa ventaja**-. Si puedo atravesar esto, deberíamos estar de vuelta en el claro en cualquier...-** Entonces la nieve cedió bajo nosotros y todo el vehículo cayó.

Por un instante pensé que estábamos muertos, a punto de precipitarnos en una caída de treinta metros hasta una tumba helada, pero resultó que no habíamos chocado más que con una zanja poco profunda, poco diferente respecto a las que habíamos sorteado antes. Sin embargo, esta vez el ángulo había sido malo, dejando nuestro vehículo torpemente inclinado; Jurgen aceleró el motor, pero no pasó nada, aparte de un aullido de protesta del maltratado mecanismo y un breve estallido de palabrotas de mi ayudante.

-Ya está-, dijo**-, las cadenas están atoradas-,** y, efectivamente, al mirar por la ventanilla lateral, pude ver

que el impacto las había sacado de sus ruedas motrices.

-¿Puede volver a ponerlo en marcha?-, pregunté, mientras dirigía una aprehensiva mirada al imponente volumen del leviatán, que se abalanzaba sobre nosotros como un frente de tormenta malhumorado, con su progenie retozando bajo sus pies.

-No hay nada que hacer-, respondió compungido Jurgen**-. Estamos atrapados-.** aferró su melta y abrió de golpe la puerta de la cabina, sustituyendo su característico aroma por un aire tan frío que perdí mi capacidad olfativa casi al instante**-. Supongo que lo mejor que podemos hacer es salir de aquí, creo.**

-Sí, supongo que eso será lo mejor-, coincidí, siguiéndolo hacia la superficie nevada tras un veloz descenso por una pendiente de hielo quebrado. Los valhallanos y los nusquemses nos siguieron inmediatamente, sin dejar de disparar, como si aquello fuera a suponer alguna diferencia para aquel monstruoso titán.

-Mire por donde pisa, señor-, me aconsejó Jurgen**-. A buen seguro que habrá más grietas.**

-Lo tendré en cuenta-, dije, mirando a mi alrededor en busca de algún agujero en el que refugiarme, para casi acabar dándome de bruces con Forres, que miraba fijamente aquella gigantesca criatura que se cernía sobre nosotros como si todavía se esforzara por asimilar que era real. (Siendo justos, lo más seguro es que así fuera). Le

sonreí, aunque sin ánimo jocoso**-. Bueno, comisaria, parece que finalmente se ha salido con la suya. Venga, vamos a intentarlo a su manera.**

-Apunten a la cabeza-, le ordenó a Lanks, ignorándome por completo**-. Ahí es donde será más vulnerable.**

-No es vulnerable en ninguna parte a los disparos de simples fusiles láser-, traté inútilmente de explicarle**-. Concéntrense en los termagantes. Dejen el grande para Jurgen y el Valkyrie-.** El melta había sido diseñado específicamente para derribar tanques, por lo que debería ser más que capaz de atravesar el exoesqueleto de la enorme criatura, aunque que finalmente lograra alcanzar algún órgano vital una vez lo hiciera sería cuestión de pura suerte… aparte de contar con la gracia del Emperador.

-Estamos con usted, comisario-, me secundó decididamente Grifen. Lanks la miró a ella, luego a mí y finalmente volvió a mirar a Forres.

Tras un momento, la joven comisaria se encogió de hombros.

-Sigan sus recomendaciones-, claudicó en pocas palabras**-. Ellos ya han luchado antes contra los tiránidos.**

-Y han ganado-, añadió Magot alegremente.

Asentí con la cabeza, como si compartiera su confianza, aunque la verdad es que estaba terriblemente lejos de hacerlo. El suelo helado temblaba bajo mis pies y la sombra del leviatán que se acercaba parecía tan grande como para amenazar con ocultar el sol. Los disparos de los fusiles láser volvieron a sonar, manteniendo aún un fuego disciplinado, hecho que me alegró comprobar, mientras los termagantes que pululaban a los pies de la gigantesca criatura vacilaban por un momento antes de que la imperante voluntad de la mente colmena los enfocara de nuevo, impulsándolos a seguir adelante.

-Iniciando pasadas de ataque-, nos informó el piloto del Valkyrie, y apenas un momento después dos destellantes estelas de pulsos de energía alcanzaron al monstruo en lo alto de su costado, seguidos casi al mismo tiempo por una doble explosión que desgarró su caparazón. Malolientes vísceras y obscenos icores brotaron y manaron de la herida, y la imponente criatura se tambaleó, bramando de ira y dolor. Se alzó sobre sus cuatro patas traseras, arremetiendo contra el avión atacante que picaba sobre ella, como un hombre irritado espantando una mosca, y luego se tambaleó cuando sus extremidades delanteras se estrellaron contra el hielo. Su séquito comenzó a dar confusas vueltas, incapaces de nuevo de saber si retroceder o continuar con su ataque***-. Menos mal que me reservé los Hellstrike como usted me aconsejó, comisario.***

-No se lo voy a discutir-, dije. Los dos misiles le habían causado una herida horrible, pero el tervigón no parecía estar fuera de combate. Avanzaba inexorablemente hacia nosotros, trastabillando de vez en cuando al resbalar con los propios icores que manaban de sus heridas, mientras varios de sus órganos y musculatura expuestos palpitaban según

avanzaba. Sin embargo, pude notar que se había ralentizado, y sólo eso era razón suficiente para tener esperanzas.

-¡Agáchense!-, gritó Grifen, que había detectado el revelador temblor a lo largo de su espalda un instante antes que yo. Tanto los valhallanos como yo nos tiramos a la nieve, y Forres y los nusquemses nos imitaron un momento después, sin detenerse esta vez a discutir o hacer preguntas al respecto, algo que, en cierta forma consideré como un progreso. Una salva de espinas silbó cruzando el aire, materializándose en una tormenta de flechitas de puntas afiladas como navajas, que impactaron violentamente contra el suelo a mi alrededor a modo de siniestra lluvia, y derribaron a un par de nusquemses de lentos reflejos.

-¡Apuntad a la herida!-, grité, levantándome lo suficiente como para disparar un par de veces a la imponente monstruosidad con mi pistola láser, y los soldados, tanto valhallanos como nusquemses, siguieron mi ejemplo.

-Dijo que era inútil dispararle con los fusiles láser-, me recriminó Forres, con un tono desafiante, decidida a mostrarnos a todos lo estúpida que podía llegar a ser**-, y que nos concentráramos en los termagantes.**

-Eso era antes de que le hubieran abierto un agujero en su armadura. Ahora es vulnerable-. Seguí disparando con firmeza mientras hablaba**-. Si acabamos con ella, sus crías la acompañarán (85).**

(85) *Este es un fenómeno ampliamente catalogado. Al parecer, el shock de la muerte de la criatura-madre genera una retroalimentación psíquica tan potente*

que acaba matando a sus criaturas.

-Eso si no nos matan primero-, observó Forres, cuando la primera descarga de los devoracarnes cayó a unos metros de nuestra posición, pero de todos modos cambió de objetivo, alcanzando la zona del agujero abierto en la armadura del behemoth con una ráfaga de su mini bolter **(86)**; un par de ellos detonaron contra los órganos del interior, y la montaña de carne volvió a temblar violentamente. La constante lluvia de descargas láser contra las vísceras expuestas debía producirle un dolor agonizante, lo que puede explicar el escaso control que parecía tener ahora sobre sus crías; éstas se movían nerviosas, disparando individualmente, y luego se escabullían hacia la cobertura que les ofrecían las piernas de su progenitor, en lugar de formar una línea de ataque delante del leviatán, que es lo que había esperado.

(86) *A pesar del tamaño de su objetivo, la distancia debería haber sido excesiva para una pistola bolter, por lo que es razonable pensar que con ella no lograra hacerle ningún daño evidente a pesar de dar en el blanco.*

-Dispare cuando esté listo, Jurgen-, dije, mientras mi ayudante apuntaba cuidadosamente para efectuar un disparo con su melta**-. Tómese su tiempo-.** Tenía que conseguir un disparo limpio: en cuanto disparara, se señalaría a sí mismo como la mayor amenaza de entre todos nosotros, y tanto el tervigón como su descendencia reaccionarían en consecuencia.

-Ya casi lo tengo, señor-, me aseguró, desplazando el engorroso arma uno o dos milímetros, y luego apretó el gatillo. Cerré los ojos por reflejo, e incluso así pude ver la brillante llamarada a través de los párpados, y bizqueé,

mientras manchas oscuras seguían bailando en mi retina-**. Eso debería bastar.**

-Creo que tiene razón-, confirmé, con una mezcla de sorpresa y alivio. El disparo había sido limpio, como no me había cabido duda de que así sería, y la voraz ráfaga de energía se adentró profundamente en el cuerpo del monstruo. Con un agudo ulular, el monstruoso titan cayó, con las piernas buscando nuevos apoyos y aplastando a la mayoría de los termagantes que la rodeaban contra el hielo con el peso de su propio cuerpo.

-¡Adelante!-, gritó Forres**-. ¡Acabemos con él mientras está en el suelo! -.** Blandiendo su espada sierra, corrió hacia él, mientras los demás nos mirábamos asombrados ante tan genuina muestra de locura.

-¡Cuidado!-. grité, al ver cómo el monstruo giraba la cabeza, con unas mandíbulas capaces de partir por la mitad a un Chimera, y que chasqueaban con rabia. No tenía ninguna objeción a que se dejara matar, de hecho ya estaba tardando y con toda certeza, su deceso acabaría salvando muchas vidas a largo plazo, pero quedarse a un lado y adoptar el papel de espectador no era el tipo de comportamiento que se esperaba de un Héroe del Imperio. Si había alguna posibilidad de salvar esta miserable bola de hielo, necesitábamos que los nusquemses estuvieran totalmente comprometidos con su defensa, y convencidos de que podían ganar, lo que desgraciadamente me obligaba una vez más estar a la altura de mi inmerecida reputación. Maldiciendo a todos los idiotas demasiado entusiastas de la galaxia, cargué hacia delante, con la intención de alcanzarla y hacerla retroceder; pero afortunadamente ella también se había percatado del peligro, y su pistola bolter ladró, justo

cuando el abatido leviatán abría sus fauces. El proyectil explosivo detonó contra la parte posterior de su garganta, y toda la monstruosidad se convulsionó.

-Eso debería ponerle fin-, dijo, en un absurdo tono cargado de autocomplacencia, mientras enfundaba su arma y se giraba para encontrarse conmigo.

-De todos modos, ya se estaba muriendo-, repliqué mientras me pareció ver un borrón movimiento detrás de ella. Puede que hubiera caído, pero desde luego aun no estaba fuera de juego, pues había engendrado una nueva camada de termagantes para vengarse en su nombre. Un pequeño grupo de ellos salía de la sombra de su caído progenitor, con sus húmedos caparazones aun brillando con los fluidos del saco nutritivo en el que habían crecido aletargados, alzando hacía nosotros sus devoracarnes. Disparé mi pistola láser y me giré para huir, pero para mí enorme desgracia, la nieve cedió bajo mi bota.

Me lancé hacia adelante, cayendo por un momento, y luego me estrellé contra una empinada pendiente de hielo, por la que me deslicé durante uno o dos segundos, algo que en el proceso no le hizo ningún favor a mí ya maltratado uniforme. Por encima de mi cabeza escuché el crepitar de los disparos de los fusiles láser y el característico "hisssss crack" del mini bolter de Forres, pero luego todo se silenció abruptamente.

-¡Comisario!-. La voz de Grifen resonó en mi comunicador**-. ¿Se encuentra bien?**

-Estoy bien-, respondí, después de tomarme uno o dos segundos para asegurarme de ello. La tenue luz azul del día se reflejaba en el hielo que me rodeaba, así que pude distinguir mi entorno con poca dificultad. Me encontraba en una hendidura helada de unos tres o cuatro metros de profundidad y de longitud indeterminada, cubierta en su mayor parte por una gruesa capa de nieve compactada**-. Acabo de encontrar una de esas grietas de las que me advirtió Jurgen. ¿Qué está pasando ahí arriba?**

-El superbicho acaba de morir por fin-, me informó Grifen**-. Y los termagantes con él, porque en su estertor final rodó a un lado y los hizo papilla a todos.**

-¿Alguna baja?-. Pregunté, porque nunca está de más dar la impresión de que uno se preocupa por la salud de los soldados.

-Ninguna nueva-, me aseguró Grifen**-, aunque uno de los nusquemses está bastante mal por el bombardeo de espinas. ¿Puede salir por su cuenta de esa grieta?**

-Me temo que no-, dije, sacando mi linterna y alumbrando los alrededores para intentar ver mejor dónde estaba. La pendiente por la que me había deslizado era demasiado escarpada y resbaladiza como para pensar siquiera en intentarlo**-. Puede que haya un cable o algo en la caja de herramientas del transporte.**

-Ya estoy camino del vehículo para mirar, señor-, me aseguró Jurgen, tan fiable como siempre, y, ya

tranquilizado, empecé a avanzar por la grieta. Por lo menos, por una vez estaba a cubierto de ese maldito viento, y aunque no podía describir mi ambiente actual como cálido, al menos me sentía mucho más cómodo que en la superficie.

-Veré si más adelante es más fácil-, comenté, sin estar seguro de pudiera ser así, pero al menos ir a averiguarlo me daría algo que hacer mientras esperaba el rescate. La naturaleza reflectante del hielo que me rodeaba hizo que mi linterna pareciera mucho más brillante de lo normal, y avancé a buen ritmo, a pesar de la traicionera superficie sobre la que tenía que pasar.

A medida que avanzaba, empecé a observar ocasionales manchas de decoloración en el hielo translúcido y, movido más por la curiosidad ociosa que por otra cosa, me detuve en una que parecía más clara que la mayoría. Parecía haber algo sólido incrustado en él, y alce la linterna hacia ella, frotando la superficie lisa con el guante como si intentara despejar la condensación de una ventana empañada. Obviamente, no conseguí nada, aparte de mojarme la palma de la mano, pero cuando moví la mano que sujetaba la linterna un poco más hacia un lado, el ángulo del rayo cambió, permitiéndome ver con terrible claridad el objeto enterrado en el hielo.

-¡Por las tripas del Emperador!-, exclamé, dando un involuntario respingo hacia atrás. La forma serpentina de un tántalo, del doble de mi tamaño, se enroscaba en el hielo, aparentemente preparado para brincar y atacarme. Un momento después, cuando el martilleo de mi corazón regresó a niveles más normales, empecé a respirar con más facilidad. La asquerosa criatura estaba claramente inerte,

tan sepultada como había estado el tervigón. Puede que incluso estuviera muerta, pero lo dudaba después de lo que había sido testigo poco antes; sólo se necesitaría la presencia de una criatura sináptica activa para despertarse y unirse a las cada vez más numerosas filas de la invasión tiránida.

-¿Puede repetir, comisario?-, preguntó Grifen, con aire de desconcierto.

-Hay tiránidos aquí abajo-, dije, demasiado consciente de la consternación que mis palabras causarían en Primadelving**-. Hibernando o muertos, aunque yo apuesto por lo primero. Si todos se despertaran...-.** Dejé que el pensamiento se perdiera, sin querer terminar la frase.

Sin embargo, Kasteen no compartía mis escrúpulos y termino la frase por mí***-. No tendremos ninguna oportunidad.***



CAPÍTULO DIECIOCHO

-Bueno, al menos ya sabemos que fue de los pieles verdes-, bromeó Broklaw, con su típica sonrisa sardónica**-. Han sido pasto de los tiránidos.**

Asentí con la cabeza, aunque ninguno de los otros rostros alineados alrededor de la mesa de conferencias en una sala adyacente al puesto de mando principal pareció encontrar algo remotamente divertido en tal situación. Kasteen, Broklaw y yo estábamos sentados a un lado de la sólida losa de madera pulida, mientras que la coronel Brecca, su segundo al mando (con cuyo nombre aún no había logrado quedarme) y Forres se encontraban frente a nosotros, con un aspecto inquieto e incómodo, algo que difícilmente podía reprocharles. Al ritmo que iban las cosas, pronto no les quedaría un regimiento que dirigir **(87)**. Clothilde estaba en la cabecera de la mesa, como exigía el protocolo, rodeada de un pequeño grupo de consejeras que, en su mayoría, parecían ser conscientes de que estaban fuera de lugar, y eran lo suficientemente sensatas como para abstenerse de hacer comentario alguno. El contingente de la FDP estaba en el mismo lado de la mesa que los nusquemses, un arreglo que me parecía bastante razonable, puesto que en el fondo aquel era su maldito planeta y estaban acostumbrados a trabajar juntos, en la otra cabecera de la mesa se encontraba la delegación del Adeptus Mechanicus (encabezada por Izembard, por supuesto), mientras que los representantes de las restantes instituciones imperiales **(88)** se acomodaban en nuestro lado.

(87) *Aquí sin duda exagera, porque el reclutamiento de fuerzas procedentes de la FDP continuaba al mismo ritmo que al principio, si no más, aunque a mayoría de estas tropas novatas reemplazaban a las bajas sufridas en combate de compañías ya existentes en lugar de servir para crear nuevas unidades, tal y como estaba planificado.*

(88) *Tampoco se molesta en citar a esas "instituciones imperiales", pero los resúmenes de las reuniones si dejan constancia de la presencia de un delegado de la oficina del Arbiter, varios miembros del Administratum, un cardenal de la catedral, seguramente para proporcionar apoyo espiritual dado que no contaban con representantes de las Ordenes Militantes de la Adepta Sororitas en Nusquam Fundimentibus, y finalmente un Astrópata como representante del Coro de Primadelving.*

-Así que resumiendo, el caso es que, al final, se ha reemplazado un problema por otro-, comentó Clothilde, con una mirada hacia los miembros del estado mayor de los generales de la FDP, que en su mayoría parecían estar tan fuera del agua como ella.

-Deberíamos ser capaces de convertir esto en una ventaja-, anunció Forres, con la tranquila seguridad que da estar sumida en una total ignorancia**-. Si logramos que los tiránidos se enfrenten directamente a los orkos, entonces erradicarán a los pieles verdes al tiempo que se debilitaran lo suficiente como para que podamos eliminar fácilmente a los supervivientes.**

-Excepto por el hecho de que cada orko que devoren les proporcionara la materia prima para que todo el enjambre sea más fuerte-, señaló Kasteen **(89)-, por lo que nos podemos olvidar de considerar sus propias bajas. Tratar de usar a los tiránidos contra los orkos es tan sensato como tratar de ocultar la marca de una quemadura en la chimenea quemando la casa.**

(89) *Lo que la hace tener mucha más previsión que el Inquisidor Kryptmann, cuyos intentos de aplicar aquella táctica a escala galáctica habían dejado un estropicio de narices que tuvo que limpiar el Ordo Xenos.*

-Una pintoresca analogía sin duda-, bromeé, a fin de rebajar la tensión y evitar cualquier respuesta acalorada por parte de Forres**-, pero el caso es que esa analogía es esencialmente qua correcta. Los orkos constituyen ahora un elemento secundario, y así seguirán. Tenemos que emplear todos los recursos que poseemos contra los tiránidos, mientras aun podamos marcar la diferencia-.** Kasteen y Broklaw asintieron con la cabeza, pues sabían muy bien la magnitud de la amenaza que representaban esas malignas criaturas en comparación con las que nos habían enviado a combatir inicialmente. Para mi alivio, Clothilde también asentía, evidentemente convencida por nuestra exposición.

-Lo que quiero saber para empezar, es de dónde vinieron esas horribles criaturas-, prosiguió**-. Nuestros auspex no han registrado ninguna actividad inusual en el sistema, ¿correcto?**

Esta última pregunta iba dirigida a una mujer de pelo gris metálico, que vestía el uniforme de almirante de la Flota de Defensa del Sistema; a juzgar por la tensión que su cintura imponía a los botones, sus días de servicio activo en los estrechos confines de una nave de guerra habían quedado largo tiempo atrás.

-Nada, su excelencia-, se apresuró a responder**-, aunque eso no significa que no haya nada. Las naves tiránidas son notoriamente difíciles de detectar a larga distancia. Las FDS están ejecutando un barrido**

de reconocimiento del sistema interior, pero este aún tardará algún tiempo en completarse.

-Especialmente dado que toda su flota se reduce a dos cúteres de control de aduanas y una nave correo-, mascullό Kasteen, sotto voce **(90)**.

(90) *Esto no era enteramente cierto. También contaban con tres lanzaderas de clase Aquila, aunque una de ellas estaba pasando un mantenimiento rutinario en aquella época, lo que la dejo temporalmente fuera de servicio.*

-Si hay una nave colmena en el sistema-, me apresuré a centrar el debate que me preocupaba**-, debe estar sola. La comunicación astropática no ha sido interrumpida por la sombra en la disformidad que proyectaría una auténtica flota-,** algo de lo que estaba completamente seguro, pues le había enviado a Amberley un breve pero conciso resumen de la situación a la primera oportunidad que se me había presentado, asumiendo que la súbita aparición de tiránidos con mucha antelación a las flotas colmena que se aproximaban, constituiría una información de sumo interés para su rama particular de la Inquisición **(91)**. Por desgracia, las posibilidades de que pudiera presentarse allí para resolver el asunto en persona eran mínimas, con lo que solo estábamos nosotros para ocuparnos de ello.

(91) *Una suposición bastante acertada.*

-Como sea, el caso es que eso ya es algo-, afirmó Clothilde aferrándose al punto de vista optimista**-. Al menos podemos pedir ayuda.**

-Ya lo hemos hecho-, le aseguró Kasteen con crudeza, señalando con la cabeza al astrópata de túnica gris que estaba sentado en el otro extremo de la mesa**-. Los refuerzos deberían estar en camino desde Coronus. Pero el tiempo que tardaran en llegar aquí...-.** Se encogió de hombros con una expresiva elocuencia, pues estaba demasiado familiarizada con los caprichos de los viajes en la disformidad, por no hablar de la inamovible inercia del Munitorum, y de la necesidad imperiosa de contar con muchas más tropas desplegadas en inumerables lugares, de las que en realidad contaba la Guardia.

-Eso es muy alentador-, suspiró Clothilde**-, pero sigue sin responder a mi pregunta. ¿Por qué los tiránidos han aparecido súbitamente de la nada?**

-Porque siempre han estado aquí-, aventuró Izembard, con su plano zumbido mecánico, añadiendo dramatismo a sus palabras**-. El análisis preliminar de los especímenes encontrados por el Comisario Caín, y la profundidad del hielo en el que se encontraban, sugieren que quedaron atrapados en el hielo hará más o menos unos siete mil años. Por supuesto, hemos considerado una tasa de formación de hielo relativamente uniforme.**

-Mucho antes de que el planeta fuera colonizado-, añadió Brecca, en beneficio de los extraplanetarios.

-Debieron haber quedado varados aquí-, continuó Izembard, sin inmutarse por la interrupción**-. Al no encontrar nada que consumir, se sumieron en un**

estado latente similar al que asumen cuando viajan entre las estrellas, quedando finalmente enterrados por las continuas tormentas de nieve.

-Pero la gente ha vivido aquí durante milenios-, protestó Forres**-. ¿Cómo es que nadie se ha topado con uno hasta ahora?**

-Porque es un mundo helado-, dije**-. La gente se mantiene cerca de las ciudades subterráneas o de uno de los puestos de avanzada, a menos que sea absolutamente necesario. Así es como los orkos desaparecieron tan definitivamente después de la invasión**-. Luego, con un pensamiento aún más inquietante, añadí**-. Además, pudiera ser que alguien haya encontrado un tiránido de vez en cuando. Pero si una de esas criaturas aisladas se despertara por la presencia de una presa, a buen seguro volvería a dormirse después de alimentarse, ¿no es así?**

-Tal vez-, comentó Izembard, sin que su artificial monotonía pudiera disimular su escepticismo.

-Eso no explica por qué tantos de ellos se han despertado ahora-, objetó Broklaw**-, justo después de que llegáramos...-.** Su voz se interrumpió cuando una de repente una pieza encajó por fin en el siniestro puzle.

-Fuimos nosotros-, afirmé**-. Cuando nuestra nave se estrelló, se derritió el hielo alrededor del lugar del impacto, y justo allí debía haber unos cuantos tiránidos lo suficientemente cerca como para quedar**

descongelados-. De repente, el movimiento que recordaba haber visto en el agua, y en la tormenta de nieve cuando Jurgen y yo habíamos encontrado los vehículos orkos abandonados, adquirió un significado más obvio y siniestro.

-Entonces, ¿por qué no le atacaron mientras desembarcaba? -. Preguntó Forres, absurdamente impaciente ante lo que parecía considerar como una descabellada fantasía.

-Porque han estado esperando su momento-, repliqué**-. Cosechando a los orkos para obtener biomasa, y desenterrando a más elementos de su congelado ejército.**

-Así que ahora nos enfrentamos a un ejército de esas cosas-, concluyó Kasteen.

-Me temo que sí-, dije**-. La única buena noticia es que nosotros recibiremos refuerzos y ellos no.**

-Tampoco podemos quedarnos sentados y esperar a que lleguen las naves con las tropas de refuerzo-, se quejó Forres, haciendo su primera contribución inteligente del día**-. Para entonces, los tiránidos podrían habernos invadido.**

-Ya estamos excesivamente diseminados-, se quejó Brecca**-, y aún hay cientos de sitios alrededor de los Leeward Barrens por proteger. Si retiramos nuestras unidades de vigilancia, tendremos más elementos para redistribuir, pero entonces los orkos que aún**

pudieran andar sueltos tendrían vía libre para arrasar la provincia.

-Los orkos no son el problema-, repetí, sorprendido de que aún no lo hubiera entendido**-. Si avanzan, no será más que para acabar convirtiéndose en el plato principal de los tiránidos mientras nosotros evacuamos todos los asentamientos periféricos que podamos y nos dedicamos a reforzar las guarniciones de los principales centros de población.**

Mientras hablaba, intercambié una mirada incómoda con Kasteen y Broklaw. Todos sabíamos por una experiencia amargamente probada, que concentrar a la población en grupos más grandes sería poco más que montar un bufé libre para los tiránidos, pero al menos implicaría reducir los sitios que defender.

-Eso todavía nos deja con una capacidad endiabladamente reducida-, repitió Brecca meditabunda**-. Lo que realmente necesitamos es alguna forma de predecir qué sitios corren más riesgo de ser atacados.**

-¿Magos?-, preguntó Clothilde, mirando a Izembard desde su extremo de la mesa**-. ¿Tiene alguna sugerencia?**

-Estamos trabajando en un algoritmo de predicción-, aseguró el tecnosacerdote**-, pero las variables implicadas son numerosas y difíciles de calcular.**

-Podría ayudar si supiéramos sus motivos para atacar allí donde lo han hecho-, dijo Forres, haciendo dos comentarios sensatos seguidos, todo un récord por lo que sabía de ella.

-Y cómo lo hicieron-, añadí**-. Las puertas exteriores de la central eléctrica estaban todas selladas cuando llegamos.**

-Lo mismo sucedió en las instalaciones subterráneas agrícolas-, explicó Forres.

-No hay misterio alguno de que los llevó a atacar el segundo lugar-, añadió Broklaw**-. Toda esa biomasa se le debió antojar como una auténtica veta madre a un enjambre tiránido.**

-Pero eso no explica cómo lo detectaron-, insistió Brecca**-. O cómo tantos de ellos fueron capaces de colarse en las instalaciones sin que nadie se diera cuenta.**

-Tienen algunos organismos especialmente criados para la infiltración-, afirmó Izembard.

-Pero no vimos ninguno de ellos-, respondí**-. Sólo gantes y genestealers, con algunas de las formas sinápticas guerreras para controlarlos.**

-También eso fue todo lo que pudimos ver nosotros-, confirmó Forres**-. Cuando llegamos, el lugar parecía**

abandonado, y luego, de repente, empezaron a salir en tropel de los niveles inferiores.

-Precisamente en esa zona es donde los encontramos en la central eléctrica-, añadí, justo cuando Jurgen se inclinó sobre mi hombro para dejar una taza de recafeina en la mesa. Dada la delicadeza de los asuntos que estábamos discutiendo, pocos de los sirvientes de palacio eran de confianza para servir refrigerios durante la reunión, así que Jurgen se había encargado de sustituirlos, ya que su condición como mi ayudante personal aseguraba su lealtad fuera de toda duda. Cuando me dispuse a coger la humeante bebida, me llegó una fuerte vaharada de su personal miasma, que provocó que un elusivo pensamiento acabara arribando finalmente a buen puerto**-. Cerca de las chimeneas volcánicas.**

-También había chimeneas similares en las agro cavernas-, añadió Forres**-. Podíamos oler el azufre, aunque lo cierto es que nunca llegamos a las partes más profundas.**

-¿No estarán sugiriendo que esas criaturas entraron a través del flujo de lava?-, preguntó Clothilde, con gran incredulidad en su voz**-. Arderían hasta quedar convertidos en meras cenizas.**

-Quizás-, asentí, con el aun intensamente incomodo recuerdo de cierto enjambre avanzando por un estrecho istmo de roca rodeado de magma para atacar Hell's Edge**-, si cayeran dentro del magma. Pero lo cierto es que he sido personalmente testigo de cómo resistían temperaturas increíbles. Y algunos de ellos pueden**

colarse por huecos demasiado estrechos para un ser humano.

-No los guerreros-, objetó Kasteen.

-Sin embargo, es una hipótesis de lo más interesante-, intervino Izembard**-. Muchas de las bioformas tiránidas están adaptadas para excavar, y el propio comisario Caín ha sido testigo de cómo los hormagantes excavaban de una manera muy inusual para su especie. Con la suficiente determinación, un enjambre podría ser capaz de ampliar las fisuras naturales en el lecho rocoso lo suficiente como para deslizarse a través de ellas.**

-Entonces estamos aviados-, dijo rotundamente Broklaw **-. Esta zona está plagada de tales chimeneas y respiraderos, ¿no es verdad?**

-Afirmativo-, confirmó Izembard, y su mecánico zumbido imprimió a sus palabras un aire de ineludible fatalidad**-. Sin embargo, las tensiones geológicas se encargarían por sí mismas de colapsar cualquier pasaje excavado en un plazo relativamente corto.**

-¿Asegura entonces que todo el enjambre no podría viajar de esa manera?-, preguntó Kasteen, y el magos negó con la cabeza.

-No en gran número, ni a una distancia apreciable. Supongo que se trata de una estrategia enfocada

únicamente en burlar las defensas o atacar sin previo aviso.

-Como sea, eso ya es algo-, resopló Kasteen, claramente decidida a encontrar algo positivo en nuestra situación**-. Sólo tendríamos que vigilar las principales chimeneas en la superficie, y montar sismógrafos que nos avisen si se excava algún túnel.**

-Puede que no sean del todo fiables-, advirtió Izembard**-, dada la inestable naturaleza de los Leeward Barrens. Continuamente se registran pequeñas sacudidas y temblores.**

-Eso será mejor que nada-, se empecinó Kasteen, provocando asentimientos a lo largo y ancho de la mesa.

-¿Algo de todo esto podría ser de ayuda para su algoritmo predictivo?-, le pregunté a Izembard, tratando de despojar la pregunta de cualquier rastro de sarcasmo, y él asintió pensativamente.

-Reduce algunos de los parámetros-, dijo con cautela**-. Pero hay un objetivo que puedo predecir con total seguridad.**

-¿Y cuál es ese?-, preguntó Forres, como si tuviera ganas de salir de inmediato a defenderlo.

Una expresión tan cercana a la sorpresa como era posible en un rostro con una proporción mucho más grande de metal que de carne parpadeó en el rostro del

tecnosacerdote. Levantó un brazo y lo extendió para abarcar lo que nos rodeaba.

-Primadelving-, dijo, como si fuera obvio.

Asentí, con la boca seca.

-La mayor concentración de biomasa del planeta-, coincidí.

NOTA EDITORIAL:

En aras de ofrecer una perspectiva más amplia de la campaña, me veo una vez más obligada a recurrir al más fiable, aunque menos legible, de los relatos de los testigos presenciales. Aquellos de mis lectores que consideren que la aclaración adicional que ofrece es una escasa recompensa para el ímprobo esfuerzo de leerlo, puedo asegurarles que pueden obviarlo sin perder nada respecto al relato original, aunque como siempre, les animo a hacerlo pues rellena algunas de las inherentes lagunas en el texto de Caín.

Extracto de *"Como un Fénix entre las llamas: Las Primeras y Gloriosas Campañas Victoriosas del 597º Valhallano"*, por la General Jenit Sulla (retirada), 101.M42.

Si alguno de nosotros sintió consternación o inquietud ante la noticia de la obscena presencia tiránida entre las inmaculadas nieves y montañas cubiertas de nubes del bello Nusquam Fundimentibus, ningún signo de ello se mostró entre los valientes guerreros que tuve el privilegio de dirigir. Al contrario, un espíritu de sombría determinación nos invadió a todos, viendo nuestra resolución reforzada como siempre por el brillante ejemplo del Comisario Caín. A pesar de lo mucho que tuvimos que soportar para descubrir aquella nueva y terrible amenaza, Caín mantuvo la calma y la determinación, junto a su ya legendario e infalible buen humor y su inquebrantable confianza en nuestra victoria final, contribuyendo a calmar los nervios de cualquiera que pudiera vacilar.

Para mi tácito orgullo, a la Primera Compañía le fue encomendada la tarea de limpiar el complejo de cavernas del enjambre que lo había infestado, de donde nuestro noble Comisario había rescatado tan heroicamente a los asediados supervivientes del Primero de Nusquam. Sin duda, su excepcional liderazgo y capacidad de superación ante aquellas repugnantes criaturas resultó tan inspirador para las mujeres y hombres del recién nacido regimiento local lo había sido para el nuestro tiempo atrás.

Después de leer y releer su característicamente modesto relato de los acontecimientos, junto con el informe posterior a la acción de la sargento Grifen y el de su homólogo nusquemse, había determinado que nuestra estrategia óptima sería ejecutar un avance constante, caverna por caverna, con los lanzallamas de nuestras escuadras de armas pesadas en la vanguardia, apoyados por la potencia de fuego masiva de al menos dos escuadras de infantería. Eso, en mi opinión, sería suficiente para desbaratar cualquier intento de arrollarnos por el mero peso de los números, que era la táctica favorita de la mente colmena, pero que en esta ocasión sería mucho menos eficaz dados los espacios relativamente reducidos del sistema de cavernas, donde los pasillos que las conectaban crearían puntos de estrangulamiento, restringiendo el número de criaturas capaces de enfrentarse a nosotros en un momento dado. Para maximizar esta ventaja, propuse bloquear los pasajes tangenciales a nuestro avance con cargas de demolición, impidiendo así cualquier maniobra de flanqueo que pudieran intentar aquellos obscenos xenos.

Con todo, la meticulosamente planeada operación, resultó ser una especie de anticlímax; mientras nuestros Chimeras se posicionaban alrededor de la periferia del complejo,

donde sus bolteres pesados podían crear campos de fuego superpuestos, ya fuera para despejar el camino para nuestro avance, o, el Emperador no lo quisiera, para cubrir una retirada ordenada en caso de que el enemigo se mostrara más formidable de lo esperado, no pudimos detectar ninguna señal de movimiento en la superficie, más allá de los pintorescos remolinos de nieve arrastrada por el viento. Nuestro avance hacia el complejo se produjo casi sin oposición, pues allí sólo quedaba un escuálido puñado de organismos antinaturalmente creados, sin duda para asegurarse de que ningún pedazo de materia orgánica que pudiera haber escapado a su atención quedara sin consumir; éstos fueron despachados con tanto entusiasmo y celeridad como cabría desear, e incineramos sus malditos cadáveres para asegurarnos que los tiránidos se vieran privados permanentemente de los recursos de tal materia. De la gran masa del enjambre no había ni rastro, pues la inmensa mayoría de sus miembros ya se había marchado en busca de nuevos víveres que consumir.

Sin embargo, en los días que siguieron fuimos testigos de muchas pruebas de sus depredaciones, ya que los asentamientos e instalaciones periféricas fueron cayendo víctimas de su implacable avance. Aunque la gobernadora planetaria, siguiendo el buen consejo de la coronel Kasteen y el comisario Caín, había ordenado una evacuación general de todos esos vulnerables asentamientos, tal labor llevó demasiado tiempo, y los tiránidos aprovecharon cada retraso. A su manera, fue casi igual de negativo fue el avance de las hordas orkas, que aprovecharon el obligado redespliegue de las fuerzas imperiales para hacer frente a la mayor amenaza, surgiendo sin control a través de los campos de hielo, saqueando y despojando a las desafortunadas comunidades que cayeron en sus manos antes de que los tiránidos pudieran alcanzarlas.

Inevitablemente, las dos razas xenos se enfrentaron, proporcionando un tiempo valioso para el esfuerzo de evacuación, aunque todos éramos conscientes de que la batalla por nuestra propia supervivencia, y la de todo el planeta, era inminente. Por descontado, cuando esto llegara, el Comisario Caín nos lideraría en la vanguardia de nuestras fuerzas, siendo su contribución innegablemente decisiva, como tantas veces ocurrió a lo largo de su ilustre carrera.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Como desgraciadamente suele suceder tan a menudo cuando uno se enfrente a los tiránidos, nos encontramos a la defensiva, hecho que como comprenderán, dista mucho de resultar algo idóneo en una guerra. Para empeorar la situación, los tiránidos se habían dividido en varios grupos más pequeños, que recorrían los Leewards Barrens prácticamente a su antojo, atacando objetivos pequeños e indefensos antes de estos hubieran podido ser evacuados o defendidos **(92)**. Lo único positivo era que, hasta el momento, la infestación seguía confinada en los Barrens; así que los civiles evacuados fueron enviados a otras provincias, con la esperanza de poder contener la situación antes de que esta creciera hasta el punto de que volvieran ser parte del menú dondequiera que se encontraran.

(92) *Algunas zonas, como las restantes centrales energéticas, eran demasiado importantes para simplemente abandonarlas, así que se optó por dejar al personal mínimo necesario, apoyados por aterrorizados soldados de la FDP, cuyos Valkyries estaban preparados para recogerlos y llevarlos a zonas seguras tan pronto como sus defensas cayeran.*

-Deberíamos pensar seriamente en evacuar también la capital-, dije, aprovechando la oportunidad que me proporciono tener una relativamente tranquila conversación con Clothilde, quién amablemente me había brindado la invitación a cenar en sus aposentos privados. No era nada inusual que un gobernador planetario ofreciera algún tipo de recepción privada a los oficiales superiores de un regimiento recién llegado, que por lo general solía

extenderse al comisario y a cualquier otro asesor adscrito al personal de mando, pero en aquellos casos la lista de asistentes a tales eventos ascendía normalmente a cientos de personas, debido a que toda la nobleza local y sus allegados competían por una oportunidad de ser vistos junto a los defensores del Imperio. Teniendo en cuenta los enjambres de parásitos endogámicos que mi enormemente hinchada reputación parecía atraer, a pesar de la presencia de Jurgen a mi lado, generalmente me decantaba por enviar mis excusas, pero en este caso la gobernadora había dejado muy claro que iba a tratarse de una discreta e informal reunión; y sopesando las habilidades culinarias que podía esperar de un chef estándar de las cocinas palaciegas, decidí que sería una grosería negarme.

En cualquier caso, me sorprendió que al final tan sólo Kasteen, Broklaw y yo cenáramos a solas con ella, como también lo hizo, aunque un poco menos, el descubrimiento posterior de que el motivo ello no era otro que su deseo de discutir la situación más abiertamente de lo que podría hacerlo rodeada de su habitual círculo de asesores y petimetres varios.

-No es posible-, sentenció firmemente**-. Primadelving es la sede del gobierno, y este palacio es el símbolo de la autoridad imperial. Abandonarlo daría a la población una señal totalmente equivocada de nuestra situación.**

-No estoy sugiriendo que usted se vaya-, puntualicé, mientras cortaba una especie de seta asada que prácticamente cubría mi plato **(93)-, pero la población civil aquí es excesivamente numerosa, y seguirán estando en peligro ante el actual número de las**

fuerzas tiránidas. Deben ser trasladados a una zona más segura lo antes posible.

(93) *Por motivos más que obvios, las variedades de hongos y setas de todo tipo se cuentan entre las principales especialidades en las que destacan los planetas donde la mayor parte de la población vive en instalaciones subterráneas.*

-¿Los tres millones?-, preguntó Clothilde, con gestó irónicamente divertido.

-El mayor número posible-, remarcó suavemente Kasteen.

Broklaw asintió, masticando, y se apresuró a tragar antes de intervenir también.

-Tres millones de civiles son tres millones de carnaza para los tiránidos-, dijo**-. La mente colmena ya habrá detectado una concentración tan grande de biomasa y a buen seguro se estará preparando para asimilarla. Si aún no ha atacado, es sólo porque no puede reunir una fuerza lo suficientemente grande como para estar segura de poder atravesar nuestras defensas.**

-¿Eso es todo lo que mi gente es para usted, mayor?-, preguntó Clothilde con frialdad**-. ¿Potencial alimento para los tiránidos?**

Broklaw se sonrojó ante tal comentario.

-Por supuesto que no-, replicó con el toque justo de indignación marcial que esperaba de él**-, pero tenemos que ser conscientes del escenario estratégico al que nos enfrentamos.**

-Habla como un auténtico soldado-, dijo Clothilde con una sonrisa, y Broklaw volvió a sonrojarse, comprendiendo de golpe que le había tomado el pelo.

-Ruput está en lo cierto-, le apoyó Kasteen, acudiendo lealmente al rescate de su subordinado**-, al igual que Ciaphas. Todos hemos luchado contra los tiránidos anteriormente, y pagamos un alto precio, excesivamente alto, por cada lección aprendida.**

-No me cabe la menor duda de ello-. Clothilde dio un delicado mordisco a su filete de setas**-. Pero una evacuación masiva a esa escala sería imposible dados los recursos que tenemos a nuestra disposición. Ya estamos al límite con la evacuación de los no combatientes de los Barrens-.** Hizo una pausa para tomar un sorbo de vino**-. Así que lo último que necesitamos en este momento es desatar el pánico.**

Asentí con la cabeza, tratando de no imaginar el efecto que tendría un estallido de disturbios civiles en los confines de una ciudad subterránea, y las nefastas consecuencias que tendría en cuanto a nuestros propios preparativos.

-No obstante-, señalé**-, cuantos menos transeúntes inocentes tengamos que proteger cuando las descargas láser vuelen por doquier, mejor será para**

todos-. La funesta predicción de Izembard aún estaba fresca en mi memoria, y no se me ocurría ninguna razón para dudar de ella**-. Sería de gran ayuda si hubiera alguna forma persuadir a parte de la población para que se fueran de la capital por su propia voluntad.**

-Supongo que eso podría arreglarse-, concedió Clothilde, asintiendo pensativa e inclinándose para rellenar la copa de vino de Broklaw. Todos estábamos aquí para hablar con franqueza, y eso significaba prescindir de los sirvientes que normalmente se encargarían de tales sutilezas**-. Los pictonoticiarios y los periódicos están informando de la existencia del enjambre, pero restan importancia al peligro. Sugeriré que empiecen a ser un poco menos comedidos, enfatizando que provincias son seguras, y que dejen que los urbanitas saquen sus propias conclusiones.**

-Eso debería persuadir a algunos para que se vayan mientras sea posible-, dijo Kasteen**-. Y también podría ayudar si la FDP empieza a escoltar los convoyes de transportes de orugas. Lo último que necesitamos es que los tiránidos masacren uno de los convoyes mientras intentamos convencer a los civiles para que viajen.**

-Bien visto-, coincidí.

-¿Se sabe algo de los refuerzos?-, preguntó Clothilde, y Kasteen asintió.

-Otros tres regimientos están en camino desde Coronus. Dos más de infantería de Valhallan y otro de blindados pesados para hacer pasar un mal rato a las bestias más grandes. Si podemos mantener confinado el brote en los Barrens hasta que lleguen aquí, podríamos tener una oportunidad.

-También hay un crucero de ataque de los Marines Espaciales en camino-, añadí, percatándome de la disimulada mirada que se cruzaron Kasteen y Broklaw, ya que estaban al tanto de mi asociación con Amberley, y sin duda sospechaban que había conseguido que ella moviera algunos hilos en nuestro favor; aunque para ser honesto, en esta ocasión no resultó ser más que una fortuita coincidencia **(94)-. Concretamente del Capítulo de los Cuchillos de Hueso. Parece que han recibido nuestra petición de refuerzos han decidido acudir en nuestra ayuda.**

(94) *Si le iba bien creer eso, no sería yo quien se molestase en explicarle la verdad y aceptar el crédito por ello.*

-Esas son excelentes noticias-, comentó Clothilde**-. ¿Cuánto tardarán en llegar?**

Kasteen se encogió de hombros.

-Aproximadamente un mes más, si el Emperador así lo quiere.

-Ya veo-. La gobernadora masticó otro bocado de setas, pensativamente**-. Entonces, esperemos que todavía**

estemos por aquí para darles la bienvenida.



A medida que la tensión se iba acumulando con el paso de los siguientes días, hasta alcanzar la semana, comencé a creer que quizás habría alguna esperanza de que la gobernadora viera cumplidos sus deseos. La evacuación continuó desarrollándose tan bien como cabía esperar, literalmente arrebatando a innumerables civiles de las fauces de la muerte, mientras nuestras fuerzas libraban una serie de escaramuzas que esperábamos impidieran que los dispersos grupos del enjambre se unieran para formar una fuerza unificada. Nuestros propios soldados habían luchado contra los tiránidos con la suficiente frecuencia como para conocer el valor de mantener la red neuronal lo suficientemente dispersa como para que fuéramos capaces de vez en cuando de abrir un agujero en ella, y para mi sorpresa, también los nusquemses parecían estar aprendiendo la lección, teniendo el suficiente sentido común como para copiar las tácticas que los valhallanos estaban utilizando con un efecto tan positivo, en lugar de simplemente cargar de frente hasta acabar siendo masacrados como habían hecho contra los orkos.

Lo más sorprendente, al menos a mí parecer, fue que debíamos agradecer a Forres su cambio de actitud; aunque ella seguía siendo un grano en el culo capaz de sacar de quicio a cualquiera, al menos en mi opinión, nuestro pequeño encuentro con los tiránidos en las instalaciones agrícolas subterráneas junto con nuestro desesperado

combate con el tervigón, parecían haber curado el delirio de inmortalidad habitual en los jóvenes recién salidos de la schola progenium, y su recientemente y esforzadamente ganado pragmatismo, se estaba transmitiendo felizmente a los soldados a su cargo.

-Cada vida desperdiciada en el campo de batalla es una victoria para los enemigos del Emperador-, le aconsejé una mañana cuando nos encontramos en el pasillo que conducía a la sala de conferencias, en respuesta a un comentario chorras de los suyos sobre la nobleza del sacrificio y toda esa mandanga. Igual aquella mañana se había levantado con media neurona activa, porque esta vez se me quedo mirando un poco extrañada.

-Jamás lo había visto de esa manera-, me respondió pensativamente, y luego vaciló un momento antes de añadir**-. ¿Puedo hablarle con franqueza, comisario?**

-Por supuesto, de comisario a comisario-, respondí, divertido por su formalidad.

-Me temo que le debo una disculpa-, dijo con seriedad, tomándome completamente por sorpresa**-. Sinceramente, cuando nos conocimos, pensé que su reputación había sido enormemente exagerada.**

-Ya sabía yo que tenía que haber algo en lo que los dos estuviéramos de acuerdo-, afirmé, poniendo un tono bromista a algo que era la más pura de las verdades, reforzando de paso la impresión de modestia que todos parecían tener de mí.

Las comisuras de la boca de Forres se curvaron, antes de borrar apresuradamente cualquier signo de diversión.

-En la schola progenium no paraban de hablarnos de usted y sus increíbles hazañas-, prosiguió**-. Nos decían que era usted el modelo de comisario ideal, cuyo ejemplo debíamos aspirar emular.**

-Por favor, no los recordaba tan crueles. Le aseguro que yo no torturaría así a nadie-, respondí con la misma sinceridad.

-Así que cuando le conocí en persona-, continuó Forres**-, supongo que, bueno, que me decepcionó un poco. Parecía un poco...**

-¿Humano?-, sugerí, y ella asintió con gravedad**-. Todos lo somos-,** continué**-. Guardias, FDP, civiles...-.** Me interrumpí para saludar cortésmente con la cabeza a Izembard**-. Incluso él, aunque fijo que no agradecería mucho que así se lo dijera. Pero es precisamente eso lo que nos hace fuertes y nos asegura la victoria.**

-Sí, bueno-. Forres se encogió de hombros**-. Pensé que le debía una explicación, sin más.**

-Aprecio el detalle-, le aseguré**-. Y su franqueza-.** Lo que resultaba aún más irónico, teniendo en cuenta las frases hechas con las que la había engatusado. De todos modos, mi amistosa actitud pareció funcionar; me dedicó

una pequeña sonrisa y fue a reunirse con los nusquemses al rincón de la sala donde, por así decir, se habían hecho fuertes.

-Magos-, saludé verbalmente, ya que Izembard parecía haber interpretado mi saludo como un deseo de conversación, y se había acercado a mí en lugar de sentarse en la mesa**-. ¿Alguna novedad de la que debamos estar al tanto los demás?**

-Todo a su debido tiempo, comisario-, me reprendió**-. El Omnissiah revela sus secretos poco a poco. Pero un aspecto de nuestro trabajo le concierne a usted, en cierto modo, así que supongo que puede interesarle.**

-¿A mí?-, pregunté, sintiéndome tan desconcertado como cabría esperar**-. ¿En qué sentido?**

-Los tiránidos congelados que encontró-, zumbó Izembard**-. Nuestra estimación preliminar del tiempo que han estado enterrados puede haber sido errónea.**

-Fascinante-, dije, intentando disimular mi total indiferencia por el tema, aunque si me hubiera dado cuenta de la importancia de sus palabras, estoy seguro de que habría escuchado con mucho más interés**-. ¿Cuánto tiempo llevan ahí?**

-Bastante más-, respondió el tecnosacerdote**-. Aunque todavía estamos intentando determinarlo con más precisión, podrían ser anteriores al impacto del**

asteroide que alteró la geología de toda esta región del planeta.

-Me alegro por ellos-, comenté. Desde mi punto de vista, era más urgente el innegable hecho de que el enjambre estaba cada vez más cohesionado y las tácticas que empleaba eran más sofisticadas, argumento que me cuide mucho en decirlo nada más empezar la reunión.

-Nos hemos topado con esto anteriormente-, señaló Kasteen con seguridad**-. La mente colmena analiza las tácticas que se emplean contra ella y modifica las suyas en consecuencia.**

-Me inclinaría a estar de acuerdo-, dijo Izembard**-, si no fuera por la velocidad con la que se están produciendo estos cambios. Estamos empezando a ver enjambres diferenciados que coordinan sus esfuerzos, algo que está mucho más allá de las capacidades de las criaturas sinápticas previamente identificadas.**

-Entonces, ¿cómo lo están haciendo? -, pregunté, con la familiar sensación de hormigueo en las palmas de las manos que me advertía de los graves problemas que se avecinaban.

-Nuestra hipótesis-, explicó el Magos, después de lo que me pareció sospechosamente una pausa para conseguir un efecto dramático**-, es que algún nodo principal de la mente colmena ha sobrevivido a la catástrofe que ha abrumado a las criaturas menores y en su momento**

entró en letargo con ellas. Ahora, el aumento de la actividad sináptica en la red neural está haciendo que reviva, reuniendo a las demás bioformas.

-¿Quiere decir que la bionave que los trajo a este planeta está despertando?-, pregunté, con un nudo en el estómago solo de pensarlo.

Izembard asintió pensativo.

-Es posible-, continuó**-, aunque si una nave así estuviera en las cercanías de Nusquam Fundimentibus, seguramente ya habría revelado su presencia. Es más probable que algún fragmento de ella haya acompañado al resto de organismos a la superficie.**

-Entonces tenemos que encontrarla y matarla-, enfatizó Kasteen, con el rostro pálido incluso para un habitante de un mundo helado**-, antes de que acabe de despertarse por completo. Si es tan fuerte, podría incluso empezar a llamar a la flota de la que procede.**

-Y si lo hace-, concluí**-, nos enfrentaremos a una invasión a gran escala.**

Nos miramos el uno al otro, comprendiendo todas las horribles implicaciones. Sabíamos por amarga experiencia que incluso una pequeña flota escindida podía aniquilar un mundo en cuestión de semanas. Con su población relativamente baja y altamente concentrada, una sola bionave completamente funcional sería probablemente más

que suficiente para arrasar Nusquam Fundimentibus antes de que los refuerzos que esperábamos tuvieran tiempo de llegar.

-¿Podría estar escondida en el halo?-, preguntó Forres**-. Sería casi imposible encontrarlo entre los restos cometarios.**

Broklaw negó con la cabeza.

-Tendría que estar mucho más cerca para mantener un contacto fiable con el enjambre en tierra-, señaló**-. Tal vez esté en órbita, ocultándose de alguna manera.**

-Las naves colmena son notoriamente difíciles de detectar mediante los auspex-, dijo Izembard**-, pero no hay registros de ninguna que haya logrado evadir la atención por completo a tan corta distancia. El intelecto que la controla está casi seguro en algún lugar de la superficie de Nusquam Fundimentibus.**

-Si todos los tiránidos activos están en los Leewards Barrens, entonces cabe suponer que el nodo de la colmena también debe estar en esa zona-, especulé en voz alta.

Izembard inclinó la cabeza aceptando mi idea.

-Es una deducción bastante razonable-, confirmó**-. Aunque eso todavía nos deja con un área**

considerable por cubrir.

-Demasiado grande-, apuntó Kasteen**-. Ya estamos demasiado dispersos como para organizar una búsqueda sobre el terreno, incluso aunque supiéramos lo que estamos buscando.**

-¿Qué hay de un reconocimiento aéreo?-, preguntó Brecca, y la oficial superior de la FDP presente negó con la cabeza.

-Todos nuestros aviones están comprometidos con la evacuación-, dijo**-. Podríamos redistribuirlos...**

-No-, rechazó enérgicamente Clothilde**-. Sacar a los civiles del peligro tiene que ser nuestra máxima prioridad.**

-Con el debido respeto, Excelencia-, dijo Forres**-, salvar el planeta debe ser nuestra máxima prioridad. Los daños colaterales son lamentables, por supuesto, pero...**

-Entonces le sugiero que encuentre una forma de conseguirlo sin alimentar al primer organismo tiránido que se presente con mis ciudadanos-, zanjó el asunto Clothilde, con una voz que no admitía discusión.

-En cualquier caso, el reconocimiento aéreo no será de mucha ayuda-, apunté, adoptando mi actitud más diplomática; lo último que necesitábamos ahora era

empezar a discutir entre nosotros**-. Sea lo que sea ese nodo colmena, probablemente esté enterrado tan profundamente como el resto de los tiránidos.**

-Entonces tendremos que esperar que alguien los descubra cavando un agujero-, dijo secamente Kasteen**-, para que tengamos tiempo de organizar un bombardeo.**

Para mi sorpresa, Izembard volvió a asentir.

-Probablemente eso funcionaría-, afirmó meditabundo**-. Como mínimo, la muerte del nodo primario perturbaría gravemente al enjambre. Y si somos especialmente afortunados, el choque psíquico resultante incapacitaría a la mayoría de los organismos subordinados.**

-Entonces, ¿cómo lo encontramos? -, pregunté.

Para mi sorpresa, Izembard se encogió de hombros, con el aire de un hombre que sólo recordaba vagamente cómo se realizaba el gesto.

-Desgraciadamente la suerte ciega está más allá del alcance del Omnissiah-, me respondió.

-La suerte nunca es ciega para aquellos que se esfuerzan-, respondí, tratando de parecer confiado, aunque en realidad así era como menos me sentía. Si Izembard tenía razón sobre la existencia de una inteligencia

coordinadora superior, entonces el enjambre era infinitamente más peligroso de lo que habíamos creído, y las implicaciones de tal hecho no me gustaban un pimiento.

NOTA EDITORIAL:

Mientras la Guardia Imperial se preparaba para nuevos ataques de un enemigo que ahora parecía aún más formidable de lo que inicialmente habían esperado, continuaban los esfuerzos que la Gobernadora Striebgriebling había iniciado para persuadir a la población civil de Primadelving de que estaría mejor lejos de la línea de fuego. Aunque sólo una proporción relativamente pequeña de la población total hizo caso a las sutiles insinuaciones vertidas por los medios, un constante goteo de refugiados comenzó a dirigirse a otras ciudades subterráneas; lo cual, aunque alivió un poco la presión en la capital, comenzó a crear sus propias dificultades administrativas en los otros centros de población.

Esta selección de extractos de medios impresos, así como de otras fuentes debería dar una idea de los esfuerzos realizados para influir a dejar la ciudad en los ciudadanos más preocupados.

Extracto del "*Diario de Nusquam*", 373 942 M41

AUMENTAN LAS INCURSIONES XENOS

La Gobernadora llama a la calma.

A pesar de los esfuerzos de la Fuerza de Defensa Planetaria y de las unidades de la Guardia Imperial recién llegadas

para apoyar en la defensa, siguen llegando informes de asentamientos periféricos a lo largo de los Leewards Barrens que son víctimas de las depredaciones de los tiránidos. Aunque continúan los esfuerzos por evacuar a los civiles en las áreas de mayor riesgo, parece inevitable que se produzcan más bajas antes de que los intrusos xenos puedan ser eliminados.

Teniendo en cuenta que la gran mayoría de la población rescatada estaba siendo trasladada, no a Primadelving, como parecería más razonable dadas las circunstancias, sino a ciudades de otras provincias, no es difícil concluir que la propia capital del planeta era considerada como vulnerable frente a la amenaza de la horda xenos, especulación a la que la gobernadora Striebgriebling no quiso restar importancia en su último discurso.

“Todos debemos permanecer firmes y vigilantes", comunicó ante la Asamblea de delegados, *"incluso donde la seguridad parece más garantizada. Sin duda, los tiránidos representan una potente y terrible amenaza. Sin embargo, no debemos permitir que el pánico ciego dicte nuestras acciones, sino que debemos proceder de forma tranquila y racional para garantizar nuestra seguridad.”*

Extracto de “*El Solar*”, 373 942 M41

MILES DE PERSONAS HUYEN DE VORACES XENOS

Todo el horror al que se enfrentan los desesperados pisanieves **(95)** ha quedado descarnadamente claro esta

mañana, con la llegada a Primadelving de los supervivientes de un ataque tiránido a la aldea de Eastridge. Más de la mitad de la población fue masacrada por las voraces bestias, antes de que un destacamento del 597º Valhallano pudiera responder a sus mensajes de vox suplicando ayuda.

(95) *Un calificativo nusquemse despectivo para referirse a quienes viven en pequeñas comunidades de la periferia; el implícito significado peyorativo de la frase viene a señalar que tales aldeas son tan pequeñas que no tienen recursos suficientes como para excavar sus viviendas en la roca, teniendo que conformarse con hacerlo en la nieve y la capa de suelo del área donde esta se localizara.*

-Fue una pesadilla-, nos relató una artesana de la filtración de hielo Jezeba Cleff**-. Estaban despedazando a la gente y comiéndola en cualquier dirección en la que uno mirara. Lo único que pudimos salvar de mi abuela fueron sus gafas.**

-Los Barrens no son un lugar adecuado para criar a los niños-, añadió su marido**-. Nos mudaremos a Polatropolis en cuanto Jezeba consiga un trabajo.**

(Fotos exclusivas, páginas 3, 5, 6 y 8. Comentario y caricatura, página 2.

"No se dejen llevar por el pánico", dice el gobernador, página 7.)

Extracto del "*Diario de Nusquam*", 376 942 M41

EL AUGE DE WESTERMINE OFRECE GRANDES OPORTUNIDADES DE TRABAJO

El rápido crecimiento de la economía de Westermine, impulsado por la reciente finalización de las nuevas instalaciones del puerto estelar, sólo superadas por las de Primadelving, ha provocado una escasez crítica de personal especializado en esta floreciente metrópolis. Los salarios han aumentado considerablemente, y algunos artesanos cualificados han visto incrementados sus ingresos hasta en un 30%, lo que les permite estar en una situación notablemente mejor que aquellos que realizan el mismo trabajo en Primadelving. A pesar de los mayores costes, muchas empresas siguen desesperadas por contratar personal, y confían en que la nueva afluencia de trabajadores de Leeward Barrens, donde las incursiones de tiránidos y pieles verdes están causando algunos trastornos en las tradicionales ofertas de empleo.

Extracto de un pictonoticiario de la Gobernadora Striebgriebling, 387 942 M41.

La evacuación de los Leeward Barrens ha sido un éxito notable, con un número incontable de vidas inocentes preservadas de la amenaza tiránida. Pero no olvidemos el heroico sacrificio de tantos miembros de la Guardia Imperial y de la Fuerza de Defensa Planetaria que lo ha hecho posible. Incluso ahora, se están enfrentando a un número cada vez mayor de estas obscenas y mortales criaturas, que, privadas de la presa fácil que esperaban consumir, seguramente estarán buscando nuevas víctimas.

Primadelving sigue siendo un refugio bien defendido, pero no es momento para la complacencia. Muchas de las criaturas del enjambre son expertas en la infiltración, y seguramente están probando nuestras fortificaciones, esperando encontrar una forma de entrar. Manténganse vigilantes, e informen a las autoridades apropiadas de inmediato de cualquier cosa fuera de lo normal que vean.

Recordad que sois nuestra primera línea de defensa.



CAPÍTULO VEINTE

-Creo que los soldados que están ahí fuera, sobre el hielo, no estarán de acuerdo con eso-, comenté**-. Seguramente son nuestra primera línea de defensa, ¿no le parece?**

Clothilde acababa de hacer un comentario en un pictonoticiario en el que decía a los civiles que se escondían en el calor y la comodidad de Primadelving que estaban en la línea de fuego de la misma forma que los hombres y mujeres que luchaban por sus vidas en el desierto helado, e incluso aceptando que esa hipérbole era algo que normalmente esperaría en un discurso de ese estilo, la cuestión es que en el fondo me había parecido un poco desconsiderado. La gobernadora me miró a través del hololito del centro de mando, mientras su medio difuminada imagen proyectada mostraba una curiosa expresión en su rostro.

-Entiendo su punto de vista-, replicó ella**-, y no pretendo restar importancia al heroísmo de cualquiera que se enfrente a los tiránidos. Pero sabe tan bien como yo que es sólo cuestión de tiempo que ataquen la ciudad-.** Todos miramos la pantalla, donde una cadena de iconos de contacto formaba una soga cada vez más apretada alrededor de nuestro colectivo cuello**-. Cuantos más ciudadanos podamos persuadir para que se vayan antes de que sean devorados, mejor para todos.**

-Además, en cierta forma es un argumento más que justo-, concedió Kasteen, para mi sorpresa**-. Tarde o temprano veremos a un lictor o a una cría genestealer cruzar a hurtadillas por nuestras defensas, y cuando eso ocurra necesitaremos todos los ojos vigilantes que podamos conseguir.**

-Puede que haya demasiados-, me quejé, volviéndome hacia Clothilde**-. Si vamos a perder pronto las rutas de transporte, tenemos que poner en marcha una evacuación como el Emperador manda lo antes posible. Comprendo su reticencia, pero...**

-No-, dijo ella con rotundidad**-, no creo que lo haga. Esto puede ser un problema táctico abstracto para usted, pero para mí son las vidas y los hogares de millones de personas que confían en el Emperador, y en mí como su representante oficial. Abandonar la capital sería como dar la espalda a todo lo que representa el Imperio.**

-Con el debido respeto, su Excelencia-, dijo Forres, interviniendo de forma igualmente inesperada**-, podemos defender todo lo que el Imperio representa de forma mucho más eficaz sin que millones de civiles bloqueen nuestras líneas de fuego, y sean devorados en masa para que los tiránidos puedan engendrar sólo el Emperador sabe cuántos refuerzos. Ahora que los Barrens han sido despejados, y tenemos los recursos disponibles, deberíamos empezar a evacuar la ciudad de inmediato.**

-Bien dicho, comisario-, la felicité, encantado de dejar que alguien más atrajera la ira de un gobernador planetario ya de por si enojado (algo que, y hablo por experiencia propia, podía ser bastante formidable, sobre todo si encima este resultaba ser un híbrido genestealer, o un loco y balbuceante hereje con un séquito personal de demonios, como ya me había ocurrido en un par de memorables episodios de mi pasado).

Clothilde miró a Brecca y al contingente del FDP, sin duda con la esperanza de encontrar algún apoyo a su postura, pero no encontró ninguno; todos miraban a Forres, claramente de acuerdo con sus palabras.

Kasteen tosió con delicadeza.

-Si se siente incapaz de dar la orden-, propuso**-, quizás sería un buen momento para poner la provincia bajo la protección directa de las Fuerzas Armadas de Su Divina Majestad.**

Clothilde la miró con abierta incredulidad.

-¿Me está amenazando con una especie de golpe de estado?

-De ninguna manera-, me apresuré a explicar, con toda la diplomacia que pude, que no era poca dada la práctica que había tenido a lo largo de los años**-. La coronel Kasteen simplemente está señalando que el oficial de mayor rango de la Guardia Imperial presente tiene derecho a declarar la ley marcial si existe un estado de**

emergencia civil, y si las autoridades planetarias no responden de manera oportuna y adecuada-. Hice una inflexión en la frase para que sonara como si estuviera citando un texto al pie de la letra, cuando la redacción original de la correspondiente normativa era un estropicio gramaticalmente hablando, y de todos modos, ni de coña me acordaba de ella con tanto detalle**-. Teóricamente, tal acción está sujeta a la ratificación del miembro más veterano del Comisariado disponible (96)-,** añadí como si me hubiera acordado a última hora, un requisito presumiblemente destinado a frenar a cualquier oficial de la Guardia que quisiera cambiar de trabajo, pasando de soldado a gobernador**-, pero dado que el comisario más veterano de Nusquam Fundimentibus soy yo, y confío implícitamente en el criterio de la coronel, podemos darlo por hecho.**

(96) *Dado que el Comisariado no cuenta con una estructura jerárquica, como la Guardia Imperial, la antigüedad se determina puramente en base a la longitud de la hoja de servicio y el número de reconocimientos de los interfectos. En la última centuria o así, se ha adoptado la convención de referirse a los comisarios más veteranos y condecorados como Lord (o Lady) Comisario, y tal apelativo tiene entre ellos un gran estatus. Aunque Caín, quien sin duda lideraba ambos marcadores con honores, lo desdeñaba profundamente y siempre se negó a que se refirieran a él por tal rango.*

-Pero ella no es la oficial de mayor rango de la Guardia Imperial-, se quejó Clothilde, con el aire de un jugador de regicida al que inesperadamente le van a capturar su rey**-. La coronel Brecca tiene el mismo rango.**

-Sin embargo, la coronel Kasteen tiene varios años más de antigüedad, lo que la convierte en la oficial de mayor rango-, señalé**-. Y un arma. Si lo ve necesario, ambas cosas le permiten declarar la ley**

marcial ahora mismo, y para que conste, cuenta con mi plena aprobación.

Kasteen buscó mi mirada, mostrándome su gratitud por mi apoyo con un asentimiento apenas perceptible.

-¿Estamos todos de acuerdo en la necesidad de una evacuación inmediata?

-Lo estamos-, claudicó Clothilde con firmeza, después de una tensa pausa.



-Bueno, yo diría que las autoridades civiles están respondiendo adecuadamente-, dijo Kasteen, con un aspecto claramente aliviado**- Al menos por el momento.**

-No estoy seguro de que sea un buen momento para enemistarse con la gobernadora-, comentó Broklaw, cuando le pusimos al corriente de los acontecimientos de la última reunión. Su rostro seguía enrojecido por la ventisca de nieve que azotaba la superficie, donde había estado supervisando la construcción de un anillo de nuevas defensas alrededor del perímetro de la ciudad, y estaba claro que había disfrutado del paseo entre las nieves que le había proporcionado el trabajo**-. Pero, dadas las circunstancias, no parece que tuvieras muchas opciones.**

-Me temo que no las teníamos-, dije**-. Lo último que necesitamos es... ¿cuál fue la frase que usaste?**

-Tres millones de carnaza que se interponen en el camino-, recitó Kasteen, mientras Broklaw sonreía por el tirón de orejas.

-Exactamente-, confirmé**-. Aunque estoy seguro de que no le guardará rencor, una vez que haya tenido la oportunidad de reflexionar.**

-Espero que no-, dijo Kasteen, estremeciéndose un poco cuando Jurgen pasó lo suficientemente cerca para entregarle una taza de humeante tanna. Echó un vistazo a mi despacho, prestando especial atención al opulento mobiliario de salón que había encontrado al mudarme y que enseguida había apartado contra las paredes para hacer sitio a mi escritorio. Aceptar la hospitalidad de la gobernadora había sido conveniente cuando llegamos por primera vez, pero eso podía resultar muy problemático si nos peleábamos con ella.

Broklaw tomó su tanna con gratitud, calentándose las manos alrededor de ella, antes de dar un sorbo al fragante líquido**-. No veo el problema-,** comentó**-. Si se pone difícil, declara la ley marcial de todos modos, y deja que Ciaphas amenace de nuevo con dispararle.**

-Oye, que yo no he hecho nada de eso-, rezongué, aceptando tomar mi inevitable parte de las burlas **(97)-. Sólo señalé que Regina llevaba una pistola.**

(97) *Una de las muchas indicaciones en buena parte de sus memorias de los tiempos en que estuvo asignado al 597º, donde muestra una inusual amistad y familiaridad, para tratarse de un comisario, con los oficiales superiores del regimiento. Muy pocos comisarios estarían preparados o dispuestos a intercambiar bromas o comentarios jocosos con los oficiales junto a los que servían, o que se sintiesen cómodos haciéndolo. Otra muestra de lo excepcional que era Caín, y que él nunca llegó a entender.*

-Lo cual podría haber pasado fácilmente desapercibido-, señaló Kasteen con sequedad**-. De todos modos, ahora ya saben lo que hay. La orden de evacuación ha sido emitida-.** Habló con cierto alivio, que debo confesar que compartí. Poner a Primadelving bajo la ley marcial nos habría cargado con innumerables responsabilidades relacionadas con su gobierno, lo que a su vez habría obstaculizado nuestros esfuerzos para lidiar con el problema de los tiránidos casi tanto como haber dejado a los civiles a su merced.

-¿Eso es todo, señor?-, preguntó Jurgen, entregándome la última taza de tanna de la bandeja que llevaba.

Tras pensarlo un momento, asentí con la cabeza**.**

-Así es-, le aseguré. La principal razón para celebrar nuestra reunión en mi despacho era la casi certeza de que no nos interrumpirían una vez que él volviera a ocupar su puesto en la antesala, desviando indefectiblemente a todos los peticionarios, salvo a los más urgentes, con su habitual mezcla de obstructiva cortesía y casi letal flatulencia.

-La gran pregunta es a cuántos de los civiles podremos sacar antes de que las rutas terrestres se

vuelvan demasiado peligrosas para los transportes-, dijo Kasteen**-. Una vez que estemos restringidos a los aviones, estaremos simple y llanamente jodidos.**

Broklaw y yo asentimos pensativos. Las escasas aeronaves de las que disponían los nusquemses serían totalmente inadecuadas para la tarea de trasladar a tanta gente, y eso aunque el atroz clima de la superficie no las mantuviera en tierra la mitad del tiempo **(98)**.

(98) *Una evidente exageración. Como ya se ha comentado anteriormente, las condiciones para volar en Nusquam Fundimintibus estaban lejos de ser ideales, y es totalmente cierto que las aeronaves debían pasar ciertos periodos sin volar, pero nunca se llegaba al extremo que apunta Caín.*

-Tendremos que requisar todo lo que podamos conseguir-, indiqué**-. Tanto vehículos de orugas de carga como de pasajeros-.** Me vino a la mente el recuerdo de las constantes blasfemias que habían acompañado nuestro frustrado viaje de vuelta desde las instalaciones agrícolas**-. No será cómodo, pero será mejor que acabar como carnaza de tiránido.**

-También tendremos que proteger los convoyes-, señaló Broklaw**-. Son demasiado vulnerables por sí solos, y en cuanto los tiránidos se den cuenta de que hay un gran número de personas viajando a través del hielo, se lanzarán sobre ellos como piratas eldar.**

-Soy consciente-. Kasteen parecía realmente preocupada**-. Podemos enviar algunos escuadrones de Chimeras, pero les resultará difícil en estas**

condiciones. Si no tenemos cuidado, los transportes los adelantaran.

-Los Sentinels podrían ir mejor-, sugerí**-. Son lo suficientemente rápidos y ágiles para mantener el convoy unido, y tienen suficiente potencia de fuego para derribar a una de las bioformas realmente grandes si los tiránidos deciden jugar duro.**

-Podrían ser-, coincidió Kasteen**-, si tuviéramos suficientes Sentinels como para hacer el trabajo. Pero como mínimo necesitaremos un par de escuadrones para proteger un solo convoy, por no hablar del número de ellos que habrá.**

-Me pondré en contacto con la FDP-, prometió Broklaw**-. Tienen un montón de Sentinels para atacar a los orkos. Los nusquemses también tienen unidades especializadas, aunque quien sabe cuántos quedaran ahora.**

Antes de que pudiera formular una respuesta adecuada a eso, me di cuenta de que me llegaban voces alteradas desde la antesala donde Jurgen estaba ahora al acecho; aunque, para ser más exactos, pude distinguir una voz alzada en particular, inequívocamente femenina, a la que mi ayudante respondió sin duda de la misma manera flemática con la que se enfrentaba a la mayoría de los intentos de pasar por delante de él. Su obstinada y educada obstrucción había reducido a los generales a estados casi apopléjicos, pero este intruso en particular estaba evidentemente hecho de un material más duro. Con una sonora declaración de *"¡Bueno, ahora lo va a ver!",* la

puerta de mi despacho tembló sobre sus goznes, revelando la silueta, no del todo inesperada, de una joven con un abrigo de comisario.

-Comisaria Forres-, saludé, decidido a parecer despreocupado-**. Qué inesperado placer. Jurgen, por favor, ¿podría ofrecerle a la comisaria una taza de tanna?**

-Por supuesto, señor-, respondió mi ayudante, que se quedó en el umbral, evidentemente aliviado de haberse librado de un problema, aunque la mirada que dirigió a la desprotegida espalda de Forres mientras entraba en la habitación resultó de lo más elocuente. Bajando la voz se disculpó un tanto azorado**-. Lo siento, señor, se me ha adelantado. No pude hacer nada para detenerla, salvo abrir fuego-**. Una opción que evidentemente le resultaba de lo más atractiva, a juzgar por su expresión cuando volvió a mirar en dirección a la joven.

-No ha sido culpa suya-, le aseguré**-. Dudo que el mismísimo Emperador hubiera podido frenarla.**

-Probablemente no, señor-, aceptó, algo apaciguado, y se fue en busca de un refrigerio para nuestra inesperada invitada.

-Tiene que ver esto-, dijo Forres, sin más preámbulos, y dejó caer una placa de datos sobre mi escritorio. Kasteen la recogió y la activó, mientras Broklaw y yo nos movíamos para tener una visión más clara**-. Ha salido en todos los canales pictonoticias hace unos diez minutos.**

Apareció la cara de Clothilde, en medio de su discurso, y miré interrogativamente a Forres.

-¿No deberíamos empezar por el principio?

La joven comisaria negó con la cabeza.

-Ahí sólo salen los tópicos habituales-, me aseguró**-. Esto es lo importante.**

-En consecuencia-, decía Clothilde, con exagerada gravedad***-, he decidido transferir la responsabilidad de esta gran y grave empresa a quienes están más capacitados para asumirla. El renombre del comisario Caín como defensor a ultranza de las virtudes imperiales es demasiado grande como para que su consejo sea desatendido a la ligera, por mucho que vaya en contra de mis propias inclinaciones. Por lo tanto, el esfuerzo de evacuación se llevará a cabo bajo la jurisdicción de la Fuerza de Defensa Planetaria, e insto a todos los ciudadanos leales a cooperar plenamente con nuestros valientes defensores.***

-Y así sucesivamente, hasta que a uno le dan jodidas ganas de vomitar-, se quejó Forres, cortando la grabación, la primera vez que recordaba haberla oído decir una palabrota, o haberla visto tan enfadada como para hacerlo.

-Se nos ha adelantado-, dije, dividido entre el enfado y la diversión**-. Regina no puede declarar la ley marcial si ya lo ha hecho ella misma.**

-La diferencia es que ella está a cargo de la FDP (99)-, señaló Forres**-. Así que ahora puede remolonear como quiera, obstruir la evacuación todo lo que le plazca, y no hay nada que podamos hacer al respecto.**

(99) *Al igual que en otros mundos, la Gobernadora Planetaria de Nusquam Fundimentibus ostentaba también el cargo de Comandante en Jefe de las fuerzas de Defensa Planetarias y del Sistema (FDP y FDS), al menos sobre el papel, a excepción de planetas altamente militarizados como Cadia o Gulfsedege, donde tendían a incluir estas actividades en sus agendas y participaban activamente en el día a día de sus fuerzas militares.*

-Puede que no tengamos que hacerlo-, sugerí**-. La FDP ha estado en el frente más que suficiente para apreciar lo grande y real que es la amenaza de los tiránidos. Creo que harán el trabajo lo mejor posible, le guste o no a la gobernadora.**

-Lo que nos lleva a preguntarnos si "*lo mejor*" será suficiente-, terció Broklaw, tan directo como siempre**-. Será una auténtica pesadilla logística, y no tienen precisamente el nivel de la Guardia, ¿verdad?**

-Podríamos ofrecernos a ayudar-, propuso Kasteen, pensativa**-. Sulla los mantendría a la altura. Pero si los tiránidos atacan, la necesitaremos más en la nieve que jugando con placas de datos.**

-Suena a trabajo para un comisario-, dije, mirando significativamente a Forres.

Ella asintió pensativa, empezando a calmarse al considerar las implicaciones.

-Es cierto-, respondió, pareciendo mucho más feliz que cuando había entrado. Incluso cogió sin inmutarse la taza de tanna que Jurgen le ofrecía con cierta sorna**-. Y con usted vigilando por encima de sus hombros, no deberían ser capaces de cagarla demasiado.**

-¿Yo?-, exclamé, sorprendido**-. Pensé que con su experiencia trabajando con los nusquemses, serías la opción obvia-.** Y además estaría demasiado ocupada como para estorbarme en un futuro inmediato.

-Pero usted es el Héroe del Imperio-, señaló Kasteen, sin poder ocultar su diversión**-. Oír que estás al mando tranquilizará a los civiles mucho más que un comisario del que nunca han oído hablar, y eso implicará que estarán mucho más dispuestos a hacer lo que se les diga.**

-Buen argumento-, acepté, considerando el asunto. Era evidente que mi inflada reputación me había precedido hasta allí, como solía ocurrir en casi todos los lugares que visitaba **(100)**, sobre todo por el papel que se suponía que había desempeñado en la primera campaña contra los orkos; así que estaba seguro de que no me costaría mucho convertir eso en una ventaja para tratar con los lugareños. Por no mencionar el hecho de que mientras estuviera

dirigiendo al mayor número posible de ellos a los transportes, nadie podría esperar razonablemente que liderara una carga mortal contra los tiránidos.

(100) *Aunque Caín pasó la mayor parte de su vida en el Golfo de Damocles y sus sectores vecinos, ocasionalmente visitó lugares mucho más alejados; se sabe que visitó Valhalla en una ocasión casi al final su asignación con el 597º de Valhallan, e incluso pisó el suelo de la Sagrado Terra en varias ocasiones, aunque las circunstancias en las que lo hizo resultan difíciles de imaginar. En cualquier caso, aún tengo pendiente de revisar la mayor parte de los archivos de sus memorias por lo que es fácil que con el tiempo se haga la luz a este respecto.*

-¿Entonces se encargará de ello?-, me preguntó Forres, sin ocultar su entusiasmo por dejar el trabajo en manos de un viejo y aburrido carcamal como yo, mientras ella se iba corriendo a salvar la galaxia del terror de la mente colmena. Me pregunté por un momento si alguna vez había sido tan joven e impetuoso, antes de decidir qué no, que ni de coña lo había sido; lo cual resultaba ser un pensamiento de lo más irónico, dada la forma en que los problemas habían logrado seguir mis pasos a pesar de todo.

-Supongo que será mejor que así lo haga-, afirmé, con toda la reticencia que me atreví a fingir**-. Al fin y al cabo, alguien tiene que hacerlo y, como bien dice, parece que yo cuento con la ventaja de tener un perfil notoriamente público. Si es posible, debemos aprovecharnos de ello.**

-Entonces estamos de acuerdo-, sentenció alegremente Kasteen**-. Ciaphas arreando a los urbanitas, mientras el resto de nosotros nos concentramos en la guerra.**

-Buena suerte con eso-, le desee, disfrutando en silencio de la expresión de asombro que había aparecido en el rostro de Forres ante su casual uso de mi nombre de pila**-. Que el Emperador te acompañe.**

-Y a usted-, añadió Forres, respondiendo automáticamente, como si todavía estuviera en la capilla de la schola. En aquel momento me lo tomé como una mera cortesía reflexiva, pero en retrospectiva me di cuenta de que realmente necesitaba contar toda la ayuda que el Trono Dorado pudiera darme.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Debo admitir que, al principio, mis nuevas responsabilidades estuvieron bastante lejos de ser onerosas. Mi exagerada reputación cumplía su habitual función predisponiendo a la mayoría de las personas con las que tenía contacto a escucharme sin discutir demasiado; sobre todo los civiles, que generalmente se tragaban al completo mi modesta pose de héroe. Si cabe, los de la FDP fueron aún más susceptibles, ya que, aunque no les impresionasen mis triunfos ampliamente acreditados, aún debían tener en cuenta mi faja roja y mi negro abrigo, por no hablar de las armas que completaban mi uniforme; aparte de que, por experiencia, puedo afirmar que el hecho de que te permitan disparar a cualquiera que no esté de acuerdo contigo tiende a facilitar el persuadir de la validez de tu punto de vista sin apenas dificultad alguna **(101)**. Aunque la ciudadana media se mostraba tan reacia como cabría esperar respecto a recoger a su marido e hijos y abandonar su hogar, la perspectiva de acabar devorada por los tiránidos acababa resultándole aún menos atractiva, así que al final se presentaron muchos más de los que había esperado en el parque de los enormes transportes de orugas cuando se les indicó que así lo hicieran. Sin embargo, hubo las inevitables excepciones, que nos causaron algunos dolores de cabeza, incluso después de que autorizara la publicación en los canales de noticias públicos de algunas fotos apropiadamente espeluznantes de escabrosos ataques tiránidos.

(101) *Esta no es una opción a la que Caín le gustara recurrir, y el caso es que poseía tanto el encanto como la habilidad de persuasión más que suficientes para imponer su punto de vista, al menos en la mayoría de las ocasiones. Por otro lado, era muy consciente de que el enfoque directo mediante la amenaza acababa teniendo resultados negativos, que acababan por surgir cuando uno menos se lo esperaba.*

-**El problema-,** expresé con franqueza en una de mis reuniones periódicas con la gobernadora**-, es usted. Por supuesto, no quiero decir que haga nada mal, pero el caso es que mientras se mantenga tercamente firme en permanecer en Primadelving, siempre habrá civiles que insistan en seguir su ejemplo.**

-Estoy segura de que los habrá-, replicó Clothilde, sonriéndome amablemente. No parecía guardarme rencor por haber perdido el control de la evacuación y la oportunidad de interrumpirla, si es que ese había sido su objetivo **(102)**; pero ya había pasado suficiente tiempo entre políticos como para no bajar la guardia, por si acaso**-. Pero no voy a ceder. Usted ha estado en suficientes zonas de guerra para saber lo que ocurre si el gobernador huye. Pánico, desorden, saqueos y anarquía. Mientras yo me quede, el gobierno del Imperio seguirá mostrándose sólido.**

(102) *Más bien ella simplemente había visto una oportunidad de distanciar su cargo de una decisión potencialmente impopular, y la había cogido al vuelo.*

Nos habíamos reunido en una de las salas exteriores de sus aposentos personales, que, aunque están conectados físicamente con las zonas del complejo palaciego destinadas al 597º por amplios y bien iluminados túneles, bien podrían estar en otro planeta. (Como en la mayoría de los palacios que había visitado a lo largo de los años, la opulencia

parecía contar más que el buen gusto en la elección de la decoración, pero al menos este ejemplo parecía relativamente comedido en ese sentido, siempre que uno fuera capaz de ignorar los querubines dorados que le miraban incómodamente desde cualquier superficie imaginable.

-Hasta cierto punto-, repuse**-. Pero la gran diferencia es que usted dispone de una lanzadera personal preparada para sacarle de aquí si los tiránidos acaban por abrirse paso. Los civiles no tienen tal opción-.** Mientras hablaba, empezó a surgir una idea, pero antes de que pudiera concretarla, Clothilde golpeó su taza de té contra la mesita que tenía al lado, sin tener en cuenta la marquetería ni la porcelana.

-Entonces le sugiero que impida la entrada de los tiránidos-, exigió perentoriamente, como si eso fuera simplemente una cuestión de cerrar un par de puertas o decirles con firmeza que se fueran**-. ¿Qué van a hacer con los ciudadanos que se niegan a marcharse?**

-No hay mucho que podamos hacer-, admití**-, aparte de intentar persuadirlos-.** Forres había sugerido simplemente arrestar a los que se negaran a viajar y hacerlos subir a un transporte a punta de pistola, pero, aunque la idea me resultaba sumamente atractiva en teoría, me vi obligado a rechazarla por motivos prácticos. El resentimiento resultante, en el mejor de los casos, dificultaría considerablemente el trabajo de todos, y lo más probable es que desencadenara precisamente el tipo de disturbios civiles que más temíamos, desviando tropas y recursos necesarios para la urgente tarea de defenderse del enjambre.

-¿Y cómo propone hacer eso?-, preguntó Clotilde, como si la pregunta fuera meramente académica.

Me encogí de hombros.

-Sinceramente-, admití**-, no tengo ni idea.**

-Entonces tendrá que averiguar por qué no se van-, me sugirió la obstinada gobernadora**-. No puede pretender sugerir que el hecho de que todos ellos se nieguen a evacuar la ciudad se debe al hecho de que yo persista en permanecer en ella.**

-No todos-, admití**-. Algunos son reacios a abandonar sus hogares porque tienen miedo de los saqueadores, y otros no creen que los tiránidos puedan ser tan peligrosos como realmente son. Sin embargo, la mayoría simplemente tiene miedo de hacer el viaje, y sinceramente no puedo culparlos. Hasta ahora sólo hemos sufrido ataques en tres convoyes, y las escoltas los han repelido con bastante facilidad, pero así es como funciona la mente colmena; cada fracaso le habrá enseñado un poco más sobre nuestras armas y tácticas, y refinará su estrategia hasta que dé con una que tenga éxito. Cuando lo haga...-.** Me encogí de hombros**-. No habrá más convoyes. Todos los que sigan en Primadelving se quedarán aquí, esperando el ataque principal-.** Incluyéndome a mí, lo que no me resultaba una perspectiva precisamente cómoda.

-Ya veo-. Asintió Clothilde pensativa, y cogió un pegajoso dulce de un plato de cristal**-. Entonces me parece que tendrá que encontrar una manera de persuadir a la gente a seguir su ejemplo antes de que sea demasiado tarde.**



-Es una simple cuestión de psicología-, repuse, arrebujándome aún más en mi abrigo mientras un frío helado se filtraba silbando por las gruesas puertas exteriores del parque principal de transportes. La caverna estaba lo suficientemente cerca de la superficie como para estar tallada en hielo sólido, en lugar de en el lecho de roca que había debajo, y aunque el ambiente era bastante más cálido que en los campos de nieve de la superficie, a mí no dejaba de resultarme fría de narices. Sin embargo, para los habitantes de un mundo helado que pululaban por el amplio espacio abierto resultaba casi tropical, y se desabrochaban los abrigos y las chaquetas mientras subían a los vehículos que escupían promethium y que abarrotaban la caverna, guiados por soldados de la FDP de rostro adusto**-. Si me ven viajando con ellos, pensarán que no hay nada de qué preocuparse.**

-Entiendo-. Asintió Sulla, con su propio abrigo despreocupadamente doblado sobre un brazo, con sus vagamente equinos rasgos encendidos por su manifiesto afán de estar lejos de allí, y preferiblemente disparándole a algo. Tuve la suerte de que, en un intento de aprovechar sus conocimientos logísticos sin apartarla por completo de la

primera línea, Kasteen había asignado a su compañía la supervisión de la seguridad de los convoyes; y que, en un exceso de entusiasmo nada inusual en ella, parecía haber decidido tomar ella misma el mando de este en particular **(103)-. Quiere convencerles de que es seguro.**

(103) *Parece que en esta ocasión Caín no se percató de la situación. Sin duda Sulla había solicitado estar al mando en persona de la seguridad del convoy por el hecho de que Caín en persona iba a viajar en él.*

-Más seguro que quedarse aquí-, acepté. Los enjambres tiránidos estaban rodeando la ciudad con más fuerza que nunca, y sólo podíamos contar con que pasaran unos pocos convoyes más antes de que su cordón se volviera impenetrable. Hasta ahora habíamos tenido mucha suerte, consiguiendo que unas cien mil personas atravesaran las brechas de su inacabado asedio, pero éstas se reducían cada vez más; y no me cabía duda alguna de que, si no hubiera sido por la cantidad de vuelos de reconocimiento que realizaban los pilotos de la FDP, muchos menos grupos de refugiados habrían podido evitarlos.

-Nos encargaremos de que pasen sanos y salvos-, aseguró vehementemente Sulla, con la total convicción de la que solía hacer gala**-. Y volveremos de una pieza.**

-No me cabe duda de ello-, respondí, aunque, sinceramente, la idea de volver a enfrentarme a un ejército de tiránidos una vez que había logrado eludir sus garras no es que me resultara nada atractiva. Sin embargo, estaba bastante seguro de que podría encontrar alguna razón urgente para permanecer en nuestro destino, al menos hasta que lo peor de la lucha se hubiera calmado. Por otro lado, admitirlo en voz alta no encajaría con la imagen de

imperturbable coraje que me habían enjaretado y que tanto me costaba mantener, así que me limité a dejar que mis manos se posaran un momento sobre mis armas y adopté una expresión de tranquila resolución, como si no pudiera esperar a desenfundarlas y usarlas de nuevo.

No me cogió por sorpresa que como de costumbre Sulla se tragara mí pose heroica, y se limitó a mirarme de aquella manera cargada de adoración con la que ya estaba familiarizado, mostrando una leve sonrisa en su rostro, antes de hacer un saludo con la marcialidad propia de un desfile y darse la vuelta para ir a molestar a otro. El motivo de su abrupta marcha se manifestó un momento después, precedido por el olor de unos calcetines bien sudados.

-Siento haberle hecho esperar, señor-, dijo Jurgen, con su voz emergiendo de la estrecha franja de psoriasis visible entre el ala bajada de su voluminoso sombrero de piel y el cuello vuelto de su abrigo**-. Estaba preparando un termo para el viaje. Pensé que le vendría bien.**

-Probablemente así será-, acepté agradecido, reprimiendo otro escalofrío cuando el fuerte viento encontró un resquicio hasta entonces invisible en mis múltiples capas de ropa**-. Aunque no tanto, si las cosas se ponen feas-.** El tranquilizador bulto de su melta estaba colgado a la espalda, junto a la silueta más esbelta de su fusil láser, mientras mi ayudante lo acariciaba casi con cariño.

-Entonces, esperemos que no sea así-, dijo, volviéndose para abrirme paso a través del pequeño grupo de pictofotógrafos y redactores de noticiarios impresos que se interponían entre el vehículo y yo. De acuerdo al plan, este

iba a ser nuestro hogar durante las próximas treinta y dos horas **(104)**. Recordando el propósito del ejercicio, me detuve para recitarles una o dos frases hechas, y hacer algunas poses dramáticas para las pictocámaras, antes de escapar agradecido al vehículo que había elegido; un venerable, pero cómodamente equipado, Snowliner, que, aunque abarrotado mucho más allá de la imaginación de su diseñador, todavía permitía una cierta pizca de lujo, al menos comparado con ir rebotando de un lado a otro en la parte trasera de un transporte de carga.

(104) *Esto implica, aunque no se molesta ni en mencionar el destino del convoy, que éste se dirigía a la ciudad caverna de Underice, el segundo asentamiento más poblado de Nusquam Fundimentibus.*

Además de los asientos cómodamente acolchados, en los que Jurgen y yo nos hundimos con gratitud, el vehículo de pasajeros tenía la inestimable ventaja de contar con grandes ventanas que ofrecían una vista ininterrumpida del paisaje circundante, lo que al menos me permitiría ver lo que estaba a punto de intentar matarme antes de que lo hiciera. Sobra decir que no tenía intención alguna de dejar que nada se acercara lo suficiente como para intentarlo.

Al final, el estruendo de los motores se elevó a un nivel que ahogó todo el resto del ruido ambiental y, con un bandazo, nos pusimos en marcha, subiendo la rampa de hielo compactado que conducía al mundo exterior.

Al igual que cuando escapábamos de las instalaciones agrícolas a bordo del transporte de orugas requisado que tan fortuitamente habíamos descubierto allí, la visión del paisaje helado que nos rodeaba me pareció una fascinante novedad. Esta vez el sol estaba bajo en el horizonte,

pintando las nieves a nuestro alrededor del color de la sangre, y me encontré temblando, y no del todo a causa del frío residual que se abría paso a través de la gruesa losa de material acristalado. Sin embargo, no puedo negar, que también poseía una inquietante belleza, con el sol del oeste resaltando los duros bordes de las estructuras parcialmente enterradas que ocasionalmente rompían la superficie cubierta de nieve **(105)**, y centelleando a través de los bloques de hielo más grandes que bordeaban la pista que estábamos atravesando **(106)**.

(105) *Se puede presuponer que se trataba de la cima de las torres diseñadas para proporcionar iluminación natural a los habitantes de las cavernas.*

(106) *Aunque las carreteras eran los grandes desconocidos de Nusquam Fundimentibus, las rutas más rápidas y frecuentadas entre las ciudades habían dado lugar a pistas bien marcadas por el continuo paso de los transportes de orugas, y a menudo resultaban fácilmente identificables incluso a simple vista.*

-Escoltas tomando posiciones en torno al convoy-, me informó Sulla, con su voz resonando débilmente en el pinganillo del vox que llevaba en el oído; al girar un poco la cabeza, pude ver a los Sentinels de Shambas saltando entre los vehículos más grandes, recordándome extrañamente a los sabuesos que pastorean un rebaño, mientras un par de nuestros Chimeras mantenían el ritmo a lo largo de los flancos, al menos por el momento. (A pesar de los esfuerzos de Broklaw, no había suficientes Sentinels para todos, así que teníamos que aprovechar lo que teníamos a nuestra disposición: si los Chimeras tenían problemas para seguir el ritmo de los transportes de orugas más pesados, simplemente todo el convoy disminuiría la velocidad para ajustarse a su velocidad). Pude distinguir fácilmente el vehículo de mando de Sulla por los distintivos conjuntos de antenas de vox y auspex que brotaban de él; aparte de por

el hecho de que su cabeza y hombros sobresalían de la torreta, y me saludó alegremente, antes de pasar por delante de un transporte de carga de aspecto maltrecho, engalanado con cadenas de remolque y barriles de promethium, cuya silueta estaba tan oscurecida por el amontonamiento de la carga que me hizo pensar en los artilugios orkos que habíamos visto tras nuestra precipitada llegada. El desvencijado vehículo parecía un accidente móvil en busca de un lugar donde ocurrir, y respiré agradecido al Trono por haber podido hacer el viaje con relativa comodidad.

-Les veo-, respondí con calma, mientras seguía mirando a nuestro alrededor en busca de la primera señal de movimiento hostil. Obviamente aún era un poco pronto para eso, pero dadas las circunstancias, sentí que un poco de sana paranoia no me haría daño**-. ¿Detectan algo en el auspex?**

-Nada más que amigos-, me aseguró Sulla, aunque si no hubiera estado seguro de ello, nunca habría iniciado ese viaje. Los Valkyries seguían sobrevolando las rutas de los convoyes y las principales concentraciones de tiránidos, y sus pilotos no habían visto nada lo suficientemente cerca de nuestra ruta de viaje como para preocuparse seriamente. Sin embargo, seguía sintiéndome incómodo, oscuramente convencido de que algo se me había escapado; nunca hay que subestimar a los tiránidos, esa era una jodida lección que había aprendido por las malas.

-Esperemos que siga así-, dije, aunque por supuesto, no fue el caso.

NOTA EDITORIAL:

La mención casual de Caín a su modo de transporte, y los detalles ocasionales en la parte posterior de su narración, no dejan del todo claro hasta qué punto los vehículos de pasajeros que circulaban entre las ciudades de Nusquam Fundimentibus diferían de sus primos más utilitarios, y generalmente más pequeños, de los que transportaban carga.

Por ello, se ha insertado aquí el siguiente extracto, con la esperanza de que pueda resultar esclarecedor.

***"De lugares interesantes y gente ociosa: Guía para trotamundos"*, por Jerval Sekara, 145.M39**.

Dado el abominable clima, la única forma práctica de visitar los centros de población, aparte de aquel en el que haya aterrizado el transbordador que lleva al viajero curioso, es mediante los vehículos de línea, comúnmente conocidos como snowliners, que circulan regularmente entre ellos. Son lo suficientemente grandes y confortables como para hacer soportables los viajes, excepto los más largos, y se distribuyen en tres cubiertas: la más baja está dedicada al motor, a los tanques de promethium y al almacenamiento del equipaje de los pasajeros; la intermedia, a los asientos, de comodidad variable de acuerdo al precio pagado por el billete, y a los compartimentos para dormir, que los viajeros de largas distancias harían bien en aprovechar, a pesar de su rudimentaria naturaleza; y la superior, una sala de observación, desde la que se puede observar el paisaje mientras siga siendo interesante, junto con zonas de comedor que ofrecen un básico sustento de un tipo u otro.

Ni que decir tiene que es imprescindible disponer de abundante material de lectura.



CAPÍTULO VEINTIDOS

Debo confesar que, para la caída de la noche, la novedad del paisaje había empezado a desvanecerse. Por supuesto, tanto mis compañeros de viaje valhallanos como los nusquemses serían sin ninguna duda muy capaces de distinguir sutiles bellezas en el interminable panorama de hielo y nieve que yo era incapaz de apreciar, pero el caso es que yo lo encontraba cada vez más tedioso; por no dejar de lado el hecho de que la lenta invasión de la oscuridad de la noche traía consigo sus propias preocupaciones. Cada mancha de oscuridad más profunda podía ocultar un tiránido, y yo me mantenía en un angustioso estado de vigilia, en constante tensión, a pesar de las periódicas ráfagas de comunicaciones recibidas a través de mi vox, que me permitían estar muy seguro de que nuestra escolta seguía alerta, y que hasta el momento no había señales de la emboscada que yo temía.

Afortunadamente, las nubes que oscurecían la mayor parte del cielo durante gran parte del tiempo se habían disgregado, permitiendo que el débil resplandor azulado de las estrellas brillara en el hielo que nos rodeaba, y que cada superficie reflejara y refractara la gloria de los cielos. Eso quedó complementado por un resplandor amarillento más difuso, que me dejó momentáneamente desconcertado, ya que Nusquam Fundimentibus carecía de luna, hasta que distinguí un punto de luz en el cielo mucho más brillante que las estrellas que lo rodeaban; entonces caí en la cuenta. Los muelles orbitales que habíamos estado a punto de destruir en nuestro accidentado descenso desde el empíreo

eran lo suficientemente grandes, y estaban en una órbita lo suficientemente baja, como para reflejar un poco de la luz del sol que captaban hacia el planeta que orbitaban.

Aunque aquello era suficiente para evitar que la oscuridad que nos rodeaba se volviera completamente dominante, dejaba demasiadas zonas sumidas en una oscuridad total, desde las que cualquier cosa podría estar al acecho, para mi tranquilidad, y me alegré de corazón al ver los brillantes haces de los reflectores montados en nuestros Chimeras y Sentinels escudriñando constantemente a nuestro alrededor, siempre alertas ante cualquier amenaza.

Para mi suerte no hubo ninguna, aunque en cualquier caso se me antojó una eterna noche de insomne vigilancia. Me levanté varias veces de mi asiento, con la esperanza de restablecer algunos vestigios de la circulación en mis extremidades inferiores, pero el movimiento resultaba casi imposible; el Snowliner había sido construido para transportar un centenar de personas con una razonable comodidad, pero ahora estaba atestada con casi el triple de aquel número, por lo que incluso una visita a la cabina de control implicaba realizar una autentica carrera de obstáculos, sorteando cuerpos y maletas que atestaban los pasillos. Llegar a la cubierta superior habría sido completamente imposible, incluso si hubiera habido algo que ganar en el intento, ya que los servicios de restauración que normalmente habrían estado allí habían sido desmontados para hacer espacio para más pasajeros. Esto nos hizo depender de las provisiones que Jurgen, con su habitual y encomiable diligencia, había escondido en su persona; barritas de racionamiento de la Guardia, con su habitual y persistente sabor a nada en absoluto, o al menos

a nada que yo pudiera identificar, regadas con un más que bienvenido termo de tanna.

Supongo que al menos en ese aspecto nos fue mejor que a muchos de los pobres desdichados que nos rodeaban, quienes parecían no haber traído nada en absoluto para alimentarse. Para mi cuidadosamente disimulado alivio, ninguno de los refugiados intentó entablar una conversación con nosotros; sin duda debido a los bien conocidos miasmas de Jurgen, aunque debo señalar que estos se hicieron progresivamente menos perceptible a medida que pasaban las horas y empezaba a crecer el hedor de tantos cuerpos humanos hacinados. También pudiera ser que esa renuencia a charlar con nosotros fuera resultado de las armas que ambos portábamos tan abiertamente **(107),** pero bueno, tampoco es que me eso importara.

(107) *Como no, siempre buscando explicaciones de lo más retorcidas para ni siquiera plantearse que simplemente estaban intimidados por estar en presencia de alguien con su celebérrima reputación.*

Al final, el amanecer comenzó a asomarse sobre el desolado paisaje, y el sol naciente volvió a bañar los campos de nieve con un brillo carmesí vagamente siniestro. Mientras bostezaba, observando el panorama torvamente, uno de los afloramientos de hielo a media distancia se desmoronó de repente, y sus restos se deslizaron suavemente hacia el suelo formando una cascada de cristales brillantes que incluso a mí me resultó vagamente hermosa.

-¿Ha visto eso? -, le pregunté a Jurgen, que desde hacía un rato se dedicaba a hurgarse la nariz.

-¿El qué, señor?-, inquirió a su vez, levantando los ojos de la placa porno que había estado leyendo con una inusitada desgana para lo que en él era habitual.

Antes de que pudiera explicárselo, la voz de Sulla irrumpió en mi comunicador.

-Recibimos lecturas de vibraciones del terreno-, me informó, y pude detectar sin problemas un escalofrío de emoción en sus palabras ante la perspectiva de entrar acción, algo que yo había aprendido a temer y que ella aún no había sido capaz de suprimir en su tono profesional**-. Presuponemos que se trata de un organismo excavador.**

-¿De qué tipo?-, pregunté, con una mirada aprensiva al paisaje helado más allá de la ventana. Me puse de pie y estiré el cuello, esperando conseguir una mejor vista.

-Aún no lo podemos precisar-, me respondió Sulla-**, pero en cualquier caso parece que está solo.**

-Otro explorador-, aventuré, empezando a relajarme un poco. Puede que todavía tuviéramos que luchar, ya que la mayoría de los tiránidos excavadores eran monstruos enormes y estaban bien blindados, pero al menos no sería un ataque total, y tampoco es que fuera a aguantar mucho una vez que nuestros escoltas estuvieran en posición de concentrar su fuego sobre ella**-. Tanteando de nuevo nuestras defensas.**

-Eso mismo interpreto yo-, coincidió Sulla.

Antes de poder responderle, la cubierta del Snowliner se tambaleó bajo mis pies, provocando gritos de alarma entre los civiles que nos rodeaban; un coro de aprensión al que me habría unido gustosamente de no ser por mi audiencia **(108)**. Un momento después, una enorme sombra se alzó más allá de la ventana, con gruesas placas de quitina envolviendo un serpenteante cuerpo de un par de metros o más, antes de que una cabeza más horrenda incluso que la pesadilla de un demonio, se estrellaba contra el cristal de las ventanillas, destrozándola. Retrocedí a trompicones, obstaculizado por el asiento que tenía detrás, mientras los afilados fragmentos del roto material que caían a mi alrededor, y desenfundé mi pistola láser por mero reflejo.

***(108)** No queda claro si se está refiriendo a los civiles que le rodeaban o a Sulla, quien naturalmente estaba en permanente contacto con él vía vox.*

-¡Que te den, bicho infernal!-, grité, irritado por la repentina entrada de aire helado casi tan afilado como los fragmentos del material de la ventana, y disparé unas cuantas inútiles descargas, que impactaron inofensivamente contra el blindaje orgánico de la monstruosa criatura que tenía ante mí, la cual se irguió en toda su estatura, preparándose para atacar de nuevo**-. El excavador acaba de salir a la superficie-.** Me apresure a informar por el canal del vox.

-Recibido-, dijo Sulla**-. Rodéenlo y ataquen-,** y un alentador número de voces valhallanas le aseguraron su intención de cumplir su instrucción lo más rápidamente posible.

-No puedo disparar, señor-, se disculpó un compungido Jurgen**-, está usted en medio-.** Y ahí era donde parecía que me iba a quedar, a no ser que esa espantosa cosa del demonio no me devoraba primero, ya que no podía atravesar los asientos que me bloqueaban el paso a ambos lados, ni pasar por encima de mí ayudante para ponerme a salvo. Una boca lo suficientemente ancha como para tragarme entero se abalanzó en mi dirección, bordeada de demasiados dientes y colmillos, e impulsado por el instinto salté por el agujero de la destrozada ventana, recurriendo a la única vía de escape que me quedaba.

Por un momento creí que había esperado demasiado, y que mi cobarde vacilación me había condenado a una prolongada y agónica muerte mientras el ácido estomacal de aquel gusano gigante de pesadilla me digería lentamente **(109)**, pero escapé de sus fauces por un pelo, al menos eso me pareció, para acabar sin aliento y jadeando sobre un banco de nieve tras unos tres metros de caída. Un brillante destello a mis espaldas de mí, seguido de un rugido de dolor, frustración y el siempre desagradable hedor de la carne chamuscada fueron suficientes para indicarme que Jurgen había aprovechado al máximo el repentino campo libre de su línea de visión, y la criatura se encabritó de nuevo, sacudiendo la cabeza y bramando.

(109) *Una ampliamente extendida creencia entre los miembros de la Guardia imperial que se habían topado con aquellas criaturas, y quienes las recordaban con un pavoroso terror, aunque la misma noción de esa idea es simplemente ridícula. Cualquiera que acabara tragado por uno de esos bichos acabaría muerto por asfixia o por el estrangulamiento al que le someterían los músculos constrictores de su garganta. Lo que ya puestos, tampoco es que sea un pensamiento reconfortante que digamos.*

-¡Comisario! ¿Puede oírme? -, preguntó mi ayudante, que sonaba notablemente agitado, incluso para un hombre que acaba de descerrajarle una descarga a bocajarro a un gigantesco gusano carnívoro, y tardíamente se me ocurrió que tal vez atribuía mi repentina desaparición a que aquel bicho me había devorado.

-Alto y claro-, le aseguré para tranquilizarlo**-. Sólo estoy recuperando el aliento-.** Por no hablar de mi sentido común; un momento después me vi obligado a escabullirme más profundamente bajo el vientre del Snowliner para evitar ser aplastado en la nieve por uno de sus conjuntos de orugas, que pasó retumbando sobre ruedas guía más altas que yo**-. ¿Dónde está el tiránido?**

-De nuevo excavando diría yo-, dijo Jurgen**-. Tal vez lo haya asustado.**

-Tal vez-, respondí por inercia. Y tal vez las Legiones Traidoras entrarían en razón, renunciarían a los Poderes Ruinosos y volverían a la luz del Emperador, lo que parecía casi igualmente probable.

-Cazan guiándose por las vibraciones-, me recordó Sulla, como si eso fuera algo que pudiera habérseme olvidado dadas las circunstancias**-. Le detectará por sus pisadas.**

Y también se habría dirigido directamente a la mayor fuente de ruido y vibración del convoy, por supuesto, lo que significaba que seguiría acechando al Snowliner hasta que consiguiéramos deshacernos de ella.

Por innecesario que fuera el consejo de Sulla, tampoco es que fuera a discutírselo. Necesitaba salir del suelo nevado, y cuanto antes mejor. Al ver una escala soldada al lateral del conjunto de orugas que hacía tan poco había estado a punto de reducirme a una desagradable mancha viscosa, aparentemente instalada a fin de facilitar su mantenimiento mientras el enorme vehículo estaba parado, me lancé en un frenético esprint, logrando alcanzarlo en apenas un puñado de zancadas; después de lo cual sólo me tomó un pequeño esfuerzo más trepar por ella hasta alcanzar una estrecha pasarela metálica, incómodamente próxima a excesivas partes móviles de maquinaria capaz de hacerme pedazos si perdía pie y caía. Al poco de llegar a aquel dudoso santuario, sentí una ondulación en la helada costra del terreno, justo en el lugar en el que yo había estado unos segundos antes; y entonces, bruscamente, emergieron unas enormes fauces repletas de colmillos, que chasquearon momentáneamente decepcionadas al masticar el vacío, antes de volver a hundirse en el terreno, perdiéndose una vez más de la vista. Súbitamente, al comprender el estrechísimo margen por el que había conservado el pellejo, sentí como un escalofrío me recorría el cuerpo, y esta vez nada tenía que ver con aquel frio capaz de helarle a uno hasta la médula de los huesos.

-Acaba de salir a la superficie justo bajo el Snowliner-, me apresuré a informar, advirtiendo a nuestras escoltas lo mejor que pude. Lo más desconcertante de aquella subespecie de tiránido en particular era su capacidad para atacar desde abajo sin previo aviso, y cuando lo hacía, podía paralizar fácilmente un vehículo, destrozando sus orugas y rasgando el blindaje relativamente fino de los bajos del vehículo para llegar a la indefensa tripulación del interior. Afortunadamente, el

enorme transporte de pasajeros parecía ser demasiado grande como para que intentara ese truco, ya que su gran volumen y su bajo centro de masa hacían casi imposible que pudiera volcar. Ni que decir tiene que eso no significaba que no tuviera más suerte con uno de los otros vehículos del convoy; afortunadamente, me resultaba evidente que la criatura actuaba totalmente guiada por su instinto animal, sin la inteligencia necesaria para analizar la situación y actuar en consecuencia. Por lo tanto, lo único capaz de desviar su atención serían las distintivas vibraciones de una posible presa a pie, como yo acababa de demostrar.

Entonces, me llamó la atención algo extraño de aquella situación. No me cabía duda de que esa sería una forma bastante absurda de tantear nuestras defensas si no había cerca una criatura sináptica para transmitir el éxito o fracaso del excavador a la mente colmena para su evaluación.

-Capitán-, llamé por el vox**-, tiene que haber alguno grande más cerca, manejando los hilos de esta marioneta. No bajen la guardia.**

-Cuente con ello, comisario-, me aseguró Sulla, sin duda convencida de que la caída **(110)** me había dejado aturdido, pero antes de que pudiera añadir algo, intervino uno de los pilotos de los Sentinels de Shambas.

(110) *Para aclarar esto, Sulla escribió detalladamente este episodio en sus memorias, donde ensalza la increíble visión, inteligencia y bravura del Comisario, y se muestra sin lugar a dudas maravillada de lo acertado de sus deducciones.*

-Movimiento en la línea de cresta, parecen guerreros. Cinco confirmados, pero puede haber más tras de ellos.

-Jek, Rowen, comprobadlo-, ordenó Shambas, antes siquiera de que Sulla pudiera meter baza **(111)**. Los pilotos designados salieron al trote y, por lo que pude seguir en las comunicaciones de vox que siguieron, se divirtieron mucho utilizando su superioridad tanto en velocidad como en el alcance de sus armas para destrozar a los guerreros como si practicaran el tiro al grox **(112)**.

(111) *Aunque aparentemente Sulla estaba al mando de todas las tropas valhallanas en esta misión, los Sentinels del 597º estaban asignados a la tercera compañía, junto a otras unidades especializadas; así que, al menos sobre el papel, los Sentinels de Shambas no estaban bajo su directa autoridad. Pero hay que añadir, que incluso si ese hubiera sido el caso, los pilotos de los Sentinels tienen una bien ganada reputación en la Guardia Imperial por actuar de acuerdo a su propia iniciativa sin atenerse a la cadena de mando, por lo que la actitud de Shambas en este episodio, actuando un tanto independientemente de Sulla está muy lejos de ser un comportamiento atípico de esa unidad.*

(112) *Una impresión más o menos confirmada por los excesivamente detallados informes posteriores a la acción que Sulla redactaría más tarde. El escuadrón en cuestión era el Tercero de Sentinels, una denominación que Caín no se molesta en mencionar, por lo que a bien se le había olvidado o no se acordaba del nombre de alguno de sus pilotos, o directamente Shambas no necesitaba nombrar a todos los miembros de la unidad para ella o él. El caso es que los miembros del Tercero atraparon a las bioformas guerreras en un fuego cruzado, gracias a la enorme movilidad de sus máquinas y al superior alcance de sus armas, lo que les permitió mantenerse lejos del fuego de respuesta de los devoradores tiránidos.*

A pesar de la llegada de los guerreros, el mawloc (*) siguió acechando al Snowlier en lugar de buscar una presa más fácil **(113)**, y empecé a darme cuenta de que mi peligroso refugio era aún más precario de lo que había temido. La siguiente vez que la enorme criatura salió a la superficie, vi

con puro terror una boca más grande que toda mi altura que se abalanzaba sobre las orugas, dejando profundas y brillantes marcas en el oxidado metal; si me quedaba donde estaba, aferrado a las desprotegidas instalaciones de mantenimiento de las orugas, más temprano que tarde lograría atraparme por pura suerte.

***(*)** El Mawloc es un enorme Tiránido en forma de gusano que actúa como escolta para un enjambre. Al igual que el Trigón, se trata de criaturas excavadoras.*

***(113)** Lo más seguro es que se debiera a que la criatura estaba demasiado ocupada recibiendo golpes como para actuar como un efectivo canal sináptico para la mente colmena.*

-¿Podría alguien quitarnos de encima a este maldito gusano del demonio?-, pregunté, esperando no sonar demasiado petulante.

-No tenemos una línea de tiro clara, comisario-, me respondió Sulla, un poco malhumorada, como si yo estuviera acaparando deliberadamente toda la diversión**-. Cada vez que sale a la superficie, se esconde tras las orugas.**

-Entonces tendremos que obligarle a salir a descubierto-, repuse, antes de darme cuenta una vez más de que mi maldita boca había vuelto a traicionarme. Había una forma muy obvia de conseguir precisamente eso, y estoy totalmente seguro de que todo el mundo en la red vox tuvo la misma idea prácticamente al mismo tiempo.

-¿Está realmente seguro que querer hacer eso?-, preguntó Sulla, con el tono ligeramente asombrado de alguien que no sólo espera que la respuesta sea afirmativa, sino que no puede concebir la posibilidad de una negativa. Si me negaba ahora, en cuestión de horas se sabría en todo el regimiento que Caín estaba perdiendo su toque, y el inmerecido respeto en el que tanto confiaba para mantener mi espalda cubierta y mi pellejo intacto comenzaría a difuminarse. Antes de que me diera cuenta, la gente empezaría a cuestionar mis motivos a cada paso, y toda la farsa acabaría por derrumbarse cual castillo de naipes.

-Para nada-, admití, seguro de que al menos se tomaría el comentario como una simple broma, y me tensé; si no me movía ya mismo, mi cuerpo se bloquearía de puro terror, a fin de evitar que hiciera algo tan potencialmente suicida**-. Pero si me quedo aquí me atrapara de todas, todas-.** Para enfatizar mi argumento, el gusano gigante eligió ese momento para volver a salir a la superficie, con toda su sinuosa longitud alzándose para caer contra la parte inferior del Snowliner. El enorme vehículo se estremeció, y yo me agarré a un puntal convenientemente situado, a fin de evitar ser lanzado contra los dentados engranajes que rechinaban a escasos centímetros de mi cara. Definitivamente, era hora de irse**-. Sólo asegúrese de darle a eso en cuanto asome los morros, y no a mí.**

-Ahí estaremos-, me aseguró Sulla.

No vi ninguna razón para retrasarlo más, así que me armé de valor y salté, aterrizando tan suavemente como pude en la helada superficie, en el revuelto punto donde la gigantesca criatura había emergido y desaparecido. Sin duda una criatura tan grande tardaría un momento o dos en

ser capaz de darse la vuelta y perseguirme una vez que hubiera sido capaz de aislar las distintivas vibraciones de mis pisadas de la interferencia creada por la pesada marcha del vehículo y el convoy, así que esperaba, con la ayuda de todos los santos del Imperio, que para cuando el bicho de marras lo hiciera, hubiera sido capaz de haber encontrado otro refugio. Afortunadamente, tenía en mente el plan perfecto.

En cuanto mis botas tocaron el suelo, empecé a correr, dirigiéndome hacia la superficie iluminada por la luz del día que poco a poco iba aclarando al otro lado del chirriante mecanismo de las orugas. Respiré aliviado al rodear la parte trasera y salir al aire libre: en esa parte del destartalado vehículo de transporte de personal, había una pesada cadena tal y como había notado de pasada la noche anterior. Afortunadamente esta seguía tal y como la recordaba, colgando pesadamente del Snowliner, que avanzaba como un Baneblade rodeado de Salamanders.

-¡Comisario!-, me llamó a voz en grito una voz conocida, y levanté la vista para encontrarme con el familiar rostro cubierto de mugre de Jurgen que me observaba ansioso a través de la ventana rota, con su melta aún listo para dispararlo**-. ¡Está volviendo a salir! -.** Seguí la dirección de su mugriento dedo, viendo una ola de nieve y hielo que se me acercaba rápidamente, y por un momento mi aliento pareció congelarse en mi pecho; era más grande, y más rápido, y estaba muchísimo más cerca de lo que había esperado incluso en mis estimaciones más pesimistas.

-¡Granadas!-, exclamé a través del vox, corriendo hacia el oxidado transporte de orugas**-. ¿Le queda alguna? -.** A ver, esa no era una pregunta tan extraña como podría

imaginarse, dada la bienvenida tendencia de mi ayudante a estar preparado para cualquier contingencia que pudiera prever.

-¿Frag o krak?-, preguntó, mientras yo me lanzaba a por una de las cadenas de remolque que me habían llamado la atención un rato antes, y que se encontraba lo suficientemente baja como para permitirme aferrarla con apenas esfuerzo.

-Krak-, respondí, trepando por la oxidada cadena metálica con cierta dificultad, a pesar de haber devuelto la ahora inútil pistola láser a mi funda un momento antes. Aunque los eslabones eran lo suficientemente grandes como para proporcionarme un agarre más que razonable para las manos y los pies, en conjunto se balanceaba violentamente de una forma que sólo puedo describir como jodidamente alarmante, y me encontré aún más agradecido que de costumbre por la firme sujeción que me proporcionaban los dedos augméticos de mi mano derecha**-. Necesito algo que haga mella en la armadura de esa maldita cosa-.** Una tarea para la que sin duda alguna mi pistola láser no estaba preparada.

Justo entonces el mawloc volvió a emerger del suelo, justo donde yo había estado antes de mi desesperado salto hacia la colgante cadena, y Jurgen le descerrajó otra ráfaga de melta; provocando otra profunda quemadura en una de las placas de quitina que protegían su espalda, pero sin ser capaz de penetrar su gruesa armadura. Sin embargo, la primera vez había tenido un poco más de éxito, pero al menos le proporcionó una lívida herida en su abominable caparazón quitinoso, justo a lo largo del borde inferior de su mandíbula, y el animal se estremeció claramente de dolor, a

pesar de no haber sido realmente dañado por el golpe. Cuando bajó la cabeza y empezó a escarbar de nuevo, una ráfaga de multiláser la alcanzó en el flanco, vaporizando más segmentos quitinosos y logrando esta vez morder profundamente la carne que había debajo antes de que la espantosa criatura desapareciera de la vista una vez más.

Al llegar a un nuevo santuario, algo menos precario, del casco de la oruga de carga, miré a mi alrededor y vi que nuestros Sentinels empezaban a unirse al convoy; la unidad de mando trotaba cómodamente junto al Snowliner provocando un sinfín de gestos de entusiasmo por parte de los pasajeros que iban a bordo.

-Bien hecho, comisario-, me felicitó Shambas, saludando alegremente desde la cabina abierta de su corcel mecánico**-. Eso lo ha hecho desaparecer.**

-**Sólo por el momento-,** le repliqué**-. Pero ahora volverá a ir tras el Snowliner.**

-Granadas, señor-, me dijo Jurgen, asomándose por la destrozada ventana en un ángulo que me pareció un tanto suicida. Me tendía una bolsa de tela en la mano que no empleaba para aferrarse a la vida, y cuando levanté la vista en su dirección, me la tiró. El paquete saltó por los aires, chocó con el mugriento casco metálico del transporte de carga y comenzó a deslizarse por la inclinada superficie metálica del chasis, antes de acabar encajada en uno de los bidones de Promethium amarrados al casco. Al menos había muchos asideros entre ellos y mi actual posición, así que empecé a pasar de un puesto de carga al siguiente, sin preocuparme de que la suciedad desluciera mí, por otro

lado, ya muy maltratado uniforme, que a aquellas alturas comenzaba a adquirir un tono claramente rojizo, gracias a mi animosa escalada por la oxidada cadena. No puedo fingir que fuera una experiencia del todo agradable, ya que mis movimientos se veían ralentizados por el cortante frío y el hecho de que el metal se volvía resbaladizo debido a la presencia de costras de hielo que se había acumulado en todas las grietas, pero al final me las arreglé para aferrarme de alguna manera, con mi determinación reforzada por el hecho de saber lo que pasaría si caía al hielo que me esperaba en la superficie.

-Las tengo-, confirmé al fin, mientras mi mano se cerraba en torno a la bolsa y buscaba algo a lo que lanzarlas. No había ninguna señal obvia del monstruo subterráneo, pero bueno, tampoco es que eso significara nada en sí mismo; desgraciadamente yo sabía que estaba obligado a volver al suelo nevado.

De hecho, estaba tan obsesionado con esta idea que no me di cuenta del verdadero peligro hasta que fue casi demasiado tarde.

-¡Shambas!-, grité, notando de repente como aparecía de nuevo la reveladora onda en la nieve a una veintena de metros de donde esperaba verla**-, ¡cuidado!-.** La costra de terreno helado comenzó a elevarse tras los talones mecánicos del Sentinel, y la enorme figura del gran gusano emergió de nuevo del hielo, con sus babeantes mandíbulas obscenamente abiertas.

Shambas reaccionó al instante, dirigiendo toda la potencia a las patas de su caminante, que reaccionó saltando al tiempo

que pateaba el malformado hocico del tiránido, en una espectacular muestra de una habilidad de pilotaje, como pocas veces había sido testigo anteriormente, y si me apuran, incluso después. El Sentinel aterrizó a unos metros de distancia y se tambaleó, con los giroscopios gimiendo histéricamente mientras Shambas luchaba por recuperar el equilibrio. El mawloc se giró para seguirlo, y con un destello cegador de perspicacia, caí repentinamente en la cuenta de lo que estaba ocurriendo: la horrible criatura era incapaz de distinguir las pisadas mecánicas del caminante de las naturales, y por lo tanto lo había confundido con una presa.

Demasiado consciente de la presencia de cientos de pasajeros del Snowliner presenciando la escena, y sabiendo demasiado bien que esperaban que el Héroe del Imperio les salvara el pellejo, por no mencionar el del asediado piloto del caminante, busqué desesperadamente algún tipo de distracción que al menos le pudiera proporcionar a Shambas el tiempo necesario para recuperar el control y de paso también permitiera al resto de los pilotos del escuadrón disparar al bicho **(114)**. Afortunadamente, la inspiración me llegó al instante: cebar una de las granadas de Jurgen no me llevó más que un momento, al igual que encajar la bolsa que las contenía en la sujeción que rodeaba el grupo de bidones de combustible más cercano. Luego bastaron un par de golpes con mi espada sierra para cortar las cuerdas que los mantenían fijados al traqueteante transporte de orugas, y en cuestión de segundos todo el conjunto estaba rebotando por el hielo.

(114) *No está muy claro donde se encontraban el resto de los Sentinels en ese momento, aunque es aceptable suponer que se encontraron con sus líneas de fuego bloqueadas por otros vehículos del convoy.*

Mi estratagema tuvo más éxito de lo que esperaba. En el mejor de los casos había esperado simplemente confundir a la bestia, y posiblemente infligirle algún daño menor gracias a la detonación y la posterior conflagración; pero, sin duda confundida por el patrón de movimiento, aparentemente la criatura confundió el grupo de bidones atados con una presa. Girando la cabeza, se abalanzó sobre los bidones de promethium y se los tragó de un solo bocado.

Un instante después, su forma serpentina se convulsionó, mientras las granadas detonaban en su interior y el promethium liberado de los destrozados bidones se inflamaba. Una oleada de fuego brotó de su boca y su convulsionante forma se estrelló contra el hielo, donde se agitó durante unos instantes, envuelta en las llamas, antes de quedarse gradualmente quieto.

-Bien hecho, señor-, me felicitó Jurgen, con su voz en mi comunicador casi ahogada por los histéricos vítores de los civiles que le rodeaban.

-Gracias-, me dijo a su vez Shambas, dedicándome otro marcial saludo.

-De nada-, respondí, tratando de adoptar mi pose más modesta, antes de calarme la gorra y soltar la fanfarronada que todos estaban esperando**-. Bueno, ¿puede alguien detener esta maldita cosa para que pueda calentarme un poco?**



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Como no es de extrañar, me pareció que ya estaba harto de las dudosas comodidades del Snowliner, y decidí continuar nuestro viaje en los confines apenas menos estrechos, pero al menos tranquilizadores, de un Chimera. Por otro lado, el protocolo y el hecho de que hubiera más espacio en él debido al menor tamaño de su escuadrón de mando **(115),** implicaba viajar en el de Sulla; pero a estas alturas, incluso la perspectiva de su compañía durante el resto del viaje se me antojaba una compensación harto aceptable por la seguridad adicional que ofrecían los bolters pesados con los que contaba el VCA **(*)**. En realidad, no esperaba otro ataque, después de rechazar el último con tanta decisión, pero con los tiránidos nunca se sabe, y no estaba de humor para enfrentarme a otro monstruo sin ayuda.

(*) *VCI: acrónimo de Vehículo de Combate Acorazado, AFV en el original.*

(115) *Al igual que la mayoría de las unidades de la Guardia Imperial, las escuadras de mando del 597ª tanto a nivel de compañías como de pelotones, consistían en un oficial y cuatro especialistas para apoyarle, y ocasionalmente incluían consultores de un tipo u otro, y respecto a estos, el propio Caín destacaba entre los principales de ellos.*

Afortunadamente, Sulla parecía totalmente ocupada en coordinar la escolta, sobre todo teniendo en cuenta la tendencia de los pilotos de los Sentinels a hacer lo que les parecía sin molestarse en discutirlo primero con ella, así que me ahorré lo peor de su excesivo entusiasmo. Y lo que es mejor, aunque los sistemas de vox y auspex con los que

estaba equipado el Chimera de mando le daban una visión completa de la situación táctica, seguía con la costumbre que había adquirido en sus días de comandante de pelotón de ir en la torreta durante gran parte del viaje, con medio cuerpo fuera de la escotilla, donde podía ver el terreno directamente, y actuar como punto de encuentro visible para sus subordinados. (Aunque puede que en esto haya tenido también algo que ver el hecho de que Jurgen me acompañaba, y su presencia en el confinado espacio del compartimento de pasajeros era algo difícil de ignorar).

-Parece que le espera un buen recibimiento cuando lleguemos a Underice-, me dijo, en una de las ocasiones en que nos favoreció con su presencia, posiblemente atraída de nuevo al interior por el olor a tanna fresca que uno de los soldados acababa de sacar de un samovar situado en el rincón **(116)** junto al armero.

(116) *Una modificación muy habitual en los vehículos valhallanos, aunque su uso en movimiento no estaba exento de riesgos.*

-¿Ah, sí?-, inquirí, preguntándome en nombre del Trono a qué narices se refería, y calentando mis manos (aparte de los dedos augméticos) con gratitud alrededor de la taza que Jurgen acababa de entregarme. El traqueteante vehículo de transporte de personal era bastante más cálido que el paisaje exterior, pero la calefacción interna no era precisamente una prioridad para los valhallanos, y con todo me parecía un poco frío para mi gusto.

-Claro que sí-, me aseguró Sulla, metiéndose en un estrecho hueco entre la consola del auspex y el depósito de las municiones, donde podía dar un sorbo a su propia

bebida sin que se derramara la mayor parte por el traqueteo del vehículo**-. Todo el mundo en el Snowliner con un vox portátil ha estado hablando sin parar sobre la forma en que usted mató a ese excavador con sus propias manos-.** Miró al operador de vox, que asintió para confirmarlo, y yo sentí un repentino estrangulamiento en la boca del estómago. Mi propio comunicador vox sólo estaba sintonizada con las frecuencias de mando, por supuesto, así que la charla de los civiles se me había pasado totalmente por alto, pero su trabajo era supervisar todo lo que pasara en el convoy, así que debería saberlo**-. Los periodistas y sus pictocámaras estarán por todo el parque de transportes de orugas para cuando lleguemos.**

-Bien-, dije con decisión**-. Entonces nos separaremos del convoy en cuanto entremos en el perímetro de defensa y nos dirigiremos directamente a la guarnición de la FDP-.** A ver, no tengo ningún inconveniente en ser el centro de atención en la mayoría de las circunstancias que no implican disparos, pero, en aquel momento, lo último que me apetecía era estar rodeado de una turba de idiotas embobados haciendo preguntas imbéciles. Una buena comida y una gran copa de amasec me parecían una perspectiva muchísimo más atractiva. Sulla me miró un poco extrañada, así que me apresure a añadir**-. Nos vendría bien a todos un poco de descanso antes de volver-.** Tampoco era malo parecer más preocupado por los soldados que por mí mismo; todo ayudaba a que se centraran en vigilar mi espalda cuando fuera necesario.

-Puede apostar por ello, comisario-, aceptó, sin duda impaciente por volver a atacar a los tiránidos lo antes

posible.



Llegamos a Underice sin más incidentes, justo cuando empezaba a anochecer en los interminables campos nevados **(117)**; un espectáculo que pude disfrutar (en la medida en que era posible disfrutar de algo mientras perdía toda la sensibilidad en mis extremidades) desde la escotilla de la torreta del Chimera de mando, aprovechando que finalmente Sulla había renunciado a su puesto favorito mientras se ocupaba de la entrega formal del convoy a las fuerzas locales. A pesar de que me resistía a enfrentarme de nuevo a las gélidas temperaturas, pensé que no estaría de más ofrecer a los medios de comunicación locales la oportunidad de obtener una o dos fotos, como premio de consolación por las entrevistas que les iba a negar. (Y que, de todos modos, probablemente se inventarían).

(117) *Nusquam Fundimentibus tenía un agobiante día de 35 horas.*

Mientras reflexionaba, me asusté un poco al ver un fino penacho de nieve que se elevaba, y que supuse que había sido arrojado por las orugas de vehículos como el nuestro, formando una delgada franja blanca contra las nubes de color morado que se perdían en la distancia. Esta última visión me trajo malos augurios, ya que había pasado suficiente tiempo en mundos helados, incluido ese, como para reconocer el presagio del tipo de tormenta blanca feroz que haría que aventurarse a la intemperie fuera casi suicida; pero la tormenta que se avecinaba parecía

tranquilizadoramente distante, y sin duda estaríamos a cubierto antes de que llegara. Lo más preocupante era el grupo de vehículos que se acercaba, que debía ser bastante grande a juzgar por la altura de la estela de nieve en polvo que levantaban.

-Así es-, me informó alegremente el jefe de operaciones de Sulla**-. Tengo una veintena de señales hasta ahora, y cada vez aparecen más en la pantalla. Parece que media ciudad ha salido a recibirle.**

-Por los dientes del Emperador-, rezongué, tomando por primera vez en serio los comentarios de Sulla y felicitándome en silencio por haber tomado ya medidas para evitar lo peor.

Como no podía ser de otra forma, la vanguardia de las estelas que se acercaban estaba compuesta por las fuerzas locales que salían a escoltar a nuestros pasajeros para llevarlos a un lugar seguro, algo que me parecía muy bien, teniendo en cuenta las presentes circunstancias. Consiguieron tomar sus posiciones justo a tiempo para mantener a la mayoría de los espectadores alejados de nuestras espaldas, pero aun así, pronto nos vimos rodeados por un número incalculable de vehículos de orugas personales, tanto ligeros como pesados, junto con una buena proporción de motonieves de orugas, que me recordaban demasiado a los peculiares híbridos preferidos por los orkos; aunque no podía negar que estos parecían lo suficientemente rápidos y maniobrables para estas condiciones de hielo. Mirara donde mirara, alguien parecía apuntarme comuna pictocámara, e incluso tuve que agacharme en un par de ocasiones cuando ciber-cráneos equipados con cámaras se abalanzaron sobre mi cabeza.

Afortunadamente, conseguí superar el impulso de derribarlos con un par de disparos del bolter instalado en la torreta, aunque el cansancio y la irritación hicieron que me encontrara terriblemente cerca de intentarlo.

Finalmente nos libramos del barullo de marras, y nuestros Chimeras y Sentinels formaron un anillo de protección alrededor del vehículo de mando, y salimos disparados por el campo de hielo relativamente abierto que rodeaba el cuadrante suroeste de la ciudad **(118)**. Al igual que en la mayoría de las zonas urbanas de Nusquam Fundimentibus, había pocos indicios de la existencia de una próspera comunidad subterránea bajo la nieve, aunque algunas estructuras bajas rompían la superficie de vez en cuando, aunque su propósito me era en su mayor parte oscuro.

(118) *El lugar donde se ubicaban los cuarteles de la base principal de la FDP, estaba muy próximo a las principales vías de tráfico civil.*

Dada la regularidad del paisaje, no resultaba difícil distinguir alguna excepción, y me intrigaba especialmente una línea de formas mucho más grandes, parcialmente ocultas por la nieve a la deriva, que se asomaba a media distancia. Impulsado por la curiosidad, levanté el macrovisor que había encontrado en la torreta, sin duda para que Sulla pudiera vigilar mejor a sus subordinados, y enfoqué hacia las enigmáticas estructuras.

-Por el Trono de Terra-, dije asombrado**-. ¿Qué carajo están haciendo allí?**

-¿Comisario?-, preguntó Sulla, su voz en mi auricular sonaba casi tan desconcertada como yo**-. ¿Hay algún**

problema?

-**Son los transbordadores de carga que debían recogernos de la *Fuegos de la Fe*-,** le expliqué, mientras las marcas de sus cascos se iban haciendo más claras, parcialmente oscurecidas por la costra de nieve adherida a sus fuselajes**-. Parecen haber sido abandonados aquí. Pero ¿por qué alguien haría eso?**



Por supuesto, fue Sulla quien resolvió ese pequeño misterio en particular, sacando a relucir una vez más su experiencia logística. Tal vez su sentido del orden se vio ofendido por el arrogante desperdicio de un recurso tan potencialmente útil, o quizás simplemente buscaba algo que hacer mientras estábamos sentados sin hacer nada en la guarnición de la FDP en Underice, esperando que la tormenta que había visto acercarse se disipara. Sólo el Trono sabría, pero el caso es que yo mismo estaba más que un poco irritado por la forzada inactividad, aunque tampoco es que fuera el más ansioso entre nosotros por volver a Primadelving y enfrentarse de nuevo a la amenaza tiránida.

-Es la típica metedura de pata del Administratum-, me aseguró alegremente unos tres días después de nuestra llegada, dejándose caer sin ser invitada en la silla del lado opuesto de mi mesa en el comedor, donde yo llevaba un rato tomando una taza de recafeina junto a un bollo caliente de grox, con la vaga esperanza de que ocurriera algo que aliviara un poco el tedio que sentía. Los oficiales de la FDP

local no eran tan efusivos en su adulación como los civiles, pero estaban tan asombrados por mi supuesto heroísmo que era casi imposible mantener una conversación de cualquier tipo con ellos, y mucho menos intentar una partida de cartas**-. Como los transbordadores habían sido asignados para reunirse con la *Fuegos de la Fe* antes de que nos estrelláramos, han sido dados por destruidos junto con ella.**

-Ya veo-, dije, con la cabeza dando vueltas, como tantas otras veces, incapaz de creer la pura idiotez de la mentalidad burocrática**-. Entonces, ¿cómo es que terminaron aquí?**

-Los pilotos no pudieron obtener autorización para salir del planeta-, aventuró Sulla**-, porque oficialmente no existían. Además, las autoridades del puerto estelar de Primadelving les ordenarían despejar las plataformas.**

-Aha-, dije, tratando de entenderlo**-. Enviaron una orden oficial a los transbordadores que se negaban a reconocer que estaban allí. Vamos, para mear y no echar gota.**

Sulla asintió sonriendo, provocando que sus prominentes dientes se hicieran aún más visibles que nunca, divirtiéndose ante lo absurdo de todo asunto.

-Así es. Pero seguramente no con tantas palabras. Apuesto a que se limitaron a emitir una orden general de cierre de las plataformas para realizar

trabajos rutinarios de mantenimiento, y exigiendo a todo el tráfico que se encontraba en tierra que se retirara. Y así lo hicieron.

-Ya, ya, si eso lo pillo, pero… ¿por qué aquí? -, insistí.

-Tiene relativamente pocos vuelos de transbordador-, me explicó Sulla**-, por lo que nunca llegaron a construir plataformas de aterrizaje permanentes. Simplemente aterrizan en el campo de hielo y sus cargas son transportadas con los vehículos de orugas.**

-Así que nadie en Underice podía mandarlos a freír espárragos-, concluí, y Sulla asintió.

-Pues al final va a ser una suerte para nosotros-, añadió, en un tono tan alegre que automáticamente empecé a temerme lo peor.

-¿Cómo es eso, exactamente?-, pregunté, ya seguro de que no me iba a gustar la respuesta.

-Pueden llevarnos de vuelta a Primadelving-, dijo Sulla sorprendida, como si eso debiera ser obvio**-. Recuerde que son transbordadores de carga pesada, no aviones. Tienen suficiente potencia para volar incluso a pesar de la tormenta, o incluso pueden llevarnos más allá de la atmósfera si eso resultara necesario.**

-Cierto, podrían hacerlo-, acepté, asintiendo lentamente. Y nos volverían a colocar en el centro de la apretada soga

de los tiránidos, lo cual no era una perspectiva que me atrajera en lo más mínimo. Por otro lado, por mucho que lo intentara, no se me ocurría una buena razón para oponerme a la idea; algo que, en cualquier caso, dada mi reputación, levantaría demasiadas cejas inquisitivas**-. ¿Cómo sugiere que consigamos los transbordadores? -,** pregunté finalmente, agarrándome a un clavo ardiendo**-. Si el Administratum bloquea el acceso...**

-No pueden-, me dijo Sulla, claramente entusiasmada con su propia astucia**-. Ya han registrado su despliegue como parte de una operación de la Guardia. Así que les recordamos que tenían razón desde el principio, y que las naves eran parte de los activos asignados a nuestro regimiento.**

-También hay que recordar que los habían registrado como destruidos en el accidente-, señalé, seguro de que ella también tendría una respuesta para eso, aunque he de reconocer que también estaba lo suficientemente intrigado, a pesar de mis renuencias, como para preguntarme cuál podría ser esa**-. ¿Cómo se explica que vuelvan a estar activos?**

-Salvamento-, me explicó, con una cara perfectamente seria**-. Pero probablemente no tendremos que hacerlo: los requisitos operativos militares anulan automáticamente los protocolos del Administratum (119).**

(119) *Para irritación de generaciones de escribas y codiciarios, quienes estaban obligados a corregir sus preciados inventarios, que a menudo presentaban un discreto parecido con la realidad.*

-Así es-, acepté**-. ¿Y los pilotos? ¿Qué opinan de esto?** -. Conociendo como conocía a Sulla, daba por sentado que ya los habría localizado y les habría hecho cambiar de opinión, aunque, dadas las circunstancias, dudaba que tuviera que presionar mucho**.** No tenían, literalmente, ningún otro sitio al que ir.

-Todos a favor-, me aseguró, confirmando mi intuición**-. Mientras puedan volver a la cabina de vuelo, estarán contentos.**

-Bien hecho, capitán-, la felicité, con todo el entusiasmo que pude fingir**-. Su iniciativa la honra.**

Sulla me sonrió de oreja a oreja, como si le acabara de ofrecer un terrón de azúcar.

-Solo trato de hacerlo lo mejor que puedo-, dijo visiblemente henchida de orgullo.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Al final resultó que tuve razón, la situación no solo no había mejorado en absoluto durante mi ausencia, sino todo lo contrario. Las infernales condiciones meteorológicas no habían molestado lo más mínimo a los tiránidos, y lo primero que vi al volver al puesto de mando fue un auténtico anillo de iconos preparado para estrangular la vida de Primadelving. La constatación de que al menos habíamos conseguido asegurarnos disponer de algunas lanzaderas espaciales, que en el peor de los casos podían llevarme al refugio de los muelles orbitales, fuera del alcance de los tiránidos, fue para mí el único consuelo, pero en general, no podía negar que hubiera preferido estar en otro lugar.

-Bienvenido-, me saludó Broklaw, sin ningún rastro de ironía**-. Empezaba a pensar que te ibas a perder toda la diversión.**

-Estoy seguro de que habrá suficiente diversión para todos-, le respondí, reflexionando que, si aquella era realmente su idea de pasar un buen rato, entonces es que necesitaba desesperadamente salir más**-. ¿Qué me he perdido? -.** No es que me importara lo más mínimo, pero nunca está de más parecer interesado y, al menos, encontrar otra cosa en la que concentrarme evitaba que mi mente se centrase demasiado en los peores escenarios.

-Los tiránidos siguen moviéndose-, dijo Kasteen, señalando el hololito con la mano, por si no me había dado cuenta de lo mal que estábamos**-. Y las fuertes nevadas nos han impedido organizar más convoyes de refugiados-.** Se encogió de hombros expresivamente**-. De todos modos, desde que los tiránidos empezaron a acercarse, se ha vuelto cada vez más arriesgado.**

-Al menos ahora tenemos las lanzaderas-, apunté**-. Podemos reanudar la evacuación de inmediato-.** No envidiaba en absoluto a los pasajeros, ya que nuestro relativamente breve viaje había sido extremadamente desagradable; por una vez pude apreciar lo que Jurgen solía sentir en cada vuelo que emprendíamos. Sin embargo, fiel a su estilo, se había guardado sus sentimientos para sí mismo, soportando los golpes con su habitual estoicismo.

-Menos mal-, dijo Broklaw**-. Todavía tenemos que sacar a un ochenta por ciento de los civiles.**

-Lo que significa que podremos evacuar a todos los civiles con unos quinientos vuelos por transbordador-, señalé**-, si modificamos las bodegas de carga con un suelo temporal para crear un par de cubiertas adicionales-.** Al captar sus inquisitivas miradas, añadí sonriendo**- Sulla ya se está ocupando de eso.**

-¿"*Quinientos vuelos*"?-, preguntó Kasteen, con tono incrédulo, para luego sacudir la cabeza y agregar sarcásticamente**-. Nos habrán invadido mucho antes de que hayan completado esa cantidad.**

-Lo sé-, dije**-. Pero también hay lanzaderas en los muelles orbitales, docenas de ellas. Sulla también las está requisando.**

-Es una pena que nadie haya pensado en eso antes-, se lamentó Broklaw con amargura, y yo me encogí de hombros mostrando mi acuerdo.

-Puedes culpar al Administratum por eso-, añadí**-, que como siempre, opta por tomárselo todo literalmente-.** En honor a la verdad, una vez que Sulla se hizo con los transbordadores abandonados, había ido a por el resto con la tenacidad que solía reservar para enfrentarse a los enemigos del Imperio; y aunque yo había estado encantado de contribuir con el apoyo que mi posición y mi reputación me permitían, acabé siendo poco más que un alegre espectador mientras ella se abría paso entre los obstruccionistas burócratas como lo haría un Baneblade contra una chusma de gretchin**-. Se les pidió que proporcionara a la FDP una lista de todos los activos de Nusquam Fundimentibus capaces de ayudar en el esfuerzo de evacuación, y claro, adujeron que los muelles orbitales están en el espacio, y por lo tanto, no entraban dentro de sus competencias (120).**

(120) *Una excusa que incluso yo he tenido que escuchar de vez en cuando, al menos hasta el momento que una dejaba caer que quería la información en nombre de la Inquisición, momento en el cual la mayoría de los más obtusos burócratas se transformaban en las más serviles de las criaturas.*

Kasteen emitió un sonido en lo más profundo de su garganta, mostrando un infinito disgusto ante las limitaciones de la mentalidad burocrática, mientras Broklaw

murmuraba algo sobre la capacidad de "*encontrarse el culo con las dos manos*".

-Entonces, ¿cuántos civiles podemos quitarnos de encima? -, preguntó Kasteen, volviendo al punto**-. ¿Y cuánto tiempo necesitaremos?**

-Es difícil de decir-, aduje, decantándome como siempre por una postura precavida**-. Una vez completadas las modificaciones en todas las lanzaderas, quizá podamos evacuar a unos cien mil civiles diarios.**

-Eso implica de cuatro a cinco días-, comentó Kasteen, tras hacer el cálculo**-. Esperemos contar con ese tiempo.**

Todos observamos el hololito, llegando a la misma pesarosa conclusión: salvo mediante un milagro, era casi seguro que no.

-¿Qué hay del perímetro defensivo?-, pregunté, esperando recibir mejores noticias.

-Está completo-, me dijo Broklaw**-, y tan ajustado como hemos podido. Mientras sólo ataquen por la superficie, deberíamos ser capaces de retenerlos. Al menos el tiempo suficiente para completar la evacuación, si el Emperador así lo quiere.**

-¿Por qué no iba a querer, caramba?-, pregunté, provocando unas tensas sonrisas, que ayudaron a disipar un

poco la tensión de ambos oficiales. Todos sabíamos que hacer retroceder a la marea tiránida era una misión prácticamente casi imposible, pero con las tácticas adecuadas, y un poco de suerte, podríamos retrasarles lo suficiente como para robarles el enorme premio en forma de biomasa que esperaban conseguir. Un objetivo que era todo lo que cualquiera podía esperar, especialmente nosotros, que estábamos en el maldito centro de la acción**-. ¿Alguna noticia sobre los refuerzos?**

-Siguen en la disformidad-, respondió Kasteen, hecho que implicaba que estaban incomunicados; así que el primer mensaje que recibiríamos de ellos llegaría justo cuando emergieran de nuevo al materium, y, dada la naturaleza caprichosa de las corrientes de la disformidad, no se podía prever cuándo sería eso.

-Entonces, concentrémonos en reducir un poco el número de tiránidos antes de que lleguen-, dije con toda la resolución y confianza que pude reunir.

-Nuestro principal problema va a ser asegurar la ciudad-, puntualizó Kasteen, manipulando los controles del hololito. La imagen cambió, para mostrar la red de trincheras y emplazamientos de armas en la superficie, y la vasta y enmarañada madeja de cavernas y túneles interconectados bajo ella**-. Sabemos que tienen bioformas excavadoras, pero incluso antes de que estos estuvieran activos, los organismos más pequeños consiguieron infiltrarse en la central eléctrica y en el complejo agrícola subterráneo a través de las fisuras que surgen del antiguo cráter del impacto que tuvo lugar en el lejano pasado.**

-En el centro del cual estamos sentados-, añadí, para demostrar que estaba prestando atención.

-Exactamente-, dijo el coronel**-. Así que deberíamos estar preparados para un ataque con túneles.**

Volví a mirar la parpadeante imagen del hololito, y como siempre, mis viejos instintos de rata de túnel me reconfortaron mientras contemplaba aquellos espacios subterráneos. Saber que nuestro enemigo podía atacar en cualquier lugar, jugando en tres dimensiones, hacía parecer nuestra posición terriblemente vulnerable, quedándome claro que las fortificaciones de la superficie resultaban lamentablemente inadecuadas.

-No podemos esperar defender todo esto-, sentencié con la boca seca.

-No, no podemos-, coincidió Broklaw**-. Así que no lo vamos a intentar. Vamos a evacuar caverna por caverna, hacia la superficie, y a sellar cada una a medida que nos retiramos. Sólo dejaremos un estrecho pasillo para que salgan los tecno-sacerdotes que atienden la planta de energía en el nivel más bajo.**

-Si es que se les puede convencer de que se vayan-, añadí, pues contaba con demasiada experiencia en tratar de hacer entrar en razón a los acólitos del Omnissiah ante una destrucción prácticamente segura. (Aun hoy en día sigo sospechando que Felicia nunca me perdonó del todo la voladura de su preciada presa en el Valle de los Demonios, y

en cuanto a la debacle de Interitus Prime, el único problema de ser el único superviviente es lo frustrante que es no tener a nadie cerca a quien decir *"te lo dije"*).

-Los tiránidos lo harán por nosotros en cuanto empiecen a surgir por las grietas-, aseveró Broklaw con naturalidad**-, y en cualquier caso, hasta que lleguemos a ese punto, los generadores deben ser mantenidos bajo control. No queremos que se descontrolen como sucedió con los de los Barrens.**

-Sin duda-, dije fervorosamente, consciente de que la explosión de la que me había librado por los pelos sería insignificante comparada con el cataclismo que se desencadenaría si fallaban los mecanismos y los amuletos que protegían la instalación mucho más grande que alimentaba la ciudad**-. ¿Cómo estamos sellando las cavernas?**

-Derribando los túneles de conexión con cargas de demolición-, explicó Broklaw**-. Los zapadores de Federer están colocando las cargas en estos momentos.**

-Apuesto a que a la gobernadora le ha encantó eso-, dije sarcásticamente**-, hacer volar la mayor parte de su preciosa capital hasta convertirla en escombros.**

-Al final llegamos a un acuerdo-, explicó Kasteen con sequedad, y me sentí oscuramente agradecido por haber estado fuera de la ciudad durante unos días, a pesar de los voraces mawlocs. Sobraba decir que las negociaciones

habían sido realmente tensas; sabía que Kasteen no cedería en cuanto a las necesidades operativas por mucha presión política que se ejerciera sobre ella, y aunque no conocía a Clothilde ni la mitad de bien, había visto lo suficiente de su carácter como para ser consciente de lo firme que también podía ser su determinación**-. Las cargas están siendo colocadas, pero no serán detonadas a menos que los tiránidos lleguen a la propia ciudad.**

-Para que los nusquemses no tengan que volver a excavar los pasajes si los tiránidos se aburren y se van-, añadió Broklaw, con un toque de sarcasmo en su voz.

-El objetivo de esta operación es salvar la ciudad, ¿no es así? -, preguntó una nueva voz, y Clothilde entró en la sala con su habitual grupo de vociferantes asesores y aduladores. Parecía muy enfadada por algo.

-Si es posible, claro está-, añadí, cortándola suavemente antes de que Kasteen o Broklaw pudieran decir algo desaconsejable. La diplomacia no era precisamente mi punto fuerte, pero sin duda se me daba mejor que a cualquiera de ellos, y con los tiránidos a punto de atacar, cuanta más unidad pudiera promover, mejor para todos, y especialmente para mis opciones de salir con bien de esta. Miré subrepticiamente mi cronógrafo, descubriendo, para mi nula sorpresa, que no era ni de lejos la hora de la reunión informativa programada, así que esbocé una sonrisa relajada y acogedora en mi rostro**-. ¿Cuál es el problema, Excelencia? A pesar de que siempre nos alegramos de verla, dudo que se trate de una visita totalmente social.**

-Tiene razón, no lo es-, espetó Clothilde, volviéndose hacia Kasteen, con una expresión capaz de fundir ceramita**-. ¿Sabe que una de sus subordinadas se ha encargado de perturbar el comercio en todo el planeta?**

-Si se refiere a que la capitana Sulla ha requisado todas las lanzaderas disponibles, justo ahora nos estaba informando de ello el comisario Caín-, replicó Kasteen gélidamente. Independientemente de la opinión que pudiera tener de Sulla, esta era una oficial bajo su mando y, por tanto, la defendería a capa y espada de las críticas de los forasteros, fuera cual fuera su estatus**-. Todavía no he tenido la oportunidad de consultar a la capitán, pero sólo puedo elogiar su iniciativa.**

-Entonces, ¿supongo que no tiene intención de anular este ridículo edicto? -. Preguntó Clotilde, ofendida.

Kasteen negó con la cabeza**-. Efectivamente, no la tengo-,** confirmó**-. Es la única manera de salvar las vidas de los civiles de esta ciudad, y es gracias a su administración que nos encontramos en esta situación. Los transbordadores permanecerán en manos de los militares hasta que se complete la evacuación. Después de eso, podrán volver a asegurarse de que tiene suficientes dulces para su próxima fiesta.**

-Suponiendo que para entonces no se hayan comido a los invitados-, añadió Broklaw, mientras la cara de la gobernadora se volvía tornaba pálida.

-Tendrá que disculpar a la coronel y al comandante por su falta de delicadeza verbal-, me apresuré a decir, mientras los aduladores siseaban y hacían aspavientos-. Los soldados son bruscos por naturaleza en el mejor de los casos, pero eso no es disculpa-. Les lancé una mirada de advertencia a los dos oficiales**-. Como podrá comprender, en estos días todos sufrimos de falta de sueño, y eso acaba pasando factura.**

-No se lo discutiré-, dijo Clothilde, tragándose su enfado con manifiesta dificultad**-. Pero estoy segura de que ustedes podrán mantener a raya a esas repugnantes criaturas, sin que eso tenga que afectar al mundo entero. Mientras se ocupan de este pequeño asunto local, la vida transcurre con total normalidad en el resto de las provincias.**

-Con el debido respeto-, repliqué, haciendo acopio de toda mi paciencia**-, esto está lejos de ser un asunto local, como usted dice. Todo el planeta está amenazado, y si cae, también el resto de los mundos de todo el sector estarán en peligro-.** No podía creer lo cegada que estaba la gobernadora; ciertamente era bastante amable y correcta, siempre que se saliera con la suya, o que se la pudiera convencer de otro punto de vista, pero carecía totalmente de la capacidad de ver más allá de la punta de su empolvada nariz. La misma que ahora arrugaba hacia mí ahora, con un gesto candoroso con el que ingenuamente pretendía desarmarme.

-Sin duda exagera, comisario-, dijo.

-El Lord General ha enviado una fuerza especial-, le expliqué pacientemente**-, y también una nave del Adeptus Astartes ha considerado el asunto lo suficientemente serio como para desviarse hacía aquí para ayudar en lo posible. Puedo asegurarle que los Marines Espaciales tienen innumerables peticiones de ayuda, y a buen seguro no tomarían tal decisión a la ligera.**

-Estoy segura de que eso es lo que creen-, continuó obcecada Clothilde**-, y estoy segura de que usted es igualmente sincero. Pero estas criaturas son demasiado poco numerosas como para representar una amenaza. En cuanto lleguen los marines espaciales, las eliminarán en un abrir y cerrar de ojos.**

-Esperemos que así sea-, repliqué empezando a hartarme de su actitud**-. Pero los tiránidos se hacen más fuertes con cada muerte que provocan, y si consiguen consumir a todos los que están en la ciudad, serán del todo imparables-.** Y, lo que es más importante, yo ya no estaría allí para ver a nadie intentar detenerlos. Entonces se me ocurrió otra cosa, y cambié de táctica**-. Si realmente quiere preservar Primadelving como símbolo del dominio imperial, entonces apoyar los esfuerzos de evacuación sería la mejor manera de hacerlo. Los tiránidos nos asedian por la gran reserva de biomasa que representa la población; en un mundo helado no van a encontrar mucho más que consumir. Si la población desaparece, también lo hace su razón de estar aquí-.** Ni que decir tiene que eso no era exactamente cierto, pero estaba bastante seguro de que la gobernadora se lo tragaría a pies juntillas; uno de los

problemas de estar rodeado de lacayos todo el día es que te acostumbras a escuchar sólo las noticias que quieres. Si le hacía creer que los tiránidos cejarían en su empeño y se irían si seguíamos adelante con lo que estábamos haciendo, había una excelente posibilidad de que nos dejara en paz para hacerlo.

-¿Está seguro de eso?-. Se mordisqueó el labio, mientras yo asentía, fingiendo toda la sinceridad que podía.

-Sin duda vale la pena intentarlo-, le aseguré con toda sinceridad.

-Supongo que sí-. Clothilde asintió una vez, con decisión**-. Pero quiero que esos transbordadores vuelvan a sus rutas de carga programados tan pronto como la operación haya concluido.**

-Naturalmente que sí-, prometí, aunque en mi opinión esa operación incluiría que nos los quedáramos para evacuar también a todos los soldados que consiguieran llegar a la plataforma de aterrizaje, y yo tenía la firme intención de estar entre los primeros en hacerlo.

-En ese caso, manténgame informada-, dijo, y se marchó, dirigiendo una última mirada desdeñosa a Kasteen y Broklaw.

-¿Su próxima fiesta?-, le pregunté sonriendo**-. ¿Pero en qué narices estabas pensando?**

-Me temo que no pensaba-, admitió Kasteen, teniendo el detalle de parecer un poco avergonzada, y luego volvimos al asunto urgente de salvar el planeta.



Como era de esperar, el ambiente en la siguiente sesión informativa formal fue un poco más fría de lo habitual, con Clothilde y sus secuaces sentados ostentosamente en la mesa lo más lejos posible del contingente de la Guardia Imperial. El hecho de poder informar de que ya se había desalojado a un notable número de civiles de la ciudad, gracias a la iniciativa de Sulla, sólo pareció empeorar su estado de ánimo, y recibieron la noticia con un entusiasmo cuidadosamente moderado; pero al menos la gobernadora se había abstenido de tratar de echarnos, entendiendo sin duda que la protección de su planeta era un poco más importante que ejecutar una mezquina venganza por unos cuantos comentarios picajosos **(121)**.

(121) *Por no mencionar el hecho de que si ella lo hubiera intentado, Kasteen se hubiera limitado a declarar la ley marcial, dejando a la otrora gobernadora completamente fuera de juego.*

-Eso es fantástico-, nos felicitó Forres, echando sal en la herida sin querer. Observé que los nusquemses y los valhallanos se habían agrupado en torno al hololito, en lugar de permanecer alejados unos de otros, lo que demostraba el creciente respeto que había nacido entre ellos; A estas alturas, los supervivientes del Primero de Nusquam eran veteranos curtidos en mil batallas, a los que los valhallanos estaban más dispuestos a aceptar como iguales, dado que

el regimiento novato había aprendido por las malas que la Tactica Imperialis no cubría todas las contingencias, y que seguir el ejemplo de los soldados que se habían enfrentado antes a los tiránidos era probablemente su mejor oportunidad de salir vivos de todo este lío. Debo decir que a este respecto, Forres había desempeñado un papel más que considerable, desarrollando finalmente cierto grado de sentido común, que parecía haberse filtrado incluso a Brecca y su personal de mando **(122)-. Los niveles inferiores están completamente despejados, a excepción de la central eléctrica, y tenemos unidades preparadas para contener a los tiránidos si se abren paso por las fisuras de la falla-.** Señaló el hololito, donde una serie de iconos que representaban a las unidades brillaban en las cavernas que los nusquemses habían elegido fortificar.

(122) *Como es habitual en él, a Caín no se le ocurre que un considerable motivo del cambio de actitud de Forres se debía a como la había impresionado y motivado para tratar de seguir su ejemplo; o al menos en la versión que ella había entendido.*

-Un despliegue ejemplar-, dije, con mi afinidad por los espacios tridimensionales activándose automáticamente. Los nusquemses habían desplegado al menos una compañía allí abajo, asegurando los niveles inferiores, mientras los valhallanos se encargaban de las defensas en la superficie (lo cual me parecía bien, ya que seríamos los primeros en llegar a las plataformas de las lanzaderas cuando llegara el momento de retirarse, aunque se esperaba que mantuviéramos aquella zona bajo control mientras los nusquemses la alcanzaban), mientras que la FDP ocupaba posiciones entre ambas fuerzas, intentando no estorbar demasiado**-. Quizá quiera situar otro pelotón por aquí,**

en el claro de estalagmitas (123), para reforzar su flanco.

(123) *Una sorprendente característica de una de las cavernas, que había sido preservada como parque natural.*

-Así lo haremos-, me aseguró la coronel Brecca, estudiando la pantalla por un momento, y asintiendo como si lo comprendiera**-. Es una buena idea-.** Por descontado, para mí era tan sólo un problema táctico abstracto, ya que no tenía la menor intención de aventurarme en los niveles inferiores; pero, tal y como estaban a punto de ponerse las cosas, agradecería haber echado ese vistazo a la disposición tropas allí abajo antes de lo que pensaba.

En el momento en que empezaba a darme la vuelta, una runa roja surgió de repente, y mi respiración se detuvo. Sin duda podría tratarse tan solo de una falsa alarma, pero yo era muy consciente de lo improbable que sería eso; me bastó una mirada a la coronel Brecca, que estaba escuchando su comunicador vox, con una expresión sombría, para sofocar esa última y débil esperanza.

-Se han abierto paso-, dijo**-. Excavadores, tanto grandes como pequeños, y el Trono sabrá cuántos gantes les siguen por los túneles recién excavados-.** Se giró e hizo una señal a su ayudante**-. Nos necesitan en nuestra sala de operaciones.**

-Apunten a los excavadores-, le aconsejé**-. Mientras sigan activos, bloquear las rutas a la superficie no supondrá ninguna diferencia.**

Brecca agradeció el consejo con una breve inclinación de cabeza, y los nusquemses se apresuraron a salir, con Forres trotando tras ellos, con las manos ya dirigiéndose a las armas en su cintura.

Los oficiales de la FDP se miraron nerviosos. Tras un momento de debate, se marcharon también para reforzar la segunda línea defensiva, dejándonos a solas con la gobernadora.

-Parece que tenía usted razón-, reconoció con firmeza.

-Ni se imagina cuanto lo lamentó-, concedí, mientras Kasteen y Broklaw se dedicaban a la urgente tarea de asegurarse de que las plataformas de las lanzaderas estuvieran adecuadamente defendidas. Al menos, la tormenta se había disipado por sí sola, por lo que nuestros soldados podían ocupar las trincheras sin morir congelados en unos instantes, y yo podía respirar un poco más tranquilo sabiendo que un par de compañías se interponían entre mi humilde persona y el asalto por tierra que sin duda acompañaría al subterráneo **(124)**. Tosí con delicadeza antes de añadir**-. Tal vez sea el momento de considerar la posibilidad de retirarse a otra ciudad mientras se pueda. Por supuesto, en aras de mantener la continuidad del gobierno, imperial.**

(124) *La Primera y Quinta compañías asumieron la defensa en la superficie de Primadelving junto a las unidades de Sentineles; el resto de las compañías de línea aún estaban trabadas en combate con los distintos enjambres en las comunidades vecinas de la capital.*

-Por supuesto-. Concedió Clothilde, por una vez sin discutir, y me dedicó una mirada apreciativa**-. Pero no tengo intención de irme. Mi trabajo es inspirar y liderar al pueblo, y difícilmente voy a hacerlo si huyo a la primera señal de problemas.**

-Entonces le deseo la mejor de las suertes-, le respondí sin ulteriores intentos de convencerla.

-Gracias-. Por primera vez desde que nos conocimos, la gobernadora parecía un poco insegura de sí misma**-. Si le soy sincera, me subiría al primer transbordador que pudiera, pero mi madre y mi abuela nunca eludieron su deber, y por lo tanto, tampoco yo lo haré.**

Asentí con gravedad, como meditara al respecto.

-Entiendo, diez generaciones de antepasados mirándole a uno por encima de tu hombro debe ser un peso muy grande con el que convivir-, la consolé.

Clothilde pareció momentáneamente sorprendida.

-No-, dijo**-, el linaje real sólo se remonta a dos generaciones. La abuela subió al trono después de envenenar a su tía-.** Debí quedarme perplejo, porque se ruborizó un poco-. Pero sólo porque no le quedó más remedio que hacerlo-, se apresuró a añadir, y su séquito asintió enérgicamente**-. El caso es que la tía estaba bastante loca. Completamente paranoica.**

-He conocido a unos cuantos gobernadores así-, le aseguré quitando hierro al asunto, manteniendo mi rostro todo lo serio que podía, maravillándome interiormente una vez más de la obtusa mentalidad de la aristocracia, y fui a ocuparme de la incursión tiránida, quienes al menos eran relativamente fáciles de entender.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Los días siguientes siguieron un predecible patrón de asaltos tiránidos, tanto subterráneos como en superficie, que rechazamos repetidamente, aunque no sin graves pérdidas entre los defensores. Los nusquemses se llevaron la peor parte, retirándose de los niveles inferiores caverna por caverna, y sellando los túneles tras ellos siempre que podían; pero los tiránidos se mostraban implacables, excavando nuevas galerías tan pronto como se cerraban las antiguas, y alterando sus tácticas con cada nuevo asalto.

Tampoco lo tuvimos fácil en la superficie; aunque, al menos en su mayor parte, el enjambre que nos amenazaba sólo nos atacó con bioformas que se desplazaban sobre el hielo, ya que, al parecer, la mente colmena había decidido reservar a la mayoría de sus guerreros excavadores para el asalto en las cavernas subterráneas. Las pocas excepciones que lanzaron contra nuestras fortificaciones en un intento de flanquear nuestras posiciones no fueron más que carne de cañón para los campos de fuego superpuestos de nuestros emplazamientos de armas pesadas: aplicando las lecciones que tan dolorosamente habían aprendido en Corania, el 597º estaba bien preparado para enfrentarse a esta táctica en particular, y los tiránidos pronto volvieron a intentar superarnos por el mero peso de su número. También contábamos con el impagable apoyo aéreo de los Valkyries de la FDP, que hicieron un excelente trabajo al destrozar las formaciones principales antes de que fueran capaces de cargar contra nuestra línea de trincheras, una labor por lo que estábamos realmente agradecidos; pero la

malévola marea quitinosa seguía golpeando sin cesar el rompeolas de nuestras defensas.

-Me sorprende que no estén enviando gárgolas contra nosotros-, dije, dado que había comprobado en persona la eficacia de aquellos horrores aéreos para burlar las defensas fijas con más frecuencia de la que me hubiera gustado, pero, para mi gran sorpresa, este enjambre en particular parecía estar evitando el uso de bioformas aladas.

-Eso se debe a que los vientos cruzados son demasiado fuertes e impredecibles-, comentó átonamente el Magos Izembard, entrando en nuestro centro de mando sin previo aviso y abriéndose paso hasta el hololito a través de la horda de ocupados soldados que eran necesarios para coordinar una operación tan grande. Parecía inusualmente agitado, aunque su familiar y monótono tono de voz no lo dejaba traslucir; sin embargo, su lenguaje corporal era otra cosa, y debo confesar que me dejó un poco sorprendido. Es un artículo de fe entre los miembros del Mechanicus que las emociones fuertes son una debilidad humana, y por tanto una indeseada distracción en el camino hacia la comprensión del Omnissiah, así que lo que fuera que tenía al magos tan alterado tenía que ser algo realmente grave.

-Qué agradable sorpresa, magos-, le saludé, aunque el repentino picor que repentinamente me acuciaba en las palmas de las manos me hacía presagiar que su repentina llegada podía representar cualquier cosa menos una buena noticia**-. ¿Qué podemos hacer por usted?**

-Pueden comunicarse por vox con los comandantes del Primero de Nusquam y de la FDP-, dijo directamente Izembard, sin molestarse con ningún tipo de convenciones sociales**-, y con la gobernadora, si consideran que merece la pena. He intentado comunicarme con ellos en repetidas ocasiones, e incluso con ustedes, pero no he podido transmitir mensaje alguno.**

-Todos los canales de voz están bastante saturados-, le expliqué, pensando que probablemente había considerado su sobrecarga como una señal del descontento del Dios-Máquina**-. Y las comunicaciones militares tienen la máxima prioridad.**

-Como debe ser-, terció Izembard**-. Pero el caso es que tengo noticias de la mayor importancia.**

-El último transbordador civil acaba de salir de la plataforma-, anunció Sulla en ese momento, desde su Chimera de mando en la periferia del puerto estelar **(125)**, y se produjo una desgarradora ovación en la sala de operaciones. No me creía ni por un momento que hubiéramos sido capaces de sacarnos a todos los civiles de la ciudad; a buen seguro aun quedarían unos cuantos soplagaitas que se habrían quedado escondidos con la idea de saquear la desierta metrópolis, o porque eran demasiado testarudos o excéntricos como para marcharse, pero, francamente, me importaban un comino y creía que se merecían lo que les esperaba.

***(125)** No se habían molestado en bautizar con un nombre rimbombante a la media docena de pistas de rococemento que se encontraba en los aledaños de los accesos a los túneles que proporcionaban un acceso directo a las*

instalaciones de tránsito subterráneas. Pero estas anónimas instalaciones permitían a los pasajeros y a la carga ser embarcados o desembarcados con una mínima exposición a las heladoras temperaturas de la superficie.

-Informen de ello a los nusquemses-, ordenó Kasteen, con cierto alivio**-. Que abandonen los niveles inferiores y procedan a retirarse-.** Miró al tecno-sacerdote que flotaba en el aire**-. También será mejor que saque a sus mecanos de la central eléctrica. Cuando las tropas evacuen la zona, verán cortada su línea de retirada.**

-Comiencen la retirada-, transmitió Broklaw a nuestra gente, casi al mismo tiempo**-. Repliéguense hacia las pistas, y asegúrense de mantenerlas despejadas.**

-Comisario-, insistió Izembard, ignorando la frenética actividad que nos rodeaba**-. Tiene que escucharme. Hemos logrado acotar un intervalo temporal definido en el que fueron congeladas las bioformas que encontraron.**

-Me alegro por usted-, le respondí, adoptando una expresión de educado interés y esperando a que fuera al grano y no acabara yéndose por las ramas, como les solía acabar pasando incluso al tecno-sacerdote más sobrio**-. Entiendo que debe estar encantado de haberlo resuelto por fin.**

-No se trata tan sólo una cuestión de curiosidad intelectual-, me regañó Izembard**-, es una cuestión de vida o muerte. Para todo este mundo.**

Decir que su afirmación me sorprendió sería subestimar considerablemente como me sentí en ese momento. Según mi larga, aunque nunca buscada, experiencia con los tecnosacerdotes, sé muy bien que no son dados a exagerar, así que me quedé estudiándole, observando más seriamente los signos de agitación que obviamente se esforzaba por reprimir. Fruncí el ceño confuso**-. Me temo que no le sigo-,** acabe diciendo**-. ¿Por qué iba a importar tanto en qué momento llegaron al planeta los tiránidos?**

-Por el impacto que formó la geología de esta región-, explicó pacientemente Izembard, acercándose al hololito y con un movimiento de sus mecadendritas borró sin consultar la pantalla táctica actual. Broklaw dio un paso hacia delante con cara de mala ostia, mientras en sus labios se formaba el inicio de una sin duda florida protesta mordaz por tal arrogante comportamiento, aunque afortunadamente pude anticiparme y hacerle callar mediante un veloz gesto. Fuera lo que fuera que nos quisiera enseñar, yo quería verlo.

Un estilizado fragmento cometario apareció en la pantalla, en una órbita que se cruzaba con el imponente volumen de Nusquam Fundimentibus, para acabar colisionando con él. Algunas cadenas montañosas desaparecieron, surgiendo en su lugar un enorme cráter fruto del impacto mientras gigatoneladas de lodo vaporizado se elevaban al cielo hasta acabar cubriendo todo el globo. Cuando esta se despejó, la geografía que había aparecido era más o menos como la que yo recordaba de las fotos de la placa de datos informativa.

-El asteroide-, aventure**-. Estaba tratando de averiguar si los nidos llegaron aquí antes o después de su impacto.**

-Esa es la cuestión-, replicó Izembard**-. Por lo que sabemos, llegaron exactamente al mismo tiempo que se produjo el impacto.**

-¿Viajaban a lomos de un cometa?-, preguntó sarcásticamente Broklaw, sin molestarse en ocultar su incredulidad.

-No había ningún cometa-, adiviné, mientras las piezas encajaban dramáticamente en mi cabeza**-. Era una maldita bionave que se estrelló aquí, igual que nos sucedió a nosotros. Sólo que en un ángulo mucho más pronunciado.**

-Exactamente-, aceptó Izembard, y un frío recorrió mi columna vertebral.

-Lo cual significa que estamos sentados justo encima de ella-, terminé.

-Al menos de un fragmento de ella-, puntualizó Izembard**-. Y por la creciente cohesión del enjambre que hemos observado recientemente, podemos asumir con un alto grado de probabilidad que se está regenerando.**

-Los orkos desaparecidos-, musité, con una comprensión horrorizada**-. El enjambre ha estado alimentando ese fragmento durante todo este tiempo-.** Por lo tanto, todo el Leeward Barrens estaba plagado de túneles excavados por las bioformas, hasta la mismísima Cordillera Espinal, y que por cada tiránido que habíamos observado en la superficie, un número incalculable de ellos había estado correteando a placer bajo nuestros pies.

-Coincido-, afirmó Izembard**-. Por suerte, la ciudad estaba demasiado bien defendida como para arriesgarse a un asalto directo hasta ahora, o ya se habría reactivado por completo.**

-Cuando lo haga, restablecerá la conexión con la flota colmena que la envió-, dijo Kasteen, con una expresión de comprensión que sin duda reflejaba la mía**-. Y hay más de una docena de mundos en este sector que han sido colonizados en los últimos miles de años.**

-Será como reservar mesa en un buffet libre-, me lamenté**-, con todo el sector en el menú.**

-Entonces tenemos que destruirla-, sentenció Kasteen**-. Pasaré la palabra a los nusquemses para que contraataquen, y les reforzaremos con todas las unidades que podamos.**

-Eso sería extremadamente desaconsejable-, intervino Izembard, para mi inmenso y bien disimulado alivio**-. El fragmento de la bionave debe estar al menos un kilómetro por debajo del nivel más bajo de la ciudad,**

y el único acceso a ella sería a través de las galerías excavadas por los propios tiránidos. Podemos deducir que el sistema es extenso, pero más allá de eso no tenemos forma de saber cuáles conectan con el nodo de la colmena, cuáles con otros destinos y cuáles simplemente han quedado como mero resultado de los viajes de los excavadores yendo de un lugar a otro.

-Además, esas galerías no van a ser precisamente amplias-, añadí. Todos habíamos visto a los termagantes salir en tropel de ellos, siguiendo la estela de los enormes y serpentinos excavadores, así que podíamos imaginarnos el número de soldados que cabrían en ellos con bastante facilidad**-. No nos quedaría otra que entrar a pie-.** Lo que haría que cualquier unidad de tropas, por grande que fuera, sería terriblemente vulnerable, agrupado en la oscuridad, con la mayoría incapaz de darse la vuelta o usar sus armas; y no había duda de que necesitaríamos un gran número de tropas de nuestro lado para tener alguna posibilidad de llegar a nuestro objetivo, incluso si tuviéramos alguna pista de dónde narices estaba.

-Habría que ser un suicida para intentarlo-, aceptó Broklaw, lo que al menos me ahorró la molestia de intentar escabullirme de liderar esa ridícula expedición, pues no me cabía duda alguna de que todo el mundo esperaría que todo un Héroe del Imperio fuera el encargado de dirigirla.

Asentí con la cabeza, como si hubiera estado considerando el asunto cuidadosamente.

-Tampoco hay muchas posibilidades de que un equipo de asesinos tenga éxito-, añadí, tratando de dar la impresión de que también descartaba a regañadientes esa posibilidad; me lo jugaba todo a que, si a alguien más se le ocurría esa idea, sería a mí a quien enjaretarían el trabajo, así que lo mejor sería descartar la idea ahora mismo, antes de que a alguien le diera por ponerse a pensar**-. Debe haber miles de tiránidos ahí abajo.**

-Despejar los túneles es un trabajo para los Marines Espaciales-, aceptó Kasteen**-. Les informaremos en cuanto lleguen.**

-Lamentablemente-, apuntó el aguafiestas de Izembard**-, a menos que lleguen en las próximas seis u ocho horas, será demasiado tarde para todos.**

-¿Por qué demasiado tarde?-, pregunté, temiéndome la respuesta.

-Porque nuestro análisis del tiempo de respuesta de los elementos periféricos del enjambre a los cambios de circunstancias en otros lugares tiende a cero-, proclamó Izembard con cierto dramatismo a pesar de la falta de tonalidad de su voz. Nos miró de uno en uno, sin ver más que la incomprensión en todos nuestros rostros**-. Quiero decir que ya se ha despertado-,** explicó en un gótico más comprensible**-, y está coordinando el enjambre con una eficacia casi total. Calculamos que será lo suficientemente fuerte como para empezar a empezar a comunicarse con la flota que lo engendró antes de que acabe el día.**

Kasteen, Broklaw y yo nos miramos, sorprendidos y sin palabras. Después de un momento, recupere la voz.

-Eso no significa que haya otras bionaves lo suficientemente cerca como para responder de inmediato-, dije, consciente de que me estaba agarrando a un clavo ardiendo. Incluso si aquello fuera cierto, sólo sería cuestión de tiempo que una armada de esas horribles criaturas cayera sobre el sector, condenando no sólo a Nusquam Fundimentibus, sino a un número incalculable de otros mundos; algo que me dejaría incómodamente escaso de refugios a los que huir.

-Tampoco significa que no las haya-, apuntó quedamente Broklaw.

-Si no podemos llegar a ella, no tiene sentido darle vueltas al asunto-, dijo Kasteen con decisión**-. Tendremos que rezar para que la fuerza especial o los marines espaciales lleguen antes de que esta pueda pedir refuerzos, y bombardear el lugar donde esta yace desde la órbita.**

-Puede que eso no sea suficiente-, siguió fastidiándonos Izembard**-. Incluso un bombardeo concentrado de lanzas no podría dañar un objetivo tan profundamente enterrado.**

-Entonces estamos jodidos-, dije, reflexionando que, al menos, nos ahorraríamos tener que comunicarle a Clothilde que la Armada estaba a punto de empezar a utilizar su preciada capital para hacer prácticas de tiro; una noticia

que a buen seguro no se tomaría nada bien**-. Todo lo que podemos hacer ahora es retirarnos, antes de que los tiránidos invadan el lugar, o la planta de energía explote-.** Mi voz se apagó cuando mi cerebro procesó el significado de las palabras que acababa de pronunciar. Me volví hacia Izembard con una idea en mente**-. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la central eléctrica entre en estado crítico una vez su gente la abandone?**

-No debería entrar en estado crítico-, me corrigió Izembard, con un aspecto ofendido que no hubiera creído posible en un rostro compuesto principalmente por piezas metálicas**-. Tenemos protocolos para ejecutar un cierre ordenado antes de que aquellos que atienden el sistema se retiren. La planta de Leeward Barrens había quedado sin personal por las acciones de los tiránidos, antes de que se pudieran ejecutar los protocolos de seguridad.**

-Reformulo, ¿cuánto tiempo tardaría en estallar si buscáramos ese resultado? -, Insistí**-. Quiero decir, si nadie de los suyos se queda a apagar las cosas como es debido, entonar rezos, quemar incienso y esas cosas.**

Kasteen y Broklaw asintieron pensativos, viendo a dónde quería llegar yo, pero Izembard parecía seguir luchando contra esa idea.

-Los niveles de presión empezarían a subir hasta ser críticos en unas doce horas-, explicó**-. Pero una detonación real llevaría bastante más tiempo, dependiendo de la resistencia de las soldaduras, de**

lo reciente que fuera la renovación de los sellos votivos y los rezos de contención.

-No tenemos doce horas-, se quejó Broklaw**-. ¿Pueden sus chicos hacer algo para acelerar el proceso?**

Las pocas zonas de carne que quedaban en el rostro de Izembard palidecieron, luego se tornaron de un extraño color púrpura moteado, y cuando volvió a hablar su codificador vox pareció zumbar un poco más de lo habitual.

-Eso sería un completo anatema para un fiel servidor del Omnissiah-, expuso con rotundidad.

-Me imagino que también lo sería dejar un planeta entero como aperitivo para los tiránidos-, respondí.

Los hombros de Izembard se desplomaron, tanto como era posible dada su inhumana constitución, y el realzado color desapareció lentamente de su rostro, devolviendo a la piel la malsana palidez que normalmente mostraba. Asintió lentamente con la cabeza aparentemente rindiéndose a la realidad.

-Ciertos protocolos de seguridad podrían saltarse-, concedió**-. Pero eso no aceleraría el proceso lo suficiente como para culminar antes de que el nodo de la colmena se recupere por completo.**

-Pues entonces estamos bien jodidos-, se lamentó Broklaw.

-No necesariamente-, terció el magos, sorprendiéndonos a todos, y sospeché que incluso a si mismo**-. Desapruebo firmemente la destrucción gratuita de cualquier mecanismo, pero el Omnissiah nos enseña que el análisis desapasionado es el camino más seguro hacia la solución correcta, y en este caso los dictados de la razón pura parecen no admitir otra opción. Una cantidad suficiente de explosivos, colocados estratégicamente cerca de los filtros de entrada, liberaría la presión de la bolsa de magma que se encuentra bajo de la central.**

-Provocando una erupción volcánica-, deduje, para demostrar que lo había entendido, aunque la lección objetiva que había recibido en los Leeward Barrens me resultaba bastante difícil de olvidar.

-Precisamente-, confirmó Izembard**-. Que el Omnissiah me perdone por sugerir tal blasfemia.**

-Dadas las circunstancias, estoy seguro de que Él estará dispuesto a obviar esta afrenta-, dije**-. Sin duda considerará mucho mejor perder una planta de energía que ver apagadas para siempre todas y cada una de las máquinas de este planeta.**

Izembard asintió lentamente, con aspecto de ir tranquilizándose, y me volví hacia Kasteen.

-Necesitamos a Federer-, afirmé sin vacilar**-. Los nusquemses no cuentan con sus propios zapadores.**

-Está demasiado ocupado reforzando nuestras defensas en la superficie-, explicó Broklaw**-, y estará más ocupado que nunca ahora que nos retiramos. En cualquier caso, poner un par de cargas de demolición en una tubería y activar un temporizador no es precisamente de teología avanzada.**

No podía estar del todo seguro con tanto metal, pero me pareció ver a Izembard hacer una mueca enfadada mientras Broklaw hablaba.

-Voy a llamar a los nusquemses para aconsejarles al respecto-, dije a mi vez**-. Aún deben seguir manteniendo la planta si los tecno-sacerdotes no se han retirado.**

-Gracias-. Kasteen ya se estaba alejando, hacia donde un pequeño grupo de ayudantes que revoloteaba ansiosamente a su alrededor, todos ellos portando placas de datos**-. Eso será de gran ayuda.**

Obviamente, mi comunicador vox estaba sintonizado con las frecuencias operativas del 597º, pero no me costaría mucho averiguar los canales que estaban utilizando los nusquemses; pero desgraciadamente todos nuestros operadores de vox estaban ocupados y, sabiendo que sus vidas probablemente dependían de que les dejasen seguir con su trabajo, era comprensible que decidiera abstenerme de interrumpirles. Entonces se me ocurrió una posible alternativa y cambié al canal reservado para el Comisariado.

-Forres, Caín al habla-, empecé, explicándole la versión más resumida posible de la crisis a la que nos enfrentábamos, sin molestarme en perder el tiempo con ningún tipo de galantería preliminar. Escuchó con atención, haciendo algunas preguntas cuando mi deseo de brevedad superó la necesidad de claridad, y esperó pacientemente a que terminara.

-Parece que estamos jodidos-, concluyó**-. Seguimos resistiendo en el objetivo, pero hemos utilizado las últimas cargas de demolición para derribar un túnel excavado por un trygon que los tiránidos estaban utilizando para intentar separarnos de la Espiral (126). Tendrá usted que traernos algunas más.**

(126) *Principal autopista que conecta las cavernas industriales de las áreas residenciales de los niveles superiores.*

-Nos pondremos a ello-, respondí, maldiciendo en voz baja por mi maldita suerte. Como comprenderán, yo no tenía intención alguna de ponerme en la línea de fuego, pues estaba más preocupado por ver la rapidez con la que podía conseguir un asiento en una de las lanzaderas que justo en estos momentos estaban en camino para ponernos a salvo. Pero estaba claro que Forres, tras tragarse mi maldita fama de cabo a rabo, aunque me fastidia tener que decir que contó con alguna accidental ayudita por mi parte, esperaba que yo mismo me encargara de esta tontería.

Estudié el hololito, que ya había cargado de nuevo la pantalla con la disposición táctica actual que Izembard había borrado tan descortésmente, buscando una unidad a la que pudiera enjaretarle esa engorrosa tarea, pero, por

mucho que me esforcé, no pude ver ninguna que estuviera en disposición de ayudar. Los tiránidos habían redoblado sus esfuerzos ante nuestra retirada, y todas las unidades sobre el hielo estaban siendo fuertemente presionadas.

Con un leve suspiro, me rendí a lo inevitable, sabiendo que si no lo hacía, el planeta, el sector y, sobre todo, la inmerecida reputación de la que dependía para que mi vida discurriera de una forma lo más saludable y tranquila posible, dentro de lo que permitía la problemática naturaleza de mi trabajo, se desvanecerían en las hambrientas fauces de las flotas colmena.

-Estaré allí LAP (127)-, le aseguré. Al fin y al cabo, los nusquemses parecían seguir controlando la central eléctrica y sus alrededores, así que contaría con un montón de tropas detrás de las que esconderme: y con el Salamander explorador que generalmente prefería como transporte personal, debería ser más que capaz de dejar atrás la mayoría de los problemas que pudiéramos encontrar, especialmente con Jurgen al volante. Sin duda su particular habilidad al volante me permitiría llegar a tiempo de abordar un transbordador, con otra conspicua nueva muesca heroica en mi cinturón y relativamente carente de riesgos. Por no mencionar que, mientras deambulaba por la ciudad como un repartidor con ínfulas, no había ninguna posibilidad de acabar siendo enviado a la superficie donde sin duda se me acabarían congelando hasta mis propias gónadas mientras animaba a las tropas.

(127) *Lo Antes Posible. Uno de los más clásicos ejemplos de la monomanía por los acrónimos de la Guardia Imperial. No dejo de preguntarme qué narices encuentran mal en el Gótico los soldados.*

Resumiendo, me esforcé por convencerme de que las cosas podían ser mucho peores de lo que ya eran, sin ser consciente de que en realidad estaban a punto de serlo.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Jurgen me esperaba al salir del palacio de la gobernadora, aparcado junto a la puerta lateral de las cocinas, con el motor del Salamander de exploración que había requisado del parque móvil gruñendo en un silencioso ralentí. Aunque por lo general me gustaban los pequeños y resistentes vehículos de transporte de personal, era comprensible que me hubiera resistido a utilizar uno en Nusquam Fundimentibus; las temperaturas bajo cero hacían que el habitáculo abierto resultara demasiado incómodo para poder soportarlo durante mucho tiempo, así que en las ocasiones en las que no podía evitar aventurarme en la superficie me conformaba con la relativa calidez y comodidad de un Chimera. Por supuesto, los amplios espacios abiertos de la ciudad subterránea estaban climatizados, y no me parecía más frio que una fresca mañana de primavera en un mundo templado, así que me encaramé a mi puesto habitual junto al soporte del bolter pesado sin sentir siquiera un escalofrío, sintiendo una tranquilizadora sensación de familiaridad. Ni siquiera el roce de mi espinilla con la caja de explosivos que encontré esperándome allí fue suficiente para distraerme de una creciente sensación de optimismo respecto al éxito de nuestra misión.

-¿Seguro que ha traído suficientes cargas de demolición?-, le pregunté irónicamente a Jurgen actuando con un confiado desparpajo, y él se estiró en el asiento del conductor para mirarme por encima de la placa de blindaje que nos separaba con el ceño fruncido de consternación.

-Si estima que pueden no ser suficientes, puedo conseguir más-, respondió, tomándose mi comentario tan literalmente como solía hacer ante cualquier cosa que yo dijera.

-Estoy seguro de que con estas bastarán-, le aseguré**-. Aquí hay suficientes como para derribar a un gargante.**

-Si los orkos tuvieran uno y los tiránidos no se los hubieran comido a todos-, aceptó, asintiendo pensativamente, para luego volver a sentarse y darle gas al motor. Los años de familiaridad con su brusca modalidad de conducción me habían preparado para lo que venía a continuación, y me aferré al soporte del bolter por puro reflejo mientras nos sacudíamos lanzados en una alocada carrera, manteniéndome en pie con relativa facilidad.

El palacio de la gobernadora se encontraba a mitad de camino del muro de la mayor de las cavernas superiores, donde los buenos ciudadanos que vivían en las calles de los niveles inferiores pudieran verlo en todo su esplendor **(128)** , y cuando pasamos por las puertas de hierro forjado que cerraban los jardines formales que lo precedían, pude apreciar por primera y última vez la escala real de Primadelving; a ver, ir de un lado a otro en un Chimera podía ser la forma más segura de viajar, pero sin duda no resultaba la mejor forma de hacer turismo. Ante nosotros se extendían hileras de calles, casas y centros comerciales, en una vista tan espaciosa como la de cualquier ciudad de tamaño normal en la superficie de los mundos más favorecidos por el Emperador, y me costó recordar que

había más de una veintena de burbujas de tamaño similar a ésta en el lecho rocoso del planeta, todas ellas excavadas minuciosamente a lo largo de incontables generaciones. La idea era aleccionadora, por no decir otra cosa; si mi actual encargo no salía bien, toda esa esperanza y esfuerzo se perdería en el olvido, borrado en un instante por un cataclismo tan grande que resultaba imposible imaginarlo.

(128) *Como la mayoría de las ciudades en mundos con superficies inhóspitas, muchos de los edificios estaban parcialmente enterrados en los laterales que interconectaban las diferentes cavernas, de manera que se crea una serie de estructuras aterrazadas y calles que se surgen de sus costados, haciendo un máximo aprovechamiento del espacio disponible. El palacio gubernamental, naturalmente, ocupaba el lugar más prominente, recordando a los ciudadanos la constante vigilancia del Imperio.*

Mientras descendíamos hacia el suelo de la caverna a la vertiginosa velocidad habitual de Jurgen, las silenciosas y desiertas calles me resultaban sumamente incómodas, imaginando movimiento en cada boca de callejón y detrás de cada ventana cerrada. Todo un sinsentido, por supuesto, aunque eso no me impidió comprobar que el bolter pesado del Salamander estaba cargado y listo para disparar en cualquier momento; si los tiránidos habían enviado a uno o dos lictores a explorar el terreno antes de su asalto final, no tendría más aviso de su ataque que un parpadeo de movimiento por el rabillo del ojo.

Por supuesto, Jurgen estaba encantado con las calles desiertas, y pisó el acelerador a fondo con alegría, haciendo que el pequeño vehículo cruzara los bulevares rugiendo como si todos los demonios del Caos nos estuvieran persiguiendo, lo cual me parecía perfecto; si algo iba a salir de las sombras agitando sus afiladas garras con forma de

guadaña, tendría que moverse aún más rápido que nosotros para tener la más mínima esperanza de alcanzarnos.

De vez en cuando veíamos una unidad nusquemse, o uno o dos escuadrones de la FDP, que se retiraban de los niveles inferiores camino a las plataformas de las lanzaderas, aunque, reacio como siempre a compartir el camino con algo que pudiera retrasarle, Jurgen nos llevaba por calzadas paralelas a las empleadas por las tropas en retirada. Por lo que pude ver, por ahora se retiraban ordenadamente, aunque era evidente que habían librado una dura batalla al ver el evidente cansancio de los que iban a pie y las agotadas y medio perdidas miradas de todos ellos, que proclamaban un agotamiento psicológico aparte del físico.

-Acabamos de salir del distrito del palacio-, le informé a Forres mientras nos adentrábamos en uno de los túneles que conectaban ese distrito con la siguiente caverna de la cadena descendente; aunque en realidad era tan ancho y alto que apenas parecía un túnel, con caminos laterales y bloques habitacionales rodeando la carretera principal por todos lados (incluido el techo).

-No se demoren mucho-, respondió, se escuchaba el sonido de los disparos a través del enlace vox**-. Nos están presionando a fondo aquí abajo.**

-Resista todo lo que pueda-, le pedí, tratando de parecer tranquilo. Con el grueso de las fuerzas nusquemses en retirada, los tiránidos avanzaban por todos lados, y la central geotérmica se había convertido en la punta de un saliente cada vez más precario; y yo me estaba dirigiendo hacia él tan rápido como Jurgen podía llevarme, y aquello no

era moco de pavo. Sin duda, nos dirigíamos hacia el último lugar en el que cualquier persona con un mínimo de sentido común querría estar.

Pero ya no había vuelta atrás; prácticamente todos los soldados de Nusquam Fundimentibus sabían que el Heroico Comisario Caín estaba en camino para salvarles el culo, y seguramente hasta pensaría que yo estaría ansioso de entrar en combate en su nombre. Para muchos, la perspectiva de luchar junto al Héroe que popularmente se suponía que yo era, con la confiada expectativa de que de algún modo mi mera presencia sería capaz de cambiar las tornas, era sin duda lo único que los mantenía combatiendo, acosados como estaban por todos los lados por espeluznantes horrores. Si los defraudaba, la moral se derrumbaría, nuestra ordenada retirada se convertiría en una sangrienta derrota, y los tiránidos estarían sobre nosotros con la misma insistencia que la psoriasis de Jurgen. En tal tesitura, mis posibilidades de llegar a un transbordador de una sola pieza serían escasas en el mejor de los casos, y en cuanto empezara a circular la noticia de que el célebre Héroe del Imperio se había acojonado y huido como un gretchin aterrorizado, ya no habría manera de contar con nadie que me cubriera las espaldas en el futuro.

-Estamos llegando a la Espiral-, me informó mi ayudante un momento después, mientras atravesábamos una intersección y comenzábamos a descender lo suficientemente rápido como para que se me taponaran los oídos. Tragué saliva, obteniendo así un poco de alivio, y eché un vistazo a las cavernas que atravesamos **(129)**. Cuanto más nos adentrábamos, más cambiaba el panorama, de zonas residenciales acomodadas a otras más pobres; luego, los manufactorums tomaron el relevo,

arracimados en los niveles más bajos, donde el inagotable suministro de energía geotérmica podía mantenerlos en funcionamiento indefinidamente. En la calzada opuesta, los nusquemses se retiraban en un flujo constante, y muchos de los Chimeras transportaban tropas adicionales más soldados aferrados a sus chasis, al ser ya imposible viajar en su interior; al vernos, nos saludaban y vitoreaban, cada *"¡Hurrah!"* era otro amargo clavo en el ataúd de mis esperanzas, cada vez más reducidas, de poder descargar sin más los explosivos que transportábamos y salir corriendo de vuelta a la superficie, mientras Forres y sus tropas se encargaban del trabajo de colocarlas. Para mi maldita suerte, a aquellas alturas todo el mundo esperaba que dirigiera una carga por los túneles de los excavadores para destrozar la bionave con mi espada sierra.

(129) *No se trataba realmente de una espiral literal, simplemente recibía ese nombre debido a que la autopista descendía a través de media docena de distintas cavernas, cada una a mayor profundidad que la anterior.*

Mientras reflexionaba al respecto, fui siendo consciente poco a poco de los sonidos del combate: el traqueteo de los fusiles láser, el ladrido más áspero de los cañones automáticos y el sordo y ocasional ruido de la detonación de explosivos que se escuchaban por encima del rugido del motor del Salamander.

-Parece que se avecinan problemas-, comentó lacónicamente Jurgen, con su clásica capacidad para explicar lo obvio.

Los problemas apenas empiezan a hacerse notar, pensé fastidiado, mientras nos adentrábamos en una amplia plaza, rodeada por todos los lados por los imponentes muros de

factorías de molienda y los muelles de carga desde los que su producción era enviada en camiones a los rincones más alejados de la ciudad **(130)**. Soldados de la Guardia con uniformes nusquemses se cubrían como podían, mientras disparaban con determinación a un sólido muro de tiránidos que avanzaba inexorablemente hacia sus posiciones. Oleada tras oleada de aquellas horribles criaturas caían ante su fulminante fuego, pero seguían avanzando impasibles al fuego enemigo, tan indiferentes a la muerte de cientos de los suyos como lo éramos nosotros ante al gasto de un número equivalente de células de energía para nuestros fusiles láser. Desperdigados entre ellos se alzaban las bioformas más grandes, enormes piróvoros que se detenían solo para alimentarse de los caídos, tanto tiránidos como humanos, mientras las armas simbióticas incrustadas en sus espaldas vomitaban chorros de fuego contra los asediados defensores. Un par de Chimeras les respondían jugando al mismo juego, con sus lanzallamas montados en la parte delantera, e incinerando en masa a las criaturas más pequeñas que se escabullían delante de ellas, mientras los multi-láseres de sus torretas barrían a las criaturas de las filas que les seguían.

(130) *En incluso más allá, gracias a que la gran autopista Espiral llegaba confortablemente cerca tanto de las pistas de aterrizaje de las lanzaderas como de la terminal de los transportes de orugas.*

-¿Cree que podrá pasar?-, pregunté, agachándome para cubrirme con el blindaje que protegía el habitáculo, mientras las balas de los devoracarnes y devoradores repiqueteaban al estrellarse contra él. El bombardeo cesó bruscamente cuando Jurgen activó nuestros propios lanzallamas, y yo volví a levantarme para coger el bolter pesado y acompañarle disparando unas cuantas ráfagas, aunque fuera tan sólo para descargar algo de la tensión

acumulada. Para el efecto que tuvo mi acción, bien podía haber estado lanzándoles guijarros de playa a la horda que se abalanzaba sobre nosotros, pero así me atenía a mi fama de gallardo héroe Imperial ante las tropas, y en estos momentos no estaba de más subirles un poco la moral. Por lo que podía ver, la ruta hacia el interior de la ciudad subterránea había sido obstruida tanto como era posible, pero nunca estaba de más parecer totalmente comprometido con la misión; al fin y al cabo, nunca se sabía quién podía estar escuchando por la red de vox.

-No hasta que tengamos el camino despejado-, me respondió Jurgen, como si eso no fuera más que una mera cuestión de tiempo, como quién espera un autobús, aunque debo confesar que ante la inquietante visión de la ola quitinosa que fluía hacia la plaza, me sentí bastante menos optimista que él.

Mientras derribaba a una camada de gantes que habían trepado hasta un tejado cercano, preparándose para abalanzarse sobre una escuadra de armas pesadas que no se había percatado de su maniobra, una maquina similar a aquellas motos oruga que había visto en la superficie se acercó rugiendo hacia nosotros, aparentemente circulando tan a gusto en las pavimentadas superficies de la ciudad como en los campos de nieve. En lugar de los colores chillones de las máquinas civiles que había visto entonces, ésta estaba pintada con el patrón de camuflaje ártico que lucían los Chimeras, y un banderín ondeaba en la antena de vox detrás del conductor luciendo la insignia de la unidad nusquemse. Evidentemente, tenían jinetes indómitos **(131)** en algún lugar de su CO&E **(132)**, aunque nadie se había molestado en mencionármelo.

(131) *La imagen más popular de estas unidades se refiere a unidades de caballería, y la gran mayoría de las unidades de Jinetes Indómitos emplean caballos u otros bestias que se pueden cabalgar. Los caballos se sienten muy a gusto en terrenos donde otros vehículos no pueden circular, pueden forrajear a su aire sin depender de la cercanía de depósitos de promethium, e incluso en cierta forma pueden reemplazar sus propias bajas. En su lugar, algunos regimientos usan vehículos ligeros todo terreno, particularmente en aquellos que son originarios de mundos helados o con medioambientes que no son aptos para la cría de ganado.*

(132) *Cuadro de Organización y Equipo, un término arcaico para referirse al inventario de los equipos de un regimiento, así como de su organigrama y distribución.*

La moto se puso a nuestro lado y su conductor activó su comunicador mientras escaneaba las frecuencias para sincronizarlas con las mías; antes de que pudiera conseguirlo, una de las bioformas tipo serpiente más pequeñas irrumpió en el suelo casi delante de él, cortando el aire con sus garras guadaña, lo que sin duda hubiera distraído a cualquiera. Sin embargo, el motorista respondió al instante, levantando la moto sobre sus raíles para interponer el cuerpo de la máquina entre él y el aluvión de agujas espinosas que escupía el simbionte ubicado en el tórax de la criatura; las mortíferas astillas golpearon el rugiente motor y las cadenas de sus orugas, antes de que el vehículo, que se movía con rapidez, acabara chocando fuertemente con el aturdido monstruo, al lograr acercársele rápidamente por debajo del alcance de sus afiladas garras. El piloto saltó de su máquina y rodó por la calzada, alzando su fusil láser mientras se levantaba, pero antes de que pudiera disparar, apreté el gatillo de mi bolter y reduje a un amorfo amasijo de carne picada a aquella serpentina pesadilla.

-Gracias-, me dijo el hombre, corriendo hacia nosotros mientras Jurgen se detenía, y para mi sorpresa reconocí al

suboficial que había acompañado a Forres al complejo agrícola.

-Sargento Lanks-, le saludé, devolviéndole un saludo marcial**-. Que placer tan inesperado.**

-Es teniente ahora-, me contestó un poco azorado**-. El primer suboficial no comisionado del regimiento en obtener una comisión oficial. Me alegro de verle de nuevo, señor.**

-Lástima que no haya sido en condiciones más tranquilas-, comenté, agachándome cuando uno de los torpes piróvoros lanzó un torrente de llamas en nuestra dirección, incendiando un almacén a una veintena de metros de distancia. La masa del enjambre de tiránidos se estaba acercando a nosotros y los nusquemses, a pesar de todos sus esfuerzos, estaban perdiendo terreno**-. ¿Cómo está la cosa?**

-Han aislado a la comisario-, explicó, desconcertándome por un momento, hasta que comprendí que se refería a Forres**-. Su grupo sigue resistiendo en la central eléctrica, pero no podemos pasar para reforzarlos o evacuarles.**

-Pasaremos-, me aseguró Jurgen, con bastante más determinación que sentido práctico, acelerando el motor como si estuviera ansioso por arrancar. Prevenido, me agarré al soporte del bolter para apoyarme mientras él hacía pivotar el vehículo sobre sí mismo, disparando de

nuevo el lanzallamas y asando a otra camada de hormagantes.

-Si hubiera una forma, la habríamos encontrado-, afirmó Lanks con vehemencia, como si las palabras de mi ayudante implicaran una crítica a la determinación de los soldados que luchaban y morían a nuestro alrededor.

-No lo dudo ni por un segundo-, dije, con una oleada de alivio. No sería culpa nuestra si no podíamos atravesar un ejército de tiránidos; habíamos hecho todo lo posible, pero nos había derrotado la enorme masa del enjambre que teníamos enfrente. Ahora podía retirarme con los nusquemses, subir a la siguiente lanzadera disponible y esperar a que llegara la fuerza especial y los marines espaciales, mientras me quejaba amargamente ante todo el mundo por nuestra mala suerte. Unas cuantas palabras sobrias ensalzando el noble sacrificio de Forres y sus hombres, y mi reputación estaría perfectamente a salvo.

-Hasta hace unos veinte minutos los estábamos conteniendo bastante bien-, nos explicó Lanks**-. Entonces, de repente, todo el enjambre se lanzó a un ataque perfectamente coordinado, a lo largo de nuestra línea defensiva.**

-Allí está el motivo-, señalé, viendo el movimiento a través del humo que aún envolvía el almacén en llamas. Aparecía otra monstruosa bioforma, imponiéndose a las criaturas más pequeñas que la rodeaban, blandiendo espadas de hueso y un cañón de veneno, y no me avergüenza admitir que, nada más verla, se me secó la boca.

-El tirano de la colmena ha tomado el control. Si lo derribáis, todo el enjambre se sumirá en la más absoluta de las confusiones-. Aun me estoy preguntando para qué narices se me ocurrió ofrecer un consejo que podía ponerme de nuevo en la línea de fuego.

-Estamos haciendo justo eso-, afirmó Lanks**-, cada vez que se nos presenta la oportunidad. Pero las criaturas que están a su alrededor están actuando como escudos, recibiendo los disparos a él dirigidos-.** Como si fuera necesaria una confirmación de sus palabras, una salva de descargas láser y de cañón automático cayó sobre la imponente monstruosidad; pero antes de que la mayor parte pudiera impactar contra el objetivo, el grueso de las criaturas que la rodeaban se interpuso entre el fuego entrante y el tirano al que realmente iba dirigido. Las andanadas que habrían destruido a cualquier criatura menor rebotaron inofensivamente en estos escudos vivientes, y un par de carroñeros cercanos se acercaron, engullendo a los gantes accidentalmente abatidos por los rebotes.

-Aquí el comisario Caín-, transmití por un canal abierto cuando me llegó la inspiración**-. Ignoren al tirano y apunten a los piróvoros.**

-¿Está seguro de eso, señor?-, preguntó Jurgen, mientras yo agarraba de nuevo el bolter pesado y empezaba a añadir la poca potencia de fuego a mi disposición a la ventisca de fuego que de repente empezó a llover alrededor de los carroñeros. Ambos se tambalearon, y el que iba en cabeza cayó pesadamente de rodillas, donde continuó buscando

carroña fresca con la lenta oscilación de su cabeza, que parecía incomprensiblemente aturdida**-. Ya sabe lo que les pasa si les destrozamos las tripas.**

-De eso se trata-, afirmé con fiera determinación, observando esperanzado a las criaturas a través de la mira del bolter**-. El gas inflamable que contienen se mezclará con el aire, y...-.** No podía estar seguro de haber sentido el impacto de la detonación, ya que la suspensión del Salamander era algo básica, por decir algo, y transmitía un número desmesurado de sacudidas a mi sufrido trasero en sus mejores momentos, pero no se podía negar la evidencia de mis ojos**-. Ahí está-,** concluí sonriendo, y si soy sincero, sintiéndome un poco pagado de mí mismo. Trozos de vísceras carbonizadas cayeron a mi alrededor, seguida de una redoblada tormenta de carroña cuando la segunda bestia de fuego herida imitó a su ya reventada compañera, y en un instante sus gruesos caparazones quitinosos se convirtieron en una fulminante metralla que destrozó a los tiránidos que los rodeaban.

El tirano bramó, tambaleándose envuelto en llamas por el espeso gel combustible despedido al explotar las bestias incendiarias. Agitando a ciegas sus espadas de hueso, arrancó las tripas de otro de los carroñeros escupellamas, que acto seguido se unió al destino de sus congéneres, quedando el gigante herido en el centro mismo de una auténtica tormenta de fuego. A nuestro alrededor, los tiránidos empezaron a revolverse de forma incierta, escabulléndose en busca de las sombras o cargando ciegamente contra las armas de las unidades más cercanas, volviendo a ceder los salvajes y primitivos instintos que les gobernaban en ausencia de dirección por parte de la mente colmena.

-¡Derríbenlo!-, ordenó un asombrado Lanks, algo por lo que no podía culparle; la estrategia que se me había ocurrido prácticamente sobre la marcha había tenido un éxito más allá de mis más descabelladas esperanzas, porque, si he de ser sincero, no había tenido más intención que confundir un poco al tirano para aflojar su control sobre el enjambre el tiempo suficiente como para facilitarnos ejecutar una retirada combatiendo. Pero bueno, por pura suerte, ahora parecía que se nos presentaba la oportunidad de acabar definitivamente con él.

Otra lluvia de disparos de armas pesadas, complementada con una generosa ración de descargas de nuestros fusiles láser, destrozó a la imponente criatura, que ahora parecía estar cociéndose en su caparazón, como un crustáceo en las cocinas de una lujosa marisquería. Su formidable coraza había quedado fatalmente debilitada por el fuego, y esta vez ni siquiera sus guardianes kamikazes pudieron salvarla; demasiado ocupados asándose vivos como para absorber la mayor parte del fuego entrante, fueron destrozados como un jugador tras un placaje ineficaz en el campo de scrumball. Entre tanto, una ronda tras otra de artillería pesada le iba destrozando las tripas, pulverizando el blindaje quebrado por el calor, hasta que el tirano se tambaleó, cayó y finalmente expiró, con una última patada resultado de su postrero estertor. Algo que provocó que la fachada de un bloque de un anónimo manufactorum se derrumbara sobre su calcinado y maltrecho séquito.

Los nusquemses lanzaron un grito de júbilo y, debo admitirlo, yo mismo tuve ganas de unirme a ellos; con el tirano fuera de juego, y destrozado su control sobre el enjambre, parecía que íbamos a poder volver a tomar la

iniciativa. Debo añadir que ese estado de euforia duró apenas unos segundos, antes de escuchar la voz de Forres en mi comunicador, devolviéndome a la aun inestable realidad de mi situación con una excesiva brusquedad.

-¿Qué le retiene, comisario?-, preguntó, y de repente me di cuenta de que volver a la superficie con los nusquemses ya no iba a ser una opción. El inesperado éxito de mi apuesta nos había dado la oportunidad de atravesar el enjambre repentinamente descontrolado, antes de que el nodo colmena enterrado pudiera enviar otro tirano para retomar el control.

-Estamos en hora punta tiránida, y ya sabe lo pesados que se ponen-, bromeé a fin de no decir lo que realmente pensaba, mientras Jurgen pisaba de nuevo el acelerador y empezaba a coger velocidad hacia la boca del túnel que había indicado antes**-. Les estaba pidiendo educadamente que se hicieran a un lado.**

-No tarde demasiado-, advirtió Forres sin ánimo para hacer ningún comentario de los suyos**-, o no estaremos aquí para recibirle.**

-Estamos de nuevo en marcha-, le aseguré. Mientras hablaba, una media docena de motoristas formó a nuestro alrededor, con los banderines nusquemses ondeando en la brisa de su paso, Lanks liderándolos en vanguardia**-. Y bien escoltado-,** me apresuré a añadir, agradablemente sorprendido.

-Le estaremos esperando-, dijo Forres.



CAPÍTULO VEINTISIETE

He de admitir que estos inesperados refuerzos me levantaron considerablemente el ánimo, dado que nunca me he opuesto a contar con tantos cuerpos extra detrás de los que esconderme como me fuera posible, y aunque habíamos dejado atrás la batalla principal, todavía había muchos organismos tiránidos entre nosotros y nuestro objetivo. Los vehículos motorizados ligeros que nos rodeaban contaban con cañones láser instalados en el morro de sus carenados delanteros, que no tardaron en demostrar su utilidad, permitiéndonos derribar las bioformas que intentaban impedir nuestro avance con sorprendente facilidad. La gran mayoría de ellas eran termagantes o formas guerreras de mayor tamaño, que se veían superadas tanto por nuestra velocidad como por el mayor alcance de nuestras armas; para cuando los supervivientes se recuperaban de nuestra primera salva, ya habíamos pasado a su lado y nos habíamos alejado, poniéndonos velozmente fuera del alcance efectivo de sus devoracarnes y sus cuchillas óseas, por lo que no teníamos que preocuparnos por fuego de represalia alguno. Como el bolter instalado en el puesto abierto del Salamander estaba a mayor altura que las motos y podía girar en cualquier dirección, podía encargarme de eliminar todo lo que quedaba en pie tras nuestro paso después de añadir su potencia de fuego al golpe inicial de nuestra carga, algo que nos protegía aún más contra cualquier posible fuego de respuesta enemigo.

Jurgen tuvo menos oportunidades de utilizar el lanzallamas instalado en la parte delantera, ya que la barrera de

promethium ardiente que habría formado frente a nosotros habría detenido sin duda a los jinetes indómitos, incluso contando con que el Salamander hubiera podido atravesarla sin sufrir demasiado daño. Sin embargo, consiguió arreglárselas para disparar un par de veces con su querido melta, apoyándolo en el borde del compartimento del conductor y levantándose de forma algo precaria para mirar por encima del blindaje mientras disparaba. Como esto implicaba que quitara momentáneamente el pie del acelerador, podría haberme parecido algo alarmante, si no hubiera sabido que había fijado el acelerador a fondo desde el mismo momento en que había encendido el motor.

-Cuidado-, le advertí en un momento dado, y nos desviamos de forma alarmante, mientras una forma guerrera desaparecía bajo nuestras orugas con un débil, aunque satisfactorio crujido, audible incluso por encima del rugido de nuestros motores.

-Lo siento, señor, casi se me escapa el muy cabrón-, respondió Jurgen alegremente, y, para mi tácito alivio, volvió a centrar su atención en los controles, con su deseo de emular a los jinetes indómitos, todos los cuales complementaban la potencia de fuego de las armas de sus vehículos con sus fusiles láser, aunque aparentemente se habían quedado sin objetivos, al menos por el momento. Nada podría seguir nuestro ritmo, y mi ayudante espoleaba alegremente el motor perfectamente afinado, llevándolo hasta sus límites, como por otro lado siempre hacía, pero las motos permanecían en formación, con los pilotos sonriendo como orkos, aparentemente disfrutando de la sensación de vertiginosa velocidad tanto como él.

-Me alegro de que nos acompañen-, aproveché para decirle a Lanks por vox, ya que por fin habíamos coincidido en un canal, y el teniente me saludó con la mano, antes de eliminar a un genestealer agazapado en un balcón delante de nosotros con un certero disparo de su fusil láser.

-Es lo menos que podía hacer después de que nos salvara el pellejo en las granjas-, me contestó con evidente satisfacción**-. Además, le prometí a la comisario que mantendríamos el camino abierto para que llegara hasta ella lo más rápido posible.**

-Estoy seguro de que aprecia su dedicación-, le aseguré.

-Lo aprecia de veras-, aseveró de repente la voz de Forres**-. Comisario, ¿Dónde está?**

-Lo suficientemente cerca como para oír los disparos-, le dije**-. Entiendo que son ustedes.**

-Supone bien-, apuntó sombríamente.

Para cuando llegamos, la central estaba sitiada, una masa quitinosa golpeaba las grandes puertas de bronce con el emblema de la rueda dentada del Adeptus Mechanicus, que habían sido arrancadas de sus bisagras y se encontraban encajadas en un poco natural ángulo contra los contrafuertes de apoyo. Forres y un puñado de soldados defendían la brecha con gallardía, agazapados al abrigo de un Chimera de aspecto bastante maltrecho, que había sido estacionado en un ángulo de arco para formar una tosca,

aunque eficaz barricada. Su planta de energía parecía seguir funcionando, ya que el multi-láser de su torreta seguía cosechando abundantes frutos entre las abominaciones que se lanzaban hacia delante con la implacable determinación de los de su especie, aunque el tanque de promethium que alimentaba el lanzallamas parecía haberse agotado hacía ya un buen rato.

-Ya era hora de que llegara-, vociferó la joven comisaria, y su tono me tocó las narices por un momento hasta darme cuenta de que estaba bromeando**-. Estábamos a punto de quedarnos sin tiránidos.**

-No se preocupe por eso-, le aseguré, mientras abríamos fuego al unísono, abriendo una enorme brecha en la retaguardia de las fuerzas asediadoras**-. En un minuto llegaran más-.** Sin duda yo estaba en lo cierto; ante un nuevo objetivo, muchas de las asquerosas criaturas se dieron la vuelta, desatando una andanada de fuego con sus devoracarnes contra nosotros. Me agaché tras el blindaje, pero un par de los jinetes que nos acompañaban no tuvieron tanta suerte y cayeron con fuerza, separándose de sus máquinas mientras la mortífera munición viviente empezaba a devorarlos vivos de dentro a fuera; la única gracia parecía ser que el impacto a gran velocidad contra el suelo de la caverna los había dejado en condiciones de no darse cuenta de ello.

Cuando nuestra escolta se desplegó, Jurgen pudo por fin dar rienda suelta al lanzallamas, activándolo con feroz alegría, e incineró a la mayor parte de la prole que se enfrentaba a nosotros, al tiempo que hacía girar nuestro Salamander de izquierda a derecha a medida que disminuíamos la

velocidad, con el fin de esparcir la lanza de ardiente promethium lo más ampliamente posible.

-Entren-, nos instó Lanks, mientras los jinetes daban vueltas a nuestro alrededor, atravesando la plaza frente al santuario del Mechanicus. Era difícil estar seguro, pero parecía que en tiempos habían colocado allí algún tipo de mosaico devocional, cuyo diseño estaba ahora oculto por las marcas de quemaduras, los cráteres de los cañones láser y una cantidad desmesurada de tiránidos muertos o moribundos, la mayoría de los cuales goteaban profusamente un más que maloliente icor**-. Nosotros mantendremos despejada la boca del túnel.**

-Me parece bien-, acepté, mientras Jurgen nos detenía junto al aparcado Chimera. Abrí la caja y saqué un par de cargas de demolición**-. Esto debería bastar-.** Me coloqué uno de los voluminosos paquetes sobre el hombro y le entregué el otro a Jurgen.

-Seguiremos aguantando aquí-, nos aseguró Forres**-. Con los jinetes asegurando la boca del túnel, tendremos un campo de fuego despejado en toda la caverna.**

-Me parece bien-, acepté, echando un rápido vistazo al plano. La boca del túnel estaba casi directamente frente a la entrada del santuario, y parecía preocupantemente escasa de cobertura**-. Ponga también el Salamander allí: así podrá establecer un fuego cruzado con su bolter, y tendrá algo sólido detrás de lo que cubrirse si los tiránidos retiran algunas de sus fuerzas de la caverna principal-.** Lo que probablemente acabarían haciendo, una

vez que la mente de la colmena registrara que la mayoría de las criaturas de aquí abajo habían muerto.

Forres asintió.

-Buena idea-, dijo, y ordenó a un par de soldados cercanos que condujeran hacia allí el pequeño y robusto vehículo.

Jurgen frunció el ceño, mientras uno de ellos se dirigía al asiento del conductor.

-Cuídamelo bien-, le ordenó con brusquedad, como si él alguna vez hubiera mostrado siquiera un momento de consideración por los espíritus de las máquinas de cualquier tipo que había conducido en su vida.

Asentí con la cabeza apreciativamente, y me apresuré a apoyarle.

-**Lo necesitaremos más tarde-,** dije, esperando de corazón acertar a aquel respecto.



Gracias a la reunión informativa impartida por Izembard, me había formado una imagen mental de una instalación similar a la central eléctrica que habíamos investigado de forma tan memorable en los Leeward Barrens, aunque a una

escala ligeramente mayor; sin embargo, ahora que habíamos llegado a él, la magnitud real del santuario me resultaba casi abrumadora. Se habían excavado enormes galerías en la roca bajo la ciudad, atravesadas por pasarelas de la anchura de una autopista, que cruzaban titánicas salas de turbinas repletas de arcanos mecanismos del tamaño de pequeños edificios. Afortunadamente, había tenido el buen tino de traerme un mapa, que sumado a mi innata habilidad para orientarme en sistemas de túneles como éste, fue más que suficiente para que Jurgen y yo avanzáramos sin vacilar hacia nuestro destino.

-Otra vez ese olor-, dijo Jurgen, olfateando el aire con una mueca de desagrado, y asentí a mi vez al percatarme yo mismo de ese olor.

-Debemos ir por el camino correcto-, convine, aflojando mi espada sierra en su vaina y desabrochando la funda de mi pistola láser. No había olvidado la forma en la que los tiránidos se habían infiltrado en la central eléctrica de los Leeward Barrens, y no pensaba correr riesgos. (Me complació enormemente comprobar que tampoco Forres lo había hecho, colocando centinelas dentro del santuario para evitar ser flanqueada de esa manera, aunque afortunadamente para todos, hasta el momento no había salido nada de las profundidades de la instalación. Y eso, para alguien tan rematadamente paranoico como yo, resultaba un consuelo de lo más relativo).

Comprobando que el mapa confirmaba nuestra suposición, nos dejamos guiar por nuestro olfato, emergiendo por fin en una larga galería bordeada de tuberías y atriles de control. Jurgen miró a su alrededor y se encogió de hombros.

-Supongo que es aquí-, aventuró completamente impasible ante la grandeza del espectáculo que se presentaba ante nosotros.

-Eso parece-, coincidí a falta de algo mejor que decir, volviendo a sintonizar mi comunicador vox mientras hablaba. Algunos de los controles presentes me resultaban vagamente familiares, aunque no había pasado mucho tiempo observando nuestro entorno en medio de nuestra retirada en tromba de la central eléctrica de los Barrens. Sin embargo, lo que sí recordaba era aquel calor seco que lo impregnaba todo, algo que, sin la menor duda también estaba presente en aquel momento, aparte del nocivo hedor que lo acompañaba, y que a esas alturas era tan denso que me, por una vez me vi obligado a confiar en mis ojos y mis oídos para localizar a mi ayudante**-. Magos, ¿puede oírme?**

-Sí-, zumbó la monocorde voz Izembard en mi oído.

-Hemos llegado-, anuncié**-. ¿Dónde debemos colocar las cargas?**

Seguir sus instrucciones no me llevó tanto tiempo como me había temido, ya que fue simplemente cuestión de ir colocando las cargas alrededor de algunas de las tuberías, conectarlas mediante un cable detonador y ajustar algunos de los controles para maximizar la acumulación de presión en el sistema antes de que lo voláramos todo. Después de debatir mucho sobre las relativas ventajas de utilizar un temporizador (que los tiránidos podrían interferir fácilmente si la mente colmena se percataba de lo que estaba

ocurriendo) en lugar de detonar las cargas a distancia mediante un comando de vox (lo cual dependía de la red de relés de comunicación incorporada a la infraestructura de la ciudad para seguir funcionando a pesar de los daños causados por los combates), nos decantamos por recurrir a ambas opciones para asegurarnos; pero el caso es que, cuando me acerqué para ajustar el temporizador, me entró la duda.

-¿Serán suficientes dos horas, coronel?-, pregunté, sabiendo que Kasteen estaría vigilando el canal, y, efectivamente, me respondió en el acto.

-No hay problema-, me aseguró**-. Su grupo será el último en salir, aparte de las unidades que mantengan las despejadas las plataformas de aterrizaje, así que, si vuelve antes de ese tiempo, podremos detonar las cargas por vox desde el aire.**

-Si la gobernadora te lo permite-, dije, tratando recurrir a una broma para cubrir mi nerviosismo, porque en el fondo no estaba del todo seguro de poder conseguirlo**-. Parece bastante decidida a mantener la ciudad intacta.**

-Digamos que ahora yo soy la gobernadora de esta bola de hielo-, terció Kasteen**-. Al menos, si mantienes aquello que dijiste la última vez sobre apoyarme si declaraba la ley marcial.**

-Tienes mi plena y absoluta aprobación-, dije con serenidad y firmeza, para que así constara en los registros, sabiendo que todas nuestras comunicaciones se archivarían

para un posterior análisis táctico. Después de todo, si no conseguía salir de allí, no me haría daño tratar de facilitarle las cosas todo lo que pudiera, aunque fuera a título póstumo-**. ¿Acierto al pensar que nuestro plan no fue precisamente muy bien recibido por su Excelencia?**

-No se puede decir que le hiciera gracia-, respondió Kasteen, dejando que su voz quedara teñida de un deje irónico**-. Incluso pese a que le señalé que, hiciéramos lo que hiciéramos, la ciudad está perdida, y que sacrificarla ahora podría salvar el resto del planeta.**

-Al menos, tú ganaste la discusión-, dije, conociéndola demasiado bien como para asumir lo contrario.

-Digamos que lo hizo mi arma-, respondió Kasteen lacónicamente.

-Por el Trono de Terra, ¿no le dispararías?, ¿verdad? -, pregunté con cierta sorpresa.

-No me faltaron ganas, pero tan sólo la desenfundé para que mi argumento quedara claro-, explicó Kasteen, para mi inmenso alivio. Técnicamente, habría tenido todo el derecho del mundo a disparar a la gobernadora si ésta se hubiera negado a hacerse a un lado, pero eso habría generado una ingente cantidad de papeleo**-. Después le ordené a Magot que se asegurara de que subiera al siguiente transbordador, usando los medios que considerara necesarios.**

Sin duda esa debió ser una conversación que cualquier persona que se encontrara en las inmediaciones de la rampa de embarque habría encontrado muy entretenida, pensé, y luego volví a centrarme en el trabajo que tenía entre manos.

-Dos horas, Jurgen-, le confirmé, y nos ocupamos de que las cargas explotaran en el plazo previsto.

-Ya he terminado-, dijo al cabo de un momento, y yo asentí con la cabeza, observando cómo los números daban vueltas hipnóticamente en mi propio cronómetro. 1:59:57... 1:59:56... 1:59:55...

Apartando mi atención del crono, me volví hacia la salida.

-También yo, hora de largarse-, añadí.

-Será mejor que se pongan las pilas-, me aconsejó Forres**-. Llega una nueva ola de tiránidos con ganas de tocar las narices. No sé cuánto tiempo podremos retenerlos.**

-Estamos en camino-, aseguré, y Jurgen y yo corrimos hacia la entrada del santuario como si toda una prole de genestealers hubiera salido de las grietas de la roca y nos estuviera pisando los talones.

Aunque Jurgen y yo corrimos todo como alma que lleva el diablo a través de los desnudos pasillos revestidos de metal, cruzando puentes y a través de las cavernas repletas de

maravillas tecnoteológicas, no pude evitar la sombría premonición de que íbamos a llegar demasiado tarde.

-¿Cuál es su situación, comisaria?-, trasmití por vox, mientras el crepitar de los disparos de los fusiles láser empezaba a resonar por el pasillo hacia nosotros.

-Muy jodida-, informó Forres**-. Nos están obligando a retroceder a través de la plaza. Si no se dan prisa, no podremos cubrir su retirada.**

-Vamos tan rápido como podemos-, le aseguré, con la respiración empezando a raspar en mi garganta. Las grandes puertas de bronce estaban por fin a la vista, abiertas de par en par, con un incipiente movimiento visible más allá de ellas. Un momento después, me di cuenta de que el Chimera que había bloqueado la entrada se había ido, el Emperador sabría a dónde, dejando el camino libre para que toda la horda de tiránidos entrara a raudales si así lo deseaba**-. ¿Dónde está el maldito Chimera?**

-Lo necesitábamos-, explicó Forres**-. En seguida verá por qué.**

Cuando atravesamos la puerta y salimos a la plaza, pude ver con meridiana precisión a qué se refería. El cadáver aun fresco de un carnifex yacía en el centro de la plaza, abatido por el multi-láser del Chimera, que seguía disparando a un segundo. El VCA estaba retrocediendo, tratando de mantenerse a distancia de la abominable criatura, y no es que se pudiera culpar al conductor por ello; si las chasqueantes garras de la imponente criatura lograban

alcanzar el blindaje, lo desgarrarían como si fuera papel de seda. El bolter del Salamander también apoyaba la ofensiva de su hermano mayor, y el soldado que lo manejaba disparaba sin duda con gran entusiasmo, mientras la lluvia de proyectiles explosivos abría feos y supurantes cráteres en el caparazón quitinoso de la enorme criatura.

-Tengo línea de tiro despejada-, me aseguró Jurgen, levantando su melta, pero antes de que pudiera apretar el gatillo el fuego combinado de los dos vehículos surtió efecto, y el monstruo se derrumbó con un sordo y agradable estampido. Los jinetes indómitos de Lanks seguían zumbando alrededor, eliminando a las criaturas más pequeñas que infestaban la mayor parte de la plaza, aunque conté menos soldados en su unidad de las que recordaba, y observé que varias máquinas yacían sin jinete en el suelo de la caverna.

-Fuego concentrado-, vociferó Forres, viéndonos desde la torreta superior del Chimera**-. Despejen el camino para el comisario.**

Una lluvia de descargas láser barrió el espacio abierto, derribando a cualquier tiránido lo suficientemente tonto como para aventurarse a alejarse de su cobertura, y Jurgen y yo corrimos como locos. Sólo podían ser unos cien metros hasta la seguridad, pero se extendían ante nosotros como un paisaje en un sueño, en el que por mucho que corras, parece que no avanzas un centímetro del lugar en el que estás.

Por un momento pensé que los explosivos que habíamos colocado debían de haber estallado antes de tiempo por

algún ignoto motivo, y me preparé para la onda de choque resultante, pero de repente me la comprensión me dio una bofetada, y los recuerdos de cuando jugaba al corre que te pillo con la serpiente gigante entre el convoy de refugiados me inundaron el cerebro.

-¡Retrocedan!-, grité salvajemente, gesticulando con los brazos y mirando a mi alrededor en busca de alguna señal de dónde podría acabar siendo aquella maldita criatura del averno**-. ¡Se acerca un excavador!**

El Chimera empezó a retroceder, su torreta giró nerviosamente en busca de un objetivo, seguido de cerca por el Salamander. Los motoristas se dieron la vuelta y salieron disparados hacia el túnel, dejándonos a Jurgen y a mí dolorosamente expuestos en medio de la plaza.

De repente, las baldosas, los tiránidos muertos y la roca pulverizada explotaron hacia arriba, mientras una enorme y ya familiar forma serpentina rodeada por un nimbo de energía crepitante irrumpía en la caverna.

-Por allí-, me indicó Jurgen con naturalidad, como si yo no me hubiera dado cuenta, y disparó su melta, creando una humeante y enorme herida en el blindaje quitinoso que protegía al monstruo subterráneo, aunque este apenas pareció percatarse de ello, ya que continuó dirigiéndose hacia los vehículos en retirada. Un deslumbrante arco de rayos salió disparado de la criatura, alcanzando el glacis del Salamander y electrocutando a la desafortunada tripulación; acto seguido detonaron las cargas de demolición que habíamos dejado en el compartimento trasero, y supongo

que lo mismo hizo el promethium que quedaba en el depósito del lanzallamas.

Un sonido, tan fuerte que lo sentí más que oírlo, me golpeó con inusitada fuerza, lanzándome al suelo, donde me deslicé por el resbaladizo mosaico cubierto de repugnante icor, antes de detenerme de una de las formas más desagradables que podía recordar, al golpear contra el desecho cuerpo de una de las víctimas de los devoracarnes. Cuando aún aturdido levanté la cabeza, pude ver como el túnel se derrumbaba aplastando al maldito trygon, junto con los restos del Salamander, por toneladas de granito que caían a plomo. El largo cuerpo sufrió un espasmo, con la cabeza sepultada por un montón de rocas, de las que goteaba icor de una forma que me provocó una violenta arcada.

-Qué ironía-, comentó pensativamente Jurgen**-. Por lo de ser un gusano, y todo eso.**

-Y que lo diga-, asentí, tosiendo por la nube de polvo levantada por la catástrofe, y poco a poco fui consciente de una voz gritando en mi oído.

-¿Comisario?-, preguntó Forres, con una voz comprensiblemente tensa dadas las circunstancias-, **¿está usted bien?**

-Estamos vivos-, le aseguré, aferrando con fuerza mis armas, mientras el crujido de la quitina aplastada resonaba a nuestro alrededor. No había duda, estábamos atrapados,

sin esperanza de escapar, y rodeados de tiránidos**-. Al menos por ahora.**



CAPÍTULO VEINTIOCHO

-No podemos llegar hasta ustedes-, se lamentó Forres, mientras yo buscaba desesperadamente un refugio. El sonido de los derrumbamientos se intensificaba, creando ecos desde el túnel que el trygon había dejado, disipando cualquier duda que pudiera tener sobre si los refuerzos tiránidos estaban realmente en camino. Afortunadamente, las últimas formas guerreras que habían estado con nosotros en la caverna parecían haber sido sepultadas por el túnel que se había derrumbado, y los pocos termagantes supervivientes corrieron alocadamente para ponerse a cubierto, aunque estaba absolutamente seguro de que la mente colmena no perdería tiempo en enviar más criaturas sinápticas para recuperar el control, y en cuanto llegaran nuestro breve respiro habría terminado**-. Nuestras armas no nos sirven de nada contra estos escombros.**

-No me sorprende-, comenté comprensivamente. Sería como intentar derribar un bloque de viviendas con fuego de armas pequeñas**-. Pero gracias por intentarlo. Tendremos que pensar en algo por nosotros mismos.**

-Que el Emperador esté con ustedes-, dijo Forres, aunque a juzgar por el tono de su voz, lo decía más como esperanza que como expectativa.

-¿Podemos salir por la central eléctrica?-. Preguntó Jurgen, trotando para unirse a mí, con la cara y el uniforme cubiertos de polvo, suciedad y sustancias que prefería no

describir procedentes de los tiránidos muertos entre los que evidentemente había aterrizado.

-Esa no es una opción-, respondió Izembard por el vox, condenándonos a la muerte con su habitual tono desapasionado**-. Los pozos de mantenimiento han sido sellados para evitar que los tiránidos los utilizaran para acceder a los niveles superiores de la ciudad.**

Justo tras decir estas palabras se nos acabó el tiempo para más charlas. Un trío de guerreros tiránidos salió del túnel que había dejado el excavador muerto, mientras sus cabezas escudriñaban de un lado a otro mientras absorbían la situación táctica. Los termagantes que nos rodeaban empezaron a emerger de las sombras, empuñando sus armas, y por lo que podía ver, a Jurgen y a mí no nos quedaban más que unos segundos de vida.

Disparé un par de tiros con mi pistola láser al guerrero más cercano y tuve la satisfacción de ver cómo se tambaleaba, apareciendo cráteres rezumantes de icor en su caparazón quitinoso; pero se recuperó de inmediato, respondiendo con una ráfaga de su devorador, que no me alcanzó por un palmo mientras yo me tiraba para cubrirme detrás de una de las motos que yacía cerca del soldado muerto que había amortiguado mi caída tras la explosión. Mientras la descarga de gusanos que secretaban ácido salpicaba el metal, se me ocurrió una idea: una idea increíblemente arriesgada, aunque no menos que atravesar un portal disforme necrón, y en aquella ocasión había salido más o menos intacto **(133)**, aunque fuera gracias a la fortuita presencia de un grupo de abordaje de Marines Espaciales en la nave al otro lado. No suponía ni por un momento que el

Emperador fuera a ser tan magnánimo en esta ocasión, pero dadas las circunstancias, de perdidos al rio.

(133) *Casi con total certeza puedo asegurar que Caín fue uno de los pocos seres humanos que ha sobrevivido a ese tránsito.*

Un deslumbrante destello seguido de un repugnante olor a carne quemada me señaló que Jurgen había abatido al guerrero que acababa de disparar contra mí, así que me puse en pie, levantando la moto, y me acomodé en el sillín. Hacía tiempo que no montaba en un artilugio como éste, pero afortunadamente todos los controles estaban allí donde los recordaba, y encendí el motor con un rápido golpe de mi pulgar.

-¡Jurgen!-, grité**- . Monta-.** Mientras activé los cañones láser instalados en el carenado. Alcancé a uno de los guerreros supervivientes en el tórax, atrayendo así la atención no sólo del que quedaba, sino de todos los termagantes que ahora dirigía.

Jurgen corrió hacia otra de las motos abandonadas y se subió a ella, colgando su melta del hombro mientras lo hacía; este golpeó a al fusil láser que también llevaba colgado del hombro, pero afortunadamente ambas armas eran lo suficientemente resistentes como para soportar una descortesía tan leve, así que no me cupo duda de que serían tan efectivas como siempre cuando las volviéramos a necesitar**-. ¿Adónde vamos, señor? -,** preguntó, mientras hacía rugir el motor.

-El Trono sabrá-, repliqué, poniendo en marcha mi propio corcel y acelerando a una velocidad que habría hecho honor

a mi ayudante. Mientras lo hacía, una ráfaga de disparos de los devoracarnes y devoradores impacto sobre el lugar que acababa de dejar, ya que los tiránidos se desviaron de su objetivo gracias a mi repentino y rápido movimiento. Sin embargo, no tardarían mucho en volver a apuntar, así que puse el acelerador al máximo y me dirigí directamente a la única salida que quedaba: el túnel del trygon.

Afortunadamente, el enorme gusano había emergido con un ángulo ascendente, dejando una rampa empinada por la que me lancé, seguido de Jurgen. Cuando encendí las luces, las paredes lisas y redondeadas del túnel se hicieron visibles, y nuestro destino quedó envuelto en la oscuridad, más allá del alcance del faro.

-Nos están siguiendo-, informó Jurgen, y justo entonces, un par de agudas explosiones resonaron a nuestro alrededor, audibles incluso por encima del rugido de nuestros motores**-. Pues va a ser que no, no lo hacen.**

-¿Granadas de fragmentación?-, pregunté, reconociendo el sonido de su detonación en un espacio confinado.

-Tenía un par de ellas-, confirmó mi ayudante**-. Parece que han funcionado.**

-Esperemos que el resto del viaje sea igual de fácil-, dije, aunque no me acompañaba precisamente aquella esperanza.



Si hay que puntuar las ideas, admito que aventurarse en la red de túneles excavados por los tiránidos no pasaría precisamente por ser de las más brillantes que había tenido, y bien saben que las he tenido muy locas, pero que carajo, era de lejos mucho mejor que la alternativa. Ni siquiera el descubrimiento de que habíamos perdido contacto por vox con nuestros camaradas podía desmerecer él, a mi modo de ver, fantástico hecho de que aún estuviéramos vivos, aunque, si lo analizamos en detalle, las probabilidades de que fuéramos a seguir así no eran nada favorables. Mi instintiva afinidad con los laberintos subterráneos me mantenía más o menos orientado con respecto a la ciudad que dejábamos atrás a cada minuto que pasaba, pero apenas podía hacer mucho más; los pasadizos que seguíamos se retorcían y giraban, aparentemente al azar, ramificándose en todas las direcciones, y yo no tenía ni idea de nuestro destino final ni de adónde podrían llevar los demás. Lo mejor que podía hacer era seguir el camino que me diera la impresión de conducir hacia arriba, aunque con demasiada frecuencia para mi gusto nos encontrábamos descendiendo de nuevo antes de tomar otra bifurcación que parecía más prometedora.

Mi mayor temor, algo que no debería extrañar a nadie dadas las circunstancias, era que nos diéramos de morros con otro excavador, puesto que en aquellos túneles tan estrechos nunca podríamos soñar con esquivarlo; pero en ese sentido, la suerte parecía estar de nuestro lado. A pesar de que nos encontramos con una buena cantidad de gantes y bioformas guerreras, las bestias más grandes que parecían estar totalmente comprometidas con el asalto a

Primadelving, y para mi alivio no nos hicieron el menor caso. Las armas láser de las motos, orientadas hacia delante, nos permitieron abatir a la mayoría de las criaturas menores que encontramos con bastante facilidad, apoyadas en ocasiones por una cegadora descarga del melta de Jurgen, que éste había apoyado en el manillar, e incluso un par de veces aticé el golpe de gracia con mi espada sierra, atacando a uno de los organismos más resistentes mientras pasábamos a toda velocidad, e incluso llegamos a aprovecharnos de las orugas de nuestras motos para aplastar a algunos de los monstruos caídos por el expeditivo sistema de pasarles por encima. Aun condenados como yo creía que estábamos, aquello momentos me supieron a gloria.

-¿Cuánto tiempo ha pasado, señor?-, preguntó Jurgen, y aunque me tocó las narices que me recordara el problema del paso del tiempo, miré mi cronógrafo.

-Demasiado-, respondí escuetamente. Los detonadores que habíamos programado debían seguir inexorablemente su cuenta atrás, y según mis cálculos Forres y sus desesperadas fuerzas ya deberían haber llegado a las lanzaderas, si es que, para empezar, alguno de ellos había conseguido llegar a la superficie**-. Tenemos unos veinte minutos antes de que estallen las cargas.**

Tan pronto como dije aquello, un ruido sordo hizo temblar las rocas a nuestro alrededor y me maldije en voz baja por tentar la suerte. La última de las lanzaderas debía de haber abandonado la plataforma y, sin querer esperar ni confiar en los temporizadores, Kasteen habría dado la orden de detonación por vox. A ver, no podía culparla por ello dadas las circunstancias, ya que de estar en su lugar yo ya nos

habría dado por muertos. Un rugiente viento de fuerza creciente empezó a perseguirnos por el túnel, y yo apreté el acelerador contra su tope, aunque ya no daba más, desesperado por exprimir un poco más de velocidad al motor de la moto.

-Eso les dará algo en qué pensar-, dijo Jurgen, con evidentes signos de satisfacción. Supongo que no le daba para pensar donde narices estábamos nosotros…

-A nosotros también-, rezongué, pudiendo imaginar con demasiada facilidad la devastación que nos perseguiría. Al no estar ya confinado, el magma estallaría hacia arriba y hacia fuera, abriéndose paso a través de las cavernas hasta la superficie; pero los gases nocivos, y tal vez incluso el flujo de lava, invadirían también todas las demás galerías posibles, está incluida. Según mis cálculos, apenas teníamos unos segundos antes de que una ola de presión al rojo vivo nos destrozara, reduciéndonos a meras cenizas.

Entonces, justo cuando casi había perdido la esperanza, los faros parecieron brillar, reflejándose en paredes azules y cristalinas, en lugar de alumbrar la tediosa roca madre que llevábamos atravesando desde el inicio de nuestra alocada carrera.

-¡Hielo!-, celebró Jurgen, expresando el pensamiento con palabras, mientras seguíamos subiendo a toda velocidad, y el estruendo detrás de nosotros aumentaba de volumen con cada latido**-. ¡Debemos estar cerca de la superficie!**

-Esperemos que esté lo suficientemente cerca-, deseé un instante antes de que mi moto se precipitara contra un muro de nieve que nos bloqueaba completamente el paso. Aturdido y cegado, me aferré al manillar para salvar mi vida, conservando de alguna manera la suficiente presencia de ánimo como para disparar las armas láser; éstas se descargaron con un sordo chasquido, audible incluso a través de la nieve que taponaba mis oídos, aunque no podía decir con certeza si suponía alguna diferencia o no. Un instante después, salí a la bienvenida luz del día y al menos deseado frío que capaz de helarle a unos hasta el tuétano de los huesos, y salí despedido de mi máquina mientras realizábamos una parábola nada elegante por el aire, hasta acabar aterrizando en otro banco de nieve. (Me di cuenta más tarde, de forma bastante fortuita, de que, si hubiera chocado con uno de los afloramientos de hielo. habría recibido algo más chungo que unos meros moratones y el dolor de cabeza que el intenso frio me causó).

Cuando me puse en pie, mirando a nuestro alrededor en busca de enemigos, Jurgen imitó mi accidentado vuelo; aunque debo decir que acabó sentado, aterrizando con una sacudida que no hizo ningún favor a la suspensión de la moto, antes de volverse para ver cómo me encontraba yo. Por otro lado, supongo que había tenido más fortuna gracias al hecho de que yo le había quitado de en medio la mayor parte de la nieve con mi dura cabezota, haciendo así que su salida fuera considerablemente más fácil.

Poco después, un penacho de ceniza, polvo y ascuas incandescentes surgió en medio de un estallido desde la boca del túnel, haciéndome caer de nuevo al suelo, con el calor atizando mi cara y convirtiendo la nieve circundante en vapor. Aunque no estaba acostumbrado a sentir calor en

la superficie de Nusquam Fundimentibus, he de decir que sentí un escalofrío al pensar en lo cerca que habíamos estado de morir abrasados.

-Parece que hemos salido justo a tiempo-, apuntó Jurgen, demostrando su gran habilidad para decir obviedades, de espaldas al penacho de humo que surgía de las profundidades a nuestro lado, algo que pude entender siguiendo la dirección de su mirada. A unos kilómetros de distancia, todo el cielo parecía hervir, mientras una vasta columna de humo y ceniza que se elevaba casi hasta la estratosfera, aplanándose y extendiéndose hacia el exterior como si se hubiera topado con un techo invisible. Del centro de la nube, desgarrada por los relámpagos, surgían ruidos sordos y escupí una gruesa masa de polvo por la boca. No podía estar seguro a esta distancia, pero algo enorme parecía estar atrapado en medio de aquella vorágine, intentando elevarse por un momento, antes de volver a caer en medio de llamas, hundiéndose y acabando perdiéndose en el magma.

-Se diría que lo hemos conseguido-, apunté, y me dirigí a ver si mi motonieve aun funcionaba, pues a aquellas alturas parecía estar en bastante mal estado. Aquí y allá, en la distancia, otros penachos de humo y vapor señalaban brechas en la red de túneles, y decidí mantenerme lo más alejados de ellos que me fuera posible. Era difícil imaginar que algún tiránido sobreviviera a aquel infierno, pero claro, Jurgen y yo éramos pruebas vivientes de que se podía conseguir, y sabía muy bien que era fatal subestimar la resistencia de aquellas malditas bestias**-. ¿Tiene idea de lo lejos que queda Underice?**

Jurgen negó con la cabeza, confundido.

-Tardaremos al menos un día con estas cosas. Tal vez dos.

-Entonces será mejor que nos pongamos en marcha-, dije, inspeccionando mi máquina en busca de signos de daños antes de rendirme y montarla de todos modos. Por el aspecto que tenía ahora, me ahorraría mucho tiempo buscando cualquier cosa que no pareciera estar rota. Entonces me detuve, entrecerrando los ojos para tratar de enfocar la mirada a lo lejos. Un punto brillante, que reflejaba la luz del sol, estaba rodeando un penacho de cenizas, y mi corazón dio un salto de esperanza**-. Aunque quizás no tengamos que hacerlo.**

-Parece un transbordador-, coincidió Jurgen, sacando un macrovisor de alguno de los bolsillos de su abrigo**-. Aunque está demasiado lejos para distinguir el tipo.**

-¿A quién le importa?-. Le espeté animado, y activé mi comunicador**-. Lanzadera no identificada, aquí el Comisario Ciaphas Caín, solicitando extracción. ¿Pueden localizar nuestra posición siguiendo esta señal?**

-¿Comisario?, habíamos sido informados de su fallecimiento-, dijo una voz desconocida. Sin embargo, me sonó inusualmente profunda y resonante, incluso a través del pequeño pinganillo, pero estaba del todo seguro de haber escuchado un tono similar anteriormente **-. Informaremos a su regimiento del error.**

-Es una Thunderhawk-, confirmó Jurgen, mientras la lejana nave de transporte viraba y empezaba a dirigirse en nuestra dirección**-. Han llegado los marines espaciales.**

Me encogí de hombros.

-Bueno, más vale tarde que nunca-, dije suspirando aliviado.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Si ser arrancado de las nieves por los Marines Espaciales había sido toda una sorpresa, nuestra recepción cuando abordamos la Thunderhawk fue ya la apoteosis. Gracias al tiempo que había pasado con los Recobradores ya estaba acostumbrado a la sobrehumana estatura de los Adeptus Astartes, así que aquello no fue lo que me sorprendió, pero el gigante de magenta armadura que nos esperaba al pie de la rampa de embarque adoptó posición de firmes en cuanto Jurgen y yo nos acercamos, cuadrándose como si fuéramos invitados de honor.

Me quedé aún más sorprendido una vez que abordamos la nave; en lugar de llevarnos al puesto de la Guardia Imperial en Underice, la nave de descenso había levantado el morro, ascendiendo suave y velozmente hacia el espacio. Cuando el cielo se oscureció a nuestro alrededor y pude mirar hacia abajo y ver la horrible cicatriz que se extendía por la superficie del planeta azul y blanco que había debajo, intenté interrogar a nuestros anfitriones; pero estos, aunque sumamente educados, no se mostraron precisamente comunicativos.

-Se ha solicitado su presencia-, me explicó parcamente el jefe de escuadra, fácil de distinguir entre sus compañeros por la espada de poder que portaba, aunque la iconografía de ese Capítulo en particular no significaba nada para mí. Aparte de eso, no dijo nada, pero al final ese misterio se resolvió sólo; cuando rodeamos la gran masa de los muelles

orbitales y pude distinguir un par de naves que orbitaban en las cercanías, en estrecha formación. Una de ellas era un crucero de ataque de los Marines Espaciales, que difería en algunos detalles del *Revenant*, a bordo del cual había pasado un accidentado viaje con los Recobradores en busca de un pecio espacial de cuyo nombre prefiero no acordarme y que hubiera sido mejor que lo hubieran dejado a su suerte, pero lo suficientemente similar como para poderlo reconocer de inmediato como lo que era. La otra nave era considerablemente más pequeña, estilizada y mortal, elegante como una daga enjoyada, y también la reconocí de inmediato.

-Es el *Externus Exterminatus*-, comentó Jurgen, como si ver el yate privado de Amberley fuera algo cotidiano.



-¿Estás absolutamente seguro?-, preguntó Amberley, durante una más que bienvenida comida en sus aposentos privados, después de un relajante, y necesario, baño y un cambio de ropa aún más urgente.

Me encogí de hombros, articulando lo mejor que pude mientras degustaba un bocado de filete de ambull.

-Tendrías que preguntarle al Magos. Pero me pareció bastante convencido-. Tragué y bebí un sorbo del vino que ella había elegido para acompañar el plato**-. Pero no veo qué importancia tiene saber cuándo llegaron los**

tiránidos. La mayoría de ellos perecieron con el nodo de la colmena, y el resto deberían ser bastante fáciles de eliminar.

-Porque el primer contacto registrado con los tiránidos en este sector fue hace apenas doscientos años-, replicó Amberley, hablando despacio y con claridad, como solían hacer mis antiguos tutores de la schola cuando se me escapaba un punto que ellos consideraban obvio**-, y según tu amigo Izembard, estos llevaban milenios en el hielo.**

-Tal vez hayan existido durante más tiempo del que se pensaba- sugerí**-. ¿Podrías comprobar los registros? -.** Si había alguien que pudiera tener pruebas que apoyaran esa suposición, sin duda ese sería el Ordo Xenos, la rama de la Inquisición para la que ella trabajaba.

-No es necesario-, me respondió sin vacilar**-. Sin aburrirte con los detalles-,** que era una forma educada de decir que no tenía autorización para saberlo**-, ha habido algunos incidentes que podrían ser incursiones anteriores. Pero el primero de ellos fue en M35.**

-Los que encontramos habían estado en Nusquam Fundimentibus con mucha más anterioridad a esa fecha-, dije**-. ¿Qué narices hacían allí?**

Amberley se mordisqueó el labio inferior, de una manera que siempre me pareció sumamente atractiva.

-Exploradores de avanzada quizás. Pero lo que realmente me preocupa es cuántas crías latentes más puede haber esparcidas por el Imperio.

-¿A quién le importa?-, señalé aburrido**-. Siempre y cuando permanezcan latentes.**

-Esta no lo hizo-, apuntó Amberley**-. Si otra flota colmena ataca, y tienen activos detrás de nuestras líneas, podría ser aún más complicado rechazarlos que la última vez.**

Me encogí de hombros.

-¿Qué posibilidades hay de que eso ocurra?-, pregunté, como pensando en voz alta**-. ¿Otra flota colmena del tamaño de la Behemoth? Bastante remotas diría yo-.** Demostrando nuevamente que como profeta no valía un carajo.

-Tal vez-. Amberley también se encogió de hombros, aparentemente descartando el asunto**-. ¿Crees que tu regimiento quiere que vuelvas de inmediato?**

-Estoy bastante seguro de que pueden prescindir de mí durante un tiempo-, dije. Al fin y al cabo, nuestras órdenes habían sido permanecer allí hasta que el planeta fuera seguro, lo que llevaría meses, o incluso años si tenía suerte **(134)**. Hacía tiempo que no podíamos disfrutar de nuestra mutua compañía y, desde luego, yo no tenía ninguna prisa por volver a separarnos.

(134) *Aunque los pocos supervivientes tiránidos activos resultaron fáciles de eliminar, la campaña para detectar y eliminar a los pieles verdes supervivientes de la cordillera de la Gran Espiral fue larga y sangrienta. E incluso hoy en día, la Fuerza de Defensa Planetaria se mantiene en permanente alerta contra el resurgimiento de cualquiera de estos enemigos del Imperio.*

-Bien-, respondió alegremente Amberley, dedicándome una sonrisa que yo conocía muy bien**-. Entonces, tal vez Jurgen y tú podáis ayudarme con otro pequeño asunto mientras ellos se ocupan de poner orden por aquí.**

[En este momento la narración concluye abruptamente, con unos cuantos comentarios poco apropiados que no veo razón de publicar].

FIN

Sobre el autor:

Sandy Mitchell es un seudónimo de Alex Stewart, que lleva escribiendo con éxito bajo ambos nombres desde mediados de la década de 1980. Como Sandy, es más conocido por su trabajo para la Black Library, particularmente por su serie de Ciaphas Caín. Recientemente ha completado un máster en escritura de guiones en el London College of Communication, lo que le ha dejado mucho menos tiempo

del habitual para divertirse en el 41º Milenio, aunque ahora que este ha concluido, está deseando pasar más tiempo al servicio del Emperador.

